



*Él se enamoró una  
sola vez...*

EL VERDADERO  
AMOR DE  
*Lord Westlin*

*Dama*   *Beltrán*

*El verdadero amor*  
*de lord*  
**WESTLIN**



*Dama*  *Beltrán*

©**El verdadero amor de lord Westlin**

© Ediciones Beltrán Limited Company

Autor: Dama Beltrán

Diseño de portada: Erin Dameron—Hill

Maquetación y corrección: Ediciones Beltrán L.C

©**Todos los derechos reservados.**

Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de este libro, su tratamiento informático, transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopias, grabación u otro medio, sin el permiso previo del autor por escrito.

## Prólogo

I

II

III

IV

V

VI

VII

VIII

IX

X

XI

XII

XIII

XIV

XV

XVI

XVII

XVIII

XIX

XX

XXI

XXII

XXIII

XXIV

XXV

XXVI

XXVII

XXVIII

XXIX

XXX

XXXI

XXXII

XXXIII

XXXIV

XXXV

XXXVI

XXXVII

XXXVIII

[XXXIX](#)

[XL](#)

[XLI](#)

[XLII](#)

[Epílogo](#)

[Nota de la autora:](#)

[Avance de la próxima novela:](#)

[Otros títulos](#)

*Con muchísimo amor a todas las personas que han estado esperando con tanta paciencia esta novela.*

***«El amor es algo eterno, el aspecto puede cambiar, pero no la esencia».***

***Jeff Zinnert***

# **Primera parte**

***(El pecado)***

## Prólogo



### Strathmore, Escocia. Noviembre de 1874

El rugido de la tormenta resonaba fuera; los truenos hacían vibrar los cristales y las gotas de lluvia golpeaban sin piedad las ventanas de la pequeña vivienda. Era como si el cielo llorara la desgracia que pesaba sobre la familia Hesse. Dentro de la alcoba de la condesa, el ambiente era sofocante, cargado con una angustia casi palpable que hacía que cada respiración fuera más pesada que la anterior.

La luz de las velas parpadeaba en un rincón, proyectando sombras centelleantes en las paredes, mientras la brisa, que se colaba por alguna rendija, agitaba levemente las cortinas de terciopelo granate. En el centro de la habitación, en la cama con dosel, la condesa yacía con el cuerpo consumido por la enfermedad. Sus rasgos, alguna vez finos y delicados, ahora estaban desdibujados por el sufrimiento y la cercanía de la muerte. Cada inspiración parecía un esfuerzo monumental.

A su lado, Grace estaba inmóvil, mirando con ojos enrojecidos el rostro de la mujer que le había dado la vida, aunque bajo circunstancias tan peculiares que nunca pudo ser presentada como su verdadera madre. El largo cabello rubio de la joven estaba desordenado debido a los días de insomnio y llanto. Pese a sus diecinueve años, el dolor que sentía había envejecido su alma, endureciendo su mirada y llenando su corazón de incertidumbre. Las lágrimas que caían por sus mejillas eran un testimonio de la tristeza y la confusión que la embargaban.

La muchacha apretaba la mano fría y temblorosa de su madre, rogando en silencio que el final no llegara tan rápido. Sentía que el tiempo se escurría entre sus dedos, llevándose con él las pocas certezas que tenía en la vida. La condesa, débil, apenas podía mover los labios, pero sintió la presencia de su hija. Con un esfuerzo visible, alargó la mano libre, buscando el contacto que, en esos momentos, era lo único que le daba consuelo.

—¿Grace? —preguntó en un susurro casi inaudible. Su voz apenas era un murmullo, una sombra de lo que alguna vez fue. No abrió los ojos, incapaz de reunir las fuerzas necesarias para hacerlo—. ¿Eres tú?

—Sí, madre —respondió con una voz suave pero rota, llevándose las manos de la condesa hacia su mejilla. El calor de su piel contrastaba con la frialdad de su madre. En esos momentos de intimidad, cuando nadie más estaba presente, podía permitirse llamarla «madre», aunque jamás lo hubiera hecho en público.

Un débil suspiro escapó de los labios de la condesa, y su rostro, marcado por el dolor y la fatiga, se relajó levemente. A pesar de estar al borde de la muerte, había en ella un aire de serenidad al escuchar la voz de su hija.

—Siento mucho la vida que te he dado, cariño... —murmuró con dificultad, mostrando la culpa en cada palabra—. Perdóname por no haberte dado la posición que debías tener... —Su voz era cada vez más frágil, como si el simple hecho de hablar le robara las pocas fuerzas que le quedaban.

Grace bajó la cabeza, sintiendo que el dolor la ahogaba. Sabía de qué hablaba. Las circunstancias de su vida habían sido cualquier cosa menos ordinarias. La mentira que habían mantenido desde la ejecución de su padre, acusado injustamente de traición, había obligado a su madre a esconderla bajo una identidad falsa. Para el mundo, Grace no era más que la hija de una doncella, oculta bajo la sombra de la condesa, la hija que jamás debía ser conocida.

—Te he fallado... —La voz de la condesa se quebró y un sollozo contenido luchó por salir de su pecho.

La joven negó con la cabeza con fuerza, apretando las manos de su madre, como si al hacerlo pudiera borrar los arrepentimientos que la consumían.

—No... no me falló, madre. Me dio todo lo que necesitaba —dijo con voz temblorosa—. No he sido infeliz. He tenido una vida plena a su lado.

La condesa esbozó una sonrisa triste, pero no dejaba de sentir culpa. Para ella, nada de lo que había hecho parecía suficiente. El peso de las decisiones difíciles que había tomado se cernía sobre ella como una losa imposible de levantar.

—Todo lo que hice... lo hice por tu seguridad. Pero aun así... te arrebaté lo que te pertenecía por derecho. —Las palabras parecían salir a rastras de su boca y cada una le costaba más que la anterior—. Nunca debiste vivir como una doncella, ocultando quién eres.

Grace no supo qué decir. Su madre había decidido, por su propio bien, que nadie conociera su verdadera identidad. Solo los más cercanos, como Lesly, conocían la verdad. Y aunque ella misma había aceptado su vida, nunca había sentido rencor. Todo lo contrario, siempre había comprendido la necesidad de aquella farsa.

La condesa respiró profundamente, un sonido áspero que llenó la habitación en el silencio que se había formado entre ambas. Sabía que quedaba poco tiempo, pero aún tenía algo más que decir y no quería irse sin asegurarse de que Grace escuchara todo.

—He dejado todas mis posesiones a tu nombre... —continuó con la voz cada vez más frágil—. Nadie podrá arrebatarte lo que es tuyo por derecho. Recuerda que, aunque tu apellido es Aylett, eres... eres una Collier, hija legítima de los condes de Hesse.

El impacto de sus palabras resonó en la mente de Grace. Sentía como si el mundo a su alrededor se derrumbara. Las lágrimas brotaron de sus ojos de nuevo, no por lo que su madre le confesaba, sino por el hecho de que pronto no estaría a su lado. La riqueza y las posesiones no podían aliviar el vacío que su partida dejaría en su corazón.

La condesa cerró los ojos, agotada, pero no había terminado aún. Quedaba una última revelación, una que le costaba mucho pronunciar.

—No solo te dejo mis posesiones... —dijo con voz rasposa—. He pactado un matrimonio para ti, con el futuro duque de Symes.

El horror se apoderó del rostro de la muchacha. ¿Un matrimonio concertado? ¿Ahora? Era lo último que esperaba escuchar. Durante toda su vida, la había protegido de las intrigas y las imposiciones de la alta sociedad y ahora le pedía que aceptara un destino que no deseaba.

—No... puede pedirme eso... —balbuceó Grace, incapaz de contener el llanto—. No puedo casarme con alguien a quien no conozco, a quien no amo.

La condesa la miró con tristeza, sus ojos ya empañados por el velo de la muerte.

—Lo sé, hija mía... —susurró—. Pero debes entender que no te lo pido por capricho. Solo así asegurarás tu futuro. El duque te dará la vida que yo no pude darte... te otorgará una posición en la sociedad... y, lo más importante, te dará seguridad.

Grace temblaba de pies a cabeza. La desesperación la envolvía. No quería un matrimonio sin amor, aunque al mismo tiempo, sabía que su madre no moriría en paz si no aceptaba. Pero ¿por qué ahora, después de haberla mantenido oculta tanto tiempo, deseaba que ella se mostrara al mundo?

La condesa intentó mover una mano débilmente para deslizarla sobre las mejillas mojadas de su hija.

—Por favor... —suplicó—. Solo así podré descansar en paz, sabiendo que estarás a salvo.

El llanto se apoderó de Grace una vez más. No podía negarse a la última petición de su madre.

—Lo haré —susurró finalmente, con la voz rota—. Me casaré con el duque. Se lo prometo.

Una sonrisa de alivio cruzó el rostro de la condesa y sus ojos se suavizaron. Sabía que su hija cumpliría su última voluntad. Gracias a Dios, había heredado la entereza de su padre y su sentido del deber.

La mano de la condesa vagó por el rostro de Grace por última vez y, entonces, con un suspiro profundo, su cuerpo se relajó. La muerte la alcanzó suavemente, mientras la tormenta afuera seguía bramando.

El grito ahogado de la muchacha fue lo único que rompió el silencio que invadía la habitación. Se inclinó sobre el cuerpo inerte de su madre, dejando que las lágrimas cayeran libremente sobre el pecho sin vida de la mujer que le dio la vida. El vacío en su corazón era insoportable y la promesa que acababa de hacer la atormentaba con cada segundo que pasaba.

—La quiero... La querré siempre —susurró entre sollozos—. Gracias por todo lo que me dio...

El viento golpeó la ventana una vez más, como si la propia naturaleza llorara junto a ella. Y con la muerte de la condesa, también moría la vida que Grace había conocido hasta ese momento.

# I



## Londres, febrero de 1875

El invierno en Londres siempre tenía un aire implacable. El frío se colaba por cada rincón de la ciudad, cubriéndolo todo con una capa de hielo invisible, pero persistente. La humedad penetraba hasta los huesos y el cielo plomizo parecía presionar el suelo con su peso. Marcus Baxter, marqués de Westlin, regresaba a su hogar después de visitar los antros de la ciudad. Allí había buscado cualquier rastro de la mujer responsable de la muerte de su padre, pero seguía sin hallar novedades sobre ella. Parecía que se la había tragado la tierra desde que sentenciaron a muerte al conde de Hesse. ¿Dónde estaría? ¿En qué lugar del mundo se había escondido?

Cuando cruzó el umbral de la mansión, una sensación de vacío lo invadió. Las paredes, altas y solemnes, parecían respirar el silencio acumulado a lo largo de los años. Cada paso que daba sobre el suelo de mármol provocaba un crujido tenue, como si la casa misma protestara por no vivir allí el tiempo suficiente. Con un gesto brusco, se despojó de su pesado abrigo y lo dejó sobre una silla cercana. El viento que había acompañado su entrada resonaba débilmente a lo lejos, arrastrando consigo las sombras de la tarde.

Ryder, su fiel mayordomo, apareció de inmediato, recogiendo el abrigo con la eficiencia que solo los años de servicio podían otorgar.

—Bienvenido a casa, milord —dijo con una leve inclinación de cabeza mientras le extendía un sobre sellado sobre una bandeja de plata—. Ha llegado esto para usted.

Marcus tomó el sobre sin demasiado interés. Las invitaciones a eventos sociales eran una molestia que había aprendido a ignorar. El peso de la responsabilidad sobre sus hombros ya era suficiente sin tener que sumarle las expectativas de las madres aristocráticas deseosas de casar a sus hijas con un hombre de su posición. Aun así, la caligrafía en el exterior le hizo comprender que se trataba de su administrador. Aunque curioso por el contenido de esta, dejó la carta a un lado, sin prisas por leerla.

—Gracias, Ryder. La veré más tarde.

El criado se retiró en silencio, con la precisión y discreción que lo caracterizaban. Marcus se quedó solo en el amplio pasillo, donde los retratos de sus antepasados colgaban en las paredes, observándolo con miradas serias e inmutables. El más grande de todos era el de su padre, Klaus Baxter, el difunto marqués de Westlin. Durante años, esa imagen había sido un recordatorio constante de lo que había perdido y del peso que debía cargar.

Al pasar frente al retrato, se detuvo por un momento, dejando que la mirada pintada de su padre se encontrara con la suya. El rostro de Klaus estaba congelado en una expresión de autoridad y determinación, una imagen que contrastaba con las últimas palabras que le había

dirigido antes de morir. «Hesse...». La simple mención del nombre había sido suficiente para cambiar el curso de su vida. Desde ese momento, Marcus había dedicado cada minuto, cada recurso, a una búsqueda implacable de justicia. O venganza, como prefería llamarla.

Tras unos minutos de reflexión silenciosa, continuó hacia su despacho. Las paredes del pasillo parecían cerrarse a su alrededor, llenas de recuerdos que lo perseguían como sombras. Al entrar en la estancia, el olor a cuero y madera lo recibió con una calidez que no sentía en el resto de la casa. Se dejó caer pesadamente en la butaca que había sido de su padre, sintiendo cómo el cansancio de los últimos meses se acumulaba en sus hombros.

Miró las cartas amontonadas sobre su escritorio: invitaciones a fiestas, reuniones y eventos sociales, todas ellas sin ningún interés para él. Eran avisos constantes de que, por haber superado los treinta años, la sociedad esperaba que tomara esposa. Pero él tenía otros planes. La idea de casarse, de formar una familia para asegurar el legado de los Baxter, era algo que consideraría... cuando cumpliera su venganza. Primero debía encontrar a la mujer que había destruido a su familia: la condesa de Hesse. Solo entonces podría pensar en el futuro.

—¿Todo este esfuerzo ha sido en vano? —murmuró, mirando con desdén las cartas frente a él.

París había sido un fracaso. Había hablado con personas que decían conocer a la condesa, pero ninguna pista había resultado concluyente. La condesa de Hesse seguía siendo un misterio, una sombra esquiva en su mente. Apretó los puños, frustrado, mientras sus pensamientos volvían a la misma conclusión de siempre: no descansaría hasta verla caer.

Se levantó de la butaca, sintiendo que el peso de sus responsabilidades era más denso que nunca. Se acercó a la ventana y miró hacia el exterior, donde Londres se extendía ante él, fría e implacable. El viento aullaba entre las calles empedradas, mientras las farolas de gas lanzaban destellos intermitentes en la oscuridad. Westlin siempre había tenido una relación ambigua con la ciudad; la amaba y la odiaba al mismo tiempo. Era el lugar donde había crecido, pero también el escenario de su dolor. Y ahora se preparaba para otro capítulo en esa larga historia de sufrimiento.

Justo cuando estaba a punto de retirarse a su alcoba para descansar, escuchó un golpe en la puerta. El sonido lo sacó de sus pensamientos.

—Disculpe, milord —la voz de Ryder resonó con cautela—. Un lacayo de lord Hantersey ha llegado ahora mismo e insiste en que lea con prioridad la misiva de su señor.

Marcus lo miró con el ceño fruncido, deliberando si debía hacerle caso o no. Tras unos segundos, suspiró y tomó el sobre que había dejado a un lado. Rompió el sello de cera con un movimiento brusco y desplegó la carta. Al leer las primeras líneas, una tensión comenzó a formarse en su pecho.

—¿Qué demonios...? —murmuró mientras sus ojos recorrían el contenido.

Era una invitación. Su amigo de la infancia, Cassian Hantersey, aunque todo el mundo le llamaba Symes, pese a no tener aún el título de su padre, presentaría en sociedad a su prometida en una gran fiesta. Pero lo que realmente lo perturbaba no era la invitación en sí, sino el nombre de la prometida: la condesa de Hesse.

—¿La condesa de Hesse? —repitió en voz baja, incrédulo.

Ryder, que seguía de pie cerca de la puerta, lo observaba con una mezcla de curiosidad y prudencia.

—¿Algún problema, milord? —preguntó con suavidad, asegurándose de no ser intrusivo.

Marcus apretó la carta en sus manos; el papel crujió bajo la presión de sus dedos mientras una

oleada de confusión y furia lo invadía. Nada de aquello tenía sentido. La condesa de Hesse debía tener más de cuarenta años, ¿cómo era posible que su amigo, un hombre apenas en la treintena, estuviera comprometido con ella? ¿Qué estaba sucediendo?

—Esto no encaja —murmuró, intentando racionalizar lo que acababa de leer—. No puede ser... él no puede casarse con ella. ¡Es imposible!

La imagen de la condesa de Hesse había estado presente en su vida desde la muerte de su padre. Ella era la clave, la pieza del rompecabezas que lo atormentaba. ¿Por qué reaparecía ahora? Y, lo más importante, ¿por qué Cassian se estaba involucrando con ella? Había algo en todo aquello que no cuadraba, algo que debía descubrir.

Se volvió hacia su mayordomo, que aún esperaba pacientemente junto a la puerta.

—Prepara mis cosas —ordenó Marcus con una firmeza renovada en su voz—. Mañana asistiré a esa fiesta.

El criado asintió con la precisión silenciosa que siempre lo había caracterizado.

—Como desee, milord.

Marcus volvió a mirar por la ventana, pero esta vez no veía las luces de Londres. Sus pensamientos estaban lejos, inmersos en las sombras que rodeaban a la condesa de Hesse. No podía dejar que esta oportunidad pasara sin investigarla. Debía descubrir la verdad detrás de aquella locura.

## II



El cielo gris y nublado envolvía la ciudad, sumiéndola en una melancolía pesada, como si el mismo invierno se hubiera instalado para quedarse. Aunque febrero no solía traer los vientos más fríos, aquel día el aire se sentía helado y cortante, atravesando los gruesos abrigos y colándose por las rendijas más pequeñas. Las chimeneas humeaban sin descanso y una fina niebla se cernía sobre las calles adoquinadas, difuminando los contornos de los edificios.

Grace observaba el exterior a través de la ventana del carruaje; su mirada permanecía fija, pero se hallaba ausente, mientras el vehículo avanzaba lentamente hacia su destino. El sonido de las ruedas sobre las piedras le parecía un eco lejano, una banda sonora para el torbellino de emociones que sentía dentro de sí misma. Los rostros borrosos de los transeúntes se desdibujaban ante sus ojos, cada uno inmerso en su propia vida, ajenos a todos los problemas que ella debía enfrentarse.

A su lado se encontraba Lesly Kranst, su dama de compañía, quien la observaba con atención. Era imposible no notar el temblor en las manos de la joven, oculto bajo la gruesa manta de lana que la cubría. Lesly había conocido a Grace desde que nació y en ese tiempo había aprendido a leer sus emociones mejor que nadie. Sabía que, aunque la joven intentaba mantener la compostura, la incertidumbre la devoraba por dentro.

—Relájese, *milady* —le dijo con voz suave, casi maternal, tratando de infundirle algo de calma—. Conozco esta maldita ciudad como la palma de mi mano y nadie sospechará que aparecerá por primera vez.

Grace intentó sonreír, aunque su expresión apenas consiguió reflejar alivio. Sus ojos, de un azul helado como el cielo invernal, seguían reflejando la ansiedad que la acompañaba desde que dejaron Escocia. Había pasado tantos años escondida en aquel pequeño rincón, bajo la protección de su madre, que todos los lugares que había visto desde que partieron le parecían extraños. Esperaba que Lesly la ayudara, tal como decía, o su farsa sería descubierta antes de conseguir su objetivo.

El carruaje se detuvo con suavidad frente al hotel que su prometido había elegido para su estancia hasta la boda. El edificio que se alzaba ante ellas era imponente; su fachada de piedra gris destacaba incluso bajo el cielo plomizo. Las altas ventanas, iluminadas por lámparas de gas, brillaban con una luz cálida y acogedora, en contraste con el frío exterior. Un par de estatuas de leones flanqueaban la entrada, como guardianes silenciosos de la riqueza que aguardaba en el interior.

El aire gélido la golpeó de inmediato cuando el lacayo abrió la puerta y le ofreció la mano para ayudarla a descender. El aliento de Grace formó una pequeña nube frente a su rostro, disipándose rápidamente en el viento helado.

—No tenga miedo. Siempre estaré a su lado —comentó Lesly con un tono tranquilizador mientras se acercaba a ella, colocándose a su lado y ofreciéndole su brazo.

Con el corazón latiendo rápidamente, cruzó el umbral del hotel, sintiéndose pequeña e

insignificante en comparación con la majestuosidad que la rodeaba. Al entrar en el vestíbulo, la calidez del lugar la envolvió, pero no logró disipar el nudo de nervios en su pecho. Los suelos estaban cubiertos por alfombras de ricos colores, tan gruesas que apenas podía oír sus propios pasos. Una imponente araña de cristal colgaba del techo, lanzando destellos de luz que creaban reflejos danzantes en las paredes doradas. El murmullo de conversaciones y el tintineo de copas provenientes del salón cercano añadían una sensación de irrealidad a la escena.

Grace se detuvo por un momento para recorrer con la mirada todo lo que había a su alrededor. Sin poder evitarlo, su rostro expresó una mezcla de asombro y aprensión. No estaba acostumbrada a tal lujo y, a pesar de que todos los que se encontraban allí parecían disfrutarlo, ella seguía añorando su pequeña vivienda de campo. Sin perder a su doncella de vista, observó cómo se dirigía hacia un pequeño mostrador de caoba que había a su derecha. Tras unas breves palabras, ella regresó acompañada de un joven uniformado.

—Él nos llevará a nuestra habitación —anunció Lesly, interrumpiendo sus pensamientos mientras la cogía de nuevo del brazo para animarla a avanzar.

Caminaron en silencio, pisando las escaleras cubiertas de alfombras tan mullidas que sus pasos eran imperceptibles. Cada escalón que subía parecía una tortura, pues la conducían directamente hacia el futuro que no había deseado jamás. Cuando finalmente llegaron a la habitación, el empleado abrió la puerta con una reverencia. Lesly entró primero, inspeccionando cada detalle con la atención meticulosa que siempre mostraba. Grace, en cambio, se quedó un momento en el umbral, observando el lujoso espacio que se abría ante ella. La cama con dosel, cubierta de sábanas de satén; las cortinas de terciopelo que caían suavemente hasta el suelo; y el mobiliario exquisito... todo aquello hablaba de una opulencia que la hacía sentir aún más fuera de lugar. Un gran espejo adornado con filigranas de oro reflejaba su figura, haciéndola parecer más pequeña y frágil.

—Lord Hantersey ha sido muy bondadoso con el hospedaje, *milady*. No ha reparado en gastos para que usted se encuentre cómoda —dijo Lesly, intentando animarla con una sonrisa mientras se giraba para mirarla.

Grace esbozó una leve sonrisa en respuesta, pero su corazón seguía consternado. A pesar de todo el lujo que la rodeaba, nada de eso conseguía aliviar la opresión que sentía en el pecho. Se notaba como si estuviera interpretando un papel en una obra de teatro, una que no había pedido protagonizar.

—Vamos, la ayudaré a cambiarse —añadió la doncella, rompiendo el incómodo silencio que se había formado entre ambas.

La muchacha asintió en silencio y permitió que la ayudara a desvestirse. El vestido de viaje cayó al suelo con un susurro, mientras Grace observaba su reflejo en el espejo de cuerpo entero. Su rostro, enmarcado por su cabello rubio, lucía cansado, aunque la juventud aún brillaba en sus rasgos. Sin embargo, sus ojos, cargados de una tristeza profunda, delataban el agotamiento emocional que sentía. Notó las ojeras que oscurecían su mirada y el pálido tono de su piel, señales evidentes del estrés que la consumía.

—Algo no está bien —murmuró de repente, rompiendo el silencio.

Lesly, que estaba doblando el vestido, levantó la vista con una expresión de leve preocupación.

—¿Qué queréis decir, *milady*?

Grace vaciló por un instante, buscando las palabras adecuadas.

—Tengo una premonición... —confesó al fin con un susurro—. Siento que algo malo va a

sucedier.

Lesly frunció el ceño, pero trató de no mostrar demasiada inquietud. Sabía que la mente de Grace había sido invadida por dudas y temores desde la muerte de su madre, pero no podía permitir que esos miedos la dominaran ahora.

—No digáis eso, *milady*. Todo está bajo control. La difunta condesa planificó cada detalle con sumo cuidado. Nada puede salir mal —respondió con un tono firme, casi autoritario, como si con solo decirlo pudiera disipar cualquier desgracia.

Grace intentó creer en las palabras de su dama de compañía, pero la sensación de inquietud no desaparecía. Percibía como si una sombra invisible la persiguiera desde que había llegado a Londres y por más que intentara ignorarla, esa sensación de peligro inminente seguía acechándola. Recordó las últimas palabras de su madre, las promesas hechas en su lecho de muerte y un escalofrío recorrió su espalda.

Después de cambiarse, Grace se acercó a la ventana y apartó ligeramente las gruesas cortinas de terciopelo. Afuera, la ciudad seguía su ritmo frenético. Los carruajes recorrían las calles empedradas, los vendedores ambulantes ofrecían sus productos a gritos, y las luces de las farolas comenzaban a encenderse mientras la tarde se desvanecía lentamente en la noche. Todo en Londres parecía bullicioso, caótico, una ciudad viva y en constante movimiento. Pero para ella, todo aquello carecía de interés. La risa de un niño en la calle llegó hasta sus oídos, llenándola de una melancolía que no podía explicar.

—Creo que deberíamos salir a pasear un rato. Aquí parecemos gatos enjaulados —sugirió Lesly con suavidad, acercándose a ella con una sonrisa comprensiva—. Además, el viaje ha sido largo y un poco de aire fresco os hará bien.

Grace suspiró, apartando la vista de la ventana y volviendo a la realidad.

—No estoy segura de que quiera enfrentarme a Londres ahora mismo —confesó, cruzando los brazos sobre su pecho. La idea de hablar con desconocidos, de asumir un papel que no sentía suyo, la abrumaba.

Lesly la miró con amabilidad, pero también con la firmeza que siempre mostraba cuando se trataba del bienestar de la joven.

—Una caminata breve os hará bien y os aseguro que os sentiréis mejor después —insistió.

Grace vaciló por un momento, pero finalmente asintió. Sabía que Lesly tenía razón. No podía permanecer encerrada hasta que fuera a visitar a su prometido; eso daría qué hablar y levantaría sospechas sobre su persona.

—Está bien. Salgamos a caminar —aceptó con resignación caminando hacia su doncella.

Lesly mostró una amplia sonrisa y ayudó a Grace a ponerse el abrigo antes de guiarla hacia la puerta. Cuando salieron al frío aire de Londres, la muchacha sintió cómo el viento helado golpeaba su rostro, enredando su cabello rubio. Las calles le parecían aún más ajenas de lo que había imaginado, pero sabía que no podía huir de ellas para siempre. Mientras caminaban juntas por las aceras empedradas, el ruido de la ciudad, aunque amortiguado por el bullicio, le recordaba constantemente el cambio irreversible que estaba por venir.

Los sonidos de herraduras contra la piedra, el pregón de los vendedores y el distante repique de las campanas de una iglesia creaban una sinfonía urbana que contrastaba con la serenidad de su antiguo hogar en Escocia. A pesar de estar rodeada de vida, Grace se sentía más sola que nunca.

### III



**Westlin** había decidido salir de su hogar y dar un paseo para despejar su mente. El día había sido demasiado tedioso, las tareas un tanto monótonas y lo único que ocupaba su mente era la reciente noticia del inminente matrimonio de su amigo. Symes estaba a punto de casarse con la condesa de Hesse. Una mujer que, para él, era la presencia del mismísimo diablo. ¿Cómo había llegado a ese punto? ¿Quién había propuesto aquella locura? Y, ¿por qué había aceptado Cassian? ¿No le importaba los rumores que se cernían en torno a ella?

Había escuchado que, tras su segunda temporada, conoció al conde de Hesse y que el barón no aceptó la petición de mano por todo lo que se decía de él. A pesar de su negativa, se casaron en secreto y se marcharon a Francia. Marcus recordó aquel tiempo con ira. Aunque era demasiado joven comprendía ciertas cosas, entre ellas lo que significaba la palabra espía. Según toda la información que obtuvo su padre, Klaus Baxter, difunto marqués de Westlin, Hesse había aparecido en Londres para buscar información política sobre la Corona. Una vez logrado su objetivo, se alejó de Londres llevando consigo una esposa que, a priori, era una buena tapadera para su plan. Su padre conocía todos los detalles de dicha proeza y, sin dudarlo, fue en su búsqueda para atraparlo. Sin embargo, no logró terminar su propósito, porque fue asesinado por los secuaces de Hesse. La última aclaración que tuvo sobre dicha muerte fue que no solo estaba involucrado el conde, sino también la condesa. Uno había fallecido ahorcado, acusado por su traición, la otra seguía viva, disfrutando de todo aquello que poseía. Ahora, como si fuera un milagro, regresaba a Londres para casarse con un hombre diez años menor que ella. ¿Con qué objetivo?

Se detuvo junto a una farola que iluminaba débilmente la esquina de la calle. Sus pensamientos seguían atormentándolo, arrastrándolo hacia los recuerdos de su infancia, cuando su padre aún estaba vivo, cuando su vida no estaba tan consumida por la venganza.

—Hesse... —murmuró, apretando los puños.

El viento helado se colaba entre las solapas de su abrigo, pero Marcus apenas lo notaba. El peso de la ira siempre había sido más frío que cualquier ventisca de invierno. Quería y necesitaba descubrir la verdad sobre la condesa de Hesse. Saber por qué su amigo estaba dispuesto a casarse con una mujer envuelta en tanto misterio, una mujer cuya historia estaba vinculada a la desgracia de su propia familia.

—Esto no tiene sentido... —se dijo mientras echaba a andar de nuevo, girando en una esquina sin prestar atención a su entorno.

De repente, una figura apareció frente a él. Marcus, distraído por sus pensamientos, no pudo evitar el impacto. Chocó con una joven, haciendo que ambos tropezaran. La muchacha dio un pequeño grito de sorpresa mientras perdía el equilibrio y Marcus, reaccionando rápidamente, la agarró por los brazos para evitar que cayera al suelo.

—Disculpadme, señorita —dijo Marcus con voz ronca, mirando a la joven que ahora se encontraba entre sus brazos.

La muchacha levantó la vista y, por un instante, Marcus quedó cautivado por sus ojos. Eran de un azul tan profundo como el océano y reflejaban una mezcla de sorpresa y temor. Su piel era pálida y su cabello, que asomaba por debajo del capó que llevaba puesto, era de un rubio desvaído, casi etéreo. Westlin parpadeó, para confirmar que aquello no era un sueño.

—No... no. Ha sido mi culpa... —balbuceó la joven, apartando la mirada rápidamente y haciendo un gesto por zafarse de su agarre.

Marcus la soltó al instante, sintiendo un extraño vacío en las manos al hacerlo. Observó cómo ella se apartaba con rapidez y una mujer de mayor edad, que debía de ser su dama de compañía, se apresuraba a colocarse entre ambos.

—Milord, os ruego que disculpéis a mi señora —dijo esta con una reverencia rápida—. Ambas hablábamos con demasiado entusiasmo y no percibimos su presencia.

La dama de compañía tomó a la joven del brazo y, sin esperar respuesta, la alejó con rapidez. Westlin observó cómo las dos desaparecían entre la oscuridad que empezaba a cubrir las calles, aún con la imagen de aquellos ojos grabada en su mente. Sacudió la cabeza, intentando despejarla.

—¿Quién es esa joven? —se preguntó a sí mismo en voz baja mientras se alejaba de la esquina.

Siempre había sido un hombre de acción, alguien que no se permitía perder tiempo en frivolidades. Y, sin embargo, la imagen de aquella joven seguía persiguiéndolo. Algo en su rostro, en la forma en que lo había mirado, le había dejado una extraña sensación.

Se ajustó el abrigo y echó a andar de nuevo, intentando centrarse en lo que realmente importaba: la condesa de Hesse, el pasado, la traición a su país... y el matrimonio de Cassian. Pero por mucho que lo procuraba, la imagen de la joven seguía volviendo a su mente.

—No es momento para distracciones... —se dijo, repitiendo las palabras como si de un mantra se tratara.

Finalmente, llegó al club donde sabía que encontraría algunos conocidos que podían hablarle, de nuevo, sobre la misteriosa condesa. Entró en el salón principal, quitándose el abrigo y entregándoselo al lacayo que aguardaba en la entrada. El calor del fuego en la chimenea fue lo primero que sintió al cruzar la puerta, pero en su pecho seguía instalada esa extraña frialdad que lo acompañaba desde hacía tanto tiempo.

Unos hombres de mediana edad conversaban cerca de la chimenea, sus rostros estaban iluminados por la luz anaranjada del fuego. Westlin no tenía ánimos para unirse a ninguna conversación trivial. Avanzó hacia un rincón solitario del club, donde un sillón de cuero lo esperaba. Se dejó caer en él y pidió una copa de *brandy*. Tomó un sorbo de su bebida, disfrutando del calor que le recorría la garganta y cerró los ojos por un momento. Las imágenes seguían agolpándose en su mente: la condesa de Hesse, su padre... y aquellos ojos azules que no podía apartar de sus pensamientos. Él siempre había sido un hombre controlado, frío como el acero, pero algo en la mirada de la joven lo había perturbado de una manera que no lograba entender.

Abrió los ojos y sacudió otra vez la cabeza. No podía permitir que ese encuentro fortuito lo distrajera de su objetivo. Había pasado años buscando respuestas y no iba a detenerse ahora. Su padre había muerto en busca de la verdad y él no descansaría hasta obtener justicia. La condesa de Hesse, fuera quien fuera, estaba en el centro de todo. Y si su amigo se casaba con ella, Marcus se aseguraría de estar allí para descubrir qué secretos guardaba esa mujer.

Dejó la copa sobre la mesa y se levantó de golpe. Ya no tenía paciencia para permanecer allí,

ni de buscar a nadie. Se dirigió hacia la puerta con pasos firmes, decidido a regresar a su mansión y prepararse para la fiesta de compromiso. Necesitaba estar allí, ver a esa mujer de cerca, hablar con Cassian y entender qué estaba ocurriendo.

Al salir volvió a ajustarse el abrigo, dejando que el viento despejara los últimos restos de distracción que aún quedaban en su mente. Tenía una misión y nada ni nadie iba a detenerlo.

—Hesse... —murmuró una vez más mientras se alejaba por las calles vacías de Londres, con la sombra de su padre siempre presente en sus pensamientos.

La venganza era lo único que lo mantenía en pie, pero, por alguna razón, aquella joven de ojos azules seguía rondando en su mente. Un lapsus que no se había permitido en años, aunque parecía imposible de evitar.

Al llegar a su casa, dio órdenes al mayordomo para que preparara un baño caliente. Mientras se desvestía, sus pensamientos volvieron a la condesa y a la joven que había conocido por casualidad. ¿Quién era aquella joven? No había crecido en Londres, de eso estaba muy seguro por su forma de hablar. ¿A qué había venido si todavía no era la temporada social?

Se dejó caer en el agua caliente, permitiendo que sus músculos se relajaran mientras su mente seguía trabajando. Cada vez estaba más decidido a desentrañar los misterios que la vida le había ofrecido en tan solo unos días. Aunque primero resolvería el caso de la condesa y luego indagaría sobre la joven de ojos azules. Si había llegado a Londres buscando un esposo, él sería un buen candidato...

## IV



El día siguiente amaneció de nuevo con un cielo tan gris, que parecía que el tiempo quería reflejar la incertidumbre que pesaba sobre el corazón de Grace. La tenue luz que se filtraba a través de las gruesas cortinas de su habitación no bastaba para disipar las sombras que la acompañaban desde que había llegado a Londres. La frialdad llenaba el ambiente de la habitación, como una premonición de lo que estaba por venir. La nota que había recibido la tarde anterior no hacía más que aumentar su nerviosismo: lord Hantersey deseaba conocerla y la había invitado a almorzar en su residencia, Symes Manor. La formalidad de la carta solo acentuaba la rigidez de la situación.

—*Milady*, debe estar contenta —dijo Lesly mientras le ajustaba el lazo del vestido. La joven apenas podía abrocharse los botones, porque sus manos temblaban a causa de los nervios.

—¿Contenta? —replicó Grace con una leve sonrisa que no alcanzaba sus ojos—. ¿Cómo podría estarlo? Apenas conozco a ese hombre y ya debo continuar con esta mentira que me impuso mi madre.

El eco de sus propias palabras le sonaba cruel y despiadado. Estaba atrapada en una promesa que no quería cumplir, aunque el deber era mayor que su deseo de huir. Lesly suspiró, dándose cuenta de que todo lo que hacía para tranquilizarla, no sería suficiente.

—Todo lo que su madre hizo fue por amor —expresó con voz cálida, ajustando con cuidado las cintas—. Estaría orgullosa de verla ahora, convertida en una dama. Al fin está obteniendo la vida que merecía por nacimiento: nobleza y respeto. Tenga fe en la decisión de la condesa.

Grace sintió que su pecho se contraía. Las frases de consuelo de su doncella, aunque bien intencionadas, le sonaban como una terrible sentencia. Desde aquel maldito día, su vida se había reducido a una serie de decisiones que no eran suyas y un destino que no había elegido. En Escocia, su día a día, aunque simple y marcados por la discreción, le habían ofrecido algo que ahora anhelaba más que nunca: la libertad. A pesar de haber sido educada como una dama, lejos de los rumores y las miradas inquisitivas, ahora sentía que todo aquello se desmoronaba. Sabía cómo comportarse en los círculos de la aristocracia, cierto, pero lo que debía hacer en breve, aunque fuera habitual en ella, su indecisión podía ocasionarle un error que le costaría la vida.

Los nervios se apoderaban de ella como una ola imparable. Sintió un nudo en el estómago que no podía ignorar. Se levantó bruscamente y corrió hacia el pequeño aseo, apenas logrando contener el impulso antes de que el mareo la invadiera por completo. Se inclinó sobre la palangana y vomitó, mientras la angustia que la consumía se manifestaba físicamente.

Lesly, siempre atenta, la siguió con rapidez. En su rostro reflejaba la preocupación que había tratado de ocultar.

—Tranquícese, por favor —comentó con ternura, arrodillándose a su lado y sujetándole el cabello mientras Grace se inclinaba sobre la palangana—. Son solo los nervios. Esto pasará... ya lo verá.

La joven cerró los ojos un momento, buscando el consuelo que intentaba expresar. Respiró

hondo, procurando calmar el temblor en sus manos, pero la ansiedad seguía apretándole el pecho como una tenaza. Estaba atrapada entre el deber y el miedo al futuro incierto que la aguardaba. ¿Había hecho bien en aceptar aquel destino impuesto?

—No sé si podré hacerlo —murmuró finalmente con una voz apenas audible—. Siento que mi mundo se desvanece ante mí y no sé cómo evitar una inminente desgracia.

Lesly la miró con dulzura, pero no dijo nada más. Sabía que ninguna palabra lograría aliviar el miedo que Grace sentía en ese momento. La única opción era afrontar el destino con valentía, tal como la condesa había planeado. Tomó su mano y la apretó suavemente, transmitiéndole todo el apoyo que podía ofrecerle.

—Debemos irnos pronto, *milady*. El carruaje nos espera —anunció procurando devolverla a la realidad.

Grace asintió lentamente, incorporándose con esfuerzo. Se miró en el espejo y apenas reconoció a la joven que le devolvía la mirada. Sus ojos azules reflejaban la tormenta interna que la consumía y su piel pálida contrastaba con el oscuro vestido que llevaba. Respiró hondo, intentando reunir el valor necesario para enfrentarse a lo que venía.

—Muy bien. No hagamos esperar a mi prometido —declaró con un intento de firmeza en su voz.

Lesly le sonrió con aprobación y juntas salieron de la habitación. El pasillo del hotel estaba silencioso y el eco de sus pasos resonaba contra las paredes adornadas con cuadros y tapices. Al llegar al vestíbulo, fueron recibidas por el lacayo que las conduciría hasta Symes Manor.



Cuando el carruaje frenó frente a la mansión, el imponente lugar familiar hizo que el corazón de Grace se acelerara. No podía evitar la sensación de que estaba siendo llevada hacia su propia condena. Antes de poder decir una sola palabra, el cochero descendió para abrir la puerta con un gesto ceremonioso y Lesly, siempre diligente, le ofreció su mano para ayudarla a bajar.

—Todo saldrá bien, *milady* —dijo añadiéndole una mirada serena—. Estaré a su lado en todo momento.

Ella afirmó con un leve cabeceo, pero su rostro desvelaba sus pensamientos. La inquietud seguía latente en sus ojos. Sintió cómo el suelo frío la recibía con un temblor en las piernas. Se mantuvo serena, pese al dichoso estremecimiento que la invadía. Levantó la mirada y la dirigió hacia la entrada. Entonces descubrió que un séquito de sirvientes la esperaba en la puerta para recibirla. Se agarró con más fuerza al brazo de Lesly y caminó despacio hacia ellos. De repente, una figura alta avanzó y la observó con extrañeza. Era como si hubiera esperado una gallina y en su lugar hubiera encontrado un cisne blanco. Sin borrar la sonrisa de su masculino rostro, se dirigió hacia ella con rapidez.

—*Lady Grace* —dijo el hombre, con una inclinación de cabeza cortés mientras extendía su mano—. Soy Cassian Hantersey, su prometido.

El contacto de su mano, aunque breve y cubierto por los guantes, le transmitió una extraña sensación de frialdad. Grace mantuvo la compostura tras pensar que debía actuar con la fortaleza que siempre expresó su madre.

—Encantada de conocerlo, milord —respondió con una ligera reverencia.

Cassian esbozó otra sonrisa, aunque leve mientras sus ojos permanecían fijos en ella, analizándola como si fuera un objeto de estudio más que una persona.

—Acompañadme, por favor. Nuestra residencia la recibirá con los brazos abiertos —dijo con un tono de formalidad que no ocultaba del todo la distancia emocional.

Caminaron juntos con Lesly siguiéndoles discretamente. A medida que se acercaban al interior de la residencia, Grace pudo sentir las miradas curiosas de los sirvientes que se alineaban a los lados del pasillo. Era evidente que todos esperaban con ansias conocer a la mujer que se convertiría en su futura señora.

El silencio que compartían resultaba incómodo, aunque Hantersey se mostraba educado, algo en su actitud la incomodaba profundamente. Había una frialdad en sus movimientos, una distancia en su forma de hablar que no se parecía en nada a las historias románticas que alguna vez había soñado. El vestíbulo, con su suelo de mármol y una enorme escalera de caracol, daba paso a salones decorados con tapices y obras de arte, pero todo parecía carente de vida.

El comedor, al que pronto llegaron, era igual de imponente que el resto de la mansión, decorado con candelabros de cristal que colgaban del techo y grandes alfombras que amortiguaban los pasos. Todo era lujoso, pero sin alma. Cassian hizo un gesto hacia una de las sillas.

—Por favor, tome asiento.

Grace obedeció en silencio, aunque pronto notó que la expresión amable de su prometido había cambiado. Ahora, su rostro estaba serio y la sonrisa que había mostrado antes había desaparecido por completo.

—Supongo que tenemos mucho de qué hablar —dijo él con frialdad mientras los sirvientes se encargaban de servir el almuerzo.

Cada detalle estaba perfectamente calculado, pero Grace percibió la tensión que flotaba en el aire.

—He aceptado este matrimonio porque es el deseo de mi padre, quien lo pactó hace unos meses con su tío —continuó, sin apartar los ojos de ella—. Según tenía entendido, usted sobrepasaba mi edad y, por lo que veo, parece incluso más joven que yo. Comprendo que el tiempo no ha jugado en su contra.

El comentario, aunque formulado de manera educada, no dejó de hacerle daño. Grace sintió un ligero rubor en sus mejillas y bajó la mirada, procurando ocultar su incomodidad. Intentó hablar, para ofrecer alguna explicación. No obstante, antes de que pudiera pronunciar una palabra, Cassian levantó la mano, indicándole con un gesto que guardara silencio.

—Aunque entiendo que a ninguno de los dos nos agrada esta situación, comprendo que es lo mejor para ambos. Una vez casados, usted recuperará el respeto que perdió al marcharse con el difunto conde de Hasse y yo obtendré la vida que deseo —comentó con tono severo y carente de toda emoción.

—¿La vida que desea? —espetó Grace amusgando los ojos.

—Estoy enamorado de otra mujer. No pertenece a la aristocracia, por lo que no puedo casarme con ella, pero mi corazón le pertenece. Este matrimonio es solo una formalidad, *lady* Grace. Nada más.

Las palabras de Hantersey la golpearon con fuerza. Cada sílaba era una nueva estocada que la hundía más en el abismo que temía desde que había aceptado la farsa. El sueño de casarse con alguien que la amara se desmoronaba frente a sus ojos. La idea de un matrimonio sin amor

siempre había sido una preocupación latente en su mente, pero ahora, escuchar la cruda realidad de los labios de su prometido le heló el alma.

—No habrá amor entre nosotros —continuó él con calma—. Sin embargo, le aseguro que tendrá una vida tranquila y una posición respetable. No visitaré su lecho a menos que sea necesario para engendrar descendencia. Después de eso, será libre de llevar su vida como desee.

La muchacha sintió que el suelo desaparecía bajo sus pies. A pesar de todo, se obligó a mantener la compostura. Era el destino que su madre le había impuesto y ella había decidido aceptarlo.

—Entiendo, milord —respondió con una voz tranquila, aunque su interior se hacía añicos.

Cassian alzó su copa, la sonrisa que había desaparecido ahora regresaba con una frialdad inquietante.

—¡Brindemos entonces, *lady* Grace! Celebremos este acuerdo.

Grace alzó su copa, aunque su alma gritaba por detener ese destino. No había vuelta atrás. Se encontraba atrapada en una encrucijada cuyo fin era la desgracia eterna.

—Por nuestro trato —dijo finalmente, susurrando las palabras como si fuera una sentencia.



El gran salón se había preparado para expresar a los asistentes la riqueza y el lujo que poseían los Symes. Las cortinas de terciopelo color carmesí caían desde lo alto, enmarcando ventanas tan grandes que permitían que los últimos rayos del crepúsculo iluminaran las lámparas de araña que colgaban majestuosas sobre las cabezas de los invitados. Los muebles, de madera oscura y meticulosamente tallados, reflejaban el brillo de las velas, y la música que llenaba el ambiente era proporcionada por un grupo de músicos vestidos con trajes elegantes y sobrios.

Las damas de la alta sociedad lucían sus mejores joyas, cada una intentando eclipsar a las demás, mientras las jóvenes solteras suspiraban en silencio. El futuro duque de Symes acababa de comprometerse y para muchas de ellas un gran partido se les había escapado entre sus dedos. Los caballeros, por su parte, intercambiaban palabras corteses, aunque sus miradas constantemente se dirigían hacia la puerta, esperando la aparición de la intrigante prometida. La expectación era palpable y cada movimiento de las personas dentro del salón aumentaba la tensión.

De repente, la música cesó. Un murmullo recorrió la sala y las cabezas se giraron al unísono hacia la gran entrada. Los actuales duques de Symes, una pareja de ancianos, entraron en el salón. Vestidos con trajes de gala, sonreían radiantes mientras saludaban con pequeños gestos de la mano a los invitados. Con una lentitud ceremoniosa, caminaron hacia el interior del salón, creando un sendero de respeto entre los presentes, quienes inclinaban la cabeza en su honor.

Justo detrás de ellos aparecieron Cassian y Grace. Un susurro generalizado estalló entre los invitados. Todas las miradas se posaron sobre ella. La joven estaba deslumbrante. Sobre su cabello rubio descansaba una delicada tiara, cuyas piedras preciosas reflejaban la luz de las velas, haciéndola parecer una princesa de cuento. Su vestido, de un delicado tono marfil con finos bordados de plata, ceñido en la cintura y extendido en una falda de encajes, realzaba su figura esbelta. Los detalles del traje, desde los intrincados encajes hasta las sedas más suaves, eran una prueba más de la riqueza y el estatus que acompañaban su presentación.

Los cuchicheos no tardaron en surgir. Grace se parecía tanto a su madre que muchos comenzaban a comentar que los años no pasaban por ella. A pesar de su reciente viudez, su aspecto juvenil y su aire de serenidad desconcertaban a todos. Parecía mucho más joven de lo que los rumores habían dejado entrever y eso solo aumentaba el misterio en torno a ella.

Al otro lado del salón, casi escondido en un rincón, Marcus observaba la escena. Había pasado todo el evento en la sombra, manteniéndose al margen, pero no podía apartar la mirada de la entrada por donde había aparecido la prometida de su amigo. Cuando finalmente la vio acceder, reconoció al instante a la mujer que estaba del brazo de Cassian. Se sorprendió tanto que escupió el sorbo de champán que acababa de beber.

El corazón de Westlin comenzó a latir con fuerza. Era la misma joven con la que había chocado en la calle, la misma que, con una mirada fugaz y un perfume embriagador, lo había dejado desconcertado. Una mezcla de asombro y enfado se apoderó de él. Si hubiera sabido

entonces quién era ella, habría evitado toda aquella parafernalia. Maldecía para sus adentros, imaginando el bochorno que la familia de su amigo sufriría si se descubría la verdad sobre la mujer.

Pero algo no cuadraba. La condesa de Hesse que él conocía debía ser una mujer de más de cuarenta años, con cabello rubio y ojos verdes. La joven que acompañaba a Cassian, sin embargo, era mucho más joven y sus ojos, lejos de ser verdes, eran de un azul profundo y cristalino. ¿Qué estaba ocurriendo? ¿Quién mentía? ¿La familia de su amigo o la misma condesa de Hesse? Cada vez más confundido, Marcus no podía apartar los ojos de Grace.

Mientras la joven pareja caminaba por el salón, saludando a los invitados, Westlin tenía sus ojos clavados solo y exclusivamente en ella. Estaba decidido a descubrir la verdad. Desde su posición, la observó detenidamente: los gestos, la forma en que sonreía, cuándo parecía relajada y cuándo algo la perturbaba. Había una gracia natural en sus movimientos, una compostura que solo alguien de la alta sociedad podría tener. Sin embargo, a pesar de esa elegancia aparente, había algo que lo inquietaba de manera profunda.

Cuanto más la miraba, más crecía su obsesión por averiguar quién era realmente. No podía entender cómo una mujer tan joven y hermosa podía ser la asesina que andaba buscando.

Sin pensarlo demasiado, decidió acercarse. Con paso firme, atravesó el salón y se dirigió hacia la pareja. Cassian fue el primero en notar su presencia y, con una amplia sonrisa, extendió la mano hacia su amigo.

—¡Westlin! Pensé que no vendrías —exclamó con sincera alegría.

—No podría perderme el momento más importante de tu vida —respondió, estrechando la mano, aunque su mirada nunca abandonó a Grace.

Cassian, notando la atención de Marcus, se giró hacia su prometida.

—Querida, este es mi buen amigo Marcus Baxter, marqués de Westlin.

Marcus extendió la mano hacia Grace con una leve inclinación de cabeza.

—Encantado de conocerla, señorita...

Antes de que Grace pudiera responder, Cassian intervino.

—Ella es Grace Collier, la viuda del conde de Hesse.

Un silencio momentáneo cayó entre los tres. Marcus no podía creer lo que acababa de escuchar. Grace lo miró, tratando de mantener la calma, aunque su inquietud era palpable.

—Milord, el gusto es mío. Espero que el tropezón del otro día no le causara ninguna molestia —dijo esbozando una sonrisa débil.

Cassian frunció el ceño, claramente confundido.

—¿Tropezón?

Westlin, manteniendo una expresión serena, besó la mano de Grace con calma y luego dirigió su atención nuevamente a Hantersey.

—Fue un contratiempo sin importancia. Estaba distraído y no la vi. En realidad, debería preguntarle a ella si el impacto le causó alguna molestia —explicó con suavidad, mientras ella se ruborizaba visiblemente.

—No, milord, no se preocupe. Estoy perfectamente —respondió, agarrando con más fuerza el brazo de su prometido.

Antes de que Cassian pudiera continuar con la conversación, su madre apareció, interrumpiendo el momento.

—Hijo, los Beneditt desean conocer a *lady* Grace —anunció la duquesa, con una sonrisa afable.

—Nos disculpamos, Westlin —dijo—. Si quieres, podemos seguir hablando de ese tropezón cuando hayamos saludado y conocido a todos los invitados.

—Tranquilo, no hay mucho más que decir al respecto —respondió Marcus cortésmente, aunque su mente seguía enfocada en Grace.

A medida que la pareja se alejaba, Westlin continuó observándolos, con la determinación de que averiguaría la verdad antes de que la boda se celebrara.

—Voy a saber quién eres, Grace Collier —murmuró para sí mismo antes de girar sobre sus talones y abandonar el salón.

## VI



El gélido viento azotaba el rostro de Marcus mientras galopaba sin descanso a través de los pueblos que alguna vez habían visto crecer a la condesa de Hesse. Habían sido días de viaje, de preguntas sin respuestas y de una creciente sensación de urgencia. El tiempo se agotaba y cada rincón que visitaba solo añadía más frustración a su ya enredada mente. No podía permitir que la boda tuviera lugar, no cuando estaba casi seguro de que la mujer que acompañaba a su amigo no era quien decía ser.

Las aldeas, tranquilas y apacibles, contrastaban profundamente con la agitación que lo consumía por dentro. Los lugares de antaño, los caminos empedrados y los cielos nublados parecían imperturbables ante la desesperación de Westlin. Todo seguía igual que siempre, pero él sentía que algo oscuro acechaba en los rincones más ocultos de esas tierras. Mientras hablaba con los antiguos sirvientes de la familia de la condesa, cada palabra que obtenía lo empujaba más hacia el borde del abismo.

Muchos de los lacayos que habían trabajado en las residencias del barón, padre de la condesa, afirmaban que, después de su partida para casarse, la familia renegó de ella, como si nunca hubiera existido. Ninguna mención, ningún recuerdo. Toda la herencia, dijeron, fue a parar a un sobrino del barón, que ahora vivía en la propiedad familiar. Marcus no tuvo más remedio que buscar a este hombre, esperando que le proporcionara la información que necesitaba para detener la inminente catástrofe.

Cuando por fin se reunió con dicho personaje, la conversación fue tan frustrante como las anteriores. El hombre solo le habló de anécdotas infantiles, recuerdos borrosos de encuentros familiares, pero nada que pudiera ofrecerle la verdad que tanto ansiaba. Excepto por un detalle.

—La condesa de Hesse tenía una cicatriz en el hombro derecho —mencionó casualmente—. Fue la marca que le dejó una caída del caballo cuando era una niña.

Marcus recordó entonces el momento en que la joven apareció con aquel vestido deslumbrante en el salón. Sus hombros al aire no mostraron la señal que el hombre le indicaba. Esa pequeña pero crucial pieza del rompecabezas confirmaba lo que había sospechado durante días: la mujer que estaba a punto de casarse con Cassian no era la verdadera condesa de Hesse. Era una impostora.

Con el corazón acelerado, Marcus abandonó la residencia del sobrino; su mente trabajaba a toda velocidad. Si bien la revelación de la cicatriz confirmaba sus sospechas, no tenía pruebas contundentes para detener la boda. Sentía una creciente desesperación, como si cada segundo que pasaba lo acercara más al abismo. El rostro de Grace aparecía una y otra vez en su mente. ¿Cómo había llegado hasta ahí? ¿Qué papel estaba jugando en todo esto? Y, sobre todo, ¿cómo podría evitar que destruyera la vida de su amigo?

El tiempo corría sin poder detenerlo y, mientras galopaba de regreso hacia Londres, Westlin no podía sacudirse la sensación de urgencia que lo devoraba por dentro. Cada kilómetro que recorría lo acercaba a la decisión inevitable: descubrir toda la verdad, sin importar el costo.

Aunque también, con cada paso, la obsesión por Grace crecía, arraigándose en su ser de una manera que no podía controlar.

Después de tres largos días de búsqueda infructuosa, Marcus finalmente regresó a su hogar. La oscuridad comenzaba a caer sobre la ciudad cuando cruzó las puertas de la mansión. Estaba exhausto, tanto física como mentalmente. Sin embargo, la furia y la frustración que lo consumían no le permitían descansar. Apenas desmontó de su caballo, Ryder, su fiel mayordomo, apareció para recibirlo con la misma impecable cortesía de siempre.

—Bienvenido, milord —lo saludó con una inclinación de cabeza.

—Prepara una tina de agua caliente y una cena —ordenó con tono seco, casi brusco.

—Por supuesto. Lo haré de inmediato —respondió sin inmutarse, acostumbrado a la severidad de su amo.

Mientras subía las escaleras hacia su alcoba, Westlin sintió cómo el peso de los últimos días se instalaba en sus hombros. Cada músculo de su cuerpo estaba tenso, pero su mente no dejaba de funcionar, como un reloj que nunca se detiene. Sabía que el descanso era necesario. No obstante, había algo más que lo mantenía alerta. Algo que lo perseguía desde el primer momento en que la había visto.

Una vez en su habitación, Marcus comenzó a desvestirse lentamente, dejando que las prendas cayeran al suelo una tras otra. El aire frío de la estancia lo envolvía, aunque no lograba calmar el ardor que sentía en su pecho. No era solo la necesidad de descubrir la verdad lo que lo mantenía despierto, sino algo mucho más visceral. Desde que la conoció, desde ese primer encuentro en la calle, algo en él había cambiado.

Su mente no podía dejar de regresar a ese momento: el tropezón, la cercanía, el breve contacto entre sus cuerpos. Era como si una corriente invisible lo hubiera atravesado entonces, algo que aún no lograba comprender. El impacto había sido inmediato y aunque habían pasado días desde entonces, la intensidad de esa sensación no había disminuido en lo más mínimo.

Se detuvo frente al espejo con la mirada fija en su reflejo. A pesar de su severa expresión, Marcus podía ver cómo la confusión lo consumía. Cada pensamiento volvía a ella. A Grace. No solo por el misterio que la rodeaba, sino por el deseo creciente que comenzaba a tomar el control de su mente. Un anhelo que lo quemaba por dentro, haciéndolo sentir vulnerable ante alguien en quien no podía confiar.

Cuando la tina estuvo lista, Westlin se sumergió en el agua caliente, esperando que el calor le proporcionara el alivio que tanto necesitaba. Pero tan pronto como el agua envolvió su cuerpo, la tensión en su interior se intensificó. Era como si el calor del baño no hiciera más que avivar las llamas que ya ardían en su pecho.

Apoyó la cabeza contra el borde de la tina y cerró los ojos. Y entonces, como un torrente imparable, los recuerdos volvieron: los ojos azules de Grace, profundos y llenos de secretos; su cabello rubio, que caía en suaves ondas sobre sus hombros; el perfume embriagador que había llenado sus sentidos en el paseo; la suavidad de su piel, el delicado contorno de su clavícula, los labios con forma de corazón...

Marcus sintió cómo su respiración se aceleraba. No podía evitarlo. Cada parte de su ser reaccionaba ante la simple evocación de Grace. La tensión, que había intentado suprimir durante días, se transformó en una necesidad palpable. La imagen de ella lo envolvía como una tormenta de emociones.

Incapaz de contenerse, Marcus dejó que sus pensamientos se sumergieran más profundamente en cada detalle de la joven. Su mente repasaba cada rasgo: sus ojos, su sonrisa, la melodía de su

voz. Era como si estuviera presente en ese momento, como si la tuviera frente a él, pero inalcanzable al mismo tiempo...

La tensión creció hasta hacerse insoportable y un gemido escapó de sus labios al llegar al clímax. Pero la liberación no trajo consigo la paz que esperaba. Al contrario, tan pronto como el eco de su propio aliento se desvaneció en el silencio de la habitación, una ola de frustración se apoderó de él.

Golpeó el agua con el puño, salpicando todo a su alrededor. El líquido caliente, que antes había parecido reconfortante, ahora se sentía sofocante. La paz que había esperado encontrar se evaporó en un instante, reemplazada por una ira feroz.

¿Cómo podía haber caído tan bajo? ¿Cómo podía haber permitido que una mujer, una posible impostora, se apoderara de sus pensamientos de esa manera? La desilusión lo devoraba. No solo era el deseo lo que lo atormentaba, sino también los celos que sentía al ver a Cassian junto a ella. Y, peor aún, su incapacidad para desentrañar el misterio de quién era realmente Grace.

—Voy a descubrir la verdad —murmuró para sí mismo con la voz cargada de determinación.

Pero en lo más profundo de su ser, Marcus sabía que no era solo la verdad lo que lo movía. El deseo, la rabia y la obsesión se entrelazaban de manera tan compleja que apenas podía distinguir una emoción de la otra. La mujer que estaba en el centro de sus pensamientos, no solo representaba un peligro para su amigo, sino también una amenaza para el control que siempre había mantenido sobre sí mismo.

Marcus salió de la tina con movimientos bruscos. El agua salpicaba en todas direcciones mientras se secaba apresuradamente. A pesar de la furia que lo envolvía, algo más lo impulsaba: una necesidad de acción, de resolver el misterio que lo atormentaba. No podía esperar más. La boda estaba cada vez más cerca y él seguía sin pruebas suficientes para detenerla.

Mientras se vestía rápidamente, sus pensamientos continuaban girando en torno a la muchacha. «¿Quién es realmente?», se preguntaba una y otra vez. Aunque sabía que debía actuar con cautela, el impulso de confrontarla era abrumador. No podía seguir observando desde la distancia; debía estar más cerca, lo suficiente como para descubrir sus secretos y hacer que cayera en su propia trampa.

Con una última mirada al espejo, Marcus se vio a sí mismo más decidido que nunca. Sus ojos oscuros reflejaban una mezcla de emociones que ni siquiera él lograba comprender del todo. Salió de su habitación, dirigiéndose al estudio donde solía ordenar sus pensamientos. Allí, el silencio reinaba, solo interrumpido por el crepitar del fuego en la chimenea. La penumbra de la habitación lo rodeaba, aunque lejos de tranquilizarlo, solo avivaba el torbellino en su mente.

Se sirvió una copa de *brandy* y se dejó caer en el sillón junto al fuego. Sabía que debía pensar fríamente, trazar un plan que lo llevara a obtener la información que necesitaba. Si Grace era una impostora, debía encontrar pruebas. Solo así podría salvar a Cassian de un destino trágico.

Sus dedos tamborileaban contra el brazo del sillón mientras su mente trabajaba a toda velocidad. «Acercarme a ella, hacer que confíe en mí...». Pero el pensamiento lo incomodaba. No podía evitar que, al imaginarse cerca, el deseo se mezclara con la determinación. ¿Era realmente capaz de mantener la cabeza fría? ¿O su obsesión terminaría por consumirlo antes de que lograra descubrir la verdad? ¿Cómo era posible que Cassian no viera lo que él veía? ¿Cómo podía estar tan ciego ante la evidente farsa que tenía frente a sus ojos? Marcus apretó los puños, sintiendo la ira ascender una vez más. No permitiría que esa mujer obtuviera lo que se había propuesto.

Se levantó del sillón y comenzó a caminar por la sala, con la mente repleta de pensamientos contradictorios. Por un lado, estaba decidido a descubrir la verdad, a proteger a Cassian a

cualquier precio. Por otro, no podía negar la atracción que sentía hacia Grace, una atracción que complicaba aún más la situación.

«No puedo permitirme el lujo de dejarme llevar por el deseo», se dijo, como si al repetir esas palabras pudiera convencerse a sí mismo. Sin embargo, la verdad era que ya estaba siendo arrastrado y la lucha interna entre el deber y el deseo solo aumentaba con cada pensamiento que la incluía a ella.

Mientras las horas de la noche se alargaban, Westlin supo que no había marcha atrás. Se dirigió a la ventana y observó la ciudad dormida. Las luces de las farolas titilaban a lo lejos, pero ninguna ofrecía las respuestas que tanto anhelaba. Debía encontrar la manera de estar cerca, de ganarse su confianza sin revelar sus verdaderas intenciones. No obstante, lo más difícil sería mantener a raya el deseo que lo consumía cada vez que la imaginaba.

—Voy a saber quién eres, Grace Collier —murmuró con voz ronca, mientras se preparaba mentalmente para lo que vendría.

La batalla interna que lo atormentaba estaba lejos de resolverse. Sabía que enfrentarse a ella no sería fácil y que cuanto más se acercara a la verdad, más difícil sería mantener el control. Pero una cosa estaba clara para Marcus: no descansaría hasta hallar las respuestas que necesitaba, aunque eso lo llevara a enfrentarse a los aspectos más oscuros de su propio ser.

## VII



El día anterior a la boda había llegado y Westlin sentía que el tiempo le jugaba una broma macabra. La noche anterior la había pasado vagando por los pocos lugares donde creía que aún podría obtener información sobre la condesa de Hesse. Sin embargo, cada puerta a la que llamaba parecía cerrarse en su cara. Ninguna pista, ningún rastro que pudiera darle alguna certeza. ¿Por qué era tan difícil encontrar algo sobre una mujer que, según los rumores, debía ser famosa por sus escándalos?

Sentado en su despacho, observaba el fuego crepitar en la chimenea. Las llamas que danzaban ante sus ojos no lograban calmar la odisea que lo asediaba. El calor del licor que sostenía en la mano tampoco lo tranquilizaba; en realidad, solo avivaba su frustración. «¿Qué me estoy perdiendo?», pensaba una y otra vez. La pieza que faltaba en ese intrincado rompecabezas que seguía fuera de su alcance.

Grace. Sabía que ese era su verdadero nombre, pero no estaba seguro de que estuviera familiarizado con el apellido Collier. Lo había percibido cuando Cassian lo nombró. Una pequeña y casi imperceptible arruga había aparecido en su rostro al escucharlo. Parecía que le causaba dolor o tal vez resquemor. ¿Por qué? Marcus golpeó el brazo del sillón, exasperado. Estaba agotado, tanto física como mentalmente, pero la idea de dejar que la boda se celebrara sin haber descubierto la verdad lo destrozaba. Se levantó de un salto y se dirigió hacia el decantador de bebida. Se sirvió otra copa, la cuarta durante la tarde. «Esto no tiene sentido», pensaba, mientras sus dedos jugueteaban con el vaso, haciendo girar el líquido en su interior. «Nada tiene sentido».

Justo cuando iba a beber, un golpe suave interrumpió sus pensamientos.

—Milord, hay un caballero en la puerta que desea verlo. —La voz del criado resonó desde el otro lado de la entrada—. Dice que tiene información importante que podría interesarle.

Marcus alzó una ceja, sin apartar la mirada del fuego. «Otro más», meditó con desdén. Había perdido la cuenta de cuántas veces había recibido falsas pistas, personas que buscaban enriquecerse ofreciéndole información sin valor alguno. No obstante, algo en su interior lo obligó a no rechazar esta visita.

—Hazlo pasar —ordenó, moviendo el licor dentro de su copa de manera reflexiva.

El criado salió en silencio y poco después, una nueva serie de golpes suaves indicaron que el visitante había llegado.

—Adelante —dijo Marcus, sin retirar la mirada de las llamas.

El criado abrió la puerta y entró, seguido de un hombre de mediana edad. Vestía de manera sencilla, pero pulcra, con un traje almidonado que indicaba que, aunque no era un noble, pertenecía a una clase social respetable. Su postura era firme, pero en sus ojos había una mezcla de respeto y cautela.

—Milord —comenzó el hombre con voz seria—. Lamento la intromisión, soy Donald Walter y creo que tengo información sobre la condesa de Hesse que podría interesarle.

Marcus no lo miró de inmediato. Aún sostenía su copa, el licor se movía lentamente en su interior. La desconfianza habitual ante esos encuentros lo asaltó de inmediato.

—¿Qué información podría interesarme? —preguntó con tono rudo, casi despectivo. No esperaba nada nuevo.

El hombre, sin embargo, no se inmutó. Permaneció en el umbral, esperando una invitación para avanzar.

—He oído que busca saber sobre su vida y creo que puedo ayudarlo.

Marcus finalmente alzó la vista, observando al hombre con mayor interés. Todavía no había decidido si era alguien digno de su tiempo o simplemente otro oportunista en busca de una recompensa fácil.

—¿Cuánto quieres por esa información? —espetó Marcus, sin moverse de su asiento.

El hombre negó con la cabeza de manera casi imperceptible.

—No pido nada, milord. Solo que valore mi información una vez que se la haya dado —respondió, manteniendo la calma.

Aquella respuesta lo sorprendió lo suficiente como para que dejara de mover el licor en su copa y lo observara con más atención. La postura del hombre y su tono seguro indicaban que, al menos, no era un mendigo buscando ganar unas monedas.

—Adelante —dijo con algo más de interés—. Dime lo que sabes de la condesa de Hesse.

El hombre avanzó unos pasos, aunque aún mantenía una distancia respetuosa. Sus manos, cruzadas frente a él, parecían temblar ligeramente, pero su voz no vacilaba.

—Milord, fui el ayudante de cámara de lord Hesse desde que cumplió los veinte años. Siempre le fui fiel y por ese motivo, cuando él y la condesa se casaron en secreto, me fui con ellos. Vivieron en Francia durante muchos años y yo fui ascendido a mayordomo principal. Conozco la vida de mi señor tan bien que puedo responder cualquier pregunta que tenga... —El hombre hizo una pausa, como si midiera sus próximas palabras.

Marcus entrecerró los ojos, su interés crecía rápidamente. Ese hombre, al parecer, no era otro de los charlatanes que había encontrado en el pasado. La forma en que hablaba, la precisión con la que describía los eventos... Algo en él era diferente. Ese hombre tenía conocimiento verdadero.

—¿Por qué has venido ahora? —preguntó con voz más seria. Ya no había desdén en su tono, solo una creciente curiosidad—. ¿Por qué no has hablado antes?

El hombre bajó la mirada por un momento antes de responder.

—Milord, he permanecido en silencio durante mucho tiempo por lealtad a mi señor. Pero ahora que la boda de la condesa está a punto de celebrarse, creo que es el momento de que usted sepa lo poco que yo conozco de ella. No es mucho, pero quizás lo ayude a encontrar las respuestas que busca.

Marcus, aunque desconfiado, no pudo evitar sentirse cautivado por lo que el hombre decía. El caballero no parecía tener una agenda oculta, sino que hablaba con la firmeza de quien había guardado secretos por años.

—Habla —dijo Marcus, más calmado, pero completamente enfocado en el hombre que estaba frente a él—. Y asegúrate de que lo que digas valga la pena.

El hombre asintió lentamente, avanzando un paso más.

—He visto a la condesa de Hesse durante su primera noche en el hotel que se hospeda y, aunque se parece mucho a ella, no se trata de la misma mujer. Cuando *milady* se marchó de Francia, estaba muy enferma y estaba acompañada por una doncella y su hija. Yo creía que,

durante estos años sin noticias de ella, habría fallecido. De hecho, cuando supe que había regresado a Londres y que volvía a casarse, busqué la manera de acercarme para pedirle trabajo.

—¿Y? —espetó Westlin con el corazón latiéndole a mil por hora.

—La doncella es la misma persona que yo recordaba, pero la condesa no lo es —aseguró.

## VIII



El suave murmullo de pasos sobre las alfombras del pasillo y las voces apagadas del personal de servicio llegaban débilmente a través de la puerta cerrada de la habitación de Grace. A pesar del lujo que la rodeaba, el ambiente de la estancia era irrespirable. El vestido de novia colgaba en un rincón, una sombra blanca y perfecta que parecía mirarla con una promesa que no quería cumplir.

Ella estaba sentada al borde de la cama, con las manos entrelazadas sobre su regazo, observando las llamas danzar en la chimenea. Aunque el calor del fuego no lograba aliviar la frialdad que sentía en su interior. Lesly había salido para atender a un criado de Symes, dejándola sola con sus pensamientos, algo que solo servía para profundizar su angustia.

Observó el vestido una vez más y la melancolía la invadió. No se sentía como una novia y mucho menos una feliz. Con un suspiro ahogado, se levantó y caminó hacia el fuego. El matrimonio que estaba a punto de aceptar no era lo que ella había soñado. El simple pensamiento de pasar toda su vida al lado de un hombre cuyo corazón pertenecía a otra mujer le causaba náuseas. Apretó las manos con fuerza, sintiendo cómo sus uñas se clavaban en sus palmas. Se sentía atrapada en un destino que no había elegido y la idea de vivir en una mentira eterna la llenaba de pavor.

De repente, un nudo se formó en su garganta. Su sueño siempre había sido mucho más sencillo: deseaba una vida tranquila en el campo, lejos de la aristocracia y las mentiras. Pensó en Escocia, el lugar donde había soñado vivir, rodeada de naturaleza y paz. Pero ¿cómo podía huir ahora? ¿Cómo podía traicionar la memoria de su madre al romper el juramento que le había hecho?

Las lágrimas comenzaron a deslizarse por sus mejillas y esta vez no pudo detenerlas. Se cubrió el rostro con las manos, dejando que el llanto silencioso la consumiera. Sentía que todo a su alrededor escapaba de su control, que sus sueños se desvanecían mientras el futuro avanzaba imparable hacia ella.

El sonido de unos golpes en la puerta la hizo sobresaltarse. Grace se apresuró a limpiarse las lágrimas con las mangas de su vestido, tratando de recuperar la compostura antes de que Lesly regresara. No quería que la viera así, en ese estado de vulnerabilidad.

—Adelante —dijo con la voz apenas controlada.

Pero la voz que respondió desde el otro lado no era la de su doncella.

—Señorita Collier, soy Marcus Baxter y vengo a buscarla.

El corazón de la muchacha se detuvo por un momento y luego comenzó a latir desbocado. ¿Qué hacía él allí? ¿A buscarla? El temor la invadió. Sabía que algo no estaba bien. «¿Qué quiere de mí?», se preguntaba mientras intentaba evitar enfrentarse a él.

—Estoy sola, milord —respondió tratando de mantener la calma, aunque su voz temblaba—. No es conveniente que nos reunamos.

El silencio que siguió fue corto, pero lleno de tensión. La respuesta de Marcus no tardó en

llegar, y cuando habló, su voz era firme, dejando claro que no aceptaría excusas.

—O abre por las buenas o abriré por las malas.

El miedo se apoderó de la joven. Sabía que no tenía opción. Lentamente, con las manos temblorosas, se acercó a la puerta. Todo su cuerpo parecía estar a punto de desmoronarse. Su corazón latía con tal fuerza que temía que Marcus pudiera escucharlo desde el otro lado. Esa premonición que había sentido desde su llegada a Londres estaba a punto de cumplirse.

Giró el pomo de la puerta con cuidado, pero antes de poder abrirla completamente, Marcus empujó con fuerza, haciendo que retrocediera varios pasos. La intensidad del movimiento fue tal que ella perdió el equilibrio. Antes de que cayera, Marcus la sujetó por la cintura. Una vez más, estaba atrapada entre sus brazos, sintiendo el calor de su cuerpo, su respiración agitada y el contacto la desarmó por completo.

Por un breve instante, el miedo se mezcló con una confusa sensación de cercanía, de familiaridad. Pero Westlin, consciente de lo que su proximidad provocaba en ambos, la soltó de golpe. Con un gesto brusco, la apartó de su lado y en su rostro se había dibujado una expresión de lucha interna. El desconcierto en el rostro de Grace se convirtió en aprensión y Marcus lo notó. A pesar de su dureza, no pudo evitar sentir una punzada de culpa. No había querido asustarla, aunque sabía que no podía dejar que sus emociones lo desviaran de su objetivo.

—¿Qué... deseáis, milord? —preguntó finalmente con apenas un susurro.

Marcus la miró; sus ojos oscuros reflejaban la tensión interna que lo consumía. Intentaba mantener el control. Sin embargo, la cercanía de la muchacha, su fragilidad, hacía que sus emociones se volvieran cada vez más difíciles de contener.

—No os casaréis con Hantersey —dijo con voz firme. Sus palabras eran tan cortantes como una sentencia—. Una embustera no puede lograr su propósito.

Grace sintió cómo todo su mundo se detenía. Sus manos cayeron a ambos lados, incapaz de encontrar una respuesta. ¿Cómo la había descubierto? ¿Qué había salido mal? ¿Qué detalle había fallado en el plan cuidadosamente trazado por su madre?

—¿Cómo decís? —logró murmurar, controlando el temblor en su voz mientras el pánico crecía dentro de ella.

Marcus dio un paso hacia adelante con su mirada fija en aquellos ojos azules que le habían robado el alma.

—Que... no... se... va... a... casar... con... Cassian.

Con cada palabra, la distancia entre ellos se acortaba hasta que quedaron tan cerca que podían sentir el calor el uno del otro. Sus respiraciones agitadas, sus miradas intensas, todo en ese momento estaba cargado de una tensión que parecía a punto de estallar. Ninguno de los dos retrocedía, ambos estaban atrapados en ese enfrentamiento silencioso, aunque poderoso.

—¿Por qué? —preguntó Grace, procurando mantener la compostura. Aunque el temblor en su voz la traicionaba.

Marcus, sin apartar la mirada, dejó caer la verdad como una sentencia final.

—Porque es la doncella de la condesa de Hesse.

Las palabras de Marcus fueron como un puñetazo para Grace. Todo su esfuerzo por mantener la fachada, por ocultar la verdad, parecía derrumbarse en un instante. La presión que había sentido durante tanto tiempo, el miedo constante a ser descubierta, finalmente la sobrepasó. Notó que el mundo se volvía borroso a su alrededor. Antes de poder reaccionar, todo se oscureció y percibió, por tercera vez, que aquel hombre volvía a cogerla en sus brazos.

## IX



**Grace** abrió los ojos lentamente y una mezcla de desconcierto y temor la invadió al instante. El aire estaba impregnado con una fragancia que no le resultaba familiar: una mezcla sutil de sándalo y cuero, con un toque de frescura cítrica. Ese aroma, sin lugar a duda, pertenecía al marqués. Su mente, todavía adormecida por la confusión, trataba de situarse.

Se incorporó despacio, parpadeando al observar su entorno. Las sombras de la alcoba eran largas y profundas, proyectadas por el fuego en la chimenea, dándole un respiro del frío que parecía haberse instalado en su piel. La habitación era claramente masculina: muebles de madera oscura y maciza, estanterías repletas de libros y cortinas gruesas que bloqueaban cualquier sonido del exterior. Todo en ese espacio parecía gritar autoridad y control.

Fue entonces cuando el recuerdo la golpeó. Las imágenes de Marcus en el hotel invadieron su mente como un torrente: su voz dura, la mirada fría y la confrontación que había dejado su mundo al borde del abismo. Se llevó una mano al pecho, tratando de calmar el latido acelerado de su corazón. La habían descubierto. El marqués sabía que no era quien decía ser. Y ahora, ¿qué iba a pasar?

Grace miró la puerta de la alcoba. Debía actuar rápido. Su única esperanza era encontrar a Lesly y huir juntas antes de que fuera demasiado tarde. Levantándose con cautela, se acercó a la puerta, asegurándose de no hacer ruido. El silencio del pasillo al otro lado era abrumador, pero algo en ella sabía que no estaría sola por mucho tiempo.

Descalza, avanzaba por el largo corredor con pasos ligeros, como un fantasma que no quería ser descubierto. Cada sonido, por pequeño que fuera, hacía que su corazón saltara. Descendió las escaleras de madera con cuidado, sintiendo el frío bajo sus pies. Aunque cuando llegó al vestíbulo, su atención se desvió hacia unos gritos provenientes de una sala cercana.

Por un instante, el deseo de escapar la abandonó, sustituido por una punzante curiosidad. Con el corazón en la garganta, se acercó en silencio hacia la puerta entreabierta de la sala y se escondió detrás de las gruesas cortinas, espiando desde la sombra. Allí estaban Marcus y Cassian, ambos en el centro de la habitación, en medio de una acalorada discusión.

—¿Cómo se te ocurre hacerme esto, Westlin? ¡Mañana es la boda! —gritaba Cassian visiblemente enfadado.

—¿Boda? —respondió Marcus con tono irónico—. ¿Sigues pensando en casarte con una mentirosa?

Grace contuvo el aliento. Las palabras de Marcus la golpearon como una bofetada. El pánico comenzó a apoderarse de su cuerpo. Desde donde se encontraba, pudo ver cómo su prometido levantaba el puño, dispuesto a asestarle un buen golpe. Sin embargo, este nunca llegó.

—¿Qué pasa? ¿No vas a castigarme? —lo provocó Marcus, manteniéndose firme y mirándolo desafiante.

Cassian bajó el puño lentamente, con las manos temblorosas por la rabia contenida.

—Debería hacerlo —admitió con la voz cargada de frustración.

—Pero no lo harás —continuó Marcus con tono severo—. Porque sabes que tengo razón. No puedes casarte con ella porque es una simple doncella.

Grace sintió que el mundo se le desmoronaba. ¿Su prometido sabía la verdad? Su mente estaba a punto de estallar con las preguntas, aunque no podía apartar la vista de la escena que se desarrollaba ante ella.

Cassian se alejó un paso, como si necesitara distancia para procesar las palabras de Marcus. Tras un largo suspiro, finalmente habló:

—Sí, en efecto. Conocía la verdad —admitió con un tono más apagado—. Lo descubrí en cuanto bajó del carruaje. Mis padres no dejaban de hablar de cómo era la condesa de Hesse y de cómo debía comportarme por la diferencia de edad. Sin embargo, al verla, pensé que la vida me había mandado un milagro para ayudarme.

Grace sintió un escalofrío recorrerle la espalda. Escuchar a Cassian decir *ayudarme* la llenó de un pánico indescriptible. ¿Qué planeaba? Su mente buscaba desesperadamente una explicación mientras sus ojos no se apartaban de los dos hombres en la sala.

Marcus frunció el ceño, incrédulo ante lo que acababa de oír.

—Bien, te podía ayudar. Pero hay más mujeres que podían salvarte. ¿por qué ella? —preguntó con tono más controlado, aunque la tensión en su cuerpo era evidente.

Cassian cerró los ojos por un instante, como si buscara fuerzas para decir lo que venía a continuación.

—Porque para mis padres, ella es la condesa de Hesse. Eso es lo único que me importa. Clarisse está embarazada de dos meses y no quiero que mi hijo nazca como un bastardo.

El silencio que siguió fue absoluto. Grace sintió que todo su cuerpo se paralizaba. ¿Clarisse? ¿Embarazada? Las palabras retumbaban en su mente como si alguien hubiera gritado dentro de su cabeza. La mujer que amaba su prometido estaba embarazada y se había apoyado en ella... ¿para qué?

—¿Pretendes casarte con Grace solo para legitimar a tu hijo? —La voz de Marcus era baja, pero la incredulidad en sus palabras era evidente.

—Sí —respondió Cassian, con una frialdad que heló a Grace—. Mi plan era casarme con ella, llevarla a la residencia de campo y cuando naciera mi hijo, regresar a Londres para anunciar que el heredero de los Symes había nacido.

—¡Hantersey, por el amor de Dios! —exclamó Marcus sacudiendo la cabeza—. No puedes hacer esto. Es una locura.

Cassian no respondió de inmediato. Cruzó los brazos, desafiando la mirada acusadora de su amigo.

—Si realmente te importa tu hijo —continuó Westlin acercándose a él—, haz lo correcto. Llévate a Clarisse a Gretna Green y cástate con ella. Tu familia lo entenderá cuando tengan a su nieto en brazos. Y si no, ¿qué más da? Estarás haciendo lo correcto.

El silencio volvió a reinar en la sala. Cassian se mantuvo inmóvil, mirando al suelo, como si las palabras de Marcus estuvieran arraigando en su interior. Finalmente, levantó la cabeza y asintió lentamente.

—Haré lo que dices... pero si me encuentro en problemas, tendrás que ayudarme —dijo con un suspiro dándole la espalda a Marcus—. Al fin y al cabo, a ojos de la sociedad, tú me has arrebatado a mi prometida.

Marcus no vaciló. Dio un paso al frente y extendió la mano.

—Estoy dispuesto a asumir la culpa —dijo con determinación—. Para todos, te he robado a tu

futura esposa.

Se estrecharon la mano en un pacto silencioso, mientras la mente de Grace intentaba procesar lo que acababa de escuchar. Todo en lo que había creído estaba derrumbándose ante sus ojos y lo peor era que no sabía qué hacer.



El corazón de la muchacha latía con fuerza mientras observaba desde las sombras cómo Cassian se marchaba. El eco de sus pasos se desvanecía por el pasillo, pero lo que la hacía temblar no era la despedida de su prometido, sino la sensación de estar atrapada. Sabía que no podía quedarse allí, aunque también sabía que escapar no sería fácil. No mientras Marcus vigilara cada uno de sus movimientos.

Decidida a huir, se deslizó por el pasillo con el sigilo de un fantasma. A medida que avanzaba, los corredores oscuros y solitarios parecían alargarse interminablemente. Sin embargo, su escape pronto se vio frustrado. Al girar hacia la salida, vio a un lacayo de Marcus apostado junto a una cortina, observando discretamente, como si esperara que ella intentara huir.

El miedo la envolvió por completo. El marqués había colocado guardias estratégicamente para evitar su huida. No había forma de salir sin ser descubierta. Sus piernas comenzaron a temblar y la desesperación nublabla sus pensamientos. Cada rincón de la casa parecía un laberinto sin salida.

Se giró, esperando encontrar otra vía de escape, pero antes de que pudiera moverse, una sombra imponente bloqueó su camino. Levantó la vista lentamente y sus ojos se encontraron con la mirada severa de Marcus. La sonrisa que curvaba sus labios era fría y controlada y el aire alrededor de ambos se volvió insoportablemente pesado.

—¿Pretendías escapar de mí, querida Grace? —preguntó Marcus con tono bajo y cargado de una amenaza velada—. Ni lo pienses. No saldrás de aquí hasta que sepa quién eres realmente.

Grace dio un paso atrás, tratando de mantener la distancia. Cada fibra de su ser quería correr, pero el imponente cuerpo de Marcus no le dejaba espacio para huir. Sin embargo, no podía quedarse quieta. De repente, intentó forcejear, usando toda su fuerza para liberarse de su presencia opresiva. Sin embargo, Marcus fue más rápido. La atrapó por la muñeca, con un agarre firme y sin piedad, mientras la arrastraba sin esfuerzo hacia la alcoba.

—¡Soltadme! —chilló luchando por zafarse—. ¡Dejadme ir!

Sus gritos resonaron por los pasillos vacíos, pero nadie acudió en su ayuda. No había salvación y la impotencia la consumía mientras Marcus la conducía de regreso. El mundo a su alrededor parecía apagarse, quedando solo ella y la fuerza imparable de su captor.

Al llegar a la alcoba, Marcus abrió la puerta con un solo movimiento brusco y prácticamente la empujó hacia el interior de la habitación. La fuerza del gesto la hizo tambalearse, aunque ella consiguió mantener el equilibrio. Su rabia y frustración superaron cualquier miedo que pudiera sentir en ese momento. Se dio la vuelta para enfrentarlo, con los ojos encendidos por una furia que apenas podía contener.

—¡Soy inocente, pedazo de mal nacido! —exclamó con toda la rabia acumulada en su pecho.

Marcus, que permanecía en la entrada, la observó con una sonrisa ladeada, claramente disfrutando de su arrebato de cólera. Sabía que ella no era simplemente una doncella. Cada vez que la miraba, veía en sus gestos, en su porte, la educación de una mujer de la alta sociedad. Pero

aún no conocía toda la verdad y ese era un misterio que no pensaba dejar sin resolver.

—No saldrás de aquí hasta que descubra tu secreto —dijo con una calma que la exasperó aún más.

Grace respiraba con dificultad, el pecho subía y bajaba rápidamente mientras trataba de recomponerse. Sabía que no podía dejarse vencer por la rabia. Si quería salir de allí, debía ser más astuta que él. Tomó una respiración profunda y, tras unos segundos de silencio, habló con una voz más tranquila, aunque cargada de desafío.

—Si no me deja salir, al menos haga lo correcto —dijo finalmente—. Por favor, traiga a mi doncella. No quiero que esté sola y perdida en esta horrible ciudad.

La mención de su doncella no pareció sorprender a Marcus, aunque lo tomó como una señal de que, al menos, Grace había decidido cooperar. Asintió con la cabeza, satisfecho de haber retomado el control.

—Así será —afirmó antes de cerrar la puerta de golpe, dejándola sola una vez más en la penumbra de la alcoba.

La muchacha se desplomó sobre la cama, con el cuerpo tembloroso y el corazón martilleando en su pecho. Sabía que estaba atrapada. Ahora solo le quedaba esperar el próximo movimiento de Marcus, mientras su mente intentaba trazar una salida a la pesadilla que padecía.

## X



**Dos** días habían pasado desde que la había retenido bajo su techo. Durante todo ese tiempo no había obtenido ninguna respuesta concluyente. Sabía que había suplantado la identidad de la condesa. Sin embargo, esa revelación por sí sola no justificaba su decisión de mantenerla cautiva. Se sentía como un villano al negarle la libertad, al impedirle vivir la vida que, tal vez, le pertenecía. Con las manos cruzadas tras su espalda, se acercó al ventanal del comedor. La lluvia golpeaba con suavidad los cristales, mientras él observaba el paisaje gris y apagado que se extendía frente a su residencia. Sus pensamientos volvían una y otra vez a las mismas preguntas. Según el lacayo que había trabajado con el conde de Hesse, Grace era una niña y todos dijeron que era la hija de una doncella que se apellidaba Aylett. Pero que esta murió y quedó bajo el cuidado de la condesa y la señorita Kranst. Las tres se marcharon y nadie conocía su paradero. ¿Dónde habían estado durante todo ese tiempo? ¿Cómo había llegado a usurpar la identidad de la condesa? El rompecabezas no encajaba y eso lo irritaba profundamente. Se giró con rapidez hacia la puerta y, con voz firme, llamó al mayordomo:

—¡Ryder!

El criado apareció casi de inmediato, como si hubiera estado esperando la orden.

—¿Me ha llamado, milord? —preguntó inclinando ligeramente la cabeza.

—Anuncia a la señorita Collier que deseo hablar con ella —dijo Marcus, obviando el verdadero apellido de la joven.

El mayordomo asintió y salió con la misma eficiencia con la que había entrado. Marcus se quedó de pie, con la mirada fija en las gotas de agua que había en el cristal de la ventana, meditando en cómo le anunciaría que conocía su verdadera identidad. Sin embargo, había algo que le molestaba. ¿Por qué la llamaron Grace? ¿La doncella quiso hacerle un regalo a la condesa porque esta no había tenido posibilidad de tener descendencia? Tenía un montón de preguntas más y estaba seguro de que después de cómo la había tratado, dudaba que ella fuera a contestarle. Pero necesitaba respuestas y ya no podía esperar más.

Una sonrisa irónica asomó en sus labios cuando recordó que su buen amigo ya no era un impedimento para tenerla a su lado. Tal como le dijo, tras presentarse en la capilla y gritar que el marqués de Westlin había robado a su futura esposa, se marchó con Clarisse para casarse en secreto. Indudablemente, de cara a la sociedad él se había marchado de Londres a una de sus residencias de campo para curarse de la humillación. Solo los duques de Symes conocían la realidad y, por el silencio que reinaba en ellos, mucho se temía que no harían mención de la verdad.

El sonido de pasos firmes interrumpió sus pensamientos y pronto Grace apareció en el umbral del salón. Su mirada, dura y desafiante, no dejaba lugar a dudas de lo que pensaba.

—No entiendo por qué me hace llamar —tronó con voz tensa—. ¿Me va a dejar libre al fin?

Marcus la observó en silencio por unos segundos. Algo en su actitud lo enfureció, aunque no quiso admitir qué era. Tal vez su ropa sencilla, que la hacía parecer una simple doncella o tal vez

la manera en que había mencionado la palabra *libre*. No. No estaba dispuesto a concederle esa libertad todavía.

—Buenos días, señorita Aylett —respondió finalmente, con una calma fingida—. No voy a dejarla libre.

Grace lo miró con los ojos abiertos de par en par al escuchar su apellido, pero mantuvo la calma. No podía permitirse el lujo de mostrar debilidad ante su captor. Con desdén se volvió bruscamente hacia la puerta, con la intención de marcharse. Apenas había dado unos pasos cuando sintió la presión de una mano firme rodeando su muñeca, deteniéndola en seco. El contacto la hizo estremecer, aunque no se trataba solo de miedo. Cuando se volvió para enfrentarlo, se encontró con los ojos oscuros de Marcus, brillando con una intensidad peligrosa.

—¿Le ha sorprendido que descubra quién es? ¿No quiere hablar conmigo? —espetó burlón.

—¡Suélteme, malnacido! —exclamó tratando de liberarse, pero su cuerpo estaba atrapado por la fuerza de Marcus.

Sin perder la compostura, Marcus la condujo hacia un asiento cercano. Aunque su piel ardía con el contacto, él no permitió que ese sentimiento lo delatara. No podía permitirse tal debilidad.

—Tenemos que hablar —dijo mientras la hacía sentarse con firmeza.

La joven intentó levantarse de inmediato, pero antes de que pudiera hacerlo, Marcus colocó una mano sobre su hombro, obligándola a quedarse en el sitio. Su rostro estaba cerca del de ella, demasiado cerca.

—Tenemos que hablar —repitió con voz baja y firme.

El aliento de Marcus rozó la piel de Grace y ella tuvo que hacer un esfuerzo para no estremecerse de nuevo. No podía mostrarle que la intimidaba, no podía darle ese poder. Respiró hondo y, tras unos segundos, logró recuperar la compostura.

—Adelante —respondió con frialdad—. Ahora que sabe que no soy Grace Collier, sino Ayllet, ¿qué quiere de mí?

La sonrisa que curvó los labios de Marcus fue más amplia de lo habitual. Había algo en su actitud que lo provocaba, algo que lo incitaba a desafiarla.

—Comencemos desde el principio —dijo, inclinándose ligeramente hacia ella—. ¿Quién es realmente? ¿Por qué se ha hecho pasar por la condesa de Hesse? ¿Cuál era su verdadero objetivo?

Grace alzó la barbilla, negándose a dejar que él la intimidara. Su voz sonó firme, a pesar de la presión psicológica que él ejercía sobre ella.

—Soy Grace Aylett, doncella de la condesa desde que nací hasta que murió —respondió con determinación.

Marcus la observó detenidamente. No veía señales de mentira en su respuesta. Sin embargo, esa verdad no lo tranquilizaba. Si lo que decía era cierto, entonces, ¿qué la había llevado a suplantar a la condesa? ¿Era la ambición lo que la había empujado a buscar una vida de lujos? La idea lo enfurecía. Sin embargo, antes de gritar todos los improperios que conocía, una pregunta cruzó su mente, una que podría dar sentido a todo.

—¿Por qué la condesa no la educó como una doncella, sino como a una hija? —preguntó con los ojos fijos en los de ella.

El rostro de Grace mostró una ligera sorpresa, pero se recompuso rápidamente. No esperaba que él se diera cuenta de ese detalle. Respiró hondo antes de responder.

—Ella no lo hizo. Sin embargo, confieso que soy muy observadora y aprendo con facilidad aquello que me interesa —dijo intentando sonar convincente.

Marcus sabía que ocultaba algo. La tensión en su voz le indicaba que había más detrás de esa historia. Y estaba decidido a averiguarlo.

—¡Ryder! —clamó Marcus sin apartar la mirada de Grace.

El mayordomo apareció casi al instante.

—Traed a la doncella de mi invitada —ordenó Marcus.

El rostro de Grace se contrajo en una expresión de preocupación. Sabía lo que aquello significaba. El miedo a que Lesly fuera presionada para obtener respuestas la paralizó por un instante.

—¡No! ¡Ella no sabe nada! —exclamó con voz temblorosa.

—¿No sabe nada? —respondió Marcus con tono escéptico—. ¿Desde cuándo una doncella no conoce la vida de quien cuida?

Grace se levantó de inmediato, avanzando hacia la puerta justo cuando Lesly era traída por el mayordomo. Al verla, su corazón se encogió y sin pensar, se interpuso entre ella y Marcus.

—¡No se atreva a tocarla! —masculló Grace mirándolo directamente a los ojos—. Si lo hace, lo lamentará.

Marcus se acercó lentamente a ambas mujeres, aunque siempre con la mirada fija en Grace. A pesar del miedo evidente que las consumía, mantenían su determinación.

—Si realmente son doncellas —dijo Marcus con tono medido—, entonces se comportarán como tales.

Grace alzó la cabeza, desafiándolo con la mirada. Westlin no pudo evitar sentir cierta admiración por su entereza. Era evidente que no era una simple sirvienta.

—Pero usted, señorita Aylett —continuó acercándose un paso más—, desde hoy será mi doncella personal. ¿Entendido?

La furia en los ojos de Grace era palpable.

—¡Ni en vuestros sueños! —gritó con fiereza.

Marcus esbozó una leve sonrisa.

—En ese caso —dijo con serenidad—, me veré obligado a entregaros a las autoridades por suplantación de identidad. Y no solo usted sufrirá el peso de la justicia, sino también ella —añadió señalando a Lesly con un dedo.

El silencio que siguió fue tan pesado que parecía llenar toda la habitación. Grace sintió cómo el cuerpo de su doncella temblaba a su lado y la desesperación la invadió. No tenía elección.

—Está bien —susurró finalmente, asintiendo con la cabeza.

—¡*Milady*, no lo haga! —exclamó Lesly bastante angustiada.

Grace la miró con tristeza y le tomó la mano, intentando calmarla.

—Todo estará bien, Lesly —dijo, aunque ni siquiera ella creía en esas palabras.

Marcus observó la escena en silencio, no solo satisfecho con el resultado, sino también por el hecho de que aquella mujer le había llamado *milady*. Sus sospechas sobre el origen de Grace empezaban a tener cierta concreción y claridad. Sin mostrar satisfacción por dicho acontecimiento, hizo una señal al mayordomo y este se llevó a ambas mujeres para que comenzaran con las tareas que se le debían asignar.

## XI



**Diez** días habían pasado desde que Grace y Lesly se convirtieron en residentes forzadas en la casa. A pesar de ser prisioneras, el trato que recibían era inusualmente amable. No faltaba la cortesía ni el respeto. El servicio las trataba con delicadeza y Marcus mantenía su distancia, pero con una presencia constante.

Grace estaba sentada sobre el alféizar de la ventana de su alcoba, observando el gris plumizo que dominaba el cielo desde que llegó a Londres. Lesly, sentada cerca de ella, hablaba sobre cómo la cocinera le había enseñado a preparar un nuevo postre. Sin embargo, las palabras apenas resonaban en la mente de la muchacha. Su atención estaba dispersa, enredada en los pensamientos de los días que había pasado en esa casa.

El papel que Marcus le había asignado como *su doncella personal* no reflejaba lo que implicaba realmente. A Grace la habían vestido con ropa digna de una dama, no de una sirvienta. Además, la casa prácticamente funcionaba bajo sus órdenes. Los sirvientes seguían sus indicaciones y el marqués confiaba en ella para organizar la residencia como si fuera la señora del lugar. Incluso le pedía su compañía durante los paseos y compartían las comidas como si fueran un matrimonio. «Parece que estoy jugando el papel de esposa...», reflexionó la joven mientras sus dedos jugaban con la tela suave de su vestido.

Sin embargo, esa *comodidad* no lograba deshacer la sensación agobiante de estar atrapada. Todo lo que la rodeaba era elegante, sí, pero la ausencia de libertad pesaba sobre su pecho, haciéndola sentir como un pájaro enjaulado. El deseo de escapar se hacía más fuerte cada día que pasaba en la casa. Necesitaba su independencia, la vida que había conocido antes de que la llevaran allí.

—Tenemos que irnos —dijo deteniendo a Lesly, quien seguía hablando sobre los postres.

La doncella levantó la mirada, sorprendida por la interrupción.

—¿Irnos? —preguntó con voz temblorosa—. ¿Cómo vamos a escapar de este lugar?

Grace se levantó y comenzó a caminar por la habitación. Tenía más de mil ideas en su mente de cómo salir, aunque ninguna era lo suficientemente buena como para decantarse por ella. Miró a su amiga y percibió algo que no le gustó: acomodación. ¿Ella no quería escapar? ¿Por qué?

—Este no es nuestro hogar. No podemos quedarnos aquí. Debemos encontrar una manera de huir —le recordó mientras volvía a deambular por la habitación de un lado a otro.

Lesly permaneció en silencio unos segundos antes de responder. Había recopilado la información suficiente para encontrar una manera de escapar, pero no estaba muy conforme con la opción. Sin embargo, como la joven deseaba abandonar aquel agradable lugar y no reparar en las atenciones del marqués, debía ser sincera.

—La única forma de escapar es aprovecharnos de su debilidad —concluyó al fin.

Grace se detuvo de inmediato. Su rostro expresaba gestos como sorpresa, esperanza, ilusión y angustia.

—¿Debilidad? —preguntó acercándose a su amiga y bajando la voz, pues comprendió que

aquello era tan importante, que debían hablarlo como si fuera un secreto—. ¿De qué debilidad habla?

Lesly observó a la muchacha con nerviosismo. Ella, con su juventud e inexperiencia, no había notado lo que el resto de quienes vivían bajo aquel techo habían descubierto.

—*Milady*, creo que no se ha dado cuenta de lo que ha pasado durante estos días —comenzó Lesly en voz baja—. Es un tema delicado y no estoy segura de que esté lista para enfrentarlo.

Grace entornó los ojos mientras un escalofrío recorrió su cuerpo haciéndola moverse como si la hubiera golpeado un látigo. Se colocó frente a su amiga y la miró fijamente.

—¿Qué ha ocurrido? —espetó curiosa.

—Algo que nos ayudaría a salir de aquí y que depende de usted —explicó con cautela.

—¿De mí? —soltó abriendo los ojos de par en par. Lesly solo pudo asentir—. ¿Podemos escapar a través de mí? —añadió estupefacta.

—Sí —aseguró la doncella sin titubear.

—Bien, si lo que dices es cierto, sea lo que sea, estoy dispuesta a hacerlo —afirmó Grace con firmeza.

—Incluso si es algo... difícil —respondió la señorita Kranst con vacilación.

—¡Dímelo! —insistió la muchacha tomando las manos de su amiga entre las suyas—. De verdad, haré lo que sea.

Lesly la miró con compasión. Sabía que Grace hablaba en serio, pero lo que trataba de decir no era algo que pudiera tomarse a la ligera.

—Debido a su inocencia, no se ha dado cuenta de la atracción que siente el marqués por usted y, si supiera actuar, quedaríamos libres con prontitud —declaró la doncella sin pensárselo más.

Las palabras golpearon a Grace como un balde de agua fría. La incredulidad y la confusión se mezclaron en su rostro.

—¿Atracción? —preguntó con incredulidad—. ¡Solo me tiene aquí para obtener la información que quiere!

Lesly negó lentamente con la cabeza, sabiendo que la verdad sería difícil de aceptar.

—Piense en cómo la ha tratado estos días. La ha vestido como a una dama, le pide que organice la casa, la lleva a pasear... ¿No se da cuenta de lo que está pasando?

—¿Y eso qué tiene que ver con la atracción? —replicó Grace con escepticismo—. Tan solo ha sido levemente piadoso, porque es consciente de que no adquirirá todo lo que desea saber de mi pasado.

Lesly la miró con calma.

—Está confundida, *milady*. Una persona piadosa no hace ni la quinta parte de lo que el señor hace con usted. No estoy segura de que pueda ser amor, pero lo que sí sé es que la ve de una manera especial.

—¡Eso es absurdo! —exclamó, caminando de un lado a otro, nerviosa—. ¡Solo me quiere aquí hasta que obtenga lo que desea! ¡Eso es todo!

—¿De verdad lo cree? —preguntó Lesly con suavidad—. Su Excelencia no solo evitó que se casara con lord Hantersey, sino que la trajo aquí, a su casa. Un lugar sagrado para cualquier persona. ¿No podía habernos llevado a otro lugar más lúgubre? Piénselo, por favor. Aunque entiendo que es difícil de creer, mis razonamientos son ciertos. He observado el comportamiento del marqués desde que llegamos y, al principio, pensaba como usted. Sin embargo, con el paso de los días he descubierto que su forma de actuar no tiene nada que ver con la compasión.

Las palabras de Lesly la hicieron detenerse. La idea de que Marcus pudiera estar

desarrollando algún tipo de sentimiento hacia ella le parecía improbable. Recordó todo lo que habían hecho desde el día que la capturó y las dudas empezaron a aparecer. ¿Podría ser que tuviera razón? ¿Era ella su debilidad?

—Él la ve como algo más que una prisionera —insistió Lesly—. Y eso es precisamente lo que podría aprovechar. Usted se ha convertido en su punto vulnerable.

—¿Estás sugiriendo que lo distraiga? —espetó Grace con los ojos abiertos de par en par, mientras el aire a su alrededor se volvía pesado—. ¿Que aproveche su interés para escapar?

—Exactamente —respondió Lesly con firmeza—. Si logra que baje la guardia, podremos encontrar una oportunidad para salir de aquí. Es posible que sea nuestra única opción.

La joven se sentó sobre la cama y luego se dejó caer en esta al sentirse abrumada por la idea. La posibilidad de manipular a Marcus para escapar era complicada. No solo porque carecía de experiencia en esas cuestiones, sino porque la idea la llenaba de inquietud.

—No sé cómo hacerlo —susurró temblando ante la posibilidad—. Nunca he intentado algo así.

—Lo sé —dijo la señorita Kranst con suavidad—, pero esta podría ser nuestra única oportunidad.

Grace cerró los ojos, intentando calmar el torbellino de pensamientos que giraban en su cabeza. Las palabras de Lesly comenzaban a tener sentido, pero el dilema moral la consumía. ¿Podía hacer algo así? ¿Podía jugar con la confianza de Marcus para obtener lo que necesitaba?

—Lo intentaré —determinó finalmente con la voz apenas audible—. Si es lo único que podemos hacer, lo intentaré.

Lesly le apretó la mano suavemente, dándole ánimo.

—Saldremos de aquí, *milady*. Lo haremos —afirmó con determinación.

## XII



**Después** de escuchar los consejos de Lesly, Grace salió de la alcoba con una mezcla de miedo y determinación. Cada paso que daba la acercaba más al inicio de un juego peligroso, uno en el que la confianza sería su única arma y la libertad su premio. La ansiedad se arremolinaba en su pecho mientras ajustaba el vestido, uno que insinuaba elegancia sin revelar demasiado, eligiendo el equilibrio perfecto entre modestia y distinción.

A pesar de su seguridad exterior, por dentro estaba temblando. Su mente le repetía que debía ser cautelosa, que cada movimiento debía ser calculado. No podía permitirse un solo error. Se recordaba a sí misma que no lo hacía por placer, sino por necesidad. Aun así, el miedo a lo que podría suceder si fallaba la golpeaba como una tormenta.

Al llegar a la planta baja, la cocinera levantó la vista y la observó con curiosidad.

—Señorita Aylett, ¿necesita algo? —preguntó, siempre dispuesta a ayudar.

—Su Excelencia no tardará en volver —respondió Grace, con un tono neutral que ocultaba la angustia interna—. Quiero que todo esté listo para cuando llegue, incluyendo su baño.

La cocinera asintió sonriente y se retiró para hacer los preparativos. La muchacha se quedó sola, mirando por la ventana del comedor, intentando calmar sus nervios. Sentía que algo en su interior comenzaba a tensarse aún más, como un arco que estaba a punto de soltar su flecha. Debía mantenerse firme. Decidida, caminó hacia el vestíbulo, donde el mayordomo esperaba pacientemente la llegada del marqués. Pero esa tarde no sería él quien lo recibiera, sino ella. Se plantó frente a la puerta con una extraña mezcla de nervios y resolución.

El sonido de los cascos del caballo resonó cuando el reloj marcó las seis campanadas. Grace sintió que el corazón le daba un vuelco al escuchar el sonido de la llegada de Marcus. Ryder, como siempre, se enderezó, listo para recibir a su señor, y la miraba a ella con desconcierto, pues su presencia parecía fuera de lugar.

—Señorita Aylett, ¿me buscaba? —preguntó al entender que era a él a quien requería.

Ella, que trataba de mantener la compostura, negó con suavidad y esbozó una sonrisa en su rostro.

—Oh, no, señor Ryder —respondió con calma—. Estoy esperando la llegada de su Excelencia.

El mayordomo la observó con el ceño fruncido, más confundido que antes. Treinta años sirviendo en casas nobles le habían enseñado a no sorprenderse fácilmente, pero esto lo dejaba sin palabras.

—¿Le sucede algo, señorita? —espetó tratando de ocultar su desconcierto.

—Nada en absoluto —contestó Grace con una sonrisa que intentaba proyectar seguridad, aunque por dentro sentía el peso de cada decisión que estaba tomando.

Antes de que pudiera decir algo más, el sonido de los cascos se hizo más fuerte y ambos se giraron hacia la puerta. Westlin había llegado. Grace tragó saliva, intentando contener los nervios mientras esperaba su entrada.

Marcus desmontó del caballo con un movimiento fluido, entregando las riendas al mozo de cuadra sin prestar mucha atención. Las arrugas en la frente y la tensión en su rostro indicaban un día largo y difícil, aunque cuando sus ojos se encontraron con los de Grace, algo cambió. Su expresión endurecida se relajó al instante.

—Bienvenido, milord —saludó Ryder con una pequeña reverencia.

—Gracias, Ryder —respondió Marcus, sin apartar la mirada de la muchacha, claramente sorprendido por encontrarla allí en lugar del mayordomo.

La sorpresa en su rostro se transformó en sospecha. ¿Qué estaba haciendo allí, recibéndolo como si fuera la dueña de la casa? Sus ojos oscuros se entrecerraron, intentando descifrar sus intenciones.

Grace mantuvo su postura y, para su propio asombro, decidió tomar la iniciativa.

—Buenas tardes, Marcus —dijo suavemente, utilizando por primera vez su nombre de pila—. He pensado en acompañarlo hasta su despacho, si no le importa.

Westlin la observó, claramente desconcertado o tal vez tan atónito que no sabía cómo comportarse ante una situación tan inusual. El tono de Grace, informal y familiar, eran nuevos e inesperados. Su curiosidad se despertó al instante. Con una naturalidad digna de su linaje, le ofreció los guantes a Ryder, luego el abrigo y, por último, se volvió hacia ella.

—¿Qué deseas? —preguntó, manteniendo su tono serio mientras comenzaba a caminar hacia el despacho.

—Nada en particular —contestó Grace, esforzándose por sonar casual—. Solo me sentía un poco sola y pensé que tal vez podríamos mantener una charla.

Marcus no respondió de inmediato, pero sus instintos le decían que había algo más detrás de ese comportamiento. Aun así, decidió seguirle el juego, intrigado por sus verdaderas intenciones.

—Está bien —claudicó parándose y sin atreverse a mirarla—. Acompáñame. Me vendrá bien un rato de compañía.

Acto seguido, Grace dio unos pequeños saltitos hasta llegar a él. Le sonrió y esperó a que Westlin retomara la marcha.

Mientras caminaban hacia el despacho, la tensión entre ellos crecía con cada paso. Grace, aunque nerviosa, se mantenía concentrada en su plan. Cada movimiento, cada mirada, debía ser calculada. Marcus, por su parte, no podía dejar de observarla de reojo, cada vez más preocupado por su actuación.

—¿Qué pretende, querida? —murmuró para sí, notando cómo Grace se movía a su lado con una elegancia natural.

Al llegar al despacho, Marcus se dirigió directamente a la licorera para servirse su habitual copa de *brandy*, pero Grace se adelantó.

—Permítame —dijo con amabilidad, acercándose más de lo necesario.

Marcus la observó, aún más desconcertado. Algo estaba ocurriendo, algo que escapaba a su comprensión. Sin embargo, decidió no detenerla.

—Como desee, querida —respondió, ansioso por ver hasta dónde llegaba.

Grace tomó la botella de *brandy* con delicadeza y vertió el licor en la copa. Mientras lo hacía, se inclinó ligeramente, permitiendo que su perfume llegara hasta Westlin, quien lo percibió de inmediato. Cuando le pasó la copa, sus dedos rozaron suavemente los de él, manteniendo el contacto por un breve instante.

Marcus sintió una extraña sensación recorrer su cuerpo. El roce de su mano no había sido casual, lo sabía. No obstante, lo que más lo inquietaba era que no lograba entender qué buscaba

Grace con todo aquello. Algo en su interior comenzaba a desestabilizarse, aunque se negaba a admitirlo.

Mientras bebía un sorbo de licor, Westlin no podía dejar de pensar en los gestos de Grace. Cada movimiento suyo parecía cargado de una intención oculta. ¿Estaba intentando acercarse a él? ¿O simplemente buscaba distraerse? No podía estar seguro, pero lo que sí comprendía era que su propia reacción lo inquietaba.

«Algo no está bien aquí... concéntrate en lo que ves y reflexiona», pensó, observando cómo ella se movía con una espontaneidad que antes no había notado.

Grace, consciente de que él la miraba, continuó con su plan. Se acercó a la ventana del despacho y miró hacia el jardín.

—Es una tarde hermosa, ¿no crees? —comentó, intentando mantener una conversación ligera.

Marcus se acercó a ella, manteniendo cierta distancia. ¿Tarde hermosa? ¡Pero si estaba tronando y el cielo no era gris, sino negro!

—Si a ti te gusta —respondió con cautela—. Pero ¿ha venido a hablar del horrible clima que está padeciendo Londres desde primeros de año o busca otro tipo de conversación?

Grace sonrió suavemente, volviendo su mirada hacia él.

—Tienes razón. La charla era solo una excusa para gozar de tu compañía —admitió.

Marcus arqueó una ceja, cada vez más intrigado.

—¿Mi compañía? —repitió sin disimular su sorpresa—. ¿A qué se debe ese repentino interés?

Grace sostuvo su mirada, intentando mostrar confianza.

—He pasado mucho tiempo en esta casa sin saber realmente quién es, Marcus Baxter, marqués de Westlin —dijo—. Como eres mi captor, tal vez es conveniente saber qué pasado ocultas para que me tengas tanto odio.

Marcus se tomó un momento para considerar sus palabras. Ya no había dudas de que Grace estaba actuando raro, aunque seguía sin averiguar la razón.

—No la odio —concedió.

—¿No? —preguntó abriendo los ojos de par en par y mostrando en su rostro una mezcla de sorpresa y felicidad.

—No —aseguró Marcus mirándola fijamente—. Pero como comprenderá, no pretendía hacer algo justo y tuve que evitarlo. Cassian debía casarse con la mujer que amaba y no con una falsa condesa.

Grace sintió un nudo en el estómago al escucharlo. Aquel tema regresaba y tenía que hacer todo lo posible para que no creara entre ellos malestar.

—Tuve que hacerlo —respondió sincera—. Fue una promesa que le hice a la condesa y no me quedó otra opción.

Marcus la observó detenidamente. Había una sinceridad en sus ojos que lo desarmaba, pero no podía olvidar que aún no conocía la verdad sobre ella.

—¿Por qué te pidió la condesa eso? —espetó al fin.

—Porque no quería morir sin asegurarse de mi bienestar —respondió con el mismo tono sincero que antes.

El silencio que siguió estuvo cargado de expectativas. Ambos se miraron, intentando descifrar los pensamientos del otro. Marcus decidió cambiar de tema, queriendo aliviar la tensión. Aunque había obtenido una información que no esperaba, deseaba que ella, con el paso del tiempo, fuera librándose de esa presión que podía percibir al momento.

—¿Quiere que le pida a Ryder un té de moras? —ofreció, porque había descubierto todos los

gustos de ella y sabía que aquello le haría recobrar la sonrisa que se había borrado tras su pequeña confesión.

—Me encantaría —aceptó Grace, agradecida por la oportunidad.

Westlin llamó a Ryder y solicitó el té. Mientras esperaban, tomaron asiento. La atmósfera se volvió más relajada y el tiempo pasó veloz. No volvieron a hablar. Permanecieron en silencio. Westlin repasó todos los documentos que tenía sobre la mesa sin dejar de observar cómo ella mantenía la mirada fija en el libro que estaba leyendo. Se sintió cómodo, tanto que pensó en lo maravilloso que sería su vida si Grace estuviera siempre a su lado.

## XIII



El reloj marcaba las doce del mediodía cuando Marcus regresó al hogar. Habían pasado cuatro días desde que Grace había comenzado a jugar con él, acercándose sutilmente, provocando pequeños roces, miradas desafiantes y seductoras, pero sin cruzar esa línea invisible que ambos parecían haber trazado. Sin embargo, cada día era más difícil mantener la calma. Su cuerpo ardía cada vez que ella lo tocaba o pasaba a su lado.

«¿Qué tramas realmente?», se preguntaba mientras caminaba hacia la entrada de su hogar. No podía quitarse de la cabeza la posibilidad de que todo esto fuera parte de algún plan, aunque al mismo tiempo, la atracción que sentía hacia ella era imposible de negar. Cada día el deseo aumentaba y, aunque su mente intentaba recordarle que esto era un juego peligroso, su cuerpo respondía de otra manera.

Westlin tomó una decisión: seguiría adelante con la distracción, pero ahora, sería él quien llevara las riendas. Si Grace quería seducirlo, él no se lo pondría fácil, aunque tampoco se resistiría. Quería ver hasta dónde estaba dispuesta a llegar.

—Buenas tardes, milord —dijo Ryder al tomar el abrigo.

—¿Dónde está Grace? —preguntó desconcertado, porque desde aquel día siempre lo recibía.

—La señorita Aylett se encuentra en el salón comedor. Está disponiendo el almuerzo —respondió el mayordomo con tranquilidad.

—Entiendo —comentó ansioso por verla y averiguar qué propósito tenía esta vez.

Con urgencia, se dirigió hacia dicha estancia haciendo resonar sus pasos por el largo pasillo. Al entrar, observó con cierto placer que su antiguo comedor ofrecía una vista diferente y maravillosa. La luz del mediodía bañaba la estancia, haciendo que las copas de cristal brillaran como joyas. El servicio había dispuesto una selección exquisita de frutas frescas, vino y carnes tiernas. Grace hablaba con un lacayo, ordenándole cómo gestionar el almuerzo. Cuando ella notó su llegada, se volvió hacia él con una sonrisa que dejó a Westlin congelado por el placer.

—¿Cuándo ha llegado? —preguntó caminando hacia él.

—Ahora mismo —contestó Marcus sintiendo los latidos de su corazón en la garganta.

—El almuerzo está listo. Aséese un poco y regresa —le ordenó tras colocarse frente a él y poner las manos sobre su pecho.

Como un fiel sirviente, Westlin se retiró, subió las escaleras con rapidez, se lavó las manos y el rostro y, tras lanzar la chaqueta hacia la cama, corrió de nuevo a su encuentro. Desde el umbral del comedor, observó nervioso que los sirvientes ya habían colocado la comida sobre la mesa y, extrañamente, se retiraban en silencio.

—¿Qué sucede? —inquirió caminando hacia su asiento.

—Nada —dijo Grace con una sonrisa de oreja a oreja.

Esa forma inocente de actuar destrozaba todas las barreras que Westlin construía cada vez que se marchaba. Era una lucha constante entre el bien y el mal. Una vez que él tomó asiento y se quedaron solos, la muchacha se acomodó en su lugar, que el mismo Westlin había decidido

otorgarle, cogió un racimo de uvas y, sin apartar la mirada de él, llevó una uva a su boca. El movimiento fue lento, deliberado, y Marcus no pudo evitar seguir cada gesto con los ojos, viendo cómo el jugo de la uva humedecía sus labios.

—¿Está buena, querida? —preguntó, aunque su voz no parecía suya, porque el tono que empleó era más propio de un joven que comenzaba a desarrollarse que de un hombre de su edad.

—Lo está, ¿quieres una? —comentó tras coger una uva y acercársela a la boca.

Aunque fuera el veneno más letal de la Tierra, él aceptó sin preguntarse cuánto tiempo le quedaría de vida. Separó los labios y esperó a que ella se la metiera en el interior. Luego, en vez de saborear la pequeña pieza de fruta, cerró la boca y dejó que el sabor del dedo de Grace superara al de la uva.

—Sí, muy rica —dijo después de tragársela.

Esperaba que ella comentara algo al respecto, pero no fue así. Con los ojos abiertos de par en par, la observó llevarse el dedo hacia su boca y acariciar sus labios. El cuerpo de Westlin se tensó y su mente se quedó en blanco.

—El vino también está delicioso —expresó con una sonrisa suave, sosteniendo la copa en alto. Bebió un sorbo y luego, con la mirada fija en Marcus, añadió—: ¿Quieres probarlo?

Marcus la observó en silencio; su mirada oscura reflejaba el deseo contenido. Sin apartar la vista de ella, empujó la silla hacia atrás, alejándose de la mesa solo lo suficiente para relajarse, aunque también para prepararse para lo que sabía que vendría.

Grace se levantó lentamente, moviendo sus caderas con una elegancia que no pasó desapercibida para él. Caminó alrededor de la mesa hasta quedar justo frente a Marcus. Se subió al borde de esta, sentándose con delicadeza y le ofreció la copa.

—Pruébalo —dijo en un susurro y con los labios apenas separados.

Marcus la miró unos segundos más, evaluando la actuación de la joven que había tomado un sorbo y esperaba a dárselo de su propia boca. Con un movimiento lento y controlado, se inclinó hacia adelante, acercándose hasta que sus labios rozaron los de ella, bebió ese vino directamente de su boca. El contacto fue breve, pero la chispa que encendió en ambos fue inmediata.

Grace dejó la copa a un lado y se inclinó más hacia él. Esta vez, fue ella quien tomó la iniciativa, pasando sus dedos por el cabello de Marcus, acariciando su nuca con delicadeza. Westlin cerró los ojos un instante, disfrutando del tacto suave de sus manos. Sin embargo, no estaba dispuesto a dejar que ella tuviera todo el control.

Marcus se levantó de la silla, quedando de pie frente a ella. El espacio entre ambos era mínimo y Grace lo sentía más cerca que nunca. Sabía que había despertado algo en él, algo primitivo y potente. La verdad brotó de su interior con una mezcla de miedo y excitación.

—Ha estado jugando conmigo durante estos cuatro días, querida —comentó en voz baja y cargada de intención—. Ahora es mi turno.

Antes de que ella pudiera responder, Marcus la tomó por la cintura y la atrajo hacia él con fuerza. El contacto fue inmediato, sus cuerpos se rozaron y la sensación fue abrumadora. Grace sintió su calor, la firmeza de sus manos y no pudo evitar un gemido suave que escapó de sus labios.

—No puedo negar que me gusta este juego —añadió Marcus, inclinándose hacia su cuello. El aliento cálido de Marcus rozó su piel, provocando un escalofrío que recorrió toda su espina dorsal.

Marcus la sujetó con firmeza, inclinándose hacia adelante para susurrarle al oído.

—No sé qué está buscando, pero puedo asegurarle de que ambos disfrutaremos del resultado

de tu arduo trabajo.

Grace, aunque temblaba por dentro, no podía negar que había algo en la manera en que Marcus la tocaba que la hacía sentir vulnerable, aunque también poderosa.

Marcus, sin romper el contacto visual, tomó un gajo de naranja del plato y lo llevó a los labios de Grace. Ella lo tomó suavemente, sus labios rozando los dedos de Marcus de una manera que lo hizo contener el aliento.

—Come —susurró, pero su tono sugería algo mucho más profundo.

Grace mordió el trozo de fruta lentamente y Marcus observó cada movimiento, hipnotizado por la sensualidad de la escena. Sabía que estaba en peligro, pero ya no le importaba. El deseo había superado cualquier lógica.

El almuerzo se transformó en un banquete de deseos reprimidos. Cada gesto, cada roce, estaba cargado de una energía eléctrica que los envolvía...

Marcus tomó otra pieza de naranja, aunque esta vez la llevó a sus propios labios, dejando que el zumo resbalara por su boca antes de inclinarse hacia Grace, compartiendo el bocado con ella. El deseo que había crecido lentamente ahora estaba fuera de control. Marcus no podía esperar más. La atrajo hacia él, con una fuerza controlada, con una clara intención. La besó profundamente, sus labios devoraron los de ella con una pasión que había sido contenida por días. El sabor dulce y ácido se mezcló con el calor del beso, haciendo que cada caricia, cada roce de sus lenguas, estuviera impregnado del sabor a fruta fresca. Era una combinación embriagadora, como si el cítrico potenciara la pasión entre ellos, volviéndolo todo más agudo, más profundo. Grace respondió con igual fervor, sus dedos enredándose en el cabello de Marcus, tirando de él, acercándolo más, como si nunca pudiera ser suficiente. Sus bocas se movían al unísono, explorándose, deleitándose no solo con el beso, sino con el sabor que compartían: esa naranja que, como su deseo, había estallado y los envolvía por completo.

—No más juegos, Grace —dijo Marcus una vez que cesó el beso y con la voz ronca por el deseo.

Grace lo miró a los ojos mientras intentaba recobrar la respiración. El juego que había empezado días atrás, estaba punto de llegar a su punto más álgido.

—Acepto —fue lo único que pudo decir. Porque era el momento para llevar a cabo lo que había pensado. No podía cambiar de idea. Si todo salía según lo planeado, esa noche Lesly y ella recobrarían la libertad.

Aquella simple palabra fue el detonante para Marcus. La cogió en brazos, ella entrelazó las piernas en la cintura, y la sacó del comedor con un rumbo fijo: su alcoba.

## XIV



La puerta de la alcoba se cerró detrás de ellos con un leve chasquido; el eco del cierre resonó en la habitación como una declaración silenciosa de lo inevitable. Marcus mantenía a Grace en sus brazos. Su respiración era entrecortada y profunda, reflejando el deseo contenido. Cada paso hacia el lecho era una decisión irrevocable. La tomaría, la haría suya y aquello los uniría para siempre. Sin embargo, su deseo de poseerla con rapidez cambió al descubrir que el servicio había preparado una tina para él. Una sonrisa pícaro apareció en sus labios mientras que el rostro de Grace permanecía ligeramente ruborizado y el pecho subía y bajaba con rapidez.

Marcus la depositó con suavidad en el suelo, sus manos aún permanecían firmes en su cintura. Se detuvo solo un momento para contemplarla. La tenue luz de las velas iluminaba su rostro, creando sombras danzantes que acentuaban la delicadeza de su piel. Podía sentir el temblor en el cuerpo de Grace, una mezcla de nerviosismo y expectación que parecía reflejarse en el brillo de sus ojos.

«Ella es inocente», pensó Marcus, aunque el control con el que se había movido hasta ahora lo hacía dudar. No podía evitar sentirse cautivado por la entrega que Grace estaba dispuesta a darle, pero en lo más profundo, algo le decía que había una inocencia detrás de su aparente seguridad.

—Déjeme desvestirla —susurró Marcus con voz grave, mientras comenzaba a desabotonar lentamente el vestido de Grace.

Sus manos trabajaban con una destreza medida, quitando cada botón con una calma casi tortuosa. El silencio entre ambos solo se rompía con el sonido del roce de la tela y el suspiro ocasional de Grace, quien, a pesar del nerviosismo que sentía, no se movía. La piel de su cuello comenzó a quedar expuesta y Marcus no pudo evitar inclinarse para rozar con sus labios la delicada curva de su hombro.

El aliento de Grace se aceleró, aunque no solo se trataba del nerviosismo. Cada caricia, cada roce le provocaba una reacción desconocida que despertaba sus sentidos de formas que nunca antes había experimentado. Sus labios entreabiertos dejaban escapar suaves suspiros mientras Marcus deslizaba el vestido por sus hombros, dejando que cayera suavemente hasta sus pies. El peso del tejido rozando su piel desnuda la hacía sentir más vulnerable, pero también más deseada.

Marcus, en cambio, se tomó su tiempo para observarla, disfrutando de cada curva que quedaba al descubierto. La tenue iluminación resaltaba el suave brillo de su piel y cada inhalación y exhalación de Grace hacía que su cuerpo pareciera responder aún más intensamente a su toque. Aún vestida solo con sus prendas interiores, ella mantuvo la compostura, aunque por dentro, el deseo comenzaba a confundir sus pensamientos.

—Eres preciosa —murmuró Westlin con un tono más íntimo. Sus manos encontraron nuevamente el cuerpo de Grace. Esta vez rozando la parte baja de su espalda, haciéndola estremecer.

El contacto con la piel caliente de Marcus era algo que no podía ignorar y, aunque al principio los nervios la habían contenido, ahora había algo más despertando en su interior. Ella sabía que su objetivo era seducirlo, aunque lo que no esperaba era sentir una atracción tan abrumadora hacia él. Sin poder evitarlo, sus manos subieron por el pecho de Marcus, tocando cada músculo bajo la camisa.

El rostro del marqués se suavizó al notar el toque de Grace y en lugar de alejarse, la acercó más a él. Con una suavidad inesperada, desabrochó su chaleco y la camisa, dejándolas caer al suelo, permitiendo que la temperatura de sus cuerpos comenzara a mezclarse. El aire de la alcoba se volvió más denso, cargado de pasión y una promesa no dicha. Marcus sabía que había llegado el momento.

—Ven —dijo en un susurro ronco, ofreciéndole la mano para ayudarla a entrar en la tina.

Grace tomó su mano, sin apartar la mirada de sus ojos. El contacto visual entre ambos no se rompía y cada pequeño gesto, cada movimiento, parecía una coreografía perfectamente calculada para llevarlos al siguiente paso. Mientras ella se metía en la tina, el agua templada acarició su piel, pero la verdadera calidez venía del hombre que tenía frente a ella. A pesar del temblor en su cuerpo, comprendía que ya no había vuelta atrás. Estaba atrapada, aunque no por el control de Marcus, sino por el deseo que había despertado en ella.

Westlin se quedó observándola unos segundos, antes de comenzar a desnudarse. Cada prenda que se quitaba parecía aumentar la tensión entre ambos y cuando finalmente quedó completamente expuesto, la mirada de Grace se quedó fija en él. Su cuerpo se sentía extraño, como si la anticipación estuviera quemándola desde dentro y a pesar de todo, no pudo evitar morderse el labio con nerviosismo.

Sin decir nada más, Marcus entró en la tina, colocándose detrás de ella, sus manos se apoyaron en sus hombros mientras el agua cubría ambos cuerpos. El calor de esta era una mera sombra comparado con el que irradiaba ahora el ambiente. Sus dedos comenzaron a deslizarse por la piel de Grace, recorriendo su cuello, sus hombros y bajando lentamente por su espalda.

—Relájate —susurró Marcus al oído. Un susurro cargado de promesas.

Grace cerró los ojos, su respiración descontrolada a medida que los dedos de Marcus exploraban su piel con una suavidad casi palpable. Cada caricia parecía incendiar su interior, despertando un deseo que la sacudía por completo. El sonido del agua a su alrededor era un susurro lejano, apenas perceptible frente a la intensidad del momento. El verdadero centro de todo era ellos dos, sumergidos en un calor que parecía venir tanto del agua como de sus cuerpos.

La mano de Marcus descendió lentamente por su vientre y un escalofrío le recorrió la espalda. Era la primera vez que alguien la tocaba así, de una manera tan íntima, y cada segundo la arrastraba más lejos de cualquier sensación que conociera. El aire se volvió más denso a su alrededor cuando los dedos de Marcus alcanzaron el lugar más privado de su cuerpo. Un gemido se escapó de sus labios antes de que pudiera contenerlo.

— Grace —susurró Westlin con la voz suave, seductora—. Confía en mí.

El sonido de su nombre en sus labios fue suficiente para desarmarla. Había algo en su tono que prometía seguridad, que la empujaba a rendirse por completo, a abandonar cualquier resistencia. Él parecía conocer cada rincón de su cuerpo, cada punto sensible, y con cada movimiento aumentaba la intensidad de las sensaciones.

—No te detengas —murmuró ella, sin reconocer su propia voz. Era casi un ruego, una súplica por continuar, por no detener esa oleada de placer que la sacudía.

Los dedos de Marcus se movieron con destreza, llevándola al borde de lo que pronto iba a

descubrir. Su respiración era irregular, intercalada con suspiros y pequeños jadeos que no podía controlar. Todo su ser se concentraba en cada punto donde él la tocaba.

—Disfruta, mi amor —le dijo mientras un dedo entraba y salía de su interior al tiempo que la yema de otro hacía círculos sobre un lugar que ella desconocía.

Y se rindió completamente al éxtasis...

Grace sintió cómo su cuerpo respondía, cada músculo tenso, cada célula vibrando al ritmo de las caricias de Marcus. El mundo a su alrededor había desaparecido; ya no había nada más que ellos dos, la intensidad del momento los había envuelto como un manto de calor y deseo compartido. El agua a su alrededor parecía latir al compás de sus respiraciones, amplificando la sensación de que todo estaba conectado, como si el universo entero se hubiera reducido a ese instante.

—Esto es solo el principio —susurró él, con la voz cargada de admiración, mientras sus dedos no se detenían, aumentando la presión justo en el lugar preciso.

Entonces ella gritó, porque había alcanzado el éxtasis...

—Así, mi amor —dijo dándole un beso en la mejilla.

Grace se reclinó sobre Westlin y cerró los ojos. Necesitaba retomar el control de lo que estaba ocurriendo. No podía permitir que su plan se esfumara por haberse entregado a la lujuria que él le despertaba.

—Como te he dicho, esto es solo el principio —expresó Westlin.

Marcus se agachó para sacar a Grace del agua con una suavidad que contrastaba con la tensión evidente en sus músculos. Las gotas de agua resbalaban por su pecho y abdomen, siguiendo las líneas esculpidas de su cuerpo, mientras él la levantaba y la mantenía contra sí, sintiendo el calor de su piel mojada en sus brazos. Cada contacto hacía que el deseo se intensificara.

La segunda parte de la entrega empezaría de inmediato...

## XV



La llevó hasta la cama con pasos decididos, sus pies mojados antes habían dejado huellas sobre el suelo de mármol. La depositó con cuidado sobre el colchón. Los ojos de Grace lo seguían, hipnotizada, mientras él se tomaba su tiempo para recorrerla con la mirada, como un depredador que aprecia cada centímetro de su presa antes de devorarla. Marcus se inclinó sobre ella, dejando que sus labios comenzaran un recorrido lento y deliberado por su cuerpo, comenzando en su cuello, donde dejó suaves besos y mordiscos que hicieron que la joven cerrara los ojos y soltara un suspiro.

Cada beso era un estallido de clímax, una caricia íntima que encendía el fuego en su piel. Marcus empezó en su cuello, descendiendo hasta la clavícula, mordisqueando suavemente la piel sensible mientras sus manos seguían explorando con una lentitud casi torturante. Grace no podía contener los jadeos que escapaban de sus labios. Su cuerpo respondía por sí solo, arqueándose involuntariamente hacia él, buscando más contacto, más de todo lo que él le ofrecía.

La boca de Westlin descendió hasta sus senos, donde se detuvo a admirar cómo los pezones de Grace se endurecían bajo su toque. Con una sonrisa satisfecha, atrapó uno entre sus labios, jugando con su lengua y haciéndola jadear de sorpresa. Sus labios dejaban un rastro ardiente en su piel y su otra mano se deslizó hacia abajo, acariciando el interior de sus muslos hasta encontrar nuevamente el centro de su deseo. Ella sintió que su mente se nublaba, todo pensamiento coherente fue reemplazado por el incesante latir de su cuerpo bajo las caricias de Marcus.

Cuando finalmente su boca descendió aún más, explorando cada rincón con una dedicación apasionada, Grace soltó un gemido desgarrador al sentir la calidez de su lengua entre sus piernas. El placer era tan abrumador que sentía que no podía controlarlo. Cada giro de su lengua la llevaba más cerca del límite y cuando sus dedos la encontraron de nuevo, su cuerpo no pudo más que rendirse.

—Marcus... —gimió, su voz quebrada por el placer que la invadía, mientras sus manos se aferraban a las sábanas, tensas y temblando. Percibía como si una oleada de fuego la estuviera arrastrando a un lugar desconocido y peligroso.

Westlin no se detuvo. Siguió hasta llevarla al borde del abismo una y otra vez, sin permitir que el placer se disipara. Su nombre se escapaba de sus labios como una súplica, una mezcla de desesperación y éxtasis que la envolvía por completo. Los movimientos calculados de su lengua y sus dedos llevaban a Grace hacia un clímax inminente, aunque Marcus siempre la mantenía al borde, prolongando su agonía, haciéndola desear más, rogar por más.

Y justo cuando Grace pensaba que no podía soportar lo siguiente, cuando su cuerpo temblaba y los gemidos escapaban de su boca sin control, Marcus la hizo llegar a un orgasmo tan intenso que su cuerpo entero se arqueó contra la cama, su espalda curvándose mientras gritaba su nombre, completamente perdida en el placer. Sentía como si el mundo a su alrededor desapareciera, solo quedaba él, su cuerpo y el placer indescriptible que la invadía.

Su respiración era errática, su pecho subía y bajaba rápidamente mientras su mente intentaba procesar lo que acababa de suceder. Grace estaba completamente expuesta, vulnerable, pero en lugar de sentirse asustada, se sentía poderosa. La había llevado a los confines del placer y aún no había terminado.

Sin dejar de mirarla, Marcus la observó. Sus ojos oscuros brillaban con una intensidad casi salvaje.

—No he terminado contigo —susurró Westlin con voz ronca, cargada de más promesas.

Grace no pudo evitar morderse el labio al escuchar esas palabras. Sabía que lo que venía sería más intenso que cualquier cosa que hubiera experimentado antes. Sus ojos recorrieron el cuerpo de Marcus, admirando cada músculo tenso, cada gota de agua que aún resbalaba por su piel bronceada.

Se inclinó sobre ella, apoyando una rodilla en el colchón mientras sus manos volvían a recorrer su cuerpo con una lentitud casi insoportable. Besó de nuevo su cuello y sus labios dejaron una estela de calor dondequiera que tocaban. Sus manos bajaron, acariciando la curva de sus caderas, tomándose su tiempo para explorar cada centímetro de su piel.

El aliento de Grace se aceleraba con cada caricia, con cada beso que la hacía sentir que su cuerpo estaba a punto de explotar de nuevo. El calor entre sus piernas crecía mientras Marcus, con una maestría infinita, la preparaba para lo que estaba por venir. Sus manos encontraron el camino hacia sus muslos, separándolos lentamente mientras sus labios poseían los de ella con voracidad.

Grace sintió un escalofrío recorrerle la columna vertebral...

Y entonces, en un movimiento fluido y firme, Marcus se acomodó entre sus piernas, sus ojos fijándose en los suyos mientras su erección rozaba la entrada de su cuerpo. Por un segundo, el tiempo pareció detenerse. La mirada de Marcus se tornó más oscura, más intensa. Sabía que estaba a punto de reclamar lo que había deseado desde que la vio por primera vez. Ella lo miraba, con labios hinchados y entreabiertos. Su pecho subía y bajaba rápidamente mientras esperaba el momento.

Cuando Marcus la penetró por primera vez, lo hizo con mucha suavidad, pero también con una firmeza controlada. El cuerpo de Grace se tensó instantáneamente, el dolor mezclado con el placer se apoderó de ella de una manera que nunca había experimentado. Marcus, intuyendo su virginidad por la estrechez, continuó con movimientos lentos, pausados, hasta que ella se acostumbrara.

Los gemidos de Grace eran suaves al principio, pero a medida que Marcus aceleraba el ritmo, su respiración se volvía entrecortada y su cuerpo respondía instintivamente a cada embestida. Las manos de la muchacha se aferraron a sus brazos, las uñas se clavaron en su piel mientras intentaba soportar la intensidad de lo que estaba sucediendo. Marcus, completamente absorto en su deseo por ella, se dejó llevar. Sus embestidas fueron más profundas y rápidas, cada movimiento reflejaba la desesperación que sentía por poseerla completamente.

El sudor cubría sus cuerpos, las pieles brillaban bajo la luz de las velas, sus mejillas estaban rojas por el esfuerzo y el deleite. Los jadeos llenaban la habitación, uniendo sus cuerpos en un ritmo imparable. Westlin se inclinó hacia adelante, atrapando un pezón entre sus labios mientras continuaba moviéndose dentro de ella. Grace se arqueó, respondiendo a cada estímulo con un gemido más alto, hasta que, finalmente, Marcus salió de su interior.

Antes de que Grace pudiera recuperar el aliento, Marcus la giró bruscamente, colocándola de espaldas. Con una mano en su cintura, levantó sus caderas, preparándose para tomarla desde

atrás. La joven no tuvo tiempo de reaccionar antes de que Marcus volviera a entrar en ella, esta vez con más fuerza. La nueva posición intensificaba cada embestida y los gemidos de la muchacha se transformaron en gritos de gozo.

—Marcus... —gimió entre jadeos. Con la mente incapaz de razonar.

Las embestidas de Marcus eran implacables, cada una más fuerte que la anterior. Su control comenzaba a desmoronarse y Grace sentía que estaba al borde del desmayo por el placer tan abrumador. Los músculos de Westlin se tensaron y cuando sintió que estaba a punto de alcanzar el clímax, salió de ella una vez más, volviéndola a girar para enfrentarla.

Grace, con los ojos entrecerrados por el éxtasis, lo miró mientras él volvía a penetrarla, esta vez con una intensidad más contenida, pero no menos profunda. Él la observaba directamente a los ojos, deleitándose en el brillo de su mirada, en la forma en que sus labios estaban hinchados por sus besos y en cómo su cuerpo respondía a cada movimiento. El rubor de sus mejillas y las marcas que él había dejado en su piel lo enloquecían de deseo.

La alcoba se llenó con el sonido de sus cuerpos moviéndose al unísono y, cuando finalmente Marcus sintió que su clímax era inminente, Grace gritó su nombre una vez más, llevándolo al borde. Ese sonido fue suficiente para hacer que Westlin se perdiera por completo, embistiendo con un último movimiento antes de derramarse dentro de ella.

El clímax fue explosivo, su cuerpo se tensó mientras su respiración se volvía errática. Durante unos segundos que parecieron eternos, se dejó llevar por la ola de placer que lo recorrió de arriba abajo. Ambos quedaron jadeando, cubiertos de sudor, sintiendo cómo el calor de sus cuerpos y la satisfacción compartida los envolvía.

Marcus se dejó caer suavemente al lado de Grace, todavía atrapado por el momento. Mientras trataban de recuperar el aliento, ambos permanecían en silencio, con sus cuerpos temblando por el intenso encuentro que acababan de compartir.

—Ven aquí —susurró Marcus con voz ronca, extendiendo una mano para atraerla hacia él, envolviendo su cintura con el brazo y presionándola suavemente contra su pecho.

Grace, aún en un estado de aturdimiento, sonrió débilmente mientras acariciaba el brazo que la rodeaba. Sus dedos trazaban pequeños círculos en la piel de Marcus, disfrutando de la calidez que compartían en ese momento.

—¿Estás bien? —le preguntó con voz agotada, pero llena de satisfacción.

—Mucho... —murmuró Grace. Estaba exhausta, pero también sentía una satisfacción que nunca había experimentado antes.

—Durmamos un rato —sugirió Westlin, acomodando su cuerpo para abrazarla más cerca—. Esto es solo el principio, querida.

Grace cerró los ojos, dejando que las últimas palabras de Marcus flotaran en su mente mientras el agotamiento finalmente la arrastraba hacia un sueño profundo.

## XVI



La tenue luz de las velas parpadeaba en la oscuridad de la alcoba, proyectando sombras danzantes en las paredes mientras la noche envolvía la mansión de Westlin. Grace yacía en la cama junto a él, desnuda, sintiendo el calor del cuerpo de Marcus aún en el suyo. Mientras lo observaba dormir, la calma que emanaba contrastaba con la tormenta de pensamientos que la invadía.

«¿Qué estoy haciendo?», pensaba mientras que notaba cómo su corazón se había dividido entre la pasión que había compartido y la urgencia de recuperar su libertad. Con cuidado, se deslizó fuera de la cama, intentando no hacer ruido. La suave respiración de Marcus permanecía inalterable y por un momento, Grace, mientras se ponía la bata, se permitió continuar observándolo. Su rostro, relajado por el sueño, tenía una expresión de vulnerabilidad que la conmovía profundamente. Sabía que, a pesar de su rudeza inicial, Marcus había mostrado una ternura inesperada que había calado hondo en su corazón. Su corazón se hizo añicos al pensar en dejarlo, en abandonarlo por su lucha por alcanzar su libertad. Pero no tenía más remedio que hacerlo. Si ella continuaba a su lado, los malentendidos entre ellos serían tan grandes, que jamás podrían ser felices.

«Si el destino quiere, tal vez nos volvamos a encontrar», pensó con lágrimas formándose en sus ojos.

Caminó despacio hacia la tina y cogió el pañuelo lila que Marcus le había quitado de su cabello y regresó a la cama. Soportando el dolor de tener que marcharse, colocó la prenda sobre la almohada, donde ella había descansado. Volvió a mirarlo. Sin dejar de llorar, se inclinó hacia él para rozarle con suavidad una mejilla. Ese leve contacto hizo que él se moviera. Grace contuvo la respiración, pero esta regresó al observar que Marcus solo se giraba hacia el lado contrario. Contempló, por última vez, aquel cuerpo que había sido suyo durante toda la tarde. No solo él la había poseído. Ella también lo hizo, lo supo en todo momento. Inspiró hondo y contempló de nuevo el pañuelo. Un pequeño regalo que le había hecho su madre y que, por su deseo de mantenerla protegida, lo había encontrado. Él jamás sabría qué significaría aquel regalo. Ella sí.

Sintiendo el peso de la decisión, se dio la vuelta y salió de la alcoba susurrando una triste despedida. Al llegar a su propia alcoba, Lesly la esperaba.

—¿Se encuentra bien, señorita? —preguntó en voz baja al notar el dolor en el rostro de la joven.

Grace asintió lentamente, pero el nudo en su garganta le impedía hablar. Se había preparado para este momento, aunque nunca había anticipado el dolor que sentiría al marcharse. A pesar de todo, sabía que no tenía elección.

—Sí, estoy bien —respondió finalmente.

—¿Se arrepiente? —espetó mientras la ayudaba a vestirse con rapidez.

Grace negó con un leve movimiento de cabeza, pero no pudo evitar que sus lágrimas fluyeran

con mayor intensidad. Sabía que no se arrepentía de haber estado con Marcus, de haber compartido una intimidad que jamás imaginó, aunque también sabía que quedarse significaba renunciar a su libertad.

—No... no me arrepiento —murmuró con voz temblorosa y con los ojos empañados.

—Si usted está segura, entonces, marchémonos. Es el momento perfecto, *milady* —expresó al terminar de vestirla.

Exacto. Era el momento perfecto para escapar. Después de descubrir que un carruaje partía esa noche hacia Dover. Desde allí, viajarían a Francia, donde se esconderían por un tiempo bajo la protección del único pariente que le quedaba a Lesly. Luego, cuando todo estuviera en calma, regresarían a Escocia y vivirían con la tranquilidad que había deseado.

En silencio, ambas salieron de la residencia de Westlin. No había nadie que pudiera interrumpirles la huida, ya se habían encargado de ese tema. Y cuando los lacayos observaron que, realmente, ella se iba a entregar a su señor, aceptaron con felicidad la tarde de descanso que les ofreció Lesly. El único que seguía en el hogar fue Ryder, pero por suerte para ellas, no escuchaba muy bien.

Una vez en el exterior, el aire fresco se hizo extraño para Grace. Tal vez el calor del cuerpo de Westlin le creó una nueva sensación del ambiente. Sus manos temblaron, como si se negaran a abandonarlo.

—Buenas noches —las saludó el cochero encargado de llevarlas hasta Dover—. ¿No llevan equipaje? —añadió con sorpresa.

—Nos lo han robado —expresó con rapidez Lesly—. ¡Esta maldita ciudad es un nido de podredumbre!

Al escuchar su tono airado, el cochero no preguntó nada más, les abrió la puerta y las ayudó a subir.

El carruaje comenzó a moverse lentamente por los caminos oscuros, alejándose de la mansión. El sonido de los cascos de los caballos resonaba en la tranquilidad de la noche, pero para Grace, el ruido más fuerte era el latido de su propio corazón.



El amanecer apenas comenzaba a teñir el cielo de tonos grisáceos cuando Marcus despertó, con una pesadez extraña en su cuerpo. Sus ojos entreabiertos intentaron ajustarse a la tenue luz que se filtraba a través de las cortinas. El silencio en la alcoba era abrumador, un eco de soledad que reverberaba en sus oídos. Intentó mover su brazo hacia donde sabía que Grace debería estar, pero el espacio a su lado estaba frío. Demasiado frío.

Algo andaba mal.

Su mente, aún enturbiada, tardó en procesar la ausencia. Al principio, pensó que Grace se había levantado temprano, tal vez aún fatigada por la noche que habían compartido. Sin embargo, cuando giró la cabeza hacia su lado, notó un pequeño detalle que hizo que su corazón se acelerara de golpe: un pañuelo lila sobre la almohada, el lugar donde ella había apoyado la cabeza. Marcus extendió una mano temblorosa para cogerlo.

El aroma del cabello de Grace aún impregnaba la suave tela, pero ese delicado olor, que en otro momento lo habría calmado, ahora lo llenaba de una mezcla tóxica de furia y desengaño. Lo había dejado atrás. Su cuerpo aún se sentía torpe y rígido, aunque el peso de la traición era lo

único claro en su mente. Grace había huido.

—Me has abandonado —masculló.

El pañuelo en su mano temblaba ligeramente, sus dedos se cerraban cada vez más con fuerza sobre él. Lo había envenenado con dulzura, lo había adormecido con caricias, mientras tejía un plan meticuloso para escaparse. Cada beso, cada susurro, cada mirada cómplice... todo había sido parte del juego que había comenzado días antes.

Marcus cerró los ojos y apretó la mandíbula hasta que un leve dolor comenzó a expandirse por su cabeza. Ella no tiene ni idea de a quién había traicionado. El dolor por haber confiado en ella lo asfixiaba lentamente, sin embargo, no dejaría que lo consumiera. Ahora era el momento de la venganza.

Con un gruñido bajo, apartó las sábanas y se puso en pie. El frío del suelo le recorrió los pies descalzos, aunque no lo sentía realmente. Su cuerpo aún estaba recuperándose de aquello que le había puesto en el vino. Sin embargo, su mente ya estaba despierta. Demasiado despierta. Se dirigió a la ventana y apartó las cortinas con brusquedad, dejando que la tenue luz del amanecer iluminara la habitación. Apretó el pañuelo con tanta fuerza que sus nudillos se pusieron blancos. Ese trozo de tela, cargado de tantos recuerdos, ahora era solo un símbolo de traición.

El aire en la habitación se sentía espeso, pesado, como si compartiera la misma furia que hervía dentro de él. Westlin se llevó el pañuelo a la cara, cerrando los ojos por un momento, aspirando profundamente el perfume que ella había dejado impregnado.

—¡Ryder! —gritó, haciendo que el eco de su voz retumbara por toda la casa.

El mayordomo apareció inmediatamente tras escuchar la llamada. Aunque estaba acostumbrado a la frialdad de su amo, el semblante de Marcus en ese momento lo estremeció. La furia contenida en su rostro sugería que algo estaba a punto de desatarse.

—Prepárame el caballo —ordenó mientras se vestía apresuradamente.

Asintiendo con rapidez, Ryder salió en silencio para cumplir con la orden. Una vez que terminó de vestirse, Marcus cogió el pañuelo que había lanzado sobre la cama y lo guardó en un bolsillo de su chaqueta. No iba a permitir que la traición de Grace quedara impune. Lo que le dolía no era solo la pérdida de control, era ella. Había comenzado a verla como algo más que una prisionera, como alguien con quien compartir su vida. Y ella lo había apuñalado por la espalda.

Su furia ardía, pero bajo ella también sentía una determinación gélida, calculadora. No se trataba solo de orgullo herido, era algo más profundo, más personal. Ella no era solo una mujer que lo había engañado; había sido la única capaz de atravesar las barreras que él había construido durante años.

«Esto no termina aquí», pensó con los labios apretados mientras salía de la habitación. Caminó por el pasillo con pasos firmes, el sonido de sus botas resonando en el suelo como un eco de su promesa de venganza. No la dejaría escapar. No ahora que sabía que la deseaba más de lo que jamás había imaginado. Grace sería suya, de una forma u otra.

El caballo estaba listo cuando Marcus salió al patio delantero. Mientras colocaba el pie en el estribo, una última imagen de ella cruzó su mente: su risa, su aroma, el recuerdo de su cuerpo encajando con el suyo.

—Te encontraré —tronó—. Y cuando lo haga, sabrás lo que significa traicionar a Marcus Baxter.

## **Segunda parte**

### **(El perdón)**

## XVII



**Londres, abril de 1885**

El carruaje avanzaba con el traqueteo monótono de las ruedas sobre el camino de regreso, pero los pensamientos de Marcus estaban atrapados en el diálogo que había tenido con Josephine Moore. Las palabras de la joven no dejaban de resonar en su mente, como el eco lejano de un reproche que no había querido escuchar durante tanto tiempo. ¿Por qué no había buscado a Grace cuando descubrió que vivía en Escocia? ¿Por qué había dejado que el miedo lo gobernara? Había sido un cobarde y ahora no podía negarlo más.

El viaje desde la residencia de Sheiton le había dado demasiado tiempo para pensar, y cada kilómetro que avanzaba lo acercaba a la verdad que había tratado de evitar: no podía seguir huyendo de lo que sentía por Grace. No había más excusas. Josephine había tenido razón. El miedo a amarla y, peor aún, a enfrentarse a lo que ella significaba para su vida, lo había paralizado. Y el deber de entregarla a las autoridades, por la sombra de sospecha que se cernía sobre ella, había sofocado cualquier posibilidad de redención.

Sin embargo, ya no podía seguir así. Sabía que tenía que enfrentarse a la realidad, a los sentimientos que había reprimido durante una década. La cuestión era, ¿cómo reconquistar a una mujer que él mismo había empujado fuera de su vida?

El carruaje se detuvo frente a la mansión, y Marcus descendió con un suspiro pesado. El aire fresco de la mañana londinense lo golpeó, despejando momentáneamente los pensamientos que lo abrumaban. Su mayordomo, lo esperaba en la puerta, siempre con su sonrisa despreocupada.

—Milord, bienvenido —le dijo con su usual entusiasmo mientras le ayudaba a despojarse del abrigo.

Marcus lo observó por un momento, sintiendo una mezcla de fastidio y resignación. A diferencia de su predecesor, no era el tipo de hombre que se mantenía en segundo plano con discreción. Tenía un espíritu alegre, casi insolente, que Marcus encontraba complicado. No lo odiaba, claro, después de todo, Simon era sobrino de Ryder. Había sido la última voluntad que tomara a su sobrino bajo su protección, y Marcus, fiel a su palabra, lo había hecho.

—Milord, ¿lo recibieron como merece en la residencia de Sheiton? —preguntó con una sonrisa demasiado amplia al tiempo que colocaba el gabán en el guardarropa del *hall*.

Marcus parpadeó, desconcertado por la pregunta. ¿Acaso era el rey para que lo recibieran con desfiles y fanfarrias? Negó con la cabeza, conteniendo una respuesta sarcástica.

—Me admitieron —respondió escueto, mientras se encaminaba hacia su despacho.

Simon, como de costumbre, lo siguió como una sombra. Westlin no tardó en notar su presencia justo detrás de él, lo que provocó una ligera irritación. Se detuvo en seco, girándose

para enfrentarse al joven.

—¿Qué ocurre? —inquirió con una ceja levantada.

Holloway, imperturbable, mantuvo su sonrisa al contestarle:

—Durante su ausencia, milord, un caballero ha aparecido varias veces preguntando por usted. Como me había anunciado que regresaría esta mañana, la última vez que apareció le informé sobre el día que debía presentarse.

—¿Y? —espetó Westlin enarcando una ceja.

—Y desde hace un par de horas lo espera en su despacho.

Marcus lo miró primero sorprendido y luego molesto.

—¿Lo has dejado solo en mi despacho todo ese tiempo? —preguntó con un tono de incredulidad y reproche.

El joven mantuvo la calma y, por supuesto, la sonrisa.

—No, milord. No soy tan tonto. Me quedé con él, charlando de cómo pasó de ser un lacayo a un respetado burgués.

Marcus cerró los ojos por un segundo, reprimiendo el impulso de gritarle que no había hecho lo correcto. Negó con la cabeza y, con paso decidido, se dirigió hacia el despacho. ¿Quién podría estar esperando tanto tiempo para verlo?

Al entrar, Marcus observó que el hombre estaba sentado de espaldas a la puerta. Al oír el sonido de la misma abriéndose, el visitante se levantó y se giró para saludarlo. Aunque habían pasado años desde su último encuentro, Westlin reconoció al hombre de inmediato.

—Buenos días, milord —saludó el hombre extendiéndole una mano—. ¿Me recuerda?

Mientras caminaba hacia él para saludarlo, los recuerdos de aquel día volvieron a él. Habían pasado diez años desde aquella primera conversación, pero la imagen del hombre permanecía grabada en su mente.

—Buenos días, señor Walter —respondió Marcus, tomando asiento y señalando la silla que había ocupado el visitante—. Siéntese, por favor.

Donald Walter había cambiado mucho desde la última vez que se vieron. El antiguo mayordomo del conde de Hesse, que en su momento había sido un hombre humilde y con poca seguridad, ahora irradiaba confianza. Su porte era diferente, más erguido, más seguro de sí mismo. Era evidente que el tiempo había sido amable con él.

—Gracias, *lord* Westlin —respondió Donald mientras se sentaba—. Disculpe que aparezca sin avisar, pero creo que la información que he recabado durante este tiempo le puede interesar.

Marcus alzó una ceja al evocar mentalmente la última vez que Donald había usado casi las mismas palabras. Y, por supuesto, la situación había terminado con un pago sustancial por su parte.

—Supongo que esta vez su recompensa no será en forma de dinero, ¿verdad? —comentó Westlin con un tono cargado de una ligera ironía.

Donald negó con la cabeza al tiempo que su expresión se endurecía, como si le hubiera herido el orgullo.

—No, milord. Esta vez no busco recompensa económica. Solo quiero limpiar mi conciencia.

Marcus lo observó en silencio durante unos segundos al advertir que el tono que había utilizado para sus últimas palabras era muy extraño.

—Adelante, lo escucho —dijo al fin, acomodándose en el sillón.

Donald, claramente agradecido por la atención, comenzó a hablar con calma, aunque su voz reflejaba la importancia de lo que estaba a punto de revelar.

—Después de nuestro último encuentro, dejé mi puesto como mayordomo y empecé a trabajar como vendedor de telas. Esto me llevó de regreso a Francia. Y fue allí donde descubrí algunas verdades que desconocía sobre los condes de Hesse.

Marcus frunció el ceño.

—¿Qué verdades?

—La muerte de lord Hesse no fue justa —respondió Donald con voz grave—. Su excelencia fue acusado de espionaje, pero ni siquiera mantenía reuniones políticas. Fue un amigo cercano a él quien tramó todo, movido por el amor prohibido hacia la condesa. *Lord Saint* pensó que, si se quedaba viuda, terminaría casándose con él. Sin embargo, no fue así.

La revelación golpeó a Marcus con fuerza. ¿El conde de Hesse no era un espía? ¿Todo este tiempo había vivido con un odio injustificado?

—¿No era un espía? —soltó tras inclinarse hacia delante—. Entonces, ¿quién diablos asesinó a mi padre?

Donald negó con la cabeza.

—No, milord. El verdadero culpable de todo fue *lord Saint*, que manipuló los hechos para conseguir lo que quería.

Marcus se quedó inmóvil en su asiento, tratando de procesar lo que acababa de escuchar. El hombre que había jurado destruir, el conde de Hesse, había sido inocente todo ese tiempo. Las palabras de Walter retumbaban en su cabeza como campanas.

—¿Cómo puede estar seguro de eso? —preguntó sin poder evitar que su voz temblara ligeramente.

—Como le he dicho, por mi nuevo oficio, marché a Francia y como no tenía muy claro que mi señor fuera un criminal, busqué respuestas a todas las preguntas que me rondaban —explicó Donald, con el mismo tono seguro—. Hablé con amigos cercanos y antiguos sirvientes. Todos coinciden en que fue víctima de una traición. El verdadero espía nunca fue él, sino *lord Saint*. Por si no lo recuerda, también era el hombre que investigaba el caso.

Marcus cerró los ojos un instante, incapaz de ocultar la ira que crecía en su interior. Todo lo que había creído, todo el odio que había cultivado durante años, había sido una farsa. Y peor aún, había contribuido a la desgracia de alguien que había sido inocente todo ese tiempo.

—¿Qué más sabe? —preguntó más calmado, aunque con una urgencia contenida.

Donald hizo una pausa, como si estuviera eligiendo cuidadosamente sus palabras.

—Después de la muerte del conde, la viuda quedó devastada. Fue entonces cuando decidió proteger a su hija a toda costa, ocultándola bajo una identidad falsa. *Grace Aylett* —la voz de Donald se suavizó al mencionar el nombre—, la mujer que usted conoció es *Grace Collier*, la hija de los condes.

Marcus sintió que su corazón se detenía por un momento al oír el nombre de *Grace*. Las imágenes de ella volvían a su mente, sus ojos, su risa, el modo en que siempre lo miraba con una mezcla de desafío y dulzura. Todo este tiempo, había sabido que ella no era una simple doncella, pero había decidido ignorar sus instintos, cegado por el deber y el deseo de venganza. Ahora, ese mismo deber lo había traicionado.

—Su madre, antes de morir —continuó Donald—, escribió al único pariente que tenía en Francia; un tío del conde. Le pidió que ayudara a su hija cuando ella no pudiera protegerla. Dicho pariente fue quien organizó el matrimonio con *lord Hantersey*, creyendo que así *Grace* recuperaría la posición que le correspondía por nacimiento y se mantendría cuidada. Sin embargo, usted sabe por qué no se cumplió esa última voluntad.

La culpa pesaba sobre los hombros de Marcus como una losa imposible de levantar. Recordó cómo había tratado a Grace, las humillaciones, las palabras llenas de desprecio. En el fondo, siempre había sentido que ella no era lo que aparentaba ser, pero su obstinación, su odio, lo habían cegado. El hombre que juraba ser justo se había convertido en el verdugo de una mujer inocente.

—Grace... —murmuró, sintiendo cómo su pecho se comprimía al pronunciar su nombre. El dolor que lo invadía no era solo por los diez años perdidos, sino por la certeza de que él mismo había sido responsable de su sufrimiento.

Donald lo miró con seriedad y con un atisbo de comprensión.

—Sí, milord. *Lady* Grace vivió toda su vida huyendo de un pasado que no le correspondía, ocultando su verdadera identidad para protegerse. Y ahora... —Donald hizo una pausa, observando la reacción de Marcus—. Ahora vive como una humilde doncella en Escocia.

Las palabras de Donald cayeron como un martillo en la mente de Marcus. Él también sabía que residía allí después de abandonar Francia, pero... ¿dónde? ¿Aquel hombre le desvelaría el lugar después de lo que hizo?

—¿Escocia? —preguntó como si la noticia fuera nueva para él—. ¿Dónde exactamente?

—En un pequeño pueblo llamado Strathmore. Es el lugar donde nació la mujer que supuestamente fue su madre, la doncella Aylett. La condesa de Hesse, después de abandonar Francia, movida por ese instinto de protección por su hija, se refugió allí creyendo que nadie las buscaría en un lugar tan remoto. Y ahora es *lady* Grace quien ha decidido regresar.

Marcus sintió una oleada de emociones contradictorias. Al fin sabía con certeza dónde estaba Grace, pero ahora se enfrentaba a un dilema aún mayor: ¿era apropiado ir a verla después de todo lo que había pasado? ¿Cómo podría ella siquiera mirarlo, después de cómo la había tratado? Había huido de su vida, y con razón. ¿Qué derecho tenía él de irrumpir nuevamente en su mundo, ahora que sabía la verdad?

—Debo advertirle, *milord* —continuó Donald, con una expresión grave—, que Grace ha logrado construir una vida tranquila en ese lugar. Quizá no quiera ser perturbada. Pero si usted siente que debe enmendar sus errores, ahora sabe dónde encontrarla.

Marcus no respondió de inmediato. El silencio que cayó sobre la habitación era denso, lleno de preguntas sin respuestas. Su mente se inundaba de imágenes de Grace, sobre todo de la tarde antes de que huyera de su lado. Y ahora, después de tantos años, estaba a solo un viaje de distancia. Pero... ¿lo aceptaría? ¿Podría alguna vez perdonarlo por el daño que le había causado?

—¿Algo más? —preguntó finalmente con voz apagada.

Donald negó con la cabeza.

—Eso es todo, *milord*. Mi conciencia está limpia. Solo espero que usted pueda encontrar la paz que busca.

Donald se levantó, haciendo una ligera reverencia antes de extender la mano hacia Westlin una vez más. El marqués lo miró con seriedad.

—Le agradezco la información —dijo mientras se ponía de pie para despedirlo—. Su visita ha sido muy afortunada.

Donald asintió, entendiendo que no solo él había sufrido por el error que habían cometido en el pasado. Hizo una inclinación respetuosa y se dirigió a la puerta.

—Le deseo suerte, lord Westlin —comentó antes de salir, dejando a Marcus solo en el despacho.

Cuando la puerta se cerró, el silencio volvió a llenar la habitación. Westlin se dejó caer en su

sillón, sintiendo cómo el peso de la verdad lo aplastaba. Había pasado tanto tiempo odiando, buscando justicia para su padre, que había olvidado que también había vidas inocentes involucradas en esa lucha. Y ahora, la realidad había salido a la luz, pero... ¿cómo seguir adelante?

—¡Holloway! —gritó con voz firme rompiendo el silencio que se había creado a su alrededor.

Sin embargo, Simon no aparecía tan veloz como Ryder. Este se tomaba su tiempo.

—¿Me ha llamado, milord? —preguntó con ese entusiasmo que lo caracterizaba.

—Ve inmediatamente al puerto —ordenó con calma, pero con determinación—. Averigua cuándo zarpa el próximo barco a Escocia. Compra dos billetes y prepara el equipaje.

Los ojos de Holloway se iluminaron con una mezcla de sorpresa y emoción.

—¿Nos vamos de viaje? —soltó casi sin poder contener su entusiasmo—. ¡Qué maravilla! ¡Es la primera vez que viajo tan lejos!

Marcus lo observó, reprimiendo un suspiro de frustración.

—Si pudiera dejarte aquí, lo haría —murmuró, con un tono sarcástico que el joven, por supuesto, ignoró completamente.

—¡Voy a prepararlo todo! —exclamó saliendo apresuradamente del despacho sin siquiera despedirse.

Marcus volvió su atención a los documentos que estaban sobre el escritorio. Sin embargo, no les prestó atención. Su mente estaba en otro lugar, en un pequeño pueblo en Escocia. En Grace...

Sabía que no podía simplemente aparecer y pedir perdón. No después de todo lo que había sucedido. Tendría que ser cuidadoso, planificar cada movimiento, asegurarse de no asustarla ni de hacerle daño nuevamente. ¿Cómo lograría semejante proeza?

## XVIII



El amanecer sobre el puerto de Leith traía consigo un cielo que parecía un lienzo de nubes violetas dispersas, iluminado por una suave luz que luchaba por abrirse paso. El aire, impregnado del característico olor a salitre, acariciaba el rostro del marqués mientras observaba desde la cubierta. En la distancia, el pequeño pueblo de Edimburgo comenzaba a tomar forma, sus muelles de piedra se extendían como brazos que acogían a las embarcaciones llegadas del sur.

Sin embargo, la imagen del embarcadero no lograba calmar la tormenta interna que Westlin llevaba consigo. Durante las últimas noches, apenas había logrado dormir. El nombre de Grace resonaba en su mente y la ansiedad por lo que estaba a punto de enfrentarse lo mantenía en vilo. ¿Cómo lo recibiría? ¿Lo odiaría después de tanto tiempo? La incertidumbre lo devoraba, aunque con cada paso más cerca de ella, la determinación también crecía.

Los gritos de los marineros y el ajeteo del puerto llegaban a sus oídos. Sin embargo, para él todo parecía un ruido lejano. Sus pensamientos se mantenían en un pequeño pueblo de Escocia, donde su verdadero amor se había escondido durante más de cinco años.

El inconfundible sonido de otro vómito de Holloway llegó hasta él, interrumpiendo todas sus cavilaciones.

—Menos mal que hemos llegado —murmuró el mayordomo aferrado al borde de la barandilla como si el mismo barco estuviera a punto de devorarlo. Su piel tenía un tono entre verde y gris, que lo hacía parecer un cadáver viviente.

Westlin lo observó de reojo, con una mezcla de compasión y resignación. Los tres días de navegación habían sido una auténtica prueba para Simon, quien desde el primer momento mostró una propensión al mareo que ni siquiera el marqués había anticipado. En tierra firme, Holloway era la imagen de la compostura, aunque en el barco se había convertido en una sombra de sí mismo. Su rostro pálido y ojeroso no había conocido descanso desde que zarparon de Londres. Había pasado las horas abrazado a cualquier cosa, incapaz de mantenerse en pie por más de unos minutos antes de que el mareo lo derrumbara. Cada comida se convertía en un suplicio, y los intentos de alimentarse terminaban del mismo modo: huyendo hacia la cubierta para aliviar su estómago.

—Milord, creo que... —Había intentado decir en más de una ocasión. No obstante, nunca lograba terminar la frase antes de salir corriendo.

Para el marqués, el espectáculo había sido un entretenimiento inesperado en medio de sus preocupaciones. No podía evitar sentir algo de lástima por el joven, pero verlo tambaleándose de un lado a otro, luchando contra el viento y las olas, le otorgaba un toque cómico innegable.

—Este viaje va a matarme, *milord* —susurró Simon un sinfín de veces, aferrándose a la vida con la misma desesperación con la que se aferraba al barco.

Ahora, en el último día, el pobre muchacho parecía al borde del colapso. Incluso con el puerto a la vista, su cuerpo no parecía dispuesto a rendirse ante el mareo. Con cada movimiento del navío, su cara verde se retorcía en un gesto de sufrimiento.

Cuando el barco comenzó a maniobrar hacia el embarcadero, Leith desplegaba todo su bullicio matinal. Los muelles parecían cobrar vida, con estibadores descargando barriles y mercancías mediante poleas y aparejos, mientras los trabajadores portuarios corrían de un lado a otro, gritando órdenes y asegurando los cabos de las embarcaciones. El puerto era un hervidero de sonidos y movimientos: el crujir de la madera, el choque de las olas contra el muelle y el eco constante de las voces que llenaban el aire.

El olor a sal y pescado impregnaba cada rincón, mezclándose con el alquitrán que sellaba las cubiertas de los barcos. Westlin observaba la actividad con atención, aunque su mente seguía enfocada en Grace. Estaba más cerca de ella con cada segundo que pasaba. Aunque el bullicio lo rodeaba, su mente seguía atrapada en la imagen de su reencuentro. No sabía qué esperar. ¿La encontraría feliz? ¿Resentida? ¿Y si se negaba a hablar con él? La incertidumbre no lo dejaba en paz y, mientras el barco se aproximaba al muelle, su ansiedad crecía. Leith era solo el primer paso. Pronto tendría que enfrentarla y no estaba seguro de estar preparado.

El capitán dio la orden de desembarcar. Los marineros comenzaron a preparar el equipaje y organizar la bajada. Cuando la escalerilla fue colocada, el marqués descendió con paso firme. Desde lo alto, divisó a un hombre que encajaba perfectamente con la descripción que le había dado Cassian: alto, rudo y una expresión tan seria que parecía esculpida en piedra. Ese debía ser Gregor Aife, el hombre de confianza que su amigo había enviado para recibirlo.

Mientras descendía por la escalerilla de madera, el bullicio a su alrededor se transformó en carcajadas. Intrigado, se detuvo para descubrir la causa. Al girarse, no pudo evitar fruncir el ceño ante lo que veía: Simon estaba tirado en el suelo del barco, deslizándose como una serpiente mientras intentaba en vano ponerse de pie.

—Lo siento, milord, ahora mismo no puedo atenderlo —dijo en un susurro agónico.

Marcus reprimió un suspiro. La escena era casi surrealista, pero lo más sensato en ese momento era dejar que Simon pasara su tormento en paz. Giró sobre sus talones y caminó hacia Gregor Aife, quien, al verlo acercarse, dio un paso al frente y extendió la mano.

—¿*Lord* Westlin? —preguntó con una voz firme y sin emoción.

—Sí, supongo que usted es el señor Aife —respondió Marcus alargando la mano.

—En efecto, milord. Gregor Aife, para servirle.

—¿Ha encontrado un lugar decente donde hospedarnos? —preguntó con interés.

—Sí, lo he hecho, y si no le importa, le sugiero que nos dirijamos allí de inmediato. Tengo información privilegiada para usted.

—¿Sobre ella? —espetó ansioso.

—Exactamente.

—En ese caso, no hay tiempo que perder.

Marcus dio varios pasos hacia el carruaje que esperaba, pero al notar que el escocés no lo seguía, se volvió hacia él.

—Milord, creo que no es humano dejar a ese pobre muchacho ahí tirado —comentó señalando a Simon, que, en medio de su trayecto, había perdido la conciencia.

Marcus observó la escena, negó con la cabeza y, con una mezcla de exasperación y resignación, dijo:

—Haga lo que quiera con él.

Gregor se acercó al muchacho y lo levantó del suelo con la misma facilidad con la que cargaría un saco de grano. Lo echó sobre su hombro y caminó hacia su caballo sin perder un segundo. Colocó al desmayado mayordomo sobre el lomo del animal, asegurándose de que no se

cayera. Acto seguido, se montó y azuzó las riendas.

Westlin, cuando el carruaje emprendió la marcha, se reclinó en el asiento y miró por la ventana. No prestó atención al paisaje. Cada segundo que pasaba lo acercaba a enfrentarse su pasado. ¿Qué información querría darle el escocés? ¿Estaría Grace casada? El pensamiento de un posible matrimonio le atravesó el corazón con un dolor punzante. Se llevó una mano al pecho, esperando calmar el tumulto en su interior. Tras unos segundos, el ritmo de sus latidos se estabilizó. Entonces, hizo algo que no había hecho desde la muerte de su padre: rezar.

## XIX



**Tres** horas después de haber dejado el puerto de Leith, el carruaje hizo una pausa en un claro del camino. El viaje hacia Strathmore avanzaba según lo planeado, pero los caballos necesitaban descansar y, para el mayordomo, cualquier excusa para pisar tierra firme era bien recibida. El escocés, siempre práctico, había planeado un alto para reponer fuerzas y permitir que todos, incluidos los animales, tomaran un respiro.

El paisaje que los rodeaba era pintoresco, iluminado por un sol radiante que bañaba los campos en tonos verdes vibrantes. Las colinas se extendían bajo el cielo despejado, cubiertas por una alfombra de hierba fresca que brillaba bajo la luz cálida del día. Un riachuelo cristalino bordeaba el camino, y sus aguas reflejaban los rayos del sol. El aire fresco y limpio contrastaba con la brisa marina que habían dejado atrás.

Bajo la sombra de un gran árbol, el escocés extendió una manta sobre la hierba y comenzó a sacar el contenido de una cesta que su esposa había preparado. Panes recién horneados, trozos de queso envueltos en tela, dos botellas de vino y pequeños sándwiches rellenos de carne fría, todo dispuesto de manera rústica, pero apetecible.

El mayordomo, por su parte, apenas prestó atención a la comida. Sin perder un segundo, bajó del caballo y se alejó hacia el campo. Para alguien que había sufrido tanto durante la travesía en barco, el simple hecho de caminar sobre tierra firme era un milagro. Con cada paso se podía notar el alivio que sentía, casi como si cada pisada fuera un agradecimiento.

—Bendito sea, Dios —murmuraba para sí mismo mientras se adentraba en la pradera—. Bendito sea este suelo que me sostiene.

Durante varios minutos, se dedicó a pasear, disfrutando de la tranquilidad del lugar, estirando las piernas y sintiendo cómo el mundo dejaba de moverse bajo sus pies. Estaba claro que su estómago aún no estaba listo para enfrentarse a la comida.

Mientras tanto, el escocés y el marqués se habían acomodado bajo el árbol. Este último, aunque más sereno que su mayordomo, agradecía el descanso. Sin embargo, lo que realmente lo inquietaba era la información que Gregor había mencionado al partir.

—¿Podemos hablar sobre esa información que mencionó en Leith? —espetó ansioso.

El escocés bebió un trago de la botella y miró a Westlin.

—Tras las averiguaciones que me pidió lord Symes, he de decirle que la señora vive en una pequeña casita de campo a las afueras de Strathmore —comentó sin ceremonias, mientras mordía uno de los sándwiches.

—¿Habla de Grace Aylett? —perseveró buscando una aclaración.

Aife asintió con calma.

—Sí. Aunque he de decirle que las noticias sobre ella son diferentes a las que tenía en Londres.

—No sé a qué se refiere —dijo entornando los ojos.

—En el pueblo, no la llaman señorita Aylett, sino la viuda de Westlin —expresó con cierta

diversión.

—¿Viuda de Westlin? —repitió con los ojos abiertos como platos.

—En efecto. Al parecer, cuando partió de Strathmore fue para contraer matrimonio y, al fallecer su esposo, ella regresó con su doncella... y un niño.

El corazón del marqués se detuvo un instante. Las palabras del escocés lo dejaron completamente desconcertado.

—¿Un niño? —repitió con una mezcla de incredulidad y desconcierto.

—Eso he dicho —confirmó el hombre con su habitual tono y sin dejar de masticar.

El marqués dirigió la mirada al horizonte, mientras un torbellino de pensamientos cruzaba por su mente. ¿De dónde había salido ese niño? No podía ser suyo... ¿o sí? Las posibilidades se arremolinaban en su cabeza, pero ninguna tenía sentido.

El escocés, que notaba la agitación en el semblante de su compañero, decidió continuar su relato sin más preámbulos.

—He de decirle también que, desde su regreso, trabaja como institutriz. Da clases en la parroquia —explicó mientras cortaba un trozo de queso con la misma calma—. La gente la respeta mucho. La aprecian como si fuera una de las suyas, así que, si sus intenciones no son las mejores, le recomiendo que lo piense bien, porque esa gente no le dará tregua.

El marqués alzó una ceja, sin comprender del todo lo que intentaba decir su acompañante.

—¿Tregua? —preguntó con un toque de ironía.

—Sí, tregua —afirmó Gregor—. Si la lastima de alguna forma, no lo perdonarían. La justicia popular aquí es bastante... contundente. No sería el primero en desaparecer.

El marqués sonrió para sí mismo. El hecho de que los habitantes de Strathmore protegieran a Grace con tal fiereza no lo sorprendía, aunque complicaba las cosas. Saber que ella estaba tan bien considerada en la comunidad sumaba un nuevo desafío. Si deseaba acercarse sin levantar sospechas, tendría que ser extremadamente cuidadoso.

—He cumplido además con otras de las peticiones que me hizo *lord* Symes —prosiguió Gregor—. He encontrado una casa frente a la de ella. Podrá verla cada vez que salga al jardín.

La noticia reconfortó al marqués. Tener a Grace tan cerca era una ventaja. Le permitiría observarla y entender su vida antes de presentarse. Sin embargo, había un problema: ¿cómo actuar sin ser reconocido? Sabía que tarde o temprano tendría que revelarse, pero por ahora, mantenerse oculto era lo más prudente.

En ese momento, el mayordomo regresó de su paseo, algo más animado que antes, aunque todavía mostraba signos de cansancio.

—*Milord*, creo que ya estoy lo suficientemente recuperado como para continuar el viaje.

El marqués lo miró de reojo. Aunque era evidente que se hallaba más dispuesto, su lacayo aún desprendía ese aire cansado. Sin embargo, su determinación de seguir adelante era innegable.

—¿No vas a comer algo? —le ofreció el escocés señalando la cesta.

—No, señor —contestó con una sonrisa débil—. Prefiero dejar que mi estómago repose un poco más. Ya ha pasado por demasiado.

Gregor no insistió. Se levantó, recogió los restos del tentempié y los guardó meticulosamente en la cesta de mimbre.

—Vamos, entonces —exclamó Aife con prisa.

El marqués y el mayordomo regresaron al carruaje. Este último se acomodó en su asiento, dejando escapar un suspiro de alivio. Gregor, por su parte, guardó la cesta en el morral de cuero, subió a su caballo y dio una señal al cochero para que emprendieran la marcha.

El carruaje comenzó a moverse de nuevo, dejando atrás el apacible claro donde habían descansado. El viaje continuaba, pero los pensamientos del marqués seguían girando en torno a una sola cuestión: el niño.

La posibilidad de que aquel niño fuera suyo comenzaba a tomar fuerza en su mente. Si Grace había dado a luz un hijo y lo había ocultado durante todos esos años, las preguntas no dejaban de acumularse. ¿Por qué no le había dicho nada? ¿Qué haría si realmente ese niño fuera de él?

Afuera, el paisaje se desplegaba lentamente, pero Westlin apenas lo percibía. Los árboles pasaban como sombras verdes y marrones, mientras el carruaje avanzaba por los caminos rurales.

—*Milord*, no se preocupe —dijo Holloway, intentando romper el silencio—. En breve me convertiré en el sirviente que necesita. Me siento mucho mejor.

El marqués asintió mecánicamente, sin prestar demasiada atención a sus palabras. Su mente estaba en otro lugar, atrapada en el misterio que se había revelado con la mención de ese niño. Sabía que no tendría respuestas hasta que llegara a Strathmore, pero con cada kilómetro que recorrían, se acercaba más a una verdad que, aunque temía, no podría evitar enfrentarse.



**Casi** tres horas después de haber tomado un descanso, el carruaje frenó con suavidad y Marcus, sentado en la penumbra del interior, intuyó que habían llegado. Sin apresurarse, retiró la cortinilla y confirmó sus sospechas: el pequeño y silencioso pueblo de Kinross se extendía ante él, iluminado por el sol que, lentamente, comenzaba a perder fuerza. El viaje había avanzado según lo planeado y, si todo seguía como esperaba, al día siguiente estarían en Strathmore, donde el verdadero encuentro que tanto anhelaba finalmente tendría lugar.

Observó a Holloway, que descansaba a su lado, ajeno a todo. El joven había pasado todo el trayecto sumido en un sueño profundo, algo que él, de forma deliberada, no había interrumpido. Sabía que Simon necesitaba recuperar fuerzas después del tortuoso viaje en barco, pero ahora el traqueteo final del carruaje lo despertó, arrancándolo de sus sueños.

—¿Hemos llegado? —preguntó con voz confusa y con los ojos todavía pesados del sueño.

—Sí —respondió el marqués, con un tono más grave del habitual mientras esperaba que el cochero abriera la puerta.

—¡Ha sido un viaje muy corto! —exclamó el muchacho, estirando los brazos con exageración, como si el largo trayecto no hubiera sido más que un simple paseo.

Marcus, sin embargo, apenas lo escuchaba. Su mente, enredada en la maraña de pensamientos que lo habían acompañado durante todo el camino. Las palabras de Gregor Aife resonaban una y otra vez en su cabeza. *Viuda de Westlin... Un hijo*. ¿Cómo podía recomponer las piezas de la vida de Grace después de tantos años? La revelación del escocés, aunque extraña, le resultó un poco graciosa. Si Grace se consideraba su viuda, aquello implicaba que, quizá, no había habido otro hombre en su vida... o al menos, eso era lo que él quería creer.

—*Milord*. —La voz del cochero interrumpió sus reflexiones, abriendo la puerta del carruaje —. El señor Aife está hablando con el posadero.

—Bien —respondió Marcus, saliendo del carruaje con paso decidido.

Antes de que pudiera moverse por completo, Holloway se adelantó con rapidez, bajando primero y extendiendo una mano con una sonrisa resplandeciente.

—Excelencia, permítame ayudarle a bajar. Tras tantas horas en el carruaje, debe tener las piernas adormecidas.

Marcus reprimió un gruñido. Adormecidas estarían si no hubiera ocupado tanto espacio... Negando con la cabeza, descendió sin aceptar la ayuda. Aunque el mayordomo no se apartó de su lado, siempre atento a cualquier necesidad que pudiera surgir.

La posada que se alzaba frente a ellos parecía salida de otro tiempo. Los bloques de piedra envejecida que componían su estructura mostraban signos de los duros inviernos que habían soportado. Sobre la entrada, escudos familiares antiguos colgaban a la vista de los viajeros, como un recordatorio de las épocas feudales. Las pequeñas ventanas, oscuras y enrejadas, apenas dejaban entrever el interior, dándole al lugar un aire de fortaleza más que de refugio. Todo el conjunto le daba a Marcus una sensación de solidez y rusticidad que encajaba perfectamente con

la dureza de la región.

Cuando entró, el marqués vio cómo Gregor conversaba animadamente con el posadero en gaélico escocés. Aunque Marcus no comprendía la mayor parte de la conversación, captó lo suficiente para saber que el hombre había conseguido alquilar tres habitaciones. Sin embargo, una duda lo asaltó: ¿tres habitaciones para cuatro personas?

El escocés se acercó con la expresión seria y determinante que lo caracterizaba.

—*Lord Westlin* —dijo Gregor con un ápice de sarcasmo al recordar que la joven había mencionado que él había fallecido—, el posadero me ha informado de que dispone solo de tres habitaciones: una de matrimonio y dos simples. Pensé que, siendo su mayordomo quien debe asistirle, lo más práctico sería que compartieran la habitación doble.

Marcus apretó los labios, a punto de replicar. Pero, antes de que pudiera negarse, Simon intervino con entusiasmo.

—¡Magnífica elección, señor! —exclamó con su sonrisa de siempre—. Así podré atenderle y compensar el tiempo perdido.

Marcus cerró los ojos un momento, tratando de contener su irritación. Una habitación compartida... Claro, no sería la primera vez que debía hacerlo, pero la energía de Simon no era algo que él considerara reconfortante en un espacio reducido.

—Si todos estamos de acuerdo, síganme —indicó Aife, asumiendo el papel de líder, mientras se dirigía hacia la escalera, como si encabezara una pequeña tropa.

La habitación, aunque simple, tenía un aire acogedor. El fuego en la chimenea crepitaba suavemente, llenando el espacio con su calor. Para Marcus, este era el momento perfecto para refugiarse en sus pensamientos, lejos del bullicio de sus acompañantes. Se sentó junto al fuego, tomando una copa de *brandy* que encontró sobre una mesa cercana. Grace, su imagen, su risa, y ahora el enigma del niño, ocupaban por completo su mente.

Sin embargo, su mayordomo parecía incapaz de captar la necesidad de silencio de su señor. En cuanto entró, el joven comenzó a sacudir las sábanas con energía, como si temiera que estuvieran plagadas de chinches. Luego, se dirigió hacia la chimenea para preparar el agua para el aseo de Marcus, moviéndose con una energía que contrastaba con la calma que él deseaba.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Westlin frunciendo el ceño, aunque sin apartar la vista del fuego.

—*Milord*, solo me aseguro que todo esté en orden. No podemos permitir que descanse en unas sábanas en mal estado —respondió con una seriedad cómica mientras seguía con su tarea.

Antes de que Marcus pudiera replicar, alguien llamó a la puerta. Simon, siempre atento, se apresuró a abrir. Era el cochero, que había subido el pequeño baúl que le había pedido.

Con rapidez y eficiencia, Holloway comenzó a organizar el aseo de su señor. Colocó la toalla, el jabón, la navaja de afeitar y la loción en el palanganero, todo dispuesto con esmero. Cuando terminó, se giró con una sonrisa de satisfacción.

—Todo está listo, *milord*. Cuando lo desee, puedo empezar a prepararlo para que descanse bien.

Marcus pasó una mano por su barba, que había crecido un poco más de lo habitual. Aunque el aseo sería una buena idea, no estaba seguro de dejar que Simon, en su estado de entusiasmo desbordante, lo afeitara sin rajarle la garganta.

—Es mejor que lo dejemos para mañana, Holloway —decidió, volviendo a mirar el decantador de *brandy*.

—Como desee, *milord* —respondió un tanto desilusionado, antes de retirarse detrás de un

biombo para desvestirse.

Cuando Simon reapareció, vistiendo una camisola larga y con la misma sonrisa despreocupada de siempre, Marcus levantó la copa justo a tiempo para ver la escena. El líquido que había estado degustando salió disparado, directo hacia el fuego, provocando una chispa momentánea en la chimenea.

—¿En qué diablos estás pensando? —preguntó incapaz de ocultar su sorpresa.

—*Milord*, solo quiero descansar bien para poder servirle mañana como es debido —respondió el joven, acomodándose bajo las sábanas con satisfacción.

Marcus negó con la cabeza, resignado. «Haz lo que quieras», pensó, aunque no lo dijo en voz alta. En lugar de eso, se sumergió nuevamente en sus pensamientos. ¿Cómo acercarse a Grace sin que lo reconociera? Sabía que su identidad no podría ocultarse mucho tiempo si se presentaba de frente, y temía que un encuentro abrupto pudiera destruir cualquier posibilidad de redención.

—¿Cómo diablos me oculto? ¿Cómo conseguiré pasar desapercibido? —murmuraba, hablando casi para sí mismo.

—*Milord*, ¿puedo ayudarlo? —La voz de Holloway lo sacó de su ensimismamiento.

—Duérmete, muchacho —ordenó Westlin con un tono seco, intentando deshacerse de la interrupción.

—De verdad, si me cuenta qué le preocupa, seguro que puedo encontrar una solución. Mi madre siempre me decía que era muy ingenioso y creo que tenía razón —respondió con una seriedad inesperada.

Marcus lo miró, sorprendido.

—¿Sabes el motivo por el que vamos a Strathmore? —preguntó sin apartar la mirada del joven.

—Por supuesto, *milord*. Va en busca del amor de su vida. Mi tío me contó que ella huyó y que usted quedó destrozado —dijo sin vacilar.

Westlin frunció el ceño, atónito.

—¿Qué más sabes? —insistió, queriendo saber hasta dónde llegaba el conocimiento de su sirviente.

—Que desea recuperarla, pero que algo en el pasado lo retiene. Supongo que el señor Walter le dio la información que necesitaba para reunir el valor de venir a buscarla. —Añadió el joven, como si fuera lo más natural del mundo.

—¿Y...? —apremió Marcus, un poco impaciente.

—Y no sabe cómo acercarse a ella sin ser reconocido. Pero eso no es un problema. Tengo una posible solución —declaró sin dejar de sonreír.

—¿Cuál? —inquirió el marqués, con más curiosidad que escepticismo.

—¿Nunca ha pensado en disfrazarse?

Marcus lo miró perplejo.

—¿Disfrazarme?

—Sí, no me refiero a que vista de mujer. No le quedaría nada bien —indicó con una sonrisa amplia—. Sin embargo, creo que una simple máscara puede ocultar lo suficiente para que nadie lo reconozca. Tal vez, con cubrirse parte del rostro sea más que suficiente —determinó convencido de su plan.

—¿Una máscara de metal? —preguntó Westlin cada vez más intrigado.

—No, eso quedaría horrible y provocaría miedo. Estoy pensando en una especie de careta hecha de encaje negro —afirmó Simon lleno de entusiasmo.

—¿Puedes conseguir algo así? —preguntó el marqués sorprendido por lo absurda, pero eficaz que sonaba la idea.

—¡Por supuesto! —exclamó saltando de la cama con una energía renovada—. Usted dedíquese a descansar que yo me encargaré de todo. Le prometo que mañana estará lista.

Durante la siguiente hora, Marcus observó en silencio cómo Holloway iba y venía, consiguiendo materiales para su pequeña obra maestra. Con la ayuda de la mujer del posadero, Simon había cosido varias máscaras negras de encaje bajo la tenue luz de las velas. Westlin, aunque seguía atónito por la idea, empezaba a creer que aquel ridículo disfraz podría ser la clave para su reencuentro con Grace. Ahora solo le faltaba saber cómo debía actuar frente a ella.

## XXI



El día avanzaba bajo un sol cálido que iluminaba cada rincón del pequeño pueblo. En la parroquia donde Grace impartía sus clases, la tranquilidad lo llenaba todo. Había terminado la lección de esa mañana y los niños ya se habían marchado, dejando la sala en un silencio apacible. La pequeña habitación de la parroquia tenía espacio para quince pupitres, el número exacto de niños a los que enseñaba. Todos ellos, hijos de los lugareños quienes la apreciaban y le regalaban, de vez en cuando, obsequios sencillos, como el que ahora guardaba.

Con movimientos pausados, Grace caminó entre los pupitres, revisando uno por uno. Sabía que sus alumnos eran propensos a olvidarse de las cosas, y no quería que al día siguiente alguno pusiera la excusa de haber dejado las tareas debajo de la mesa. Cada pupitre estaba desgastado por el uso, pero había algo casi acogedor en esos pequeños bancos de madera. Cuando terminó la inspección, regresó a su mesa y recogió la bolsa de naranjas que uno de los niños le había entregado como regalo. Mientras guardaba la bolsa bajo el brazo, reflexionaba sobre lo tranquila que era su vida en aquel lugar.

Desde que llegó siendo apenas una niña, supo que en ese rincón del mundo encontraría la paz que tanto necesitaba. Había pasado años construyendo una vida apacible en medio de esas colinas verdes, rodeada de la gente sencilla que la acogió como a una de los suyos. Grace respiró hondo mientras se dirigía hacia la salida. Afuera, el sol del mediodía bañaba el paisaje, y una brisa suave acariciaba su rostro. La primavera en Escocia era un regalo, y ella, a pesar de todo, se sentía agradecida.

Al cruzar la puerta, divisó a su hijo Robert, jugando animadamente con otros niños en un pequeño campo cerca de la parroquia. Una sonrisa se dibujó en su rostro al verlo tan feliz. Al principio, había temido que el niño no se adaptara al pueblo, pero verlo correr y reír junto a sus amigos disipaba cualquier duda.

—¡Robert, tenemos que irnos! —gritó intentando no interrumpir demasiado el juego.

El niño se giró hacia ella con una sonrisa que iluminaba su rostro.

—¡Ahora voy! —respondió antes de volver a sumergirse en su diversión.

Grace asintió, algo reacia a dejarlo, pero confiaba en que conocía el camino y regresaría a casa antes de que los platos estuvieran sobre la mesa. Empezó el camino de vuelta hacia su hogar, pensando en Lesly, quien seguramente ya tendría el almuerzo preparado. No le gustaba llegar tarde y hacerla esperar.

Justo cuando estaba a punto de alejarse, notó una figura que se acercaba desde el otro lado del camino. El corazón le dio un pequeño vuelco. El párroco, el señor Hartwell. Inmediatamente, su cuerpo se tensó. Aunque era un hombre bueno y siempre había sido amable con ella, las claras intenciones que había mostrado de cortejarla la incomodaban profundamente. No estaba interesada en casarse. Westlin había dejado una marca imborrable en su corazón.

Soltó un largo suspiro al pensar en él. La esperanza de verlo se había desvanecido después de los primeros cinco años. Al principio, cuando descubrió que estaba encinta, el miedo la había

consumido y lo único que deseaba era mantenerse oculta. Pero cuando Robert nació, todo cambió. Su deseo de no reencontrarse con Marcus comenzó a tambalearse. El niño era tan parecido a él que cada gesto del pequeño, le recordaba a Westlin.

Sin embargo, él nunca la buscó. Grace sabía que lo primero que haría, al descubrir su huida, era marcharse a Francia, el lugar donde habían vivido sus padres, los condes de Hesse, pero nunca hubo noticias de él. Era como si la tierra se lo hubiera tragado. Finalmente, resolvió que los malentendidos que se habían interpuesto entre ellos eran la causa de ese olvido y aceptó su destino. Cuando decidió volver a Escocia con Robert en brazos, todo el mundo le preguntó qué le había ocurrido. Para evitar especulaciones innecesarias se proclamó viuda de *lord* Westlin. Aunque al principio lo hizo con temor, poco a poco, la idea de ser *la viuda del marqués* se volvió algo habitual. Tanto que hasta ella misma se lo había creído.

La voz del párroco la sacó de sus pensamientos.

—¿Ya se marcha? —preguntó con su tono cordial al acercarse.

Grace lo miró y forzó una sonrisa.

—Buenos días, señor Hartwell. Sí, he finalizado las clases de hoy.

Este la observó con una sonrisa amable, aunque un destello de frustración cruzó su mirada.

—Por favor, no siga llamándome así. Conoce mi nombre de pila, puede usarlo cuando lo desee.

Grace bajó la vista brevemente, incómoda con el tono. No tenía intención de hacer lo que él pedía.

—¿Ha tenido algún problema hoy? —preguntó intentando ser cortés y sin querer reparar en el silencio de ella.

—No, todo ha sido tranquilo hoy —contestó sin más.

Hartwell dio un paso hacia ella, acortando la distancia entre ambos.

—Me alegra saber que todo ha marchado bien, aunque ya sabe que si tiene algún problema, puede acudir de inmediato a mí —dijo con una mirada que dejaba entrever un interés mucho más profundo.

Grace, notando su acercamiento, apretó la bolsa de naranjas contra su pecho y retrocedió un paso con elegancia.

—Seguro que no hará falta. Hasta mañana, señor Hartwell —expresó inclinando ligeramente la cabeza y sonriendo para despedirse.

La decepción fue evidente en el rostro del párroco.

—Hasta mañana, *lady* Grace —respondió con cierta tristeza en la voz, viendo cómo ella se alejaba con paso ligero.

Mientras caminaba, Grace soltó el aire que sin darse cuenta había contenido. No era la primera vez que sentía esa incomodidad en su presencia y, aunque era un hombre decente, no podía imaginarse una vida con alguien que no fuera Marcus.

El camino a su hogar era polvoriento y, mientras avanzaba, observaba las casas a su alrededor. Muchas de ellas habían sido reformadas y, aunque conservaban un aire rústico y humilde, ya no mostraban los signos de pobreza de años anteriores. Los cercados de madera estaban bien cuidados, con los animales pastando tranquilamente en su interior. Grace siempre había visto esas casas como un reflejo de sí misma: reformadas por fuera, manteniendo una apariencia sólida, pero por dentro, seguían guardando vestigios de un pasado que nunca terminaría de desaparecer. Se sintió, por un momento, como una de esas casas: oculta tras una fachada de estabilidad, pero todavía anclada en el pasado.

Con una sonrisa, prosiguió hasta llegar a su hogar, una casa modesta pero acogedora. Era lo suficientemente espaciosa para los tres, y a diferencia de muchos otros hogares, no había agujeros en el tejado. Alargó la mano para mover la verja de metal que rodeaba su jardín, pero el sonido de un bullicio a sus espaldas la detuvo. Al girarse, vio que la casa de los Fraser, que estaba justo frente a la suya, tenía las ventanas y puertas abiertas de par en par. Un grupo de trabajadores iba y venía, moviendo muebles y limpiando con energía. Grace frunció el ceño, curiosa por el ajetreo.

Estaba a punto de cruzar la calle para averiguar qué sucedía cuando la puerta de su casa se abrió y Lesly apareció, con el mandil manchado de harina, limpiándose las manos mientras observaba el ajetreo con ojos entrecerrados.

Antes de que Grace pudiera preguntar, Lesly respondió sin preámbulo.

—Creo que el nuevo inquilino de los Fraser llegará esta tarde.

Ella la miró con interés.

—¿Sabes de quién se trata?

—Dicen que es un hombre mayor que ha venido desde Inglaterra. Tal vez sea un desertor o un criminal huyendo de la justicia —dijo la doncella sin darle mayor importancia.

El corazón de Grace se aceleró al escuchar la palabra *Inglaterra*. No era una descripción precisa, pero cualquier cosa relacionada con ese país la ponía en alerta.

—Será mejor que nos mantengamos alejadas hasta que sepamos por qué ha decidido vivir aquí —expuso tratando de ocultar su repentina inquietud.

Lesly asintió sin más, concediéndole poca importancia.

—No pensaba darle la bienvenida, no se preocupe.

Grace miró una vez más hacia la casa de los Fraser antes de entrar en la suya. Sentía un extraño presentimiento en el aire. No sabía si era bueno o malo, pero algo le decía que la llegada de ese hombre cambiaría su vida.

## XXII



El carruaje avanzaba por las tranquilas calles de Strathmore. A esa hora, el pueblo estaba en silencio, pues la mayoría de los lugareños se encontraban disfrutando del almuerzo en sus hogares, lo que permitía a Marcus pasar desapercibido. A través de la ventana, oculto tras la máscara de encaje que el mayordomo le había obligado a ponerse desde esa misma mañana, observaba el entorno con atención. Las casas eran humildes, pero estaban bien cuidadas; cada una de ellas reformada con esmero. El lugar parecía un refugio apartado del bullicio de la ciudad, un sitio en el mundo donde el tiempo se movía más lento.

Westlin había sospechado que Grace viviría en una aldea tranquila, rodeada de pequeños comercios y campos de cultivo, y no se había equivocado. Cada rincón parecía un remanso de paz. Se apartó de la ventana, se reclinó en el asiento y se cruzó de brazos. El reencuentro con Grace era inevitable, pero la duda lo asaltaba: ¿cómo reaccionaría ella? ¿Lo rechazaría después de tanto tiempo?

—A pesar de que la máscara le cubre el rostro, puedo ver perfectamente su expresión de angustia —comentó Holloway tras un largo silencio.

Westlin giró la cabeza hacia el muchacho y observó su habitual sonrisa despreocupada. A veces, la actitud de Simon le parecía desconcertante.

—La vida no es tan fácil como piensas —murmuró Marcus, incapaz de ocultar su agitación.

El mayordomo se encogió de hombros antes de responder:

—La vida es difícil si uno complica todo aquello que es sencillo. Aunque supongo que eso ya lo sabe, *milord*.

El silencio volvió a llenar el carruaje mientras cada uno se perdía en sus propios pensamientos. Marcus sintió que una nube de dudas se cernía sobre él. ¿Había tomado la decisión correcta al venir hasta ahí? Cada vez que su mente se aventuraba a responder, el nudo en su garganta le apretaba más y la incertidumbre lo asfixiaba.

El carruaje finalmente se detuvo, sacudiéndolo de su trance. El cochero bajó para abrir la puerta, pero Marcus seguía paralizado por el miedo. Era como si todas sus fuerzas lo hubieran abandonado. En su mente, se veía como un niño temeroso de lo que la oscuridad pudiera traerle.

Un toque suave sobre su rodilla lo hizo reaccionar. Simon, con su mano apoyada en la pierna del marqués, lo miraba con una sonrisa de apoyo.

—No se dé por vencido hasta el final, *milord* —dijo con tono tranquilizador.

Westlin asintió, incapaz de responder con palabras. Su joven mayordomo tenía razón; no había llegado tan lejos para dejarse vencer por sus propios temores. Respiró hondo y se obligó a mirar hacia la puerta, que alguien le abrió en seguida.

—*Lord* Westlin, ha llegado a su nuevo hogar —anunció Gregor con su voz grave y solemne.

Como de costumbre, Simon fue el primero en descender del carruaje, seguido por Marcus, quien se negó a tomar la mano que le ofrecía su mayordomo, pero de alguna manera, sentía consuelo en saber que estaba cerca. Una vez que sus pies tocaron el suelo, levantó la mirada

hacia la casa que Aife había seleccionado para él. No era grande ni ostentosa, pero parecía bastante decente. Después de todo, lo importante no era el lujo de la vivienda, sino su cercanía con Grace.

Mientras inspeccionaba la fachada de piedra y las ventanas alineadas, escuchó una voz que reconoció al instante.

—No llegues tarde —pidió alguien con tono suave pero firme.

El corazón de Marcus se aceleró hasta el punto de dolerle en el pecho. De inmediato, se resguardó detrás del carruaje y se movió lo justo para verla. Grace estaba allí, apenas a unos metros de distancia, despidiendo a un niño. Los años no habían pasado en vano, pero seguía siendo la misma mujer que lo había cautivado una vez. Su cabello rubio estaba recogido en un moño bajo, tal como lo recordaba, y llevaba un vestido sencillo de color negro que contrastaba con su piel pálida. La mirada de Marcus se detuvo en ella, repasando cada cambio que el tiempo había traído a su físico.

El rostro de Westlin se endureció ligeramente al recordar que, para los habitantes de ese pequeño pueblo, Grace era la viuda de *lord* Westlin. ¿Cómo se lo tomarían cuando descubrieran que el marqués seguía vivo? Un ligero malestar le recorrió, pero no tuvo tiempo para pensar demasiado en ello, pues un movimiento cercano llamó su atención.

Un niño, con cabello oscuro y expresión animada, se despedía de Grace con una sonrisa radiante. La respiración de Marcus se detuvo por un instante. Su mirada se clavó en el niño como si hubiera visto un fantasma.

Los rasgos del chiquillo eran inconfundibles. Algo dentro de Marcus se removió con fuerza, como si un instinto enterrado despertara de golpe. Las dudas se mezclaban con una sensación de certeza, pero su mente se negaba a aceptarlo. ¿Cómo era posible? Cada fibra de su ser le decía que ese niño no era cualquier niño. Aunque no podía estar seguro, Marcus lo sabía, lo sentía: ese niño debía ser suyo.

«No puede ser... ¿O sí?» La pregunta flotaba en su mente, imposible de resolver en ese momento, pero lo suficiente para que su corazón se acelerara desbocado. Las piezas comenzaban a encajar, aunque Marcus no quería aceptarlo aún. El aire se hizo denso a su alrededor, su respiración se volvió más pesada. ¿Podría ser suyo?

Westlin no reaccionaba. Sus ojos se mantenían fijos en el niño, aunque permanecía perdido en sus propios pensamientos, incapaz de mover ni un solo músculo. Fue el toque suave de Simon en su hombro lo que finalmente lo trajo de vuelta.

—*Milord*, será mejor que entremos —susurró con un tono más serio de lo habitual.

El marqués asintió, pero no dijo nada. Cada paso que daba hacia la puerta de la casa se sentía como una montaña a escalar, y la carga emocional se volvía insoportable.

Mientras caminaba hacia la entrada, su mente viajaba al pasado. Grace, la última vez que la vio, estaba entre sus brazos. Recordó la calidez de su cuerpo contra el suyo, el modo en que ella se había aferrado a él, como si en ese momento fugaz, ambos pudieran olvidar todo lo que había ocurrido. Pero al final, la traición y el deber pesaron más.

Y ahora, después de diez largos años, el destino lo había traído hasta ahí. Marcus sintió que el peso de todo ese tiempo lo aplastaba.

Una vez dentro de la casa, el silencio cayó sobre ellos como una manta pesada. Cerraron la puerta, y el mundo exterior quedó fuera, pero Westlin seguía sintiendo ese nudo en el pecho, cada vez más fuerte. El aire se tornó espeso, sus pensamientos se arremolinaban sin control y las emociones se apoderaron de él. Su cuerpo, abrumado por la tensión, ya no aguantaba más.

Antes de poder reaccionar, sintió que sus rodillas flaqueaban y el mundo a su alrededor se oscureció. De repente, cayó desmayado sobre el suelo del *hall*.

## XXIII



**Una** vez que se despertó, Westlin buscó con desesperación un lugar desde donde poder observar la casa de Grace. Tras un rápido recorrido por la primera planta, encontró el sitio ideal: una ventana en un salón que daba directamente al jardín de la casa de enfrente. Desde allí, podía vigilar sin ser visto. De hecho, pasó el resto de la tarde detrás de esa ventana, sin apartar la vista de la entrada del hogar de la mujer que lo había perseguido en sus pensamientos durante tantos años.

Al principio, se mantuvo de pie, rígido, casi inmóvil. Sin embargo, cuando sus piernas comenzaron a dolerle por el tiempo que llevaba allí, se obligó a tomar una silla y se sentó sin perder de vista lo que sucedía al otro lado de la calle. No quería apartarse ni un solo momento. Observaba cada pequeño detalle, intentando descifrar su vida a través de las escenas cotidianas que se desplegaban ante sus ojos.

Pudo verla en varias ocasiones. Unas fueron tan fugaces, que apenas le dio tiempo a parpadear dos veces cuando ya no estaba. No obstante, después de la hora del té, la suerte le sonrió. Grace salió al jardín y se quedó allí durante un buen rato, disfrutando de los últimos rayos de sol. Su figura, elegante y sencilla a la vez, le transmitía una serenidad que no había sentido en años. Al poco tiempo, apareció el niño, corriendo y jugando a su alrededor. El corazón de Marcus latía con fuerza cada vez que el pequeño se acercaba a ella. Sabía que ese niño era suyo, aunque seguía sin encontrar el modo de asumir la magnitud de dicha verdad.

Más tarde, se presentó la doncella que él reconoció de inmediato. Era Lesly, la misma que había conocido en Londres, pero el paso del tiempo había endurecido sus rasgos. Por cómo hablaban y se movían, parecían más madre e hija que simplemente señora y doncella.

Westlin apenas pestañeaba mientras los observaba. Necesitaba recopilar toda la información posible, todos los detalles, para saber cómo actuar durante los próximos días. ¿Cómo acercarse a Grace sin exponerse de inmediato? ¿Cómo interactuar con el niño que posiblemente no sabía que su padre estaba vivo? Cuanto más pensaba en todo lo que sucedía frente a sus ojos, más difícil le parecía encontrar una solución.

Finalmente, la tarde dio paso a la noche y los tres regresaron al interior del hogar. Marcus no se retiró de la ventana hasta que las luces de la vivienda de Grace se apagaron. Entonces supo que era el momento de tomar un descanso que duraría hasta el alba.



Al día siguiente, Gregor ya estaba a las puertas de la casa desde temprano, preparando su caballo para su marcha. La brisa de la mañana agitaba las hojas de los árboles y un ligero halo de niebla cubría las calles vacías de Strathmore. Aife se tomó su tiempo, ajustando las riendas con cuidado, pero su mirada seguía volviendo hacia Marcus, que aún permanecía en la ventana,

inmóvil, atrapado en sus pensamientos.

—*Milord*, es hora de marcharme —le dijo desde el umbral de la puerta de la salita, con voz firme pero serena—. Aunque sé que no será fácil para usted, le deseo suerte.

Marcus asintió sin retirar la mirada de la ventana.

Holloway, quien había estado organizando las pocas pertenencias del marqués en la casa desde la tarde anterior, apareció justo en ese momento, interrumpiendo la despedida.

—Señor Aife, si a mi señor no le importa, le acompañaré hasta la salida del pueblo —indicó Simon con su habitual entusiasmo.

—Puedes hacerlo —ordenó Marcus aliviado de saber que estaría unos minutos solo.

—Le daré un consejo, aunque no sé si lo aceptará —expresó el escocés esperando a que Marcus se girara de una vez por todas. Al hacerlo, prosiguió: — A veces, el mayor error es esperar demasiado.

—Si supiera cuánto es demasiado, ese consejo sería el mejor que me han dado en años —masculló Westlin.

Gregor negó con la cabeza.

—Nos veremos en otra ocasión, *milord* —expresó a modo de despedida. Cuya respuesta por parte de Westlin fue un sencillo cabeceo.

Simon acompañó a Gregor en silencio hasta el exterior. Mientras Aife cogía las riendas para dirigir su caballo a las afueras del pueblo, la mente del joven no paraba de pensar en cómo podía solventar la angustia de su señor, pero no halló nada que pudiera convencerlo.

—La idea de cubrir la mitad de su rostro con una máscara ha sido buena —comentó el escocés rompiendo ese silencio—. Supongo que es cosa tuya.

Holloway sonrió mientras se rascaba la cabeza.

—Sí —contestó con su habitual sonrisa—. Aunque no sé si eso será suficiente para que logre el propósito que lo ha traído hasta aquí.

Aife mantuvo el silencio unos segundos antes de contestar:

—No es fácil enfrentarse a lo que dejó atrás. Especialmente si teme que lo que busca ya no lo recuerde o no lo quiera. —Las palabras del escocés cayeron pesadamente en el aire.

El joven asintió, sabiendo que su señor estaba inmerso en una lucha interna. Después de todo, lo había observado durante años. Aunque también sabía que era un hombre perseverante y, a pesar de las dudas que lo embargaban, encontraría el coraje necesario para dar el paso que tanto temía.

Cuando llegaron al borde del pueblo, Gregor detuvo su caballo y se volvió hacia el lacayo.

—Convírtete en su sombra y actúa con rapidez si piensas que la situación no es ventajosa para tu señor.

—Lo haré —aseguró.

—Realiza todo lo necesario para que la relación entre ellos fluya con naturalidad y, cuando adviertas que el marqués recobra la confianza, déjalo actuar —perseveró.

—No se preocupe, estaré atento a todo lo que ocurra —afirmó con rapidez.

—En ese caso, espero que pronto tenga buenas noticias —indicó alzándose sobre el lomo de su caballo.

—Le agradezco su ayuda, señor Aife. Y si alguna vez necesita algo de nosotros... ya sabe dónde encontrarnos.

Aife asintió una vez más, lanzó una mirada final al pueblo y azuzó las riendas, alejándose con calma hacia el camino que lo llevaría de vuelta a su hogar. Simon se quedó allí unos momentos

más, observando cómo la figura del escocés se perdía en la distancia antes de girar y regresar a la casa.

**Holloway** regresó a la casa con un plan en mente. Al presentarse en la entrada del salón matinal, descubrió que su señor continuaba en el mismo lugar, con la misma posición rígida frente a la ventana, observando la casa de la mujer como si esperara que un milagro sucediera al otro lado. Simon suspiró, sabiendo que algo tenía que cambiar si quería que las cosas avanzaran. Pero también sabía que el marqués no haría el primer movimiento. ¿Se pasaría otros diez años allí parado?

Convencido de que debía actuar, decidió tomar las riendas de la situación. Mientras su señor seguía inmerso en sus pensamientos, caminó de nuevo hacia la salida de la vivienda. Al encontrar a una de las sirvientas limpiando, se acercó rápidamente para pedirle un favor.

—Disculpe, necesito que se ocupe del señor mientras salgo un momento. No creo que se mueva de donde está, pero si demanda cualquier cosa, asegúrese de que lo tenga con rapidez —le pidió con una sonrisa, intentando parecer despreocupado.

—Por supuesto, señor Holloway—respondió la criada, aunque parecía sorprendida de que él saliera tan pronto después de haber llegado.

Con todo en orden, Simon salió de la casa y emprendió su camino hacia el hogar de *lady* Grace. Tenía dos objetivos claros: en primer lugar, presentarse con una excusa y, en segundo lugar, averiguar qué carácter tenía para poder continuar con el plan de reencontrarlos. El aire matinal acariciaba su rostro mientras caminaba con paso decidido, mirando de reojo las modestas casas de piedra que bordeaban las calles. El ambiente era tranquilo y le proporcionaba una claridad que necesitaba.

—¡Allá vamos! —se dijo a sí mismo con una sonrisa, y se acercó a la entrada de la casa.

Con tres golpes decididos, tocó. Dentro, el sonido de pasos apresurados se hizo audible y, al cabo de unos segundos, la puerta se abrió, revelando a una mujer de expresión severa y aspecto trabajador: Lesly, la doncella. Sus ojos, pequeños y escrutadores, recorrieron rápidamente al joven de arriba abajo, como evaluándolo antes de decidir qué hacer.

—Buenos días, señora —saludó con su acostumbrada sonrisa—. Disculpe que la interrumpa. Soy Simon Holloway, el mayordomo del señor que vive en la casa de enfrente —dijo, señalando con un dedo hacia la vivienda que Marcus había alquilado—. Necesito preguntarle si hay en el pueblo un lugar donde comprar verduras frescas. Mi señor es muy particular con su dieta y debo asegurarme de que consuma solo lo mejor.

Lesly lo miró con una mezcla de desconfianza y cansancio. Estaba a punto de cerrarle la puerta en la cara cuando una voz suave y femenina se escuchó detrás de ella.

—Lesly, ¿quién es? —preguntó Grace, apareciendo en el umbral.

—Un extraño preguntando por verduras —respondió la doncella de malhumor.

Al ver a la mujer que tenía desconcertado al marqués, los ojos de Simon se abrieron de par en par. Nunca la había visto en persona, pero ahora entendía por qué su señor estaba tan cautivado

por ella. Era una mujer de porte sencillo, pero su rostro irradiaba una dulzura natural que podía conquistar a cualquier hombre.

—Buenos días —saludó Grace con una leve sonrisa—. ¿Verdura fresca? Me temo que aquí en el pueblo no hay un mercado grande, pero encontrará toda la verdura que necesite en las huertas locales. Todo es cultivado por los propios vecinos.

Simon, siempre con su sonrisa, asintió emocionado.

—¡Fantástico! —exclamó—. ¡Qué bendición encontrar un lugar con tanta riqueza en productos frescos! Mi señor estará encantado.

Grace sonrió, pero su curiosidad estaba a flor de piel. Desde que supo que alguien de Inglaterra aparecería en el pueblo, había sentido una creciente inquietud por conocerlo. Por eso, decidió hacer una pregunta que rondaba su cabeza.

—He oído que vienen desde Inglaterra —comentó, fingiendo desinterés mientras miraba a Simon.

—Sí, señora. Venimos de allí —respondió intentando parecer casual.

—¿Y qué los trae a un pueblo tan remoto como Strathmore? —intervino Lesly, aún cruzada de brazos, manteniendo su desconfianza latente.

El joven, con un aire más serio, bajó un poco la voz.

—A mi señor no le ha quedado más remedio que hacerlo —confesó en un tono que implicaba pena.

—¿Remedio? —preguntó Grace algo preocupada.

—Sí —suspiró Holloway como si estuviera recordando algo doloroso—. Después de un terrible accidente a caballo, el rostro de mi señor quedó desfigurado y la vida en sociedad se volvió insostenible para él. Las miradas, los comentarios... No podía soportarlo. Así que vinimos aquí, a este tranquilo rincón de Escocia, buscando paz.

Grace se llevó las manos al pecho, conmovida por la historia. No había oído nada sobre eso, y la empatía que siempre sentía por las personas en desgracia comenzó a invadirla.

—¡Oh, lo lamento mucho! —exclamó sinceramente—. Debe ser muy duro para él.

Simon, siempre oportuno, añadió más drama a la historia.

—No solo su rostro quedó afectado. Su cuerpo también ha quedado tan debilitado que ni siquiera puede mantenerse de pie por mucho tiempo. Necesita descansar... y encontrar algo que cure su alma, más que su físico.

Lesly frunció el ceño, pero antes de que pudiera cerrar la puerta, Grace dio un paso hacia Holloway

—¿Busca un médico en el pueblo? —preguntó con interés genuino.

El joven negó con la cabeza.

—No, señora. Lo que mi señor necesita no es algo que un médico pueda curar. Solo una cosa puede sanarlo: el amor de una mujer que lo acepte tal como es, que vea más allá de su rostro... —Su voz se suavizó, como si hubiera dicho demasiado—. Pero eso, como bien sabe, no es fácil de encontrar.

Las dos mujeres lo miraron en silencio, atrapadas por el peso de esas palabras. Lesly, siempre práctica, intentaba ocultar su desconfianza, mientras que Grace parecía genuinamente afectada.

—¿Ha venido aquí para buscar esposa? —interrogó Lesly, todavía con la puerta medio abierta.

Simon sonrió con melancolía.

—El destino lo dirá, señora. Por ahora, solo está aquí para encontrar paz.

Antes de que la conversación pudiera continuar, la doncella cerró la puerta con un portazo, claramente incómoda con la situación.

Holloway se giró, satisfecho por haber plantado una semilla en las mentes de las dos mujeres. Mientras caminaba de regreso a la casa, su pensamiento no dejaba de girar en torno a lo que acababa de descubrir. Ahora entendía por qué él marqués estaba tan enamorado de ella: era una mujer de extraordinaria dulzura. Pero también supo que Lesly sería un obstáculo, una especie de guardiana protectora que no dejaría que nada ni nadie la engañara.

Cuando Simon entró de nuevo en la casa, aún con una sonrisa de satisfacción en el rostro, encontró a Westlin con los ojos llenos de furia. El marqués lo observaba con la mandíbula y los puños apretados.

—¿Qué diablos has hecho, Holloway? —gruñó Westlin con una mirada que confesaba que estaba a punto de perder la paciencia.

Simon, sin perder su actitud despreocupada, sonrió ampliamente mientras se acomodaba el chaleco.

—*Milord*, le he facilitado el camino —respondió, como si lo que hubiera hecho fuera de un favor incalculable.

—¿Facilitarme el camino? —repitió Marcus, con una expresión de incredulidad que rozaba la desesperación—. ¿A qué te refieres con *facilitarme el camino*?

—Bueno, les he contado que sufrió un terrible accidente al caer de un caballo, que su rostro quedó desfigurado y que su cuerpo es tan débil que apenas puede mantenerse en pie. Así que no se preocupe, *milord*, todo está bajo control —dijo con un tono tan convencido que por un momento parecía creer que había hecho algo brillante.

—¿Qué...? —La incredulidad de Marcus se convirtió en pura ira—. ¿Les has dicho eso?

—Sí, mi señor. Lo mejor es que ahora no tendrán ninguna razón para sospechar si evita mostrarse al público —añadió todavía sonriendo con orgullo.

—¡A eso le llamas tú ayudarme! —exclamó Marcus, incapaz de creer la locura que acababa de escuchar. Cada palabra de su mayordomo le parecía un insulto a su inteligencia y a su plan de mantener un perfil bajo sin deshonorar su nombre.

Holloway, lejos de desanimarse, asintió con energía.

—Es una idea excelente, *milord* —perseveró, convencido de que su plan era infalible—. Solo necesita apoyarse en un bastón cuando salga de la casa. Eso reforzará la imagen de debilidad que ya hemos creado.

Marcus lo miró con una mezcla de asombro y rabia. Las ganas de estrangularlo crecieron con cada palabra que salía de su boca, pero antes de que pudiera estallar, un ruido del exterior capturó su atención.

De inmediato se giró hacia la ventana, olvidando por un momento lo absurdo de la situación con Simon. Afuera, vio a Grace salir de la casa. Llevaba varios libros en las manos, y su expresión era tranquila mientras caminaba hacia el camino que llevaba al pueblo. Aife le había mencionado que ella se dedicaba a la enseñanza, pero no recordaba haberle dicho a qué hora comenzaban sus clases. «¿Por qué se marcha tan temprano?», se preguntaba, intentando encontrar una respuesta a su propia pregunta.

En ese momento, apareció el niño. El pequeño la alcanzó y le cogió de la mano con una sonrisa brillante, como si la vida no tuviera ninguna complicación. Marcus observó la escena con el corazón encogido. Aquella imagen, la de Grace y su hijo caminando juntos, le hizo sentir una punzada en el pecho que lo dejó sin aliento.

Percibió cómo la tristeza lo invadía, llevándose una mano al corazón para intentar calmar la angustia que lo llenaba al verlos alejarse. La familia que podría haber sido suya, la vida que él mismo había destrozado. Durante años, había reprimido sus emociones, convencido de que era lo correcto. Pero ahora que los veía, todo se volvía insoportable.

Con la mirada fija en la puerta por la que Grace y el niño desaparecieron, Marcus murmuró:

—Busca la forma de conseguirme un bastón.

Antes de que Marcus pudiera arrepentirse de haberle dado la orden, Simon ya había salido corriendo de la sala, dejando solo al marqués frente a la ventana una vez más. Westlin volvió a fijar la mirada en el lugar por donde Grace y su hijo se habían marchado.

—No estoy dispuesto a perder ni un solo momento más para que estéis conmigo —se prometió.

**Grace** caminaba por el jardín de su casa, disfrutando del cálido sol primaveral que iluminaba cada rincón del pueblo. Habían pasado ya cuatro días desde que el nuevo vecino se había instalado al otro lado de la calle, y aunque no lo había visto en persona, los rumores que el mayordomo había compartido con ella y Lesly seguían resonando en su cabeza. Un hombre que, según decía, llevaba el rostro desfigurado tras un terrible accidente. ¿Cómo sería realmente?

Miró hacia la casa de enfrente. Las cortinas permanecían cerradas, como siempre, y el aire de misterio que envolvía la vivienda solo alimentaba más su curiosidad. Grace no solo quería indagar sobre aquel hombre. En el fondo, había algo más profundo, algo que no podía ignorar: su historia le recordaba al dolor que ella misma había vivido. La pérdida, la soledad y el tener que reconstruir su vida en silencio. ¿Acaso no habían tenido el mismo deseo?

Sin embargo, la diferencia entre ella y ese misterioso hombre parecía abismal. Él, oculto detrás de unas cortinas, aislado de todos, mientras que ella había encontrado consuelo en la vida sencilla del pueblo. Se había convertido en alguien respetada, querida por los niños a quienes enseñaba y por los vecinos que la consideraban una viuda noble y fuerte. Pero ahora, con la presencia de aquel hombre tan cerca, una extraña inquietud comenzaba a surgir en su pecho.

—¿Qué está mirando, señora? —preguntó la doncella que apareció junto a ella con las manos en la cintura y una expresión de enfado en el rostro.

Grace sonrió y negó con la cabeza, apartando la vista de la casa.

—Nada en particular —contestó, aunque sus pensamientos seguían enredados en la figura que creía ocultarse tras las cortinas.

Lesly, sin embargo, no era tan fácilmente impresionable. Para ella, el mundo siempre escondía peligros, sobre todo detrás de las apariencias amables. A diferencia de su señora, que veía bondad en cada rincón, ella sospechaba de todo y de todos.

—Ese hombre oculta algo —dijo casi escupiendo las palabras—. Ya verá. No se fíe. No sé qué estará tramando, pero nadie se muda a un pueblo tan pequeño sin una buena razón.

Grace rio suavemente, aunque no del todo convencida. La historia del mayordomo sobre el accidente había calado hondo en su corazón, y no podía evitar sentir una punzada de empatía hacia el desconocido. Sabía que la vida podía cambiar de la noche a la mañana, y que las tragedias, por más inesperadas que fueran, podían moldear a las personas de formas insospechadas.

—Quizá solo busca paz. No todos tienen malas intenciones —comentó mientras se inclinaba para acariciar una flor que comenzaba a brotar en el jardín.

La señorita Kranst resopló con escepticismo.

—¿Paz? No me haga reír. Si ese hombre estuviera buscando tranquilidad, no estaría escondido todo el día detrás de esas malditas cortinas. Algo trama, estoy segura.

Grace volvió a sonreír, pero esta vez con tristeza. Sabía que Lesly lo decía para protegerla.

Siempre había sido así desde que era una niña. La señorita Kranst se había convertido en una figura maternal, una amiga que la cuidaba y defendía como si fuera su propia hija. Pero a veces, ese exceso de cautela le parecía una jaula de la que le costaba escapar.

—Vamos, no seas tan dura —dijo finalmente, mientras ambas caminaban hacia la casa—. A veces la gente solo necesita tiempo para adaptarse.

La doncella no respondió, pero su expresión seguía siendo sombría. Al entrar, cerró la puerta con más fuerza de la necesaria, como si quisiera dejar claro que no confiaba en aquel hombre que vivía al otro lado de la calle.

Grace, sin embargo, no podía quitarse de la cabeza lo que había escuchado. La historia del accidente, la vida en Inglaterra, la necesidad de escapar de las miradas crueles de la sociedad. Era fácil imaginar el sufrimiento que debía haber vivido, aislado no solo por su apariencia, sino también por el dolor emocional. Quizá tenía miedo de que, al salir, la gente lo juzgara antes de conocer su verdadera naturaleza.

Mientras se sentaba en su pequeño escritorio, dejó que sus pensamientos vagaran más allá de lo cotidiano. Había algo en la historia de aquel hombre que le tocaba profundamente, como si, de algún modo, sus destinos estuvieran conectados. Aunque no sabía por qué, sentía que, tarde o temprano, ese hombre misterioso iba a formar parte de su vida.

—Señora —interrumpió Lesly, que había comenzado a preparar el té—, le advierto que no se meta en líos por culpa de ese extraño. Recuerde que no sabemos nada de él. Y ya ha tenido usted en su vida suficientes complicaciones, ¿no cree?

Grace rio con suavidad, aunque en el fondo, las palabras de Lesly le hicieron pensar en su propio pasado. El recuerdo de Marcus, el hombre que una vez fue todo para ella, seguía latente en su corazón. A pesar del tiempo que había pasado, y de todo lo que había sucedido entre ellos, su imagen seguía viva en su mente. Quizá, de alguna manera, esa era la razón por la que se sentía tan conectada a la historia de su nuevo vecino. Ambos habían sufrido, ambos habían perdido, y tal vez, ambos estaban buscando redención de alguna forma.

Pero no se lo diría a Lesly. Sabía que ella nunca entendería esa conexión, esa sensación de que algo más grande estaba a punto de suceder.

—No te preocupes. Solo soy curiosa, no tonta —respondió con una sonrisa.

Lesly soltó un bufido, pero no añadió nada más. Sabía que cuando a Grace se le metía una idea en la cabeza, era difícil hacerla cambiar de opinión. Y aunque no lo admitiría en voz alta, ella también tenía curiosidad por aquel misterioso vecino. No era fácil ignorar una casa con las cortinas siempre cerradas, y menos cuando el hombre que vivía allí estaba tan gravemente herido que ni siquiera salía.

El silencio se instaló entre las dos mujeres. Fuera, las hojas de los árboles se mecían suavemente al ritmo del viento, mientras los gorriones volaban de un lado a otro, ajenos al torbellino de pensamientos que comenzaba a gestarse en el interior de la vivienda.

Se levantó de su asiento y se asomó a la ventana. Desde allí, podía ver la casa. Sus cortinas seguían cerradas, pero por alguna razón, ese día sintió que algo estaba a punto de cambiar. No sabía si era solo su imaginación o si había algo más en el aire, pero una sensación de inquietud se instaló en su pecho.

Lesly, que la observaba desde la cocina, negó con la cabeza, murmurando algo sobre los problemas que traen los hombres.



Después de tomar el té, Grace decidió salir para hacer algunas compras. El sol de la tarde era débil, pero iluminaba las calles del pequeño pueblo con una calidez que hacía olvidar la ligera neblina de los días anteriores. Con una cesta en el brazo llegó al mercado. A medida que avanzaba entre los puestos, el bullicio la rodeaba: vendedores ofreciendo verduras frescas, panes recién horneados y carne ahumada. Pero no prestó atención a eso, sino en aquello de lo que hablaban. Los rumores sobre la llegada de un extraño comenzaron a extenderse por el pueblo como el humo de una chimenea en pleno invierno.

Grace, que siempre había intentado mantenerse alejada de las habladurías, no pudo evitar sentir una punzada de curiosidad. Cada vez que escuchaba una nueva versión de la historia, su mente volaba hacia su propio vecino, preguntándose si las cosas que contaban serían ciertas. Durante su caminata, varias mujeres se agruparon cerca de los puestos de verduras, hablando en susurros que, a pesar de todo, llegaban a sus oídos.

—Dicen que no sale de la casa... que nadie ha visto su rostro —comentaba una de las vecinas con ojos bien abiertos mientras escogía unas zanahorias.

—¿Cómo puede vivir alguien así, tan encerrado? —murmuró otra, con un gesto de preocupación—. Yo no podría soportarlo.

Grace escuchaba en silencio, esforzándose por no participar en las habladurías, pero sintiendo cómo la curiosidad crecía dentro de ella. Mientras observaba qué manzanas coger, una de las mujeres se volvió hacia ella.

—¿Usted qué piensa, *lady* Grace? ¿No cree que alguien debería ir a verlo? No es justo que lo dejen solo todo el tiempo... —preguntó la mujer con un tono que casi parecía un reto.

Grace, incómoda ante la presión, se forzó a sonreír levemente.

—Sí. Quizás alguien debería presentarse formalmente —contestó, aunque no estaba segura de si hablaba en serio o simplemente por compromiso.

La verdad era que en su interior sentía que debía hacer algo. Tal vez no fuera prudente dejarse llevar por los rumores, pero no podía ignorar el impulso de ayudar a alguien que, según decían, estaba sufriendo. Justo en el instante que decidió volverse y regresar a su hogar, escuchó muy cerca una voz familiar.

—¡Señora! —exclamó Simon, apareciendo entre los compradores con su habitual sonrisa.

Ella giró la cabeza para encontrarse con el simpático mayordomo de su nuevo vecino, que se acercaba con su porte desenfadado, llevando también una cesta de provisiones en el brazo. Tenía un aire despreocupado, pero sus ojos, siempre alerta, parecían estar buscando algo más que simples verduras.

—Por favor, llámeme Grace o señora Collier —dijo para formalizar la relación entre ellos.

—Simon Holloway, a su servicio —respondió con una ligera inclinación.

—Bien, señor Holloway, parece que ambos hemos decidido hacer compras al mismo tiempo —comentó, esbozando una sonrisa amistosa al tiempo que observaba la cara de expectación que mostraban las mujeres con quienes había hablado segundos antes.

—Así es, señora Collier —indicó alzando la cesta con exageración—. Mi señor es muy particular con lo que come, así que tengo que asegurarme de que solo consuma lo mejor.

Grace soltó una risa suave.

—Supongo que tener a alguien tan dedicado como usted cuidando de él debe ser una

bendición.

Simon sonrió aún más ampliamente.

—Bueno, hago lo que puedo. Aunque con mi señor, hay que ser muy discreto, ya sabe. Él no quiere que nadie sepa... lo que pasó. —La sonrisa del joven se desvaneció ligeramente, dejando entrever un matiz más serio.

Ella no pudo evitar fruncir el ceño, notando el cambio en la actitud del joven.

—¿Es cierto lo que dijo sobre su accidente? —preguntó con cuidado, aunque la curiosidad la empujaba a profundizar más—. Debe ser muy difícil para él.

Holloway suspiró dramáticamente, como si llevara el peso de su señor sobre sus propios hombros.

—Es más complicado de lo que imagina, señora Collier. Las cicatrices... no solo están en su rostro, sino también en su alma. Después del accidente, perdió no solo su aspecto, sino también la confianza en sí mismo. Desde entonces, apenas se muestra en público. —El joven se inclinó ligeramente hacia ella, como si estuviera compartiendo un secreto—. La sociedad puede ser muy cruel con quienes no encajan en sus estándares.

Grace sintió una punzada de compasión mientras caminaban juntos por el mercado. Era difícil imaginarse a alguien viviendo en el aislamiento total, especialmente después de un accidente tan trágico.

—Debe ser muy doloroso para él —murmuró Grace, con la mirada perdida en el horizonte mientras su mente trataba de imaginar la vida del hombre que vivía al otro lado de la calle.

—Lo es, créame. —Simon dejó escapar un suspiro teatral—. Mi señor ha pasado por mucho. La sociedad lo juzgó sin piedad, y el mundo que alguna vez conoció lo abandonó. Ahora, todo lo que busca es un poco de paz, lejos de esas miradas inquisitivas.

Grace asintió, atrapada en la tragedia que el joven describía. Sin darse cuenta, sus instintos protectores comenzaban a despertarse. Algo en su corazón la empujaba a querer ayudar a aquel hombre desconocido.

—¿Qué puedo hacer por él? —preguntó Grace con suavidad mientras ambos regresaban—. Quizás... algo que lo ayude a sentirse mejor.

Holloway, siempre alerta a la oportunidad, sonrió con astucia, aunque ocultándolo tras un gesto amable.

—Señora, usted tiene un corazón muy generoso, pero no es fácil. Mi señor... —Hizo una pausa, como si estuviera considerando qué decir—. Necesita tiempo. Y tal vez... solo tal vez, el cariño de alguien que vea más allá de sus cicatrices.

Grace notó un nudo en la garganta al escuchar esas palabras. Aunque no lo conocía, ya sentía una conexión con ese hombre roto que vivía a tan solo unos metros de su hogar. La idea de poder hacer algo para aliviar su sufrimiento la inquietaba y al mismo tiempo la impulsaba a querer conocer más.

—Bueno, creo que le llevaré algo de las frutas que estoy comprando, para que al menos tenga un buen postre —comentó mirando con determinación la cesta en su mano—. A veces, un gesto sencillo puede significar mucho.

Holloway, satisfecho con la reacción de Grace, asintió, fingiendo sorpresa y gratitud.

—Estoy seguro de que mi señor lo agradecerá más de lo que puede expresar. Pero recuerde, no espere que se muestre demasiado... sociable al principio. Es un hombre reservado.

—Lo entiendo. A veces, solo se necesita tiempo para asegurarse de que todo el mundo no es cruel.

Simon observó con satisfacción cómo Grace miraba hacia la casa donde el marqués se escondía. Sabía que la curiosidad y la compasión de la mujer eran el anzuelo perfecto para acercarla más a su señor.

**Holloway** entró en el salón con su habitual agitación y una sonrisa extendiéndose por su rostro mientras veía a Marcus plantado frente a la ventana. El marqués no había dejado de observar la casa, como si cada segundo tras esas cortinas le revelara un pedazo más del misterio que ahora envolvía la vida de Grace.

—*Milord* —dijo abriendo los brazos como si hubiera alcanzado la cúspide de su logro—, ¡el plan marcha a la perfección!

Westlin no despegó la vista del otro lado de la calle, pero emitió un gruñido con su garganta.

—Todo el pueblo ya habla de usted —continuó el joven mayordomo, ajeno a la creciente tensión de su señor—. Las mujeres, en particular, parecen estar fascinadas con la idea de un misterioso caballero con un pasado trágico que vive recluido tras esas cortinas.

Marcus, con una expresión de escepticismo, se giró hacia él. La historia había captado su atención.

—¿De verdad crees que esto es un éxito? —preguntó con la voz repleta de incredulidad y nerviosismo.

—¡Por supuesto! —respondió Simon con entusiasmo—. Ahora todo el mundo piensa en la tragedia de su destino, ¡y eso siempre funciona!

Westlin frunció el ceño, porque la situación no le parecía tan victoriosa como a su mayordomo.

—Prefiero que no funcione tanto —replicó secamente antes de volver su mirada hacia la casa de Grace.

Simon, sin perder su carácter confiado, se encogió de hombros.

—Todo está yendo según lo planeado, *milord*. Pronto estará caminando con ella por el pueblo, compartiendo historias tristes y ganándose su simpatía.

Marcus negó con la cabeza. No estaba seguro de que el plan de mantener un perfil bajo fuera tan bueno como deseaba. Y lo que más le inquietaba era que, aunque Simon lograra que Grace se acercara, ¿qué sucedería si ella lo reconocía? La máscara, el bastón... nada parecía suficiente para ocultar su verdadera identidad a ojos de la mujer que tanto significaba para él.

Pero antes de que pudiera seguir meditando sobre ello, Holloway, con una sonrisa pícara, añadió:

—La verdad, *milord*, debería estarme agradecido. Le estoy facilitando el camino.

Marcus, con una mezcla de incredulidad y exasperación, se volvió hacia él con una ceja alzada.

—¿Facilitarme el camino? —repitió con ganas de estrangularlo.

—Así es, mi señor. Les he contado una versión trágica de su accidente. Ahora todos creen que usted es un hombre vulnerable, necesitado de ayuda... Lo único que falta es que no olvide el bastón para que el papel sea perfecto —perseveró Simon con un brillo de satisfacción en los

ojos.

Marcus soltó un suspiro al tiempo que su joven mayordomo decidía, de una vez, dejarlo solo. Se volvió hacia la ventana y en ese momento su cuerpo quedó paralizado.

—¿Qué diablos...? —soltó cuando observó que dos mujeres que reconocía a la perfección se dirigían a su hogar.



Grace colocaba con cuidado las verduras y frutas sobre la mesa de la cocina. No estaba centrada en la tarea, lo hacía de manera automática, porque su mente se hallaba en el mercado, en la conversación con las mujeres, en la repentina presencia del joven mayordomo. Lesly, que estaba secando los cubiertos, notó su expresión ausente y no pudo evitar preguntar:

—¿Qué es lo que le sucede ahora, señora?

Grace esbozó una pequeña sonrisa mientras organizaba las manzanas y zanahorias que había comprado.

—Nada, solo pensaba en nuestro nuevo vecino...

—No me diga que sigue conmovida con esa historia absurda —replicó cruzándose de brazos—. No me fío de todo lo que cuenta ese muchacho. ¿Qué tipo de hombre vive recluido en una casa durante días?

Grace suspiró.

—Señora, algo no me huele bien en todo esto. Ningún hombre se esconde así si no tiene algo más que ocultar —añadió con desconfianza.

A pesar de las advertencias de su doncella, Grace ya había tomado una decisión. Iba a llevarle una cesta de frutas al vecino como gesto de buena voluntad. Era lo mínimo que podía hacer por alguien que había pasado por una situación tan dura. Después de todo, era lo que cualquier buena vecina haría.

—Lo mejor será que yo misma lo compruebe —declaró con determinación—. Quizá solo está pasando por un mal momento.

Lesly dejó escapar un suspiro de resignación. Sabía que no podía hacer nada para convencer a su señora de lo contrario.

—Muy bien. Yo la acompañaré, pero no me gusta nada este asunto.

Grace sonrió, agradecida por el apoyo de su fiel amiga.

—No esperaba menos de ti.



Simon estaba en plena acción. Había visto a Grace y a Lesly acercarse con una cesta de frutas en el brazo. Era incapaz de borrar la sonrisa de su rostro porque comprendía que, pese a las negaciones del marqués, su plan estaba funcionando mucho mejor de lo esperado.

—¡Milord! —exclamó casi sin aliento—. ¡Están aquí!

Marcus se giró bruscamente con el miedo reflejado en su rostro.

—¿Por qué? —Pudo decir.

—Porque ya se lo dije, todo está saliendo bien. Ella me comentó que le traería un presente y,

como puede ver, ha cumplido su palabra.

El marqués sintió que el mundo se detenía por un segundo. Su corazón latía desbocado y su mente comenzó a inundarse de pensamientos caóticos. No estaba preparado. Ni siquiera sabía qué decir.

—¡Maldito Holloway! ¡Nos meteremos en problemas! —exclamó Marcus, llevándose las manos a la cabeza.

Simon, por el contrario, mantenía su calma habitual, casi disfrutando del caos que había provocado.

—Al contrario, *milord*. Esta es la oportunidad perfecta. ¡Solo recuerde el papel! —le dijo mientras le pasaba el bastón.

—¿De verdad crees que esto funcionará? —preguntó Westlin sintiéndose cada vez más vulnerable.

—Por supuesto, *milord*. Solo tiene que parecer lo más débil posible —indicó el joven con una sonrisa tranquilizadora.

Marcus, a regañadientes, se puso la máscara y se apoyó en el bastón, sintiendo cómo el miedo lo invadía por completo. La idea de tener a Grace tan cerca después de tanto tiempo lo paralizaba.

—Será solo una visita breve —murmuró Simon, intentando calmar a su señor—. Y, recuerde, actúe como si su cuerpo apenas pudiera sostenerlo.

Antes de que Westlin pudiera decirle algo, el mayordomo había salido corriendo para recibirlas. Se escondió detrás de la puerta y esperó con paciencia a que ellas tocaran. Cuando lo hicieron, respiró hondo, se estiró el chaleco, enderezó la espalda y con tranquilidad les abrió.

—¡Señora Collier! ¡Qué agradable sorpresa! —exclamó al recibirlas. Con agilidad, tomó la cesta de frutas que Grace traía en el brazo, haciendo una reverencia—. Gracias por venir. Mi señor se alegrará mucho de su visita. Por favor, pasen.

Grace, manteniendo su característica calma y dulzura, esbozó una sonrisa leve.

—Espero que no le cause molestia alguna —dijo mientras lo seguían hacia el interior.

—¡Por supuesto que no! —respondió Holloway con su habitual tono encantador.

Marcus estaba ya sentado en un sillón, con la máscara cubriendo la mitad de su rostro y el bastón en la mano derecha. Holloway le había pasado el bastón como si fuera un accesorio esencial para completar el papel que estaban interpretando, pero se sentía torpe, como si todo el escenario estuviera a punto de desmoronarse a su alrededor. Su corazón latía frenéticamente, sobre todo al pensar que ella volvería estar a su lado después de tantos años.

Al verla, el mundo de Marcus pareció detenerse. Solo existía ella, la mujer que había marcado su vida, y ahora estaba frente a él. Trató de calmarse, manteniendo la cabeza inclinada y los ojos fijos en el suelo.

Grace notó la tensión en el ambiente. Había algo extraño en el hombre sentado ante ella, algo en su postura, en sus movimientos... Parecía tan débil, aunque también distante, como si temiera interactuar con el mundo.

—No se levante, por favor —dijo ella con su tono suave y gentil cuando Westlin quiso recibirlas. Sin embargo, le fallaron las piernas y quedó de nuevo sentado—. Solo hemos venido a traerle estas frutas como muestra de cortesía.

Lesly, siempre más directa, intervino mientras miraba a Marcus fijamente.

—Su mayordomo nos ha comentado que su salud no es la mejor —expuso con un tono lleno de sospecha, intentando leer más allá de la historia que Simon les había contado.

Marcus, consciente del escrutinio de Lesly, se esforzó por mantener la compostura. Intentó hablar con una voz frágil, que apenas lograba transmitir fuerza.

—Gracias... Así es —respondió procurando sonar convincente.

Grace, movida por la bondad que la caracterizaba, dio un paso hacia adelante y habló con sinceridad.

—A pesar de que no nos conocemos, le pido que, si necesita ayuda, por favor, no dude en contar con nosotras. Estaremos encantadas de solventar cualquier necesidad que requiera.

Marcus, con el corazón en la garganta, sintió que la estrategia del muchacho estaba funcionando mejor de lo que había imaginado. Grace no lo había reconocido y pensaba que era un hombre enfermo. La simple idea de que ella lo viera de ese modo, aunque le otorgaba un respiro, también le causaba dolor. No quería que lo viera como alguien débil, pese a que entendía que esa era la única manera de acercarse a ella sin ser descubierto.

Simon, viendo la reacción del marqués y lo bien que iba la situación, decidió dar un paso más para acercar a Grace a su señor.

—Muchas gracias por el ofrecimiento, señora Collier —dijo con rapidez, antes de que Marcus pudiera intervenir—. Si usted puede, mañana podría ayudarle a caminar por el pueblo. Mi señor necesita ejercicio, y yo estaré ocupado terminando de organizar el piso superior.

Las tres personas en la habitación lo miraron con sorpresa. Grace abrió los ojos con una mezcla de asombro y reflexión, mientras que Marcus, que ya estaba al borde de los nervios, intentó interrumpir.

—Por favor, no lo escuche —indicó casi en tono suplicante y con la voz quebrada por los nervios—. No es necesario.

Sin embargo, Grace, fiel a su naturaleza bondadosa, asintió con una pequeña sonrisa.

—Oh, no es molestia, en absoluto. Me encantaría mostrarle el pueblo y que pueda descubrir lo tranquilo y agradable que es.

Marcus estaba aturdido. La idea de pasar tiempo con ella lo llenaba de una mezcla de terror y deseo. Holloway, por otro lado, aprovechó el momento para cerrar el trato.

—Será un paseo corto, se lo aseguro —expresó Simon con tono persuasivo a su señor—. ¿Qué le parece mañana a las diez?

—Me parece bien —respondió ella sin dudar.

—¿Está conforme, señor...? —comenzó a decir Grace, esperando la presentación formal.

—*Lord* Haspirin —intervino el mayordomo con rapidez, al notar que Marcus no podía reaccionar a tiempo—. Mi señor es *lord* Haspirin, marqués de Haspirinland —terminó con orgullo.

Lesly tuvo que llevarse la mano a la boca para no soltar una carcajada ante el ridículo nombre. Sin embargo, Grace, en vez de reír, se quedó mirando al marqués con los ojos entornados. Había algo en él que no le cuadraba, pero no lograba descifrar qué era.

—*Lord* Haspirin... —dijo ella lentamente—. ¿Estará preparado para esa hora?

—Sí... —respondió Marcus, luchando por mantener su voz bajo control mientras su mano se movía hacia la máscara de tela negra para asegurarse de que no se moviera al hablar.

Grace asintió una última vez y se despidió con cortesía.

—En ese caso, lo esperaré a esa hora. Que tenga una buena tarde, *milord*.

Grace y Lesly se dirigieron a la salida, con Simon acompañándolas hasta la puerta. Al cruzar el umbral, Grace no pudo evitar echar una última mirada hacia *lord* Haspirin. Algo en su interior le decía que había más de lo que aparentaba ese hombre, pero no podía identificar exactamente

qué era. Algo en su postura, su manera de hablar... y esa máscara. Era como si algo en su memoria intentara recordarle a alguien.

—¿Qué le ocurre? —preguntó Lesly en cuanto ambas comenzaron a alejarse de la casa.

—Nada —contestó de inmediato, pero con la cabeza llena de preguntas.

A pesar de lo que había escuchado y visto, tenía una sensación extraña que no podía sacudirse. ¿Era su compasión lo que la hacía sentir así?

Lesly, que siempre tenía un comentario sarcástico preparado en los labios, no pudo contenerse.

—¿No le ha dado la sensación de que la máscara estaba hecha con el encaje de un camisón de mujer? —dijo soltando una carcajada ligera.

Grace sonrió, pero no respondió. «¿Qué es lo que realmente me molesta?», pensó mientras caminaban de regreso. Intentó racionalizarlo, pero no podía evitar la sensación de que algo en *lord* Haspirin le resultaba familiar, aunque no sabía exactamente por qué.

—Hasta su nombre es extraño —continuó Lesly—. Haspirin... ¿de dónde sacarán estos títulos ridículos? Parece inventado.

Sin embargo, Grace seguía sumergida en sus pensamientos, tratando de encontrar una explicación lógica a lo que acababa de vivir. ¿Sería posible que lo conociera de algún lado?

Cuando llegaron a casa, entró sin decir nada más y se dirigió directamente a preparar el baño de su hijo. Necesitaba tiempo para despejar su mente, pero sabía que las preguntas seguirían rondando en su cabeza.

Marcus, por su parte, estaba inmóvil en el salón, asimilando lo que acababa de ocurrir. «¿Cómo voy a pasar el día de mañana caminando con ella?», pensaba. La simple idea de estar tan cerca de Grace y seguir ocultando su verdadera identidad lo llenaba de miedo, pero también de una profunda emoción.

**Westlin** no había dejado de sentirse inquieto desde el momento en que se marcharon. A pesar de que Holloway insistía una y otra vez en que todo iba de maravilla y que su plan estaba funcionando a la perfección, él no lograba sacudirse la sensación de que algo iba a salir mal. El joven mayordomo, siempre despreocupado, lo observaba con esa sonrisa confiada, pero Marcus, después de todo lo que había pasado en los últimos diez años, se sentía más vulnerable que nunca.

—*Milord*, créame, todo va según lo planeado —perseveró Holloway mientras lo ayudaba a vestirse—. No tiene de qué preocuparse. Ella no lo reconocerá y cuando se dé cuenta, habrá crecido entre ambos una bonita relación.

Marcus, sin embargo, apenas escuchaba. Su mente estaba atrapada en el pasado. Habían sido diez años de distancia, de recuerdos y de arrepentimiento, y ahora, de repente, Grace estaba de nuevo en su vida. Aunque no era como él había soñado. Tenía que esconderse tras una mentira que le quemaba por dentro. Cada vez que pensaba en la posibilidad de que Grace descubriera quién era realmente, el miedo lo asfixiaba.

—Deje de preocuparse tanto —insistió Simon mientras ajustaba la corbata de su traje—. Hoy es el día en que empieza a construir el futuro. Olvide el pasado.

—No es tan fácil como lo menciona —respondió Westlin, apretando con fuerza el bastón que llevaba en la mano derecha—. Después de tanto tiempo... —dudó un momento, con la voz cargada de emoción—, no quiero perderla de nuevo.

Simon, con una expresión más seria por primera vez, se inclinó ligeramente hacia su señor.

—*Milord*, usted no la perderá si sigue mi plan. Confíe en mí.

Una vez vestido, con el riguroso traje oscuro y la máscara cubriendo la mitad de su rostro, Marcus se dirigió hacia la puerta de la casa. Su corazón latía con fuerza, como si fuera un adolescente enamorado por primera vez. Llevaba el bastón en la mano derecha, apoyándose ligeramente en él, no tanto por necesidad, sino para mantener el papel de hombre frágil que Holloway había creado.

Al llegar a la verja de su hogar, Simon, que permanecía en la entrada, alzó la mano en un gesto de despedida.

—¡Buena suerte, *milord*! —exclamó con ojos brillando de emoción.

Parecía una madre observando a su hijo en el día de su boda. Marcus lo miró de reojo, negando con la cabeza, intentando centrarse en Grace. No necesitaba más distracciones.

Caminó lentamente por la calle con sus pensamientos girando en torno a ella. Estaba a punto de dar un paseo con la mujer que había marcado su vida, y no quería estropearlo. Al situarse frente a la entrada de la vivienda, respiró hondo y golpeó suavemente la puerta con los nudillos.

—¡Abro yo! —Se oyó una voz infantil desde el interior, y Marcus sintió que su corazón se detenía por un segundo.

La puerta se abrió de golpe y ahí, frente a él, estaba Robert, su hijo. Marcus lo observó fijamente, sintiendo que todo a su alrededor se desvanecía. El niño, de cabello oscuro y ojos brillantes, era casi una copia exacta de él. Los rasgos que compartían eran infinitos; incluso tenía el pequeño lunar bajo el lagrimal izquierdo. Westlin se apoyó con más fuerza en el bastón para evitar caer de rodillas ante el niño. La emoción lo embargaba por completo.

—Buenos días, joven —dijo extendiendo su mano hacia el niño y con la voz temblando ligeramente.

Robert lo miró con seriedad, con una expresión mucho más madura de lo que su corta edad sugería.

—Soy Robert Collier, hijo de *lady* Grace y del difunto *lord* Westlin —indicó aceptando el saludo.

El corazón de Marcus latió con furia al escuchar esa palabra: *difunto*. La ira y el dolor se mezclaron en su pecho, pero tuvo que controlarse. No podía perder los estribos en ese momento.

—Buenos días, Robert Collier —respondió con tono controlado, apretando ligeramente la mano del niño, como dos caballeros respetables—. Soy *lord*... —hizo una pausa, buscando recordar la absurda invención de Simon— Haspirin.

Robert, con la misma seriedad, asintió.

—Lo sé. Mi madre me ha informado que saldrá a pasear con usted.

Marcus corroboró con un ligero movimiento de cabeza, sintiendo el peso de las palabras del niño. Su propio hijo, al que no había visto crecer, lo miraba como a un desconocido. ¿Cómo reaccionaría cuando descubriera la verdad?

—Cuidaré de ella —declaró Westlin intuyendo la preocupación del niño.

—Creo que más bien será al contrario —replicó Robert con una sonrisa traviesa antes de dar media vuelta, pues había escuchado los pasos de su madre acercándose.

Cuando ella apareció en la puerta, Marcus tuvo que contener la respiración. Su vestido negro, sencillo pero elegante, resaltaba su figura con una gracia natural. Y el perfume que siempre había asociado a su presencia lo envolvió, trayendo recuerdos dolorosos y dulces al mismo tiempo.

«Dios, he desperdiciado diez años de mi vida lejos de ti», pensó.

—Buenos días, *lord* Haspirin. ¿Preparado para su primer paseo por el pueblo? —preguntó Grace con una sonrisa cálida.

Marcus, aún deslumbrado por su presencia, apenas logró responder.

—Buenos días, *lady* Grace. Lo estoy —indicó ofreciéndole su brazo izquierdo.

Grace aceptó su brazo con naturalidad, porque entendía que era la única forma que tenían para caminar. En ese momento, Marcus sintió una conexión tan fuerte que casi lo desbordaba. Pasear del brazo de Grace después de tantos años era un sueño hecho realidad, pero al mismo tiempo, una tortura, sabiendo que ella no sabía quién era él.

—Robert, después de que ayudes a Lesly con las tareas, puedes ir a jugar —comentó Grace a su hijo mientras comenzaban a caminar.

—Sí, madre —respondió el niño antes de correr hacia el interior de la vivienda.

Mientras se dirigían hacia el pueblo, Marcus intentaba mantener la compostura. Tenía las dos manos ocupadas, una con el bastón y la otra con el brazo de Grace. Si la máscara se movía, no podría ajustarla sin delatarse.

—¿Hoy no tiene clases que impartir? —preguntó Marcus, tratando de mantener la conversación ligera.

—Es sábado —respondió ella mirándolo con curiosidad.

Él asintió, maldiciendo en silencio por no haber prestado atención al día de la semana. Su ansiedad crecía, y sin darse cuenta, comenzó a coger con más fuerza el bastón.

Grace, percibiendo su nerviosismo, apretó suavemente su brazo, un gesto de apoyo que lo sorprendió. La miró y asintió, agradecido por ese pequeño acto de compasión.

Westlin no podía dejar de pensar en lo que se había perdido durante los últimos diez años. Ahora, con ella a su lado, quería disfrutar cada segundo de ese momento.

**Marcus** caminaba junto a Grace, cada paso lento y medido, apoyándose ligeramente en el bastón para mantener la apariencia que Simon había creado. El peso que sentía no era el de su cuerpo cansado, sino el de la tensión acumulada con cada movimiento. Estar tan cerca de ella, después de tantos años, lo desgarraba por dentro. El silencio que compartían se hacía pesado, lleno de palabras no dichas. Marcus luchaba contra el impulso de confesarlo todo. ¿Cómo podía caminar junto a la mujer que amaba, sintiéndola tan próxima, pero al mismo tiempo estar atrapado en una mentira?

El aire fresco del pueblo lo rodeaba, pero para él, el paisaje se desdibujaba a la sombra de Grace. Cada pequeño gesto de ella, el roce suave de su brazo, el movimiento de su vestido al caminar, y el sutil perfume que lo envolvía, lo transportaban a recuerdos que había añorado durante una década. Su respiración se hacía pesada, no por el esfuerzo físico, sino por la tormenta emocional que lo consumía. Mientras tanto, ella mantenía una calma natural, ajena al caos que habitaba en su interior.

—Aquí, en esta plaza, es donde se celebra el mercado todas las mañanas. Los vendedores son gente del pueblo —explicó Grace, rompiendo el silencio con voz cálida y serena.

Marcus se obligó a concentrarse en sus palabras, apartando por un momento los pensamientos que lo atormentaban. Sus pies seguían avanzando sobre el empedrado, pero su corazón latía desbocado, atrapado en una batalla interna entre el deseo de confesar y el temor a perderla para siempre.

—Supongo que esta es la economía que tienen los aldeanos para sobrevivir. Estoy seguro de que muchos utilizan el trueque para adquirir lo que buscan —comentó él, intentando parecer casual, aunque cada palabra le costaba un mundo.

Grace asintió, observando el entorno con una sonrisa que irradiaba seguridad al hablar de aquel lugar.

—¿Cómo conoció este lugar? ¿Por qué se quedó aquí? —Se atrevió a preguntar Westlin al notar que aquel tipo de conversación podía mantenerlos a los dos relajados.

—Vine aquí con seis años —comenzó con tono nostálgico—. Fue mi madre quien supo sobre este lugar, porque era el pueblo natal de una de sus doncellas —añadió antes de mirar a su acompañante—. Y no me muevo de aquí porque no me gusta el bullicio de las grandes ciudades. Prefiero vivir con la paz y la calma que ofrecen las pequeñas aldeas. Además, sus habitantes me tratan con tanto cariño, que no necesito una familia.

—Desde que llegó, ¿no se ha marchado de aquí? —insistió en saber.

—Sí, para casarme, pero regresé cuando enviudé —explicó sin imaginar la punzada de dolor que sus palabras provocaban en él.

Al escuchar su propia *muerte*, Marcus sintió un nudo en el estómago. Saber que Grace había tenido que construir su vida alrededor de esa mentira lo atormentaba. Apretó el bastón con

fuerza, tratando de calmar la ira que hervía en su interior. Sin embargo, sabía que no era el momento de enfrentarse a esa realidad. El silencio se instaló entre ambos, un silencio que reflejaba lo lejos que se encontraban, pese a caminar tan cerca.

—¿Fue difícil para usted volver después de todo lo que pasó? —preguntó buscando con desesperación algo que lo anclara a la conversación y lo alejara de la culpa que lo devoraba.

Grace lo miró con una expresión tranquila, pero sus ojos revelaban el dolor de alguien que había conocido de cerca el sufrimiento.

—Más que difícil, fue necesario. Cuando mi hijo nació, supe al verlo que él también se merecía una buena vida y aquí ambos la tenemos. Desde que aparecí con Robert en mis brazos, todo el mundo lo ha tratado con cariño y nadie le ha mencionado, ni una sola vez, que es el hijo de un difunto marqués.

Las palabras de Grace resonaban con fuerza en Marcus. Mientras la escuchaba, se daba cuenta de que ella, a pesar de todo, solo había querido huir de los malentendidos creados a su alrededor y concebir un mundo cálido para Robert. Por suerte, había encontrado un buen hogar. En cambio, él había perdido el suyo desde que ella escapó. Pero ¿era justo para Robert aquel futuro?

—¿No quiere que su hijo herede el título nobiliario que le corresponde por nacimiento? —preguntó midiendo las palabras, porque la respuesta sería muy importante para él.

Grace negó suavemente, con la voz firme, pero serena.

—No. No quiero que mi hijo viva en Londres. Usted huyó de ese lugar, sabe lo malvada que puede ser la gente allí. Yo no quiero que Robert pase por lo mismo.

Marcus la observó, comprendiendo el peso de sus palabras. Grace había visto de primera mano la crueldad de la sociedad londinense, y había hecho todo lo posible por proteger a su hijo de ese mundo. Marcus, en cambio, sabía que algún día tendría que enfrentarse a Robert con la verdad. El derecho que le correspondía, no solo como hijo de Grace, sino también como su propio hijo.

—Entiendo su punto de vista —declaró Westlin, aunque por dentro la lucha entre la obligación y el deseo seguía librándose.

El silencio volvió a instalarse entre ellos, pero esta vez no era incómodo. Ambos estaban sumergidos en sus pensamientos, conscientes de las decisiones que habían tomado en el pasado y las que aún quedaban por tomar en el futuro.

Finalmente, Grace habló de nuevo, con voz suave y sincera.

—Le he contado con sinceridad algo de mi vida, *milord*, para que se sienta tranquilo durante su estancia aquí. En este pueblo no sufrirá las injusticias que ha vivido en otros lugares.

Las palabras de Grace lo golpearon como una realidad aplastante. Él, en cambio, le estaba mintiendo. Estaba ocultando quién era realmente. El remordimiento crecía en su interior, pero no podía permitirse que la verdad saliera a la luz todavía. No estaba listo para enfrentarse a las consecuencias de sus actos. ¿Cuánto tiempo más podría seguir con la farsa? Ni siquiera él lo sabía.

En ese momento, ambos notaron un cambio en el ambiente. Grace levantó la vista y vio que el señor Hartwell se acercaba a ellos con paso rápido y decidido. Vestido con su sotana, su rostro reflejaba una mezcla de confusión, descontento y celos mal disimulados. Aunque trataba de sonreír, la tensión en su expresión era evidente.

—Buenos días, señora Collier —saludó con una voz que intentaba ser amable, pero que escondía resentimiento.

—Buenos días, señor Hartwell —respondió Grace con cortesía, aunque su tono era mucho más relajado que el del párroco.

Westlin, al notar la mirada del sacerdote, sintió una punzada de celos recorrer su cuerpo. Aquel hombre la miraba como si le perteneciera, y recordó lo que Aife le había contado sobre los sentimientos del párroco hacia ella. «No permitiré que me la quites», pensó con una intensidad que lo sorprendió.

—Una mañana gloriosa para dar un paseo, ¿cierto? —preguntó Elinor, dirigiendo su mirada hacia Marcus, tratando de medirlo.

—Sí —intervino Grace rápidamente, consciente de la tensión que se formaba—. Señor Hartwell, le presento a *lord* Haspirin. Acaba de llegar y le estoy mostrando el pueblo.

En ese momento, Westlin maldijo a Holloway por haberle puesto un nombre tan ridículo...

Hartwell extendió la mano para saludarlo, pero Marcus, sin soltar el brazo de Grace, solo respondió con un leve cabeceo. No tenía ninguna intención de darle el placer de ver cómo se alejaba de ella.

—Encantado de conocerlo, *milord* —dijo el párroco, su sonrisa ahora más forzada, claramente incómodo.

A pesar de su intento de mantener la compostura, Marcus no iba a permitir que aquel hombre creyera que, por el tiempo que llevaban conociéndose, tenía algún tipo de derecho sobre ella. Quería dejarle claro que no era así y Hartwell lo captó con rapidez. Sin embargo, en lugar de retirarse, el párroco intentó retomar el control de la situación.

—¿Les gustaría que los acompañara? —preguntó esforzándose por mantener una falsa cordialidad, aunque sus ojos no podían ocultar su descontento.

Un gruñido bajo salió de la garganta de Marcus, lo suficientemente sutil para que solo Grace lo percibiera. Ella, sin perder la calma, le apretó suavemente el brazo y respondió con amabilidad.

—No se preocupe, señor Hartwell. La caminata no durará mucho y no quiero interrumpir sus quehaceres. Además, creo que tiene misa dentro de poco, ¿no es así?

Hartwell asintió, aunque claramente molesto por la negativa de Grace a aceptar su compañía.

—Así es, señora Collier. Sin embargo, esta tarde, si está libre, me gustaría visitarla para tomar el té y charlar sobre el aula y su renovación. Creo que sería un buen momento para discutir la compra de nuevos pupitres.

La idea alegró a Grace, quien llevaba meses intentando mejorar las condiciones de la escuela local.

—Me parece... —comenzó a decir, pero fue interrumpida por Marcus, que dio un paso adelante.

—¿Cuántos pupitres necesita? —preguntó con voz grave y sin molestarse en ocultar su desdén por el párroco.

Hartwell, sorprendido por la interrupción, intentó recuperar la compostura.

—Quince, *milord* —respondió algo desconcertado.

—Yo me encargaré de proporcionárselos la próxima semana —aseveró con firmeza, antes de tirar suavemente del brazo de Grace para reanudar la marcha.

El párroco se quedó de pie, viendo cómo el misterioso *lord* Haspirin se alejaba con Grace. Los celos y la frustración se arremolinaban dentro de él, pero no pudo hacer nada más que observar cómo la mujer que deseaba se alejaba agarrada del brazo de otro hombre.

**Marcus** sentía la tensión y emoción recorrer su cuerpo. ¿Qué diablos se había creído aquel hombre para que intentara separarlo de Grace? ¡Jamás! Con la rabia en su punto más álgido, agarró con más fuerza el puño del bastón. Mientras que caminaba a paso lento para continuar con su fingida enfermedad, él no dejaba de imaginarse aquel garrote de madera golpeando el cuerpo del párroco. Sin embargo, el leve carraspeo que ella hizo lo volvió a la realidad: pese a todo, él era quien estaba a su lado. Observaba su perfil de reojo, notando el brillo en sus ojos, el delicado movimiento de su vestido y el aroma suave que le traía recuerdos del pasado. Ese pasado en el que no había máscaras, solo amor.

—Es un lugar tan tranquilo —dijo Marcus, rompiendo el silencio en un intento de desviar sus propios pensamientos.

Grace le sonrió; su expresión era la misma que él recordaba, cálida y llena de serenidad.

—Lo es. Por eso lo considero mi refugio —respondió, con voz suave y llena de una tranquilidad que Marcus envidiaba—. Después de todo lo que viví, regresar aquí fue la mejor decisión.

El paisaje que los rodeaba se había vuelto más abierto, con los campos extendiéndose en la distancia. La conversación entre ellos fluía de manera intermitente, como si ambos estuvieran atrapados en pensamientos propios. Para Marcus, cada palabra no dicha era un recordatorio de la vida que había perdido, mientras que Grace parecía sumergida en la serenidad que el pueblo le ofrecía. Pero había algo en el aire, una tensión que crecía con cada paso, una mezcla de nostalgia y deseo que Marcus no sabía cómo manejar.

Grace lo miraba de vez en cuando, con esa misma curiosidad que siempre había tenido, pero ahora con un atisbo de inquietud. «¿Por qué me siento tan cómoda con él?», se preguntaba. El hombre a su lado despertaba algo en ella, algo familiar, pero no lograba entender qué era. Había algo en su presencia que removía recuerdos, sensaciones que creía enterradas hacía mucho tiempo.

Entonces, sucedió algo inesperado. Al distraerse mirando el horizonte, Grace tropezó con una pequeña piedra en el camino. Marcus reaccionó con rapidez, atrapándola antes de que cayera. Sus cuerpos se encontraron, y por un instante, el tiempo pareció detenerse. Los rostros de ambos quedaron a milímetros de distancia, y sus labios, sin quererlo, se rozaron.

Fue un contacto breve, pero lo suficientemente intenso como para que ambos sintieran una descarga eléctrica recorrer sus cuerpos. Los ojos de Grace se abrieron con sorpresa, mientras el corazón de Marcus latía con tal fuerza que temió que ella pudiera escucharlo. No había sido un beso intencionado, pero el roce despertó en Marcus un torrente de emociones que había mantenido reprimidas durante años.

—Perdón —murmuró Grace, con el rostro levemente sonrojado, apartándose de él, aunque sin alejarse completamente.

Marcus, aún abrumado por lo que acababa de ocurrir, sintió cómo su propia respiración se volvía irregular. Estaba tan cerca de ella, tan cerca de la mujer que nunca había dejado de amar que se hallaba al borde de la locura. Había sido un simple roce, pero el deseo de volver a sentir sus labios era abrumador. Su voz salió ronca, cargada de emoción contenida.

—No hay nada que disculpar —logró decir, intentando mantener el control de sus emociones.

Los ojos de Grace se clavaron en los suyos y, por un momento, Marcus temió que ella pudiera ver más allá de la máscara, que pudiera leer en su mirada la verdad que estaba desesperado por ocultar. Algo en su interior le decía que ese hombre, *lord* Haspirin, no era quien decía ser. Pero no podía darle un nombre a esa sensación, no podía identificar qué era lo que la inquietaba tanto.

Ambos se quedaron inmóviles, en un silencio que hablaba más de lo que las palabras podían decir. La tensión entre ellos era palpable, como una corriente que los unía, aunque ninguno de los dos estaba dispuesto a admitirlo en voz alta. Había una cercanía que no podían negar, una conexión que, por más que intentaran ignorar, seguía latente.

Finalmente, Grace se apartó, tomando aire profundamente, intentando recomponerse. El paseo, que había comenzado de manera tranquila, ahora estaba impregnado de una extraña incomodidad. Pero esa incomodidad no podía ocultar la atracción que ambos sentían. Lo que había sido un roce accidental, había encendido una chispa que ninguno de los dos estaba preparado para enfrentar.

Continuaron caminando, pero esta vez el silencio que los envolvía no era de calma, sino de pensamientos agitados. Marcus seguía procesando lo que acababa de suceder. El beso accidental había despertado en él emociones que había intentado suprimir durante mucho tiempo. Su amor por Grace seguía tan vivo como siempre, pero ahora ardía con más fuerza. Ya no podía negarlo más, y aunque la mentira seguía entre ellos, sabía que no podría ocultarla por mucho más tiempo.

Grace, por su parte, estaba envuelta en una confusión de emociones. El contacto de sus labios, aunque breve, había sido suficiente para hacerla cuestionarse muchas cosas. ¿Por qué sentía algo tan fuerte por ese hombre, a quien apenas conocía? Y lo más inquietante, ¿por qué ese beso le recordaba tanto a Marcus?

Al llegar frente a la casa de Grace, ambos se detuvieron. El sol ya comenzaba a ocultarse, tiñendo el cielo de tonos anaranjados y dorados. Era el final perfecto para un paseo que había comenzado tranquilo, pero que había terminado despertando emociones que ambos habían intentado reprimir.

—Gracias por acompañarme, *milord* —dijo Grace intentando ocultar su confusión tras una sonrisa.

Marcus asintió, sin atreverse a decir más. El beso, aunque accidental, había dejado claro que entre ellos seguía existiendo una conexión inquebrantable, una que no podía seguir ignorando. No quería romper el delicado equilibrio que habían creado, pero todo en su interior le gritaba que la besara de nuevo, que se quitara la máscara y le dijera la verdad. Sin embargo, no podía. No todavía.

—Ha sido un placer, *lady* Grace —respondió finalmente, con una leve inclinación de cabeza.

Ella lo observó por un instante más, como si esperara algo más de él, alguna palabra que le explicara lo que acababa de ocurrir. Pero Marcus permaneció en silencio, con la mirada fija en ella, inmóvil. Con un leve suspiro, Grace se dio la vuelta y entró en la casa, dejándolo solo en la penumbra del atardecer.

Marcus se quedó allí, observando cómo la puerta se cerraba tras ella. Su corazón seguía latiendo con fuerza y sus pensamientos eran un torbellino. Sabía que no podría seguir con la

farsa mucho más tiempo. Grace estaba comenzando a notar algo, y él ya no tenía fuerzas para seguir ocultando lo que sentía. Ese roce accidental había encendido una chispa entre ellos, y Marcus no sabía si podría detener el incendio que estaba a punto de desatarse.



La tarde se deslizaba lentamente en Strathmore. En la pequeña estancia que Grace usaba como biblioteca, los rayos del sol moribundo proyectaban sombras alargadas sobre los libros apilados y las hojas dispersas en la mesa. Había intentado concentrarse en preparar las lecciones para los niños, pero su mente no dejaba de desviarse hacia el paseo con *lord* Haspirin. La firmeza de su abrazo al sujetarla, la seguridad con la que la había sostenido cuando tropezó e incluso ese leve roce de labios... no podía sacarlos de su cabeza.

«¿Por qué me siento así?», se preguntó, caminando por la pequeña habitación. Pasó los dedos por los lomos de los libros, buscando algo a lo que aferrarse, pero cada vez que cerraba los ojos, volvía al momento en que había estado tan cerca de él. Había algo en ese hombre que despertaba en ella recuerdos que pensó haber enterrado. Marcus... Su nombre surgió en su mente como una sombra que nunca había dejado de estar presente.

Grace respiró hondo, y los recuerdos comenzaron a fluir, envolviéndola. Vio el rostro de Westlin, recordó su sonrisa, la intensidad de su mirada, cómo la hacía sentir, como si el mundo desapareciera cuando estaban juntos. Y ahora, años después, ese misterioso hombre, *lord* Haspirin, le hacía sentir lo mismo. Aunque su rostro estaba oculto tras una máscara, había algo en su manera de moverse, en su forma de hablar, que le resultaba inquietantemente familiar.

«No puede ser», se repetía, tratando de convencerse. Pero la sensación persistía.

Cerró el libro que tenía entre las manos sin haberlo leído, sus pensamientos completamente absorbidos por esa intranquilidad. Los recuerdos de Marcus y las sensaciones provocadas por *lord* Haspirin se entrelazaban, formando un caos emocional que la sobrepasaba. «¿Cómo puede alguien ser tan parecido?», se preguntaba con desesperación. Cada gesto, cada palabra del misterioso *lord* la llevaba de vuelta a Marcus, a esos momentos que compartieron.

Todo en ella quería rechazar la idea de que *lord* Haspirin pudiera ser Marcus. Era imposible, se decía, y, sin embargo, la sospecha seguía allí, como una espina en lo más profundo de su corazón. Había algo que no encajaba, algo que desafiaba toda lógica.

De pronto, una voz infantil interrumpió sus pensamientos, devolviéndola a la realidad.

—¡Mamá! —gritó Robert, entrando en la pequeña estancia con pasos acelerados.

Grace se giró hacia él, y una cálida sonrisa iluminó su rostro. Su hijo siempre tenía ese efecto sobre ella, como si pudiera disipar cualquier tormenta que se cerniera en su mente.

—¿Puedes ayudarme a encontrar mis libros? —preguntó el niño, mirándola con ojos brillantes—. No los encuentro en mi cuarto.

Grace asintió, agradecida por la interrupción. El contacto con Robert la devolvía a su presente, alejando las sombras del pasado.

—Claro, cariño —dijo, acariciando con ternura su cabello antes de seguirlo hacia la habitación.

Mientras lo ayudaba a buscar sus libros, trataba de apartar de su mente el torbellino de

emociones que el paseo había desatado. Aunque intentaba mantenerse centrada en lo cotidiano, la sensación de que algo no estaba bien seguía acechando en el fondo de su conciencia. «Tengo que calmarme. No puedo permitir que Robert vea lo alterada que estoy», se dijo mientras lo ayudaba.

Tras un rato de búsqueda y conversación trivial con su hijo, la normalidad volvió a instalarse en la casa. Sin embargo, Grace sabía que el remolino de pensamientos que *lord* Haspirin había despertado en ella no se disiparía tan fácilmente.

Esa noche, después de arrojar a Robert y asegurarse de que dormía profundamente, regresó a su habitación. Se tumbó en la cama, pero el sueño no llegaba. Sus pensamientos seguían anclados en el paseo, en lo que había sentido, en la confusión y la atracción que la embargaban.

Inquieta, se levantó de la cama y, descalza, caminó hacia la ventana. Afuera, la oscuridad lo envolvía todo, pero sus ojos se dirigieron automáticamente hacia la casa del vecino. La luz en el interior era tenue, apenas visible, pero su mente la llevaba de nuevo al momento en que sus labios se habían rozado, a la forma en que él la había sostenido con tanta seguridad. «No puede ser él», se repetía una y otra vez, pero la duda la atormentaba.

Apoyó la frente contra el frío cristal, dejando que sus pensamientos fluyeran libremente. Había algo más allá de la atracción que la perturbaba. Un temor comenzó a formarse en su pecho. ¿Y si Marcus había regresado? ¿Y si había descubierto la verdad sobre Robert? El miedo la recorrió como una corriente helada. No podía permitirse perder a su hijo, y el solo pensamiento de que alguien pudiera intentar arrebatárselo la aterraba.

Pero, más allá del miedo, había otra emoción, más peligrosa y perturbadora. «¿Ha vuelto por mí?», se preguntó, y el solo pensamiento la hizo temblar. La mezcla de terror y deseo que sentía era casi insoportable. Si Marcus estaba allí, ¿por qué no se había revelado? ¿Por qué ocultarse tras una máscara y un nombre falso?

La ansiedad creció dentro de ella, pero también lo hizo una determinación feroz. No podía quedarse de brazos cruzados, esperando respuestas. Si *lord* Haspirin era realmente Marcus, lo descubriría. No permitiría que él volviera a jugar con su vida.

Grace se apartó de la ventana con una decisión renovada. Volvió a la cama, pero esta vez no con la sensación de inquietud que la había mantenido despierta antes. Ahora tenía una misión: descubrir la verdad. Investigaría sobre ese hombre y descubriría quién era realmente. No permitiría que nadie, ni siquiera Marcus, si es que él estaba detrás de todo, le arrebatara lo que más amaba.

Esa última reflexión la acompañó mientras el agotamiento finalmente la vencía. Aunque el miedo y la duda seguían presentes, Grace se durmió con la certeza de que haría lo que fuera necesario para proteger a su hijo y su vida, sin importar el costo.

La luz de la mañana se filtraba tímidamente a través de las cortinas del dormitorio de Marcus. Apenas había dormido y sus pensamientos seguían atormentándolo por lo sucedido la tarde anterior. Cada vez que cerraba los ojos, volvía a revivir el momento en que Grace tropezó y cayó en sus brazos. Sus labios rozándose en ese instante fugaz lo habían dejado ansioso, desesperado por más. Sabía que no podía continuar así, enredado en una mentira que, tarde o temprano, lo destruiría. Pero el recuerdo de Grace en sus brazos, la suavidad de su piel, su respiración entrecortada... Todo eso lo empujaba a seguir, a querer más, a arriesgarlo todo.

El aire frío de la mañana persistía en la habitación, pero el deseo que lo consumía ardía con una intensidad que no lograba sofocar. La sensación de vulnerabilidad lo carcomía. Se encontraba tan cerca de ella y, al mismo tiempo, tan lejos. Sus pensamientos se entrelazaban con una mezcla de anhelo y culpa. «No puedo seguir con esta farsa», se decía, pero entonces la imagen de Grace se materializaba en su mente y todos sus argumentos desaparecían.

—*Milord*, lo noto inquieto esta mañana —comentó Simon, entrando en la habitación con su habitual aire despreocupado. Llevaba una bandeja con el desayuno, pero la sonrisa astuta en su rostro indicaba que tenía algo más en mente—. Le traigo buenas noticias.

Marcus lo observó en silencio, sintiendo una creciente incomodidad ante la mirada chispeante del joven.

—¿Qué estás tramando ahora, Simon? —preguntó con el ceño fruncido, sin quitar la mano de su bastón, como si aferrarse a él le brindara algún tipo de estabilidad emocional.

—He estado pensando —comenzó Simon mientras colocaba la bandeja sobre una mesa cercana—. Después de lo que ocurrió ayer, lo mejor sería aprovechar el impulso, ¿no le parece?

Marcus apretó los labios. Aún no había decidido cómo procesar lo que había sucedido la tarde anterior, y mucho menos sabía qué hacer al respecto.

—No quiero seguir con este juego —respondió con un tono más débil de lo que pretendía—. Cada día que pasa, siento que estoy más atrapado.

—Lo sé, *milord* —dijo con una sonrisa comprensiva, ajustando la corbata de su amo como un gesto paternalista—. Su corazón le grita que esto es una locura, pero créame, los caminos más inesperados son los que nos llevan a los mejores destinos.

Westlin lo miró con una mezcla de desconfianza y resignación. Simon siempre había tenido esa habilidad para simplificar las cosas, para encontrar el lado optimista incluso en las situaciones más absurdas. Sin embargo, en ese momento, no podía negar que las palabras de su joven mayordomo tocaban algo dentro de él, algo que prefería ignorar: el deseo implacable de tener a Grace de nuevo a su lado, de no dejarla escapar esta vez.

—¿Cuál es tu plan? —preguntó finalmente, cediendo ante la insistencia de su fiel lacayo.

El joven sonrió aún más ampliamente, como si hubiera estado esperando esa pregunta.

—Verá, *milord*, es simple. Hoy fingiremos una pequeña dolencia... algo que requiera

cuidados inmediatos. Y quién mejor que *lady* Grace para encargarse de usted. La enviaré aquí mientras yo me ocupo de comprar unas hierbas para su *recuperación*.

Marcus frunció el ceño, aunque algo en su interior despertaba al escuchar el nombre de Grace. Sabía que era una idea descabellada, pero la sola posibilidad de volver a verla, de sentir su cercanía, le hizo olvidar, aunque solo fuera por un momento, lo absurdo del plan.

—Esto no puede salir bien —murmuró levantándose lentamente y permitiendo que Simon lo ayudara a ajustarse la máscara—. No podemos seguir ocultando la verdad mucho más tiempo.

—Créame, *milord*, esta será la mejor oportunidad para acercarse a ella —respondió mientras lo ayudaba a tumbarse en la cama y cubría parte de su cuerpo con una manta—. Aproveche estos momentos. Es evidente que hay algo en usted que ella no puede ignorar.

Westlin sabía que su mayordomo tenía razón. Cada vez que estaba cerca de Grace, sentía que una parte de ella lo reconocía, aunque no de manera consciente. Y aunque todo esto era una mentira, algo entre ellos seguía intacto, algo más allá de las máscaras y las identidades falsas. Era esa conexión lo que lo mantenía aferrado a esta farsa. Quería más, más de ella, más de lo que había perdido.

Holloway ajustó la máscara de su señor una última vez y se dirigió hacia la puerta, lanzándole una mirada alentadora antes de marcharse.

—Le aseguro que esto será lo mejor para ambos, *milord*. —Y con un gesto de despedida, salió de la habitación.

Marcus suspiró, observando cómo la luz matinal iba llenando lentamente la estancia. Sabía que lo que estaba a punto de hacer era arriesgado, pero también sabía que ya no podía contener el deseo que lo consumía. Había pasado demasiado tiempo sin Grace, y ahora que la tenía tan cerca, no estaba dispuesto a dejarla ir otra vez.



La mañana se había despertado tranquila en Strathmore, pero en la casa de los Collier el ambiente estaba lejos de serlo. Grace intentaba concentrarse en las tareas del día, aunque su mente vagaba sin descanso hacia el paseo de la tarde anterior y en *lord* Haspirin. La cercanía de aquel hombre, el leve roce de sus labios... todo volvía a ella en oleadas de sensaciones que no lograba controlar.

Unos golpes en la puerta la sacaron de su ensimismamiento. Grace se levantó de su asiento y caminó hacia la entrada, donde Holloway aguardaba con una sonrisa amigable en el rostro.

—*Lady* Grace, disculpe la molestia tan temprano —comenzó Simon, inclinando la cabeza de manera respetuosa—. Mi señor no se encuentra bien esta mañana. Parece que el malestar de anoche ha empeorado y me preguntaba si no le importaría pasar a cuidarlo en mi ausencia. Debo salir a comprar algunas hierbas para un té que, espero, lo aliviará.

Grace lo miró con cierta sorpresa. Sabía que algo no iba bien desde el paseo del día anterior, pero esa solicitud la tomó desprevenida. La petición de Holloway parecía razonable, pero ella no podía evitar sentir que había algo más detrás.

—¿Está... está muy enfermo? —preguntó con una mezcla de curiosidad y preocupación.

Simon asintió con gravedad, aunque su tono no perdía la familiar despreocupación que siempre lo acompañaba.

—No es grave, pero necesita reposo. Sé que mi señor se sentirá mucho más cómodo sabiendo

que alguien de su confianza esté a su lado.

El comentario la descolocó. «¿De su confianza?», pensó Grace. Apenas lo conocía y, sin embargo, había una extraña familiaridad entre ellos que no podía negar.

Finalmente, asintió.

—Por supuesto, estaré encantada de ayudar —respondió, algo nerviosa, pero con una determinación que no pudo ocultar.

Simon sonrió con satisfacción y la guio hacia la casa del marqués. Al llegar, una sirvienta la recibió y la condujo hacia la habitación donde Marcus o, mejor dicho, *lord* Haspirin, descansaba. La sensación de familiaridad aumentaba con cada paso que daba; su corazón latía con fuerza.

Cuando entró en la alcoba, se encontró con una escena que no esperaba. Marcus yacía en la cama, apoyado sobre un montón de almohadas, con la máscara aun cubriendo la mitad de su rostro. A pesar de la aparente fragilidad, había algo en su postura, en la manera en que la miraba, que irradiaba poder. Grace sintió un escalofrío recorrerle la espalda, pero no era de temor. Había algo profundamente atrayente en él, algo que no lograba descifrar.

—*Lady* Grace. —La voz de Westlin sonó grave, y algo en ese tono la estremeció—. Gracias por venir.

Grace avanzó lentamente hacia él, tratando de mantener la compostura. Aunque no estaba segura de qué esperar, había aceptado porque una parte de ella quería entender qué la hacía sentir tan desconcertada alrededor de ese hombre.

—Me alegra poder ayudar —dijo, mientras miraba a su alrededor buscando algo que pudiera hacer—. ¿Hay algo que necesite?

Westlin la observó detenidamente. No podía evitar pensar en lo que había sucedido la tarde anterior, en el roce accidental de sus labios y en el deseo que había quedado suspendido entre ambos. Se sintió vulnerable, pero al mismo tiempo, esa sensación lo atraía aún más hacia ella.

—Podría... acercarme el vaso de agua, por favor —pidió, con la voz cargada de una tensión que no pasó desapercibida para Grace.

Ella asintió y se dirigió hacia la mesa, donde un vaso de agua reposaba junto a una jarra. Lo tomó y, al girarse, sus ojos se encontraron con los del enfermo. Había algo en su mirada que la desarmaba por completo, una intensidad que la hacía temblar por dentro. Dio un paso hacia él, pero en su nerviosismo tropezó, y en un intento por no derramar el agua, cayó torpemente hacia la cama.

Sus cuerpos se encontraron de golpe, y Marcus la sujetó con fuerza para evitar que se desplomara por completo. El vaso de agua cayó al suelo, pero ninguno de los dos prestó atención a eso. Los rostros de ambos quedaron a escasos centímetros de distancia, y la respiración de Marcus se volvió entrecortada, igual que la de Grace. En ese momento, el mundo desapareció para ambos.

El calor que emanaba de los cuerpos de ambos era palpable, y sin pensar, Marcus la atrajo hacia él, envolviendo su cintura con las manos. El beso que había soñado la noche anterior estaba a punto de suceder, aunque esa vez, no fue un accidente. Fue intencionado, cargado de todo el deseo y la pasión que había estado reprimiendo durante años.

Grace apenas tuvo tiempo de reaccionar antes de que sus labios se encontraran con los de Marcus. El beso fue profundo, intenso, una liberación de todo lo que ambos habían guardado dentro durante mucho tiempo. Sus labios se movían con una urgencia que ninguno de los dos podía controlar, como si en ese instante todo el pasado se desmoronara y solo quedara el presente.

Grace jadeó al sentir la intensidad del beso. Sus manos, temblorosas, se aferraron a los hombros de Marcus, y el peso del deseo entre ambos la hizo olvidarse de todo. La suavidad de sus labios, el calor de su cuerpo, todo era abrumador. Un fuego que había estado latente en su interior durante años despertó de golpe, y no pudo resistirse a él.

Los besos se tornaron más urgentes, las manos de Marcus recorrieron la espalda de Grace, y ella se dejó llevar, sintiendo cómo su cuerpo respondía a cada caricia. Cada roce, cada movimiento la hacía estremecerse. Los años de distancia entre ellos parecían desvanecerse en ese instante.

—Marcus... —murmuró Grace entre besos, su voz era un susurro, pero lo suficientemente clara para que él la escuchara.

Marcus se detuvo por un segundo al escuchar su nombre salir de los labios de Grace. El sonido de su nombre, dicho de esa manera, lo golpeó como un torrente de emociones. Ella no sabía que era él, pero en ese momento, era como si su alma lo hubiera reconocido.

«¿Ella lo sabe?» pensó, pero la lógica le decía que no podía ser. Era imposible que Grace supiera la verdad... y, aun así, la forma en que había pronunciado su nombre lo hacía sentir como si ella hubiera visto más allá de la máscara.

Grace, por su parte, no era consciente de lo que acababa de decir, perdida en las sensaciones que la abrumaban. Sin embargo, cuando los ojos de Marcus buscaron los suyos, algo se agitó dentro de ella. Una chispa de reconocimiento, de algo que había permanecido oculto en su corazón, emergió lentamente. La forma en que él la miraba, cómo la tocaba... todo la llevaba de vuelta a un tiempo que había intentado olvidar, a un hombre que creía perdido para siempre.

—Grace... —respondió con la voz ronca y cargada de deseo y anhelo.

Los dos se quedaron allí, jadeando, mirándose a los ojos con una intensidad que casi los abrumaba. El tiempo se detuvo para ellos, pero la realidad los golpeó de nuevo cuando escucharon pasos en el pasillo.

Grace se apartó bruscamente de Marcus. Su pecho subía y bajaba por la respiración entrecortada. Su mente era un caos, su cuerpo seguía temblando por el deseo que había experimentado, pero también por la confusión de lo que acababa de suceder.

En ese momento, la puerta se abrió y Simon apareció con una bandeja en las manos, sonriendo ampliamente.

—*Lady* Grace, mil gracias por cuidar de mi señor. El té ya está listo —dijo con una alegría que no logró ocultar del todo.

Grace, aún temblorosa, se levantó rápidamente, tratando de recomponerse.

—No ha sido nada —respondió con voz entrecortada mientras apartaba la mirada de Marcus—. Espero que se sienta mejor.

Antes de marcharse, miró a Marcus una última vez. Él seguía observándola, su mirada intensa no la dejaba escapar. En sus ojos, Grace vio algo más que deseo. Vio a un hombre que llevaba mucho tiempo esperando ese momento. Un hombre que, de alguna manera, la conocía mejor de lo que ella misma se daba cuenta.

Grace salió de la habitación apresuradamente y con el corazón latiendo con fuerza. Afuera, el aire fresco golpeó su rostro, pero no fue suficiente para calmar las sensaciones que aún la invadían. Sentía sus labios ardiendo, y el recuerdo del beso de Marcus la perseguía con cada paso que daba.

Simon, detrás de ella, la despidió con una leve inclinación.

—Gracias nuevamente, *lady* Grace. Mi señor no podría estar en mejores manos.

Grace asintió, pero no pudo decir nada. Su mente estaba sumida en un torbellino de pensamientos y emociones que no podía controlar. Mientras se alejaba de la casa, supo que aquel beso lo había cambiado todo. Algo había despertado entre ellos, algo que no podría ignorar fácilmente.

Marcus, desde la ventana, la observaba alejarse, con el deseo aun brillando en sus ojos. Pero más allá del deseo, una duda lo consumía. ¿Había actuado así porque no lo reconocía o porque, en el fondo, ya sabía quién era él?

Esa pregunta, junto con el ardor de sus labios, lo mantendría despierto el resto del día.

La mañana en Strathmore estaba bañada por una luz clara y fría, característica de los días de otoño. El sol apenas despuntaba en el horizonte, mientras los habitantes del pueblo comenzaban a prepararse para la misa dominical. Pero en la casa de Grace, el ambiente era de todo menos tranquilo.

Sentada en su pequeña biblioteca, con la luz del día entrando por la ventana, Grace intentaba desesperadamente centrarse en la vida cotidiana, pero su mente se negaba a colaborar. El recuerdo del beso con *lord* Haspirin, el calor de sus labios sobre los suyos, y la familiaridad que había sentido con su contacto la asfixiaban.

«No puede ser», se repetía una y otra vez, mientras pasaba los dedos por el lomo de un libro sin leer su título. Sin embargo, por mucho que lo intentara, no podía ignorar lo que su corazón le estaba gritando con insistencia. Marcus había vuelto. Lo sentía en lo más profundo de su ser. Tenía que enfrentarse no solo la verdad, sino al motivo de su regreso.

Grace se levantó de su asiento y comenzó a pasearse por la pequeña estancia. El deseo de escapar de esos pensamientos la abrumaba. Después de tantos años de ocultar la verdad, de proteger a Robert de las sombras del pasado, ahora temía que Marcus supiera más de lo que estaba dispuesta a admitir. «¿Por qué ha vuelto? ¿Por mí? ¿O por él?» pensó con el corazón apretado.

El miedo a perder a su hijo se intensificaba con cada segundo que pasaba. Si Marcus había descubierto que Robert era su hijo, ¿intentaría arrebatárselo? La idea de volver a huir pasó fugazmente por su mente, pero la desechó casi de inmediato. No podía vivir huyendo para siempre. Ese pueblo era su hogar. Ahí había construido su vida y no permitiría que Marcus lo destruyera.

—Esta vez no me rendiré —se dijo en voz baja, apretando los puños con determinación.

Un leve toque en la puerta la sacó de su tormento. Lesly apareció en el umbral, observándola con una expresión tranquila, aunque sus ojos revelaban la preocupación que sentía por su señora.

—¿Todo bien, señora? —preguntó, aunque ya sabía la respuesta.

Grace asintió, forzando una sonrisa. Sabía que su doncella no se dejaba engañar fácilmente, pero apreciaba el gesto de no presionarla con preguntas.

—Estaba pensando en salir un rato. Necesito aire —respondió Grace, intentando ocultar la agitación que sentía en su pecho.

Lesly le ofreció una salida más clara.

—Iba a ir a la misa en la parroquia esta mañana. Si le apetece, podría acompañarme.

Grace aceptó la invitación casi con alivio. La idea de salir al aire libre, de cambiar de escenario y calmar sus pensamientos, le parecía la mejor opción.

—Sí, me vendrá bien —dijo, mientras se ponía de pie.

Al salir del pequeño cuarto, Grace llamó a Robert, quien estaba jugando en el jardín. Lo

observó con cariño mientras él corría hacia ella con el rostro iluminado por la alegría infantil. «No dejaré que nada ni nadie te aleje de mí», pensó mientras le sonreía.

—Robert, vamos a la parroquia con Lesly. Vístete rápido, cariño —le dijo con suavidad.

El niño asintió con entusiasmo y corrió a cambiarse. Mientras tanto, Grace sentía cómo la tensión en su pecho disminuía ligeramente. A pesar de la confusión que la atormentaba, Robert seguía siendo su ancla, el motivo por el cual había luchado durante todos esos años.

Cuando Robert estuvo listo, los tres se dirigieron hacia la puerta para salir. La mañana era fresca, pero agradable, con el sol brillante anunciando un día despejado. El sonido de los pájaros y el bullicio del pueblo empezando su jornada ofrecían una breve distracción a los pensamientos de Grace. Sin embargo, mientras caminaba por la calle, sintió una punzada de inquietud.

Instintivamente levantó la mirada hacia la casa de *lord* Haspirin, y allí, desde la ventana de su alcoba, lo vio. Marcus. Estaba observándolos desde la distancia. La figura oscura y enigmática, con su máscara cubriendo el rostro, parecía más presente que nunca. Grace sintió un escalofrío recorrerle el cuerpo al notar que los ojos de Marcus no se apartaban de ellos, más concretamente, de Robert.

Aunque su hijo no se percataba, ella sabía que Marcus estaba observándolo. La tensión en el aire entre ellos era palpable. Grace apretó los labios y desvió la mirada, dispuesta a no dejarse intimidar. No era la misma mujer de hacía diez años, ahora era más fuerte. «No me lo quitarás», se prometió en silencio.

Con esa determinación marcando sus pasos, ella, Lesly y Robert continuaron su camino hacia la parroquia, mientras la figura de Marcus permanecía inmóvil en la ventana, observando cada uno de sus movimientos.



La pequeña parroquia de Strathmore irradiaba la serenidad propia de una mañana de domingo. El sol de mayo se filtraba a través de las ventanas, llenando el espacio de una luz suave que acariciaba los rostros de los feligreses. Grace, acompañada por Lesly y Robert, ocupaba un banco en la primera fila. El ambiente tranquilo de la iglesia contrastaba con el torbellino de emociones que luchaba por controlar.

El párroco, desde el púlpito, hablaba con voz pausada, pero firme. Cada palabra parecía estar calculada, dirigida a tocar los corazones de quienes lo escuchaban. Grace intentaba mantener la compostura, pero no podía ignorar cómo los ojos de Elijah se posaban en ella una y otra vez. Había algo personal en su sermón, algo que parecía destinado solo para sus oídos.

—Hermanos y hermanas —comenzó con una ligera sonrisa que no alcanzaba sus ojos—, hoy reflexionaremos sobre los pecados del pasado y la necesidad de enfrentarlos en el presente, para que podamos construir un futuro más luminoso y pleno.

Grace sintió un nudo formarse en su estómago. Sabía que las palabras de Hartwell no eran una mera coincidencia. Sus manos se entrelazaron en su regazo mientras trataba de concentrarse en la misa. Pero la insistente mirada de Elijah la perturbaba.

—Todos hemos vivido momentos difíciles, hemos cometido errores o tomado decisiones que han dejado cicatrices —continuó elevando un poco la voz—. Pero es en el presente donde debemos encontrar el coraje para enmendar nuestras faltas. No podemos permitir que los fantasmas del pasado nos impidan ver las bondades del futuro.

Grace sintió que el aire le faltaba. Sabía que estaba hablando de ella. No había duda alguna. Lo que el párroco no sabía era que su tormento actual no provenía del pasado, sino a lo que debía enfrentarse. Sus pensamientos se desviaron hacia Marcus. Había amado a ese hombre más de lo que alguna vez pudo admitir, y ahora estaba convencida de que él había vuelto, oculto tras una máscara, para llevar a cabo un propósito que no comprendía.

—Si alguien se acerca a nuestras vidas —continuaba Elinor—, no debemos temer. A veces, el destino nos envía manos amigas para ayudarnos a encontrar la paz, para mostrarnos un camino hacia la redención. Y aunque el pasado haya sido amargo, debemos reconocer cuando un nuevo futuro se presenta ante nosotros. Un hombre bueno, justo puede ofrecer felicidad y estabilidad, incluso a quienes han sufrido en matrimonios anteriores.

Cada palabra calaba hondo en Grace. Sentía las miradas de algunos feligreses sobre ella. Su rostro permanecía sereno, pero por dentro, una batalla se libraba. No quería cometer más errores, pero sabía que la única forma de encontrar paz era enfrentarse a Marcus. El pasado estaba volviendo, y debía lidiar con las cicatrices que había dejado.

Finalmente, Elinor concluyó la misa con un tono solemne:

—Reflexionen, hermanos y hermanas. El camino hacia la felicidad está ante ustedes, pero deben enfrentarse a las sombras del pasado para encontrarlo.

Los feligreses comenzaron a salir lentamente de la iglesia. Grace, Lesly y Robert esperaron a que los demás pasaran antes de levantarse de su banco. El aire fresco del exterior los envolvió cuando finalmente salieron, pero Grace no pudo evitar sentirse atrapada en una encrucijada.

—*Lady Grace* —la voz de Elinor sonó a sus espaldas, y ella se detuvo en seco—. ¿Puedo hablar con usted?

Grace dudó por un instante, pero sabía que la gente la observaba. No podía rechazarlo sin causar más habladurías. Volteó con una sonrisa educada.

—Por supuesto, señor Hartwell.

Se separaron de Lesly y Robert, alejándose unos pasos de la multitud. Elinor la miraba con una intensidad que la incomodaba.

—Grace —comenzó el párroco, suavizando su tono—, espero que mi discurso la haya ayudado en su tormento. Lo elegí especialmente para usted.

Grace lo miró, sin saber qué responder. Su mente estaba en otro lugar, ocupada en cómo confrontar el torbellino emocional que Marcus había desatado en ella. Pero las palabras de Elinor la arrastraban de nuevo a la realidad.

—Eso he creído percibir cuando lo he escuchado —murmuró, intentando mantener su tono neutral.

—Quiero que sepa —continuó Elinor, con la voz más baja y cargada de emociones— que a mi lado no sufrirá más penurias. La amo, Grace, y la respeto. Y si me lo permite, trataré a Robert como a mi propio hijo. Le prometo que seré el hombre que le traerá la felicidad que se merece.

El corazón de Grace dio un vuelco. Aquella confesión no la sorprendía, pero sí la dejaba desarmada. Elinor la miraba con una mezcla de devoción y desesperación. Sus palabras estaban llenas de promesas que, en otro momento, quizás habrían conmovido su corazón. Pero ahora, después de lo que había experimentado con Marcus, esas palabras se sentían vacías.

—Señor Hartwell... —susurró, sin saber cómo rechazarlo sin herirlo.

—No me responda ahora —la interrumpió él, tomando su mano con delicadeza y besando suavemente sus nudillos—. No tiene que decir nada. Solo quería que supiera lo que siento. Aceptaré su decisión, sea cual sea.

Grace permaneció en silencio, demasiado abrumada para hablar. Elinor le ofreció una última mirada de esperanza antes de dar un paso atrás, permitiéndole regresar con su hijo y Lesly.

Mientras volvía con ellos, su mente estaba más confusa que nunca. Las palabras de Elinor resonaban en su cabeza, pero sus pensamientos regresaban, inevitablemente, a Marcus. Sabía que debía enfrentarse a él, descubrir la verdad. Solo entonces podría hallar la paz que tanto anhelaba.

**Simon** irrumpió en la sala más agitado de lo habitual. Apenas habían pasado unas horas desde que Marcus había comenzado su día, pero la actitud exagerada de su mayordomo indicaba que traía alguna noticia importante. Westlin, aún con la mente ocupada por los eventos del día anterior, levantó la vista con cierta desconfianza.

—*Milord*, lo que acabo de escuchar es increíble —anunció con una mezcla de emoción y dramatismo.

El marqués lo miró de reojo, temiendo lo que vendría después. Ya había aprendido que cuando el muchacho traía noticias *increíbles*, normalmente venían acompañadas de caos.

—¿Qué ocurre ahora, Holloway? —preguntó Marcus con un suspiro, intentando sonar más paciente de lo que realmente estaba.

Simon, como siempre, no tardó en aumentar la tensión de la situación.

—¡El párroco le confesó su amor a *lady* Grace ayer por la mañana! —exclamó con una mezcla de horror y emoción.

El marqués sintió cómo su corazón daba un vuelco. «¿Qué...?», pensó, tratando de procesar la información. Apretó con fuerza el apoyabrazos del sillón, con la tensión recorriéndole el cuerpo como un latigazo. Ver a Grace marcharse con Elijor el día anterior ya había sido lo suficientemente perturbador, pero escuchar aquello era simplemente demasiado.

—¿Qué has dicho...? —preguntó con voz ronca, sin ser apenas capaz de contener su enojo.

Simon, sin captar la gravedad de la reacción de su señor, continuó narrando el evento con su habitual dramatismo.

—Ayer, después de la misa —empezó hablando rápido y moviendo las manos para acompañar su relato—, Elijor la apartó de la gente, la llevó a un rincón lejos de los demás y le confesó su amor. ¡Incluso le prometió que trataría a Robert como su propio hijo! —añadió, como si fuera el clímax de una tragedia.

El marqués se levantó de golpe, incapaz de contener la ira que lo dominaba. La idea de Elijor pretendiendo a Grace, ofreciendo ser el padre de su hijo... Su mandíbula se tensó, y por un instante, sintió que todo su cuerpo temblaba de frustración.

—¡Ese hombre...! —gruñó entre dientes, sin saber cómo expresar todo el torbellino de emociones que lo atravesaba.

—Lo sé, lo sé, *milord* —replicó con rapidez, tratando de calmarlo—. Pero no se preocupe, porque ya tengo la solución —continuó, esbozando una sonrisa que solo logró inquietar más a su señor.

Marcus se giró hacia él, mirándolo con desconfianza. Cada vez que Holloway decía que tenía una *solución*, las cosas solían complicarse aún más. Pero, en ese momento, estaba demasiado enfurecido como para no prestarle atención.

—¿Qué estás pensando...? —preguntó con voz tensa, sabiendo que cualquier cosa que Simon

propusiera sería, como mínimo, descabellada.

El joven mayordomo sonrió aún más, como si estuviera a punto de revelar una brillante estrategia.

—La única forma de salvar su relación con *lady* Grace —declaró con seguridad— es eliminar al párroco —añadió, como si fuera la idea más obvia del mundo.

Marcus se quedó mirándolo, completamente estupefacto. Durante un segundo, pensó que había escuchado mal. ¿Eliminar...?

—¿Qué...? —logró articular, incrédulo—. ¿Eliminar...? —repitió, como si la palabra no tuviera sentido en el contexto.

Pero Simon, completamente serio, continuó con su plan.

—Claro, *milord*. Lo apartamos del camino, discretamente, claro. Algo sencillo, como un *accidente*... Un empujón aquí, una caída allá. ¡Nada que levante sospechas! —dijo, gesticulando como si estuviera diseñando una escena teatral.

El marqués parpadeó, tratando de comprender si Holloway realmente estaba sugiriendo aquello. La furia que había sentido hacia Elinor comenzó a mezclarse con una incredulidad abrumadora. Dio unos pasos hacia su mayordomo, que ya se dirigía hacia la puerta, aparentemente listo para ejecutar su *plan*.

—¡Holloway, ni se te ocurra matarlo! —exclamó con desesperación.

Simon se detuvo por un momento, girándose hacia su señor con una expresión de confusión que rápidamente cambió a una sonrisa.

—No, no, *milord*. No me refería a matarlo, exactamente... Solo a... ¿cómo decirlo? Apartarlo del camino. —Guiñó un ojo, como si la diferencia fuera evidente.

Marcus lo miró fijamente, incapaz de encontrar las palabras para describir el caos que sentía en ese momento. Respiró hondo, tratando de recuperar la compostura, pero la situación con Grace, Elinor y ahora Simon lo estaba superando.

—¡Holloway, no quiero accidentes ni nada por el estilo! —gritó cuando el muchacho se alejó hacia el pasillo.

—¡No se preocupe, *milord*! —respondió el joven desde la distancia, con su voz repleta de entusiasmo.

Westlin se quedó inmóvil en el centro de la habitación, apretándose el puente de la nariz con frustración. Sabía que Holloway no solía detenerse cuando tenía una idea en mente. Respiró hondo y murmuró:

—Dios, ¿qué voy a hacer contigo...?

Marcus no podía quedarse sentado mientras Simon avanzaba con uno de sus descabellados planes. En lugar de dejarse caer en el sillón, se levantó de golpe, con la mente aún agitada por la confesión de Elinor y las absurdas *soluciones* de su mayordomo. La furia y la impotencia se mezclaban en su interior, pero no podía permitirse simplemente dejarlo correr. No, tenía que detenerlo antes de que se desatara una catástrofe.

Se ajustó la máscara con cuidado, asegurándose de que estuviera bien sujeta. Luego, se aferró al bastón, sintiendo su peso en la mano, más como un símbolo de la fachada que debía mantener que por verdadera necesidad física. Sin pensarlo más, salió de su hogar apresuradamente, decidido a seguir a su mayordomo y evitar que hiciera algo irreparable.

Con cada paso que daba, Marcus sentía su corazón latir con más fuerza, no solo por la prisa, sino por el temor a lo que Simon podría estar planeando. «¡Maldito Holloway!», pensó, sabiendo que, aunque su mayordomo era leal hasta el extremo, sus ideas siempre rayaban en lo absurdo, y

no podía permitirse el lujo de que ese día fuera uno de esos momentos en los que la situación escapara de control.

**Mientras** Marcus avanzaba por las calles del pueblo, su mente no dejaba de agitarse con un único pensamiento: «¿Qué estará planeando Holloway?». La idea de que su joven mayordomo pudiera hacer algo inadecuado para eliminar al párroco de la vida de Grace lo llenaba de angustia. Sabía que Simon, en su lealtad y entusiasmo desmedidos, era capaz de cualquier cosa por protegerlo, incluso de cometer una locura que podría tener consecuencias irreparables.

Apretó el bastón con fuerza, usándolo más como un soporte emocional que físico. Se obligaba a caminar con la aparente debilidad que había adoptado para no levantar sospechas entre los aldeanos. Sin embargo, la prisa con la que avanzaba no pasaba desapercibida. Las miradas de los lugareños se clavaban en él, susurrando entre ellos al verlo moverse más rápido de lo habitual, claramente agitado. El marqués intentaba ignorar esas miradas, aunque sentía el peso de la observación mientras su mente trabajaba a toda velocidad, tratando de adivinar qué locura se le habría ocurrido esta vez al joven lacayo.

El temor de que Holloway pudiera hacer algo contraproducente lo carcomía por dentro. «Dios, no puedo dejar que esto se salga de control», pensaba, con el ceño fruncido, mientras su corazón latía con fuerza. Su preocupación no solo era por lo que su mayordomo podría hacer, sino también por las consecuencias que aquello tendría para Grace, para él, para todo lo que estaban intentando reconstruir. ¿Qué pasaría si Simon decidía deshacerse del párroco de una manera drástica? La situación se le escapaba de las manos, y eso lo inquietaba más que cualquier otra cosa.

A cada paso que daba, el peso de la máscara y el bastón parecía multiplicarse. Westlin se esforzaba por mantener su fachada, pero su mente estaba demasiado ocupada tratando de evitar que el caos se desatara.

Finalmente, llegó a las cercanías de la pequeña escuela parroquial. Sus ojos recorrieron los ventanales, y al acercarse a uno de ellos, asomó la cabeza con sigilo. La escena que presenció lo dejó perplejo. Allí, en uno de los diminutos pupitres destinados a los niños, estaba su joven mayordomo encorvado, y tratando, inútilmente, de encajar su cuerpo adulto en el pequeño asiento. Con las rodillas alzadas casi en el aire y una expresión de profunda concentración en su rostro, Holloway parecía estar participando activamente en la lección.

Marcus soltó un suspiro, incapaz de decidir si reír o preocuparse. La escena era tan ridícula como reveladora. «Al menos no está intentando matar al párroco», resolvió con alivio. Una sonrisa amarga se dibujó en sus labios al observar el rostro de Simon, quien, a pesar de estar completamente fuera de lugar, mantenía una seriedad que solo hacía todo más cómico. El marqués notó cómo su fiel sirviente fruncía el ceño, claramente confundido por lo que Grace estaba explicando. Probablemente, el pobre muchacho no entendía ni una palabra, pero ahí estaba, cumpliendo su misión secreta con el mismo empeño.

Apartando su atención del desconcertado mayordomo, Marcus centró su mirada en Grace. De

pie frente a los niños, su voz resonaba suave y llena de calidez. Era la misma mujer de la que se había enamorado, pero en ese entorno parecía aún más luminosa, como si la vida que había construido tras su partida la hubiera moldeado en una versión aún más increíble de sí misma. El marqués la observaba con admiración, viendo cómo se movía entre los pupitres, atendiendo a los pequeños con una ternura que solo alguien con un corazón tan puro como el suyo podía ofrecer.

Una ola de nostalgia lo invadió. Verla así le hizo recordar la horrible intención que tuvo años atrás. Encerrarla, mantenerla prisionera por algo que no había cometido. La tristeza se adueñó de su corazón, el dolor recorrió su cuerpo y apretó con fuerza el puño del bastón. Por suerte, había huido aquella noche. A pesar de todo, la decisión de Grace fue la más acertada. El odio que él sentía por ella, por los condes de Hesse, la habrían destruido. Sin embargo, ahora estaba viviendo feliz, pletórica. Y él había descubierto la verdad. Diez años después, sí, pero había decidido que el pasado debía quedar atrás y que su lugar estaba en el futuro de ella, junto a su hijo. No le importaba dónde; solo necesitaba permanecer a su lado.

Justo cuando sus pensamientos lo mantenían atrapado en esa mezcla de frustración y deseo, una sombra apareció en su campo de visión. Elior, el párroco, se acercaba con paso firme y su expresión seria dejaba claro que no traía buenas intenciones. Marcus, lejos de intentar esconderse o evitarlo, permaneció quieto, observando con cautela. Sabía que tarde o temprano el enfrentamiento con el párroco sería inevitable, y él estaba más que preparado. Sin embargo, no quería causar una escena que perturbara la clase de Grace, por lo que se movió sigilosamente, asegurándose de no interrumpir el momento.

—*Lord* Haspirin. —La voz de Elior lo sorprendió al resonar más cerca de lo que había anticipado, cargada de una cortesía forzada.

El marqués se giró lentamente, con una calma estudiada, aunque por dentro estaba lejos de estar tranquilo.

—Señor Hartwell —respondió con frialdad, inclinando apenas la cabeza en señal de saludo.

El párroco lo observaba con una mezcla de seriedad y desdén. Westlin notó cómo su mirada iba de la máscara al bastón, como si estuviera evaluando su valía. Tras un incómodo silencio, Elior le hizo un gesto para que lo acompañara en un paseo. Marcus, consciente de que esa conversación no se evitaría por mucho más tiempo, accedió con un asentimiento y comenzó a caminar a su lado.

—He estado en este pueblo durante más de cuatro años —comenzó, como si aquello fuera una confesión de gran relevancia—. Cuando conocí a *lady* Grace, me sentí profundamente conmovido por su situación. Una joven viuda, regresando a su hogar con un niño pequeño, después de haber perdido a su esposo... —El marqués apretó el bastón con tanta fuerza que sintió el cuero chirriar entre sus dedos—. Al principio, pensé que lo que sentía por ella era piedad, un deseo de ayudarla. Sin embargo, con el tiempo, me di cuenta de que era algo mucho más profundo.

La mandíbula de Marcus se tensó. Sabía que Grace había construido esa mentira para protegerse, para proteger a Robert, pero cada vez que alguien la mencionaba, era como si él recibiera una bofetada.

—La ha ayudado mucho, tengo entendido —expresó el marqués con tono distante, aunque su interior era un hervidero de emociones.

Elior asintió con gravedad.

—He hecho todo lo posible para asegurarme de que ella y su hijo tengan una vida digna —continuó el párroco, y su mirada se endureció mientras añadía—. Y quiero que eso siga siendo

así.

Marcus sintió que esa frase llevaba un trasfondo claro. Elinor estaba insinuando algo, y no tenía que ser adivino para saber hacia dónde se dirigía esa conversación. Sin embargo, él no estaba dispuesto a ceder terreno.

—No tengo intención de entorpecer el futuro de *lady* Grace —respondió, manteniendo su tono firme.

El párroco se detuvo, girándose hacia él con una expresión más seria.

—Ya lo está haciendo, *milord* —lo acusó con la voz impregnada de una tensión apenas contenida—. Su presencia la altera. Desde que llegó, he notado el cambio en ella. Su paz ha desaparecido y usted es el motivo. Está confusa, perturbada.

Marcus se detuvo bruscamente, el peso de las palabras del párroco había colmado su paciencia. Se giró para enfrentarlo, y aunque su rostro estaba cubierto por la máscara, su mirada destellaba furia contenida.

—¿Y qué es lo que pretende que haga? —preguntó con un tono peligrosamente bajo—. ¿Quiere que me aparte para que usted continúe con su conquista?

Elinor se vio sorprendido por la dureza en la voz del marqués, aunque no retrocedió. Al contrario, dio un paso hacia adelante con una mirada más desafiante.

—Soy la mejor opción para ella —declaró Elinor con firmeza—. Usted... —vaciló, buscando las palabras—. No es un hombre sano. Está marcado por la desgracia y no puede ofrecerle lo que una mujer joven como ella necesita. Yo puedo darle una vida tranquila, una vida en paz y ser el esposo que anhela.

Por un segundo, Marcus sintió el impulso de arrancarse la máscara y dejar que el párroco viera la verdad. Deseaba mostrarle que no era el hombre débil que él pensaba. Quería golpearlo con el bastón hasta que entendiera que él era *lord* Westlin y no un simple competidor. Pero sabía que no podía actuar en ese momento. Su confesión debía llegar en su propio tiempo.

Respiró hondo, controlando la furia que latía en su interior. Esbozó una sonrisa fría y respondió:

—No creo que le corresponda a usted decidir lo que *lady* Grace necesita.

El párroco lo miró con frustración, pero no pudo refutar sus palabras.

—Solo quiero su felicidad —insistió, con la voz llena de impotencia.

Marcus lo observó detenidamente, y con una sonrisa más segura, dijo:

—Entonces dejemos que sea ella quien decida quién de los dos puede hacerla feliz.

Elinor se quedó en silencio y su rostro reflejó una derrota.

Westlin, satisfecho con la última palabra, hizo una leve inclinación de cabeza y se marchó. Mientras caminaba de regreso a su hogar, sabía que debía moverse con rapidez. Debía encontrar el momento adecuado para confesarle a Grace quién era realmente, antes de que Elinor intentara aprovecharse de la confusión que su presencia había causado en ella.

El tiempo apremiaba. Y aunque sabía que la verdad podría romper su corazón, no podía permitir que otro hombre la tuviera. Ella era suya y haría todo lo que fuera necesario para proteger ese vínculo, incluso si eso significaba enfrentarse a su propio pasado y las consecuencias que traerían sus decisiones.

**Dos** horas después, Westlin seguía sin saber qué hacer.

El crepitar de la chimenea era su única compañía mientras permanecía sentado, inmerso en sus pensamientos. Su mente, habitualmente disciplinada, se había vuelto un torbellino de recuerdos y remordimientos desde su llegada al pueblo. Diez años habían pasado sin ella, pero su ausencia había marcado cada segundo de esos años. El peso de la culpa lo acompañaba como una sombra: la había raptado bajo la convicción de que era una impostora, convencido de que debía pagar por su insolencia. Había confundido el deber con la justicia, y en ese proceso, había perdido la única cosa que había llegado a importarle más que su propio honor.

«Si tan solo hubiera confiado en ella», pensaba, apretando los puños con la misma intensidad con la que la frustración lo consumía. Había dejado que su deber y su orgullo nublaran su juicio. Y ahora, tras descubrir la verdad, había regresado con el propósito de reparar los daños que su propia obstinación había causado. El destino le había dado una segunda oportunidad, aunque la realidad era mucho más cruel de lo que había anticipado.

Grace no lo reconocía, y en lugar de facilitar las cosas, eso complicaba aún más su plan. ¿Cómo confesar que él, el hombre del que había huido, era el mismo que ahora deseaba su perdón? Y peor aún, ¿cómo podría esperar que lo perdonara? La mentira sobre su identidad, aunque necesaria, se sentía como una cadena que lo arrastraba de vuelta al pasado, a las mismas sombras de las que había tratado de escapar.

«¿Y si ya es demasiado tarde?» Se preguntaba mientras la imagen de Elior aparecía, cada vez más clara en su mente. No podía dejar que aquel hombre se aprovechara de la confusión de Grace para apartarla de él. «Él no puede darle lo que yo le puedo ofrecer», se repetía Marcus, sintiendo que cada segundo era un paso más hacia la pérdida definitiva de la mujer que amaba.

El crepitar del fuego continuaba, pero su calor no lograba consolarlo. Westlin sabía que debía actuar, pero ¿cómo confesar la verdad sin destruir lo que estaban empezando a construir de nuevo? Ese era el dilema que lo mantenía prisionero en sus propios pensamientos. Los años de separación habían dejado cicatrices profundas, y el miedo a abrir más heridas lo paralizaba.

En ese momento, la puerta del estudio se abrió con un chirrido familiar. Holloway entró, agitado como de costumbre, pero esta vez su rostro reflejaba algo más profundo, como si estuviera decidido a transmitir un pensamiento que había estado rumiando desde hacía rato. Marcus, envuelto en la nebulosa de sus propios tormentos, levantó la vista con lentitud, sorprendido por la interrupción. Sin embargo, y para su sorpresa, la presencia de su joven mayordomo lo alivió momentáneamente. Aquella tormenta interna que lo invadía desde hacía horas se disipó, aunque solo fuese por unos segundos, al ver el gesto preocupado de Simon.

El mayordomo caminó nervioso hasta el centro de la estancia, frotándose las manos, lo que indicaba claramente que algo lo incomodaba o que estaba urdiendo una de sus *brillantes ideas*. Marcus lo observó con recelo; ya sabía lo que eso significaba. La última vez que el joven había

tenido una *gran idea*, las cosas habían salido del todo mal, impidiéndole actuar como quería. Marcus reprimió un suspiro, consciente de lo que vendría, pero dejó que hablara.

—Mi señor, he estado pensando... —Empezó Simon con su habitual torpeza, vacilando al principio, mientras buscaba las palabras adecuadas—. Ya sabe, mientras estaba en el aula con los niños, algo me llamó la atención, algo que podría ayudarle.

Marcus alzó una ceja, claramente escéptico.

—¿Otra idea, Holloway? —inquirió con cautela y con un tono cargado de una mezcla de curiosidad y desconfianza.

Simon, visiblemente nervioso, asintió con entusiasmo, aunque consciente de que debía medir sus palabras.

—Sí, mi señor. Mientras estaba sentado en uno de esos pupitres diminutos, observando cómo *lady* Grace enseñaba, noté algo... algo sobre el señorito Collier —dijo, haciendo una pausa para observar la reacción de Marcus.

El interés del marqués se despertó al escuchar la mención del hijo de Grace. Su postura se enderezó y, aunque intentaba mantener una expresión neutra, sus ojos delataban que prestaba toda su atención.

—¿Robert? —inquirió con una mezcla de sorpresa y cautela, ya no tan seguro de lo que Holloway estaba insinuando.

Simon asintió vigorosamente. Su voz temblaba ligeramente al hablar, como si estuviera a punto de soltar una revelación que había estado pesando durante todo el día.

—Sí, mi señor, el muchacho... No me malinterprete, pero he notado ciertas cosas en él... cosas que me han llamado la atención. No solo lo físico —hizo una pausa, como si no supiera si estaba cruzando una línea—, sino en los gestos, las miradas... Me atrevería a decir, *milord*, que el muchacho se parece mucho a usted.

Marcus frunció el ceño, procesando lo que su mayordomo acababa de decir. Una tensión palpable llenó la habitación. Simon, nervioso, continuó, ahora con más decisión en la voz:

—Sé que puede parecer una locura, pero... ¿es posible que Robert sea su hijo?

Marcus permaneció en silencio. La pregunta, aunque inesperada, lo atravesó con fuerza. Sabía la verdad, pero escucharla en voz alta, proveniente de su mayordomo, hacía que la realidad se sintiera aún más tangible. Cada segundo que pasó después de esa revelación se sintió eterno, como si el tiempo se hubiera ralentizado. Finalmente, su voz surgió baja, controlada, pero cargada de una gravedad profunda.

—No lo niego, Holloway. Robert ha de ser mi hijo —confesó dejando la declaración de sus palabras flotando en el aire con el peso de una verdad largamente oculta.

La reacción de Simon fue inmediata. Sus ojos se agrandaron, no tanto por la sorpresa, sino por la confirmación de lo que su intuición le había estado susurrando desde hacía días. Recuperando la compostura, dio un paso hacia adelante, con una nueva claridad en sus palabras.

—Entonces, mi señor, si me permite una sugerencia... Si *lady* Grace no está lista para escuchar la verdad, tal vez Robert sea la clave. —Simon hizo una pausa, sopesando sus palabras con cuidado—. Mi padrastro hizo algo similar cuando conoció a mi madre. Se acercó primero a mí ganándose mi confianza, y luego ablandó el corazón de mi madre. No digo que sea lo mismo, pero podría intentarlo. Acérquese al niño. Si logra forjar un vínculo con él, estoy seguro de que *lady* Grace lo verá de otra manera.

Las palabras de Holloway resonaron en la mente de Marcus: «acercarme a Robert...». Era una idea que hasta ese momento no había considerado en profundidad. Estaba tan concentrado en

ella, en su miedo a perderla, que no se había permitido imaginar cómo podía acercarse a su propio hijo. Ahora, aquella sugerencia comenzaba a tomar forma en su mente, como una posible salida a la encrucijada en la que se encontraba atrapado.

Justo cuando iba a responder, un suave golpe en la puerta interrumpió el silencio. Ambos se dirigieron con rapidez a la ventana para observar quién era. Y allí, con una sonrisa tímida, estaba Robert.

—¡Mi señor! —exclamó Simon volviéndose hacia el marqués—. Estoy seguro de que esta es la señal que necesitábamos. ¿No le dije que el destino haría su parte? ¡Dios mismo debe haber oído mis pensamientos y está ayudándonos en este preciso momento!

Marcus lo miró con una mezcla de incredulidad y resignación.

—Ve a recibirlo —le pidió ajustándose la máscara—, y no me crees más problemas.

—¡Sí, *milord*! —gritó mientras salía corriendo hacia el *hall*.

Una vez se colocó detrás de la puerta, respiró profundamente y la abrió despacio. Cuando observó al niño tan de cerca, supo qué debía hacer a continuación para ayudar a su señor.

—Perdón por interrumpir, señor Holloway. Traigo los ejercicios de matemáticas —dijo levantando los papeles con un gesto inocente—. Aunque no sé si podrá comprenderlos.

Simon, con una sonrisa brillante en el rostro, lo miró de arriba abajo antes de contestar.

—Muchas gracias, señorito Collier. Exacto, me resulta muy difícil de comprender la aritmética, pero conozco a alguien que es muy bueno y podrá ayudarme.

Robert, mostrando esa curiosidad que caracteriza a los niños, lo miró con un ligero brillo en los ojos.

—¿Quién? —preguntó con genuino interés.

—Mi señor —declaró sin borrar la sonrisa—. Acompañeme y verá cómo resuelve con rapidez esos problemas tan difíciles.

El niño, sorprendido, asintió con más confianza, permitiendo que Simon lo guiara hasta el salón donde Marcus esperaba.

Marcus, aun procesando la idea de lo que acababa de escuchar, lo observó acercarse. El niño, al entrar, lo miró con timidez, sosteniendo con firmeza los papeles en sus manos, como si llevara algo de gran valor. Consciente de lo que aquel momento representaba para él, decidió que debía manejar la situación con delicadeza. Antes de que pudiera decir algo, Robert lo saludó de manera formal.

—Buenos días, *milord* —dijo inclinando ligeramente la cabeza.

Marcus esbozó una sonrisa, respondiendo con calma.

—Buenos días, Robert. —Le devolvió el saludo, intentando que su voz sonara cálida y cercana—. ¿Qué necesitas?

Antes de que el niño pudiera responder, Simon intervino con entusiasmo, claramente emocionado por lo que estaba sucediendo.

—Nada en particular, *milord* —dijo lanzando una sonrisa al muchacho—. El señorito Collier ha sido todo un caballero y me ha traído los ejercicios de aritmética que *lady* Grace ha mandado. —Hizo una pausa, mirando de reojo a Marcus.

—¿Aritmética? —respondió el marqués con una mezcla de sorpresa y curiosidad, lo que provocó que Robert soltara una pequeña carcajada y comenzara a relajarse.

—Ya le he dicho que no soy bueno en ellas —le susurró Simon al niño, haciéndole un gesto cómplice. Robert sonrió, claramente más cómodo con la situación.

—*Milord* —continuó Holloway con su usual jovialidad—, si no le importa, mientras preparo

un pequeño regalo para mi compañero de aula por haberme traído tan amablemente mis tareas, quizá usted y el señorito Collier puedan charlar tranquilamente.

Marcus comprendió de inmediato lo que su mayordomo estaba intentando hacer. Asintió, aceptando el plan sin objeciones.

—Me parece una excelente idea —declaró antes de volver su atención a Robert—. Toma asiento, por favor.

El niño obedeció de inmediato, sentándose con rapidez en una de las sillas cercanas, mientras Marcus lo observaba con atención. Tras unos segundos de silencio, decidió que era el momento adecuado para iniciar una conversación más cercana.

—Dime, Robert, ¿qué edad tienes? —preguntó con suavidad, tratando de que su voz fuera lo más casual posible, aunque sentía un nudo en la garganta.

—Tengo nueve años, *milord* —respondió el niño con orgullo, como si aquella información fuera de suma importancia.

Marcus asintió, intentando controlar la emoción que aquellas palabras le provocaban. «Nueve años... Mi hijo.» Era un pensamiento que lo desgarraba por dentro y, al mismo tiempo, lo llenaba de una alegría que no había experimentado en mucho tiempo.

—Nueve años... una edad magnífica —comentó Westlin con una sonrisa suave—. Dime, ¿te gusta la escuela? ¿Tienes amigos en el pueblo?

Robert, sintiéndose tratado como un adulto, se animó a hablar con más confianza.

—Sí, me gusta estudiar. Y tengo algunos amigos, pero a veces no me dejan participar en los juegos... —explicó el niño, bajando la mirada, en una mezcla de orgullo y timidez.

Marcus captó el cambio en el tono del niño, y decidió desviar la conversación con tacto, evitando que se sintiera incómodo.

—Pues necesitaré tus consejos, señorito Collier —indicó con tranquilidad—. Estoy pensando quedarme en el pueblo durante una larga temporada, y quién mejor que un experto local como tú para decirme qué actividades podría hacer por aquí.

El rostro de Robert se iluminó al escucharlo. Que *lord* Haspirin confiara en su opinión lo hizo sentirse importante, y eso bastó para romper la barrera de timidez entre ambos.

Justo en ese momento, Holloway apareció con una bandeja cargada de pastas y zumo de naranja, interrumpiendo el momento con su usual entusiasmo.

—¡Y aquí están los manjares para los caballeros! —anunció con alegría, como si su llegada formara parte de una coreografía meticulosamente planeada.

Tanto Marcus como Robert miraron la bandeja con idéntica expresión de sorpresa y deleite, lo que arrancó una sonrisa pletórica de Simon. Al ver las reacciones casi sincronizadas de ambos, no pudo evitar sentirse orgulloso de su intuición: el padre y el hijo, sin saberlo, compartían los mismos gustos.

Mientras charlaban y comían, Westlin sentía cómo una conexión más profunda empezaba a florecer entre él y Robert. La conversación fluía con naturalidad, y aunque no era más que una charla entre dos personas que apenas se conocían, el vínculo invisible que los unía comenzaba a fortalecerse. Simon, de pie junto a la puerta, observaba con una satisfacción palpable cómo aquellos dos seres tan parecidos compartían un momento que, en silencio, auguraba un futuro de reconciliación.

El aire en la casa de Grace era denso, cargado de una tensión que no podía ignorar. Tras la conversación con Robert, su mente no encontraba paz. Las palabras de su hijo, cargadas de inocencia, resonaban en sus pensamientos como un eco implacable. «*Lord Haspirin* me ayudó con las matemáticas, mamá. Fue muy amable, casi como si... me conociera desde hace mucho tiempo». Aquello golpeó su mente con la fuerza de una ola, desmoronando el escudo que había construido a lo largo de los años para protegerse.

Se levantó del sillón y comenzó a caminar de un lado a otro en el salón, sintiendo que cada pensamiento la envolvía como una cadena, apretándola cada vez más. La incertidumbre y la traición se apoderaban de su pecho, creciendo con cada paso. Ya no había dudas en su corazón; Marcus estaba allí, oculto bajo una identidad falsa. Pero lo peor no era solo que hubiera regresado, sino que lo había hecho sin decir la verdad, acercándose a Robert sin su consentimiento, sin explicaciones. Su hijo, el ser que había jurado proteger, ahora estaba bajo la influencia de aquel hombre que tanto daño le había causado.

Sentía que su mundo estaba al borde del colapso...

¿Por qué había regresado? ¿Qué buscaba ahora? Lo que más le dolía era pensar en el tiempo que Marcus había estado mintiendo, jugando con sus sentimientos. Grace notó un nudo en el pecho, una presión que le robaba el aire. No podía seguir así, no podía soportar el engaño y la manipulación por más tiempo. Su respiración se volvía más entrecortada, como si le costara respirar en medio de aquella confusión. La traición quemaba como un fuego que no encontraba salida.

Debía enfrentarse a él. No solo por Robert, sino por ella misma. A lo largo de los años, había aprendido a levantar muros alrededor de su corazón, muros que la habían protegido del dolor que le provocaba recordar. Sin embargo, estos se estaban desmoronando y si no lo detenía, Marcus arrasaría todo lo que había construido para mantenerse a salvo. Con una firmeza que no había percibido en mucho tiempo, tomó la decisión de actuar. No iba a esperar a que él hablara, no iba a permitir que siguiera manipulando la situación a su antojo. Iba a enfrentarse a Westlin esa misma noche.



El viento frío golpeaba su rostro mientras caminaba decidida hacia la casa que, hasta hacía poco, había sido simplemente la residencia de un impostor. Ahora, con cada paso que daba, el nombre de *lord Haspirin* se volvía más vacío y falso. ¿No le había dicho Lesly que sonaba raro? ¡Pues lo era! Porque bajo aquella fachada falsa estaba Marcus. Siempre había sido él.

A medida que avanzaba, recordó con claridad cómo la había secuestrado, cómo la había

mantenido cautiva bajo la falsa acusación de impostora, cómo cada día a su lado había sido una lucha por sobrevivir emocionalmente. «¿Cómo había sido capaz de hacerme tanto daño?» Todo aquel dolor, toda aquella angustia, y ahora, después de una década, aparecía como si nada, pretendiendo ser otro hombre. La rabia hervía en su pecho, mezclándose con la incertidumbre. ¿Por qué había regresado realmente? ¿Qué pretendía? ¿Era una venganza? ¿O acaso había fingido para llevársela de regreso a Londres y encarcelarla? Su pecho se encogía al pensar en las posibles respuestas, en los motivos ocultos que él pudiera tener. La incertidumbre era tan profunda como el frío de la noche que comenzaba a caer.

Los árboles que bordeaban la calle parecían inclinarse hacia ella, sus ramas crujían como si susurraran lo que estaba por venir. El cielo se tornaba oscuro, y la única luz que podía ver era la que provenía de la casa de Marcus. Cuando llegó a la entrada, su corazón latía con fuerza, pero su determinación no flaqueó. Con un golpe firme llamó a la puerta, esperando encontrar respuestas a las preguntas que la atormentaban.

Esta se abrió con un leve chirrido, revelando al joven mayordomo. Al instante, su habitual sonrisa se desvaneció al notar la tensión que mantenía Grace en su postura. Las sombras bajo sus ojos y la rigidez de su cuerpo lo inquietaron de inmediato.

—¿Puedo ayudarla en algo, *lady* Grace? —preguntó con cautela, mientras sus ojos escudriñaban su rostro.

Grace no dudó ni un segundo.

—Quiero ver a tu señor —contestó con voz firme y tan cargada de emoción contenida, que Holloway supo de inmediato que algo no marchaba bien.

—Por supuesto, acompáñeme —respondió sin poder evitar un ligero nerviosismo en su voz. Las sombras bajo sus ojos y el brillo feroz en la mirada de la mujer indicaban que algo iba mal.

Con un leve gesto, Holloway la guio hacia el salón donde se encontraba Marcus. Al llegar a la puerta, se inclinó ligeramente hacia Grace.

—Si me disculpa, creo que es mejor que los deje a solas —murmuró, antes de retirarse discretamente, consciente de la gravedad de la situación.

El silencio cayó como un manto pesado sobre la estancia. Allí estaba Marcus, de pie junto a la chimenea, con la máscara que solía usar para ocultar su rostro. Al verla entrar, su postura rígida se suavizó ligeramente, pero no pudo ocultar la sorpresa en sus ojos. Durante unos segundos, ambos permanecieron callados, mirándose, con el aire cargado de mil emociones no dichas.

Al saber que ella estaba en la entrada creyó que el plan de Holloway había tenido el resultado que esperaba. Sin embargo, al observarla allí, mirándolo fijamente y en silencio, supo que no había llegado para darle las gracias por ayudar a Robert, sino para descubrirlo. El juego había terminado y a continuación vendría las represalias. Esa incertidumbre era la que lo aterrizzaba más que nada.

Fue ella quien rompió el silencio, expresando dolor y enojo, como si le hubiesen rajado el pecho tres segundos antes.

—¿Por qué? —Aunque sonó casi como un susurro, su voz expresaba una fuerza que reverberó en todo el salón—. ¿Por qué volviste, Marcus? —lo llamó por su verdadero nombre, sin rodeos, sin darle la oportunidad de fingir más—. ¿Qué pretendes con todo esto? ¿Por qué te acercaste a Robert?

Westlin se tensó al escuchar su nombre. Sabía que ese momento llegaría, sin embargo, no había imaginado lo devastador que sería. El dolor en los ojos de Grace lo atravesaba como un dardo envenenado, una flecha directa a las profundidades de su ser. Respiró hondo antes de

hablar, tratando de encontrar las palabras que pudieran calmar la tempestad que veía en ella.

—Grace... —comenzó con tono bajo, casi inaudible—, todo este tiempo he vivido con la angustia de lo que te hice. —Hizo una pausa, pero los ojos de ella lo instaban a continuar—. He vuelto porque descubrí la verdad. Supe que no eras culpable de lo que te acusé. —Su voz se quebró un poco—. He pasado diez años arrepintiéndome, pero no sabía cómo volver. No sabía cómo pedirte perdón.

El silencio volvió a instalarse en la habitación por un segundo, aunque era un silencio cargado de tensión. Grace apretaba los puños, luchando contra las lágrimas que amenazaban con brotar. Las palabras de Marcus la herían profundamente, no porque no las hubiera esperado, sino porque escuchar su arrepentimiento solo hacía que todo el dolor volviera con más fuerza.

—¿Y creíste que la mejor forma de arreglarlo era ocultándote? —gritó mirándolo con incredulidad—. ¿Aproximándote a mi hijo como si fuera un juego? ¡Es mi hijo, Marcus! —exclamó alzando la voz y con el enojo desbordándose—. ¿Cómo pudiste acercarte a él sin decirme la verdad? ¿Qué quieres de nosotros?

Marcus bajó la cabeza sintiendo el peso de su culpa como nunca antes. Sabía que tenía razón, que había cometido un error al ocultarse tras una falsa identidad. Pero ¿cómo podría explicarle que no sabía cómo enfrentarse a ella, que temía más que nada perder la oportunidad de redimirse? La culpa lo había devorado durante todos esos años, y ahora, enfrentado a la verdad, se sentía impotente.

—Lo hice mal —admitió con un tono de desesperación y hablando a duras penas—. Nunca debí ocultarme. Pero quería volver a tu vida fuera como fuese... —Hizo una pausa, sintiendo el peso de sus propias palabras.

—¿Volver a mi vida? —soltó con sarcasmo.

—Sí, Grace. Volver para decirte lo que no pude hacer en aquel tiempo. —Al levantar ella una ceja, el continuó—: Te quiero, Grace. Te amé entonces, te amo ahora. Y no puedo seguir viviendo sin ti.

El eco de sus palabras quedó suspendido en el aire, como una confesión largamente reprimida. Ella lo observó, atónita. Por un instante, las memorias de sus últimos días juntos la invadieron: su entrega, la manera en que la había cuidado, esos gestos que antes parecían llenos de ternura y pasión. Dormir a su lado. Esas imágenes ahora la llenaban de rabia, un conflicto interno que le desgarraba el alma. No podía permitirse sentir eso. No ahora.

—No —expresó finalmente con la voz quebrada—. No puedes aparecer después de diez años y decirme que me amas como si eso fuera suficiente para arreglar todo lo que destruiste.

—Grace... —murmuró.

—¡Jamás te perdonaré! ¡No te quiero en mi vida, ni en la de mi hijo! ¿Lo entiendes?

—Pero... he cambiado —perseveró en hacerle comprender—. He comprendido mi error y que te amo.

—¡Eso no es suficiente para mí, *lord* Westlin! —clamó antes de girarse y salir de allí.

Cuando la puerta se cerró de un portazo detrás de ella, Marcus cayó de rodillas frente a la chimenea, sintiendo que el mundo se desmoronaba bajo sus pies. Sabía que la había perdido, y con ella, la posibilidad de redención. Pero también sabía que no podía rendirse. Todavía había una pequeña esperanza por la que luchar.

**El** amanecer trajo consigo el cansancio acumulado, pero no el alivio que Grace tanto anhelaba. No había dormido. Cada vez que cerraba los ojos, el rostro de Marcus y su voz confesando lo que había guardado durante años la perseguían sin tregua. Las sombras bajo sus ojos no eran solo producto de una noche sin descanso, sino de un caos emocional que no sabía cómo manejar. Se sentía desgastada, pero al mismo tiempo en alerta, como si el mínimo movimiento fuera a derrumbarla.

Cuando llegó al aula, los niños la saludaron con el mismo entusiasmo de siempre, aunque esa mañana ella apenas pudo esbozar una sonrisa débil. La noche anterior aún pesaba sobre sus hombros. Intentó poner en marcha la clase, pero las palabras parecían atoradas en su garganta. El cansancio físico y mental la hacía incapaz de seguir la rutina.

—Tomad vuestros libros y leed en silencio —ordenó con una voz que apenas sonaba como la suya.

Los niños intercambiaron miradas de sorpresa. No era normal que Grace los hiciera trabajar en silencio. Siempre los motivaba a participar, a compartir todo aquello que se les ocurría. Pero ese día, ella no era la maestra de siempre. El eco de las palabras de Marcus seguía latiendo en su mente.

Mientras los niños leían, la tensión dentro de Grace aumentaba. Sabía que estaba actuando diferente, pero no podía evitarlo. Su mente volvía una y otra vez a la confesión de Marcus. «Te quiero, Grace», había dicho. Una risa amarga se formó en su pecho. Qué fácil resultaba decir eso ahora, después de todo lo que había ocurrido. Era casi insultante. ¿Amor? ¿Cómo podía siquiera mencionar esa palabra, cuando en el pasado había destrozado su vida? La ironía de la situación la abrumaba.

Sin embargo, no era solo la ira lo que la carcomía. Era algo más profundo. Había algo en la sinceridad con la que Marcus había pronunciado esas palabras que la desconcertaba. No podía negar que había visto el arrepentimiento en sus ojos, ni ignorar la angustia en su voz. Parte de ella quería creerlo, y eso la asustaba más que cualquier otra cosa.

Los niños seguían leyendo en silencio, aunque de vez en cuando levantaban la vista para observarla, porque eran conscientes de que algo no iba bien. Pero ¿cómo podían entender lo que pasaba por su mente? ¿Cómo podrían ellos comprender el torbellino de emociones que la estaba destrozando por dentro? Los recuerdos de su vida con Marcus la golpeaban una y otra vez. El secuestro, las acusaciones, los días juntos, la entrega a la pasión, los llantos al permanecer alejada de él, el desgarrar de su corazón al entender que no iría a por ella... Todo seguía fresco, a pesar de los años. Y, sin embargo, su confesión la había dejado sin respuestas.

—Terminemos hoy aquí nuestra clase —dijo rompiendo el silencio. No podía continuar. El aula, que siempre había sido un lugar donde se sentía feliz, ahora la asfixiaba.

Los niños recogieron sus cosas en silencio, desconcertados por el comportamiento de su

maestra. Cuando el último salió del aula, Grace soltó un suspiro de alivio, aunque la soledad tampoco le ofrecía el consuelo que esperaba.

De vuelta en casa, se dejó caer en una de las sillas del comedor. El agotamiento la envolvía, pero más que físico, era un cansancio emocional que la atormentaba. No podía evitar que las palabras de Marcus volvieran a su mente. A pesar de todo lo que él le había hecho, había una pequeña parte dentro de ella que deseaba que lo que hubiera dicho fuera verdad. Pero ¿cómo podía permitirse confiar en él de nuevo? ¿Cómo podía siquiera pensar en darle una oportunidad?

El sonido de la puerta la sacó de sus pensamientos. Robert entró corriendo, sonriente, irradiando la alegría infantil que siempre traía consigo.

—¡Mamá, ganamos la carrera hoy! —gritó con entusiasmo, mostrando una gran sonrisa.

Grace intentó sonreírle de vuelta, pero apenas pudo. Cada vez que miraba a su hijo, veía en él a Marcus. Ese pensamiento la desgarraba. «¿Cómo puedo protegerte, Robert? ¿Cómo puedo protegerte de la verdad que está por venir?». El miedo la invadía. Temía que, cuando Robert conociera todo sobre su padre, el niño no pudiera manejarlo. Y más aún, temía lo que ese descubrimiento podría hacerle a su corazón.

Por suerte, Robert se fue a su habitación y la casa volvió a sumirse en el silencio, uno que antes había sido su aliado, pero que ahora se sentía intolerable. Grace cerró los ojos un momento, intentando calmar el torbellino de pensamientos que no la dejaban en paz. «He vuelto porque te quiero», esas palabras seguían perturbando su mente, y no importaba cuánto intentara ignorarlas, el peso de su significado la aplastaba.

Otra risa amarga cruzó su mente. Claro, ahora todo se reduce a un «te quiero». ¿Cómo podía creer él que solo con esas palabras todo iba a cambiar? ¿Cómo podía tener la arrogancia de pensar que su amor era suficiente para arreglar lo que había roto? La idea la enfurecía. Pero lo que más la asustaba era que, una parte de ella quería creer que era posible. Y eso la hacía sentirse más débil que nunca.



Marcus permanecía inmóvil frente a la ventana con los ojos fijos en el camino que llevaba hasta la casa de Grace. Desde allí, podía verla regresar de la escuela, con pasos lentos y cargados de una fatiga que reconocía demasiado bien. Una distancia enorme los separaba, más profunda que la del cristal que los dividía. Era como si el abismo entre ellos se hubiera ampliado aún más después de la noche anterior.

Apoyó la frente en el cristal frío, buscando en vano algún tipo de consuelo. Las lágrimas empezaron a brotar otra vez, silenciosas, implacables. Hacía años que no lloraba, pero ahora sentía que las emociones lo desbordaban. Sus ojos seguían fijos en la puerta del hogar de Grace y, cada vez que podía verla, la desesperanza lo invadía. A pesar de tenerla tan cerca, la notaba más lejana que cuando él residía en Londres.

Con manos temblorosas, sacó del bolsillo el pañuelo lila que había guardado durante tanto tiempo. Ya no había razón para esconderlo. No había máscara que lo protegiera de la verdad. Apretó el pañuelo, lo acercó a su rostro y volvió a llorar. Sin embargo, ese llanto cesó cuando escuchó el sonido de pasos tambaleantes.

Holloway entró en la habitación y su rostro hablaba por sí solo. Tenía la piel pálida y sus ojos, rodeados de oscuras ojeras, estaban hinchados y enrojecidos. La barba incipiente,

descuidada, hacía juego con el cabello despeinado que parecía haberse rendido al caos de la noche anterior. Cada paso que daba reflejaba el peso del alcohol, y el leve temblor en sus manos delataba las secuelas de una resaca mal disimulada. A pesar de su intento por mantener la compostura, los signos de fatiga y los rastros de amargura eran imposibles de ocultar.

—*Milord...* —murmuró con voz pastosa—, disculpe que me levante tan tarde.

Marcus lo observó, notando no solo el desorden en su joven mayordomo, sino también la carga de culpa que lo perseguía desde la noche anterior. Él no tenía la culpa de nada. Se lo había repetido mil veces noche la anterior, entre tragos, pero el joven insistía en disculparse.

—No hay nada que disculpar, Holloway —dijo Marcus con voz cansada. Su mirada regresó a la ventana, observando una vez más el hogar de Grace al otro lado de la calle—. Ayer fue un día difícil.

Simon asintió, aunque su expresión mostraba que las palabras no lo tranquilizaban. Dio un paso más hacia su señor, con una mezcla de culpa y desesperación.

—¿Ella ha dicho algo más, *milord*? —preguntó con cautela, mirando de soslayo hacia la ventana. Sabía que la situación entre Marcus y Grace seguía en un punto delicado.

Westlin negó con la cabeza, sintiendo cómo la esperanza que había mantenido viva durante tanto tiempo se apagaba lentamente.

—Ella sigue creyendo que vine aquí para llevármela a Londres —indicó Marcus en voz baja—. Y después de saber sobre la existencia de Robert, está convencida de que todo fue un engaño, una invención... que creé a *lord* Haspirin para arrebatarle a su hijo.

—¡Pero eso es una locura! ¡Ella tiene que saber la verdad, *milord*! ¡Debemos aclarárselo! —exclamó con una vehemencia que sorprendió incluso a Marcus.

El marqués observó a su joven mayordomo, admirando por un momento su lealtad y su valentía. Simon tenía la intención de arreglarlo todo, pero en ese momento, Westlin sabía que las cosas no podían resolverse tan fácilmente.

—Lo sé. Pero ella no está lista para escucharme —respondió con voz más débil, como si la energía de seguir luchando lo abandonara poco a poco—. No confía en mí, y después de todo lo que hice, no puedo culparla por ello.

Pero el joven mayordomo no estaba dispuesto a rendirse. En su mente, todo debía resolverse, y cuanto antes, mejor.

—¡No puedo quedarme sin hacer nada! —exclamó con determinación—. ¡Voy a hablar con ella, *milord*! ¡Tiene que escucharme!

—¡No! —gritó Marcus, intentando detener el impulso de su fiel mayordomo. Sabía que esa no era la forma sensata de resolverlo y que tal vez su intervención solo empeoraría la situación.

Pero Holloway ya se había decidido. Antes de que el marqués pudiera alcanzarlo, el joven ya había abierto la puerta, dejando que un frío aire entrara en la sala.

Marcus observó cómo Simon corría hacia el hogar de Grace, incapaz de detenerlo. Cerró los ojos un instante, agobiado por la situación. Sabía que lo que estaba por venir era inevitable, pero eso no le ofrecía ningún consuelo.

**Holloway** caminaba a paso ligero hacia la casa de Grace, manteniendo los puños apretados hacia los costados. El aire matutino rozaba su rostro con una frialdad que calaba en los huesos, pero era el calor de la culpa y la determinación lo que realmente lo impulsaba. Recordaba claramente las últimas palabras de su tío Ryder cuando yacía en su lecho de muerte. «Cuida de nuestro señor, Simon. Haz lo que sea necesario para devolverle la felicidad que perdió». Aquella promesa lo había acompañado durante años, como una sombra que lo seguía en cada rincón de la mansión.

Y ahora, todo ese peso recaía sobre él.

Desde que comenzó a servirle, había intentado ayudarlo de todas las maneras posibles, a veces fallando más de lo que ayudaba, pero jamás había visto al marqués tan destrozado. Él no podía quedarse de brazos cruzados mientras su señor se desmoronaba de nuevo. Necesitaba hablar con Grace, contarle la verdad, aunque fuera lo último que hiciera.

A medida que se acercaba a la casa, el miedo empezó a acumularse en su estómago. Su respiración se volvió pesada, pero Holloway sabía que no podía vacilar ahora. Alzó la mano y golpeó la puerta con firmeza, sabiendo que lo que vendría después podría cambiarlo todo. Pasaron unos segundos que le parecieron eternos, hasta que la puerta se abrió con un brusco chirrido.

La señorita Krant, doncella de Grace, lo miró con frialdad desde el umbral.

—¿Qué quieres? —preguntó con brusquedad, cruzándose de brazos.

Simon bajó la mirada en señal de respeto, haciendo una pequeña reverencia. Había aprendido a mostrarse humilde en momentos como ese, especialmente cuando sabía que la situación no era favorable.

—Buenos días, señora. Vengo a hablar con *lady* Grace, si fuera posible —dijo con voz firme, aunque su interior temblaba.

Lesly no movió un músculo. Lo observó durante unos segundos más, y luego, con un gesto rápido, cerró la puerta de golpe, sin decir una palabra.

Holloway se quedó paralizado por unos instantes. El rechazo fue como un golpe seco en el estómago. Bajó la cabeza, derrotado, y dio un paso atrás. Pero justo cuando estaba a punto de marcharse, la puerta volvió a abrirse con un suave crujido.

Grace estaba allí, en el umbral, mirándolo con ojos cansados, aunque sin la hostilidad que había encontrado en la doncella. Había algo en su expresión, una mezcla de confusión y agotamiento. No le dijo nada, solo lo observó, como si estuviera esperando que él tomara la iniciativa.

Simon bajó la cabeza de nuevo, esta vez más profundamente, antes de levantar la mirada y enfrentarse con toda la sinceridad que podía reunir.

—*Lady* Grace, me presento con sinceridad. Me llamo Simon Holloway. Soy el sobrino del

mayordomo que usted conoció, Ryder. —Se detuvo un momento, esperando alguna reacción por parte de ella, pero ella simplemente lo observaba con los labios apretados—. He venido porque hay algo que necesito contarle. Algo que usted merece saber.

Simon esperó unos instantes para averiguar qué actitud tendría ella. Al ver que continuaba en silencio, se animó.

—Desde el momento en que tomé el lugar de mi tío, he visto cómo un hombre de porte noble, severo y determinante esconde sus lamentos en el interior de su alcoba. —Simon respiró hondo, intentando mantener la compostura—. *Lord Westlin* no ha sido el mismo desde que usted se fue. Se convirtió una sombra devastada por el arrepentimiento y estos últimos diez años han sido una tortura para él.

Los ojos de Grace se mantuvieron fijos en el muchacho, pero había un leve cambio en su expresión. Aunque su rostro seguía inmutable, sus labios temblaban ligeramente, como si estuviera reteniendo algo.

—He escuchado sus lamentos durante las noches. Cuando regresaba a la residencia borracho, porque no había encontrado su paradero, lloraba agarrado a un pañuelo lila que guarda como si fuera lo último que le quedara de usted. —Simon bajó la mirada un segundo y no descubrió el impacto que sus palabras habían causado en ella—. Cada noche, cada maldito día de los últimos años, he visto cómo mi señor se hundía más en el remordimiento. Y sé que no es excusa para lo que le hizo, pero debe saber que él no ha tenido paz desde que usted se marchó.

Grace parpadeó rápidamente, su respiración se aceleró, pero aún no hablaba.

—Cuando recibió la visita del señor Donald Walter, el hombre que le contó la verdad... fue como si algo se rompiera dentro de él. —Simon tragó saliva, sus manos temblaban un poco, aunque no podía detenerse—. Saber que usted no fue culpable, que había sido él quien había cometido el error más grande de su vida, lo destrozó. No sabía cómo presentarse ante usted y arreglar lo que había hecho.

Grace, incapaz de ocultar la tensión en su cuerpo, cruzó los brazos frente a su pecho, como si intentara protegerse de las palabras que Holloway estaba pronunciando. Pero no lo detuvo.

—Desde el momento que supo dónde se encontraba, su mundo se volvió un caos. —La voz de Simon se quebró un poco, pero no permitió que las emociones lo vencieran—. Fui yo quien tuvo la estúpida idea de ocultar su identidad. Pensé que, si se mostraba como *lord Haspirin*, tal vez... tal vez usted le daría una oportunidad. Lo de la máscara, lo del bastón, lo de fingir fragilidad... fue todo culpa mía. Yo fui quien ideó ese plan y mi señor aceptó porque estaba aterrado. Teme perderla de nuevo, *lady Grace*.

La confesión final cayó como una piedra en el aire.

El silencio que siguió fue denso, insoportable. Grace bajó la mirada por primera vez, como si las palabras del joven fueran demasiado pesadas para asimilarlas de inmediato. El pañuelo lila... un detalle tan pequeño, y, sin embargo, ese simple recuerdo la atravesó de una manera que no esperaba.

Simon no sabía si debía continuar, si había dicho demasiado o si debía decir más, pero sintió que lo que había contado ya lo había dejado desnudo emocionalmente. Solo quedaba esperar.

—Lo siento —dijo finalmente, con la voz más baja y suave—. Si mi señor ha fallado en mostrarle la verdad, ha sido culpa mía. He sido yo quien lo arrastró a esta situación. Todo lo que ha hecho ha sido por amor.

Los segundos se estiraron como si el tiempo se hubiera detenido. Simon permaneció de pie, con el cuerpo tenso, esperando alguna respuesta de Grace. Su corazón martilleaba en su pecho, y

sentía que la espera lo consumía por dentro.

Finalmente, Grace levantó la vista. Sus ojos estaban llenos de una mezcla de emociones que Holloway no pudo descifrar del todo.

—Gracias por contarme la verdad —comentó ella con voz temblorosa, pero firme. No fue un rechazo, pero tampoco un perdón—. Regrese con cuidado.

Simon asintió, incapaz de articular más palabras. Se giró lentamente, alejándose de la casa. Cuando escuchó el leve clic de la puerta cerrarse tras de sí, dejó escapar un suspiro largo y profundo. Sabía que lo que había dicho no garantizaba nada, pero al menos ahora ella conocía la verdad.

Dentro de la casa, Grace permaneció de pie junto a la puerta cerrada. Apoyó su espalda contra la madera fría, y sin poder contenerse más, llevó las manos a su pecho, intentando calmar los latidos frenéticos de su corazón. Las palabras de Simon giraban en su mente, desmoronando los muros que había construido durante tantos años.

El pañuelo lila... las noches en vela... el dolor de Marcus... todo aquello ahora la perseguía. Todo lo que el fiel mayordomo había dicho se clavaba en su alma, pero seguía sin poder perdonarlo.

**Los** días se arrastraban con una lentitud exasperante. Cada amanecer traía consigo más dudas, más preguntas que Grace no encontraba forma de responder. Había pasado algo más de una semana desde que Simon le contara todo, y cada uno de esos días había sido una batalla constante por encontrar algo de paz en medio del caos emocional en el que estaba sumida. La confesión le había dejado más preguntas que respuestas. Y Marcus... Marcus seguía siendo un enigma imposible de descifrar.

Aquella mañana, cuando se levantó, se dio cuenta de que ya no podía seguir ignorando lo inevitable. La verdad estaba ahí, golpeando las puertas de su mente cada vez que intentaba dormir. No podía seguir huyendo de lo que sabía en el fondo de su corazón. No podía seguir posponiendo esa conversación. Marcus debía explicarse, y esta vez no aceptaría evasivas. No habría más secretos ni más mentiras.

Con cada paso que daba hacia la casa del marqués, su corazón latía con más fuerza. Estaba nerviosa, pero con determinación. Después de todo lo que había vivido, ya no tenía miedo de enfrentarse a él. Su hijo, su futuro, su vida... todo estaba en juego. Debía entender, de una vez por todas, qué pretendía Marcus y qué significaba realmente su regreso.

Al llegar a la casa, Simon la recibió con su habitual expresión ansiosa. Sabía que la llegada de Grace era algo que su señor había esperado, pero la intensidad en su mirada indicaba que la situación no sería fácil.

—¿Puedo ayudarla en algo, *lady* Grace? —preguntó intentando ocultar su inquietud.

Grace lo miró con firmeza, sus palabras no temblaron ni un segundo.

—Quiero ver a tu señor.

Holloway asintió rápidamente. Sin decir nada más, la guio hasta el salón donde Westlin solía pasar las mañanas. Cuando llegaron a la puerta, el mayordomo dudó por un momento antes de abrirla, casi como si supiera que una tormenta se avecinaba.

—Si me disculpa, creo que es mejor que los deje solos —murmuró antes de retirarse rápidamente, dejando a Grace en la entrada.

Marcus estaba de pie junto a la ventana, con las manos apoyadas en el cristal. La tenue luz del sol que se filtraba a través de las cortinas, dibujaba su silueta. No se giró al escucharla entrar, pero su respiración se volvió más lenta, más pesada, como si estuviera preparándose para lo que sabía que vendría.

Grace dio un paso adelante, con la mirada clavada en él. Había pasado tanto tiempo desde la última vez que lo vio tan vulnerable que esa imagen la descolocaba. No era el mismo Marcus que recordaba. Algo en él había cambiado, y ese cambio era tan palpable que casi dolía.

Finalmente, Westlin rompió el silencio.

—Grace. —Su voz era baja, apenas un susurro, pero estaba cargada de un peso que ella no podía ignorar.

Ella no respondió de inmediato. El silencio entre ellos era denso, pesado, como una cuerda a punto de romperse. Cuando habló, lo hizo con una firmeza que la sorprendió.

—Necesito respuestas, Marcus —dijo sin vacilar—. Esta vez quiero escucharlo todo. Sin máscaras, sin mentiras.

Marcus apretó los labios, incapaz de mirarla a los ojos. Sabía que ese momento llegaría, pero nada lo había preparado para el impacto que sentiría al estar frente a ella. Sabía que no podía escapar más.

—Tienes razón —admitió finalmente con la voz quebrada—. Te debo la verdad... toda la verdad. No puedo seguir escondiéndome.

Dio un paso hacia ella, pero se detuvo, manteniendo una distancia prudente. Sus ojos reflejaban la angustia de alguien que había guardado un secreto demasiado tiempo.

—No sé si lo que voy a decir cambiará algo —continuó con un leve temblor en la voz—, pero necesito que lo sepas. Necesito que lo entiendas, por ti... por nosotros.

Grace permaneció inmóvil, con la mirada fija en él. Cada palabra que salía de la boca de Marcus era una daga que se clavaba más profundamente en su corazón, pero no dijo nada. Sabía que debía escuchar.

Westlin comenzó a caminar por la habitación, como si los recuerdos que estaba a punto de desenterrar fueran demasiado para sostener su peso.

—Hace diez años —empezó con voz tensa y cargada de dolor—, cometí el mayor error de mi vida al pensar que eras una impostora, una mentirosa. Estaba cegado por mi sed de venganza y la única persona que encontré para realizarla fuiste tú. Te convertiste, sin saberlo, en una amenaza hacia el honor de mi familia y quise que pagaras por ello. Pero me equivoqué... y lo supe muy tarde.

Grace lo observaba sin ni siquiera pestañear. Quería interrumpirlo, quería gritarle que lo sabía, que había vivido cada uno de esos días en carne propia, pero se contuvo. Sabía que debía escuchar, debía dejar que confesara lo que había guardado durante tanto tiempo.

Westlin se detuvo un momento, respirando hondo.

—Te odié cada segundo que permaneciste a mi lado porque me hacías olvidar mi propósito. Tal vez ese odio aumentó al conocerte mejor y confirmar tu bondad. Eso... me aterrorizó. Comencé a amarte, Grace. En silencio, sin ser consciente de ello. Me negué a admitir que me había enamorado de ti y solo cuando te escapaste comprendí mis sentimientos.

Grace cerró los ojos, el dolor de aquellos días volvió a apoderarse de su pecho. Los recuerdos de su tiempo como prisionera bajo la vigilancia de Marcus seguían siendo vívidos, las cicatrices aún no habían sanado del todo. Pero mientras él hablaba, algo en ella empezaba a tambalearse.

—Cuando huiste... —Marcus tragó saliva—, supe que te había perdido. Y no solo a ti... perdí la única oportunidad que tuve de encontrar algo real en mi vida. Durante diez años, he vivido con ese peso. Cada noche te busqué en mis sueños y cada mañana te maldije por no estar. Y nunca... nunca te pedí perdón.

Grace apretó los labios. Las palabras de Marcus eran dolorosas, pero había algo en ellas que la desarmaba. Sabía que él estaba siendo sincero, pero esa sinceridad solo hacía que su propio conflicto interno creciera.

—¿Por qué ahora? —preguntó ella, sin levantar la mirada—. ¿Por qué regresar después de todo este tiempo y ocultarte detrás de un falso nombre? Si realmente querías redimirte, ¿por qué no dijiste la verdad desde el principio?

Marcus levantó la cabeza, su mirada llena de desesperación.

—No sabía cómo presentarme —admitió con una risa amarga—. No sabía cómo enfrentarme a ti, cómo decirte todo lo que había estado guardando durante años. Holloway pensó que, si me presentaba de otra manera, si parecía débil, tal vez... tal vez me escucharías. Pero fue un error. Otro error más. No debí haberte ocultado nada.

El silencio volvió a caer entre ellos, pero esta vez era más opresivo. Grace luchaba con sus propios pensamientos. ¿Cómo podía perdonarlo? Y peor aún, ¿cómo podía confiar en él de nuevo, después de todo lo que había ocurrido?

—No puedes venir aquí y decir que me amas —dijo finalmente con la voz temblando—. No puedes esperar que después de diez años, todo se arregle solo con esas palabras. No es tan simple, Marcus.

Westlin la miró con los ojos llenos de una tristeza que no podía ocultar.

—No te pido que me perdones ahora —respondió quebrado por el sufrimiento—. Solo te pido una oportunidad. Una oportunidad para demostrarte que puedo ser mejor. Que soy un hombre diferente. No puedo cambiar el pasado, pero puedo... puedo intentar redimirme. Si me lo permites.

El silencio que siguió fue insoportable. Grace lo miraba inmóvil. Su corazón estaba dividido entre el dolor y algo más, algo que no quería admitir. El eco de las palabras de Marcus resonaba en su mente, pero aún no sabía si podía creerlo. Después de todo, ¿cómo se perdona a alguien que te ha destrozado el corazón?

—No sé si alguna vez podré perdonarte —susurró finalmente, sin mirarlo.

Westlin asintió, sabiendo que esa era una posibilidad real. No había garantías. Había cruzado el límite tantas veces que no podía esperar que Grace volviera a confiar en él. Pero, aun así, debía intentarlo. No podía rendirse.

—Te esperaré —dijo en voz baja, casi como un susurro, con la esperanza de que ella lo escuchara.

Grace no respondió, simplemente dio un paso atrás y, sin decir nada más, salió del salón. Él la observó marcharse, sabiendo que este era el principio del final, pero aún con una pequeña chispa de esperanza.



**Todo** lo ocurrido no había pasado desapercibido en el pueblo. Aunque Grace intentaba mantener su vida al margen de lo que se decía, los susurros y las miradas eran imposibles de ignorar. Los vecinos, siempre atentos a cualquier señal de escándalo, comenzaban a murmurar historias sobre su pasado con Westlin. Se había corrido la voz de que *lord* Haspirin no era otro que el verdadero esposo de Grace, el hombre del que todos pensaban que estaba muerto. Las versiones variaban: algunos decían que ella había huido de él, otros que él la había dejado, pero lo que todos coincidían era en que su reencuentro había removido viejas heridas que ambos intentaban ocultar.

Grace caminaba por las calles con la cabeza en alto, ignorando las miradas inquisitivas que se clavaban en su espalda. Sentía que cada comentario, cada palabra susurrada tras su paso, se hundía bajo su piel. Aunque nadie se atrevía a decir nada directamente, sabía que el pueblo esperaba un desenlace, un nuevo escándalo que añadir a sus historias.

Al caer la tarde, y mientras regresaba a su hogar tras la jornada en la escuela, fue sorprendida por la visita del párroco, quien había estado más presente que nunca en los últimos días. Lo encontró esperándola a la puerta de su casa, con esa mirada atenta y preocupada que ya conocía bien.

—*Lady* Grace —dijo con suavidad, inclinando ligeramente la cabeza—, perdone la visita, pero quiero ayudarla en estos momentos tan duros para usted.

—¿Ayudarme? —espetó entornando los ojos.

—Sí. Quiero decirle que mucho me temo que las habladurías están empezando a tomar un rumbo peligroso. Los aldeanos están hablando demasiado sobre *lord* Westlin y usted.

Grace lo miró, manteniendo la compostura. Era consciente de lo que ocurría, pero escuchar al párroco mencionarlo directamente le hizo sentir una punzada de incomodidad.

—No me interesa lo que diga la gente —respondió ella con un tono controlado, aunque firme—. Los rumores no cambiarán la verdad.

Elior frunció el ceño mientras su rostro expresaba una mezcla de inquietud y compasión. Sabía que Grace no iba a rendirse fácilmente, pero no podía quedarse de brazos cruzados mientras la veía sufrir en silencio.

—Si me permite opinar, creo que ese hombre ya le causó demasiado dolor en el pasado. Los vecinos han empezado a contar historias, y ninguna de ellas le hace justicia a lo que usted ha sufrido —continuó con una mezcla de preocupación y resentimiento—. *Lord* Westlin no merece su perdón, ni el de Robert. Usted ha construido una vida sin él, y no debería permitir que lo destruya todo de nuevo.

Las palabras de Hartwell hicieron eco en la mente de Grace. Sabía que tenía razón en algunas cosas. Sin embargo, no podía evitar sentir que había algo más detrás de su insistencia. Su mirada se clavó en él, buscando respuestas que él no podía darle.

—Lo que hice, lo hice por mi hijo —declaró con una determinación que no se tambaleaba—. Y lo que decida hacer ahora también será por él. No dejaré que Westlin nos lastime de nuevo, señor Hartwell, pero tampoco me precipitaré en mis decisiones.

Elior notó la firmeza en su tono, aunque no retrocedió. Se acercó un paso más, inclinando un poco la cabeza hacia ella, como si tratara de hacerla entrar en razón.

—Con todo respeto, *lady* Grace —expresó con una calma contenida—, debo decirle que este hombre no tiene lugar en su vida. *Lord* Westlin no ha regresado por amor, sino por orgullo. Lo que busca es controlar lo que dejó atrás, no enmendar sus errores. ¿Cómo puede confiar en alguien que la traicionó tan profundamente?

Grace respiró hondo, apartando la mirada hacia el horizonte. Las palabras se clavaban como agujas, pero también había algo que la incomodaba en su tono, en su insistencia. No era solo preocupación lo que descubrió en los ojos del párroco, sino también una especie de celo mal disimulado.

—No es tan simple —murmuró finalmente, como si hablase consigo misma más que con Elior—. No lo es.

Elior se acercó un poco más, bajando la voz, como si quisiera que sus palabras fueran solo para ella.

—No, no lo es. Pero es necesario tomar decisiones antes de que todo se desmorone —replicó insistente—. *Lady* Grace, Robert y usted merecen algo mejor, alguien que los valore como es debido.

Grace sintió cómo la frustración comenzaba a arder en su interior. El eco de lo que Elior había dicho seguía presente en su mente, pero lo que más la irritaba era esa insistencia en que los demás pretendieran decidir lo que era mejor para ella y su hijo. Sabía que la gente siempre había hablado de su vida, de sus decisiones, pero ahora, con el regreso de Marcus, todo parecía haberse salido de control.

—Señor Hartwell, le agradezco su preocupación —respondió esforzándose por mantener la compostura—, pero como comprenderá, esta es una decisión que debo tomar por mí misma.

El párroco se quedó en silencio, observando el rostro de Grace con una mezcla de decepción y frustración. Sabía que ella estaba cerrada en su resolución, aunque no podía abandonar la idea de que, si Marcus continuaba presente, terminaría causándole más sufrimiento.

—Si en algún momento siente que necesita un apoyo, sabe que estoy aquí —declaró finalmente, dando un paso atrás.

Grace asintió, pero ya no lo escuchaba. Su mente estaba en otra parte, luchando con los fantasmas que Marcus había traído consigo. Elior inclinó ligeramente la cabeza a modo de despedida, y sin decir más, se dio la vuelta, caminando en dirección a la iglesia.

Cuando finalmente se quedó sola, un pesado silencio cayó sobre ella. Suspiró cerrando los ojos por un momento, permitiéndose sentir el agotamiento emocional que había estado evitando. Las palabras de Elior seguían flotando en el aire, pero no conseguían desplazar las dudas que la atormentaban desde que Marcus había reaparecido en su vida.

Sabía que el párroco tenía razón en muchos aspectos. Marcus la había herido profundamente, había destruido su confianza, pero ¿acaso eso lo hacía incapaz de cambiar? Cada vez que recordaba su confesión, sentía una punzada de dolor mezclado con algo más, algo que no se atrevía a nombrar todavía.

«Te amo, Grace, nunca dejé de amarte».

Aquella confesión, repetida una y otra vez en su mente, la desgarraba desde dentro. Sabía que

debía proteger a su hijo, que no podía dejar que Westlin lo lastimara como lo había hecho con ella. Pero también sabía que la sinceridad en su voz había sido innegable. Y eso era lo que más la confundía.

Se sentó junto al fuego, observando las llamas con una mirada perdida. Marcus había cambiado, pero ¿sería suficiente? ¿Podría perdonarlo alguna vez? La incertidumbre la consumía, mientras las sombras de la noche caían, tan oscuras como sus propios pensamientos.

La casa de Grace estaba sumida en un silencio incómodo. Diez días habían pasado desde que Simon le contó todo sobre Marcus, pero la incertidumbre seguía pesando en su pecho. Las palabras de Holloway se repetían en su mente como un eco lejano, trayendo consigo recuerdos que había tratado de enterrar durante años. Mientras el sol descendía en el horizonte, pintando el cielo de tonos anaranjados y rosados, Grace observaba sin realmente ver. El crepúsculo teñía el paisaje con un aire melancólico que reflejaba el estado de su alma.

Cada día, desde aquella revelación, había sido una lucha por mantener la compostura. El día terminaba, pero su mente seguía atrapada en el torbellino emocional que Marcus, el hombre al que había intentado olvidar, había desatado nuevamente. Y ahora no era solo su corazón el que estaba en juego; también estaba Robert. Su hijo, su mayor razón de ser, y la inesperada conexión que lo unía al hombre que tanto la había hecho sufrir.

El sonido de la puerta interrumpió sus pensamientos, como una llamada de atención a la realidad. Lentamente se giró para recibir la visita; cada movimiento le resultaba pesado por la falta de descanso y las noches de insomnio. Al esta abrirse del todo, se encontró con Lesly, cuya expresión reflejaba preocupación. No necesitaban palabras para entenderse. Había algo en el ambiente que ya lo decía todo.

—*Lady Grace...* —comenzó a decir la doncella en un susurro suave, como si temiera romper algo frágil en el aire—. No puede seguir así.

Sin esperar una invitación, Lesly entró y se acomodó frente a ella. La confianza y cercanía que siempre habían compartido le permitían actuar así, sabiendo que, aunque Grace intentara ocultarlo, necesitaba ser abordada.

—Sé que ha sido muy difícil para usted... —empezó con delicadeza—. Y sé lo que piensa... que no puede perdonarlo. Pero, mi señora, no puede seguir viviendo con ese muro alrededor de su corazón.

Grace bajó la mirada, apretando los labios en un gesto de contención. Las emociones eran una maraña enredada dentro de ella. Quería gritar, llorar, pero, sobre todo, quería entender por qué después de tanto tiempo Marcus había regresado solo para revolver todo lo que ella había intentado dejar atrás.

—No es tan fácil, Lesly —murmuró con un cansancio palpable en cada palabra—. Él me rompió de una manera que no puedo olvidar. Todo lo que sufrí... no puedo simplemente ignorarlo.

La señorita Kranst tomó sus manos entre las suyas. Era un gesto maternal, casi como una hermana mayor que deseaba proteger a Grace de sí misma. La suavidad de sus palabras contrarrestaba con la dureza de los sentimientos que cargaba su señora.

—No le pido que lo olvide, mi señora, pero recuerde el pasado. Fui testigo de cómo lloraba por las noches cuando descubrió que estaba embarazada. Se sentía hundida porque él no estaba a

su lado. Aún no he olvidado cómo esperaba cada día que *lord* Westlin apareciera, cómo su corazón se rompía un poco más cada vez que otro día pasaba sin noticias suyas.

Grace apartó la vista y su garganta se cerró ante el dolor de esos recuerdos. Era cierto. Aquellos primeros meses de embarazo, cuando creía que su vida se desmoronaba a su alrededor, habían sido de los más difíciles que había vivido. Cada mañana se despertaba con la esperanza de que Marcus volvería, de que comprendiera que todo había sido un malentendido... pero cada día su ausencia confirmaba lo contrario.

—Pensaba que jamás lo volvería a ver... —susurró Grace, con la voz temblorosa, como si aquellos recuerdos aún estuvieran demasiado cerca de la superficie.

Lesly no la soltó. Sus ojos, llenos de una comprensión profunda, buscaron los de Grace con firmeza.

—Y, sin embargo, en el fondo... —Lesly hizo una pausa, midiendo sus palabras—. Desde la llegada de *lord* Haspirin supo que era él, ¿verdad? Su corazón lo reconoció.

Grace cerró los ojos, dejando que las palabras de Lesly calaran profundamente en su interior. Siempre había existido esa sospecha, esa certeza intuitiva que había negado durante semanas. ¿Por qué, entonces, no lo había rechazado desde el principio? ¿Por qué permitió que se acercara a Robert? Lesly, como siempre, tenía razón. Grace lo había amado tanto que, en el fondo, había querido creer que era él, aun cuando la razón le decía que no podía ser.

—Lo ha amado siempre, mi señora —insistió la doncella con palabras más suaves, pero no menos ciertas—. Y aunque esté llena de rabia, ese amor sigue ahí, latente, esperando. No puede huir de eso. No le pido que lo perdone esta noche... pero tiene el resto de su vida para hacerlo.

Grace inhaló profundamente, tratando de calmar el caos que se estaba desatando en su pecho. No quería admitirlo, pero la idea de que Marcus aún la amaba, y que quizá él también había cambiado, resonaba con fuerza en su interior. Las lágrimas querían brotar, pero se resistía a dejarlas salir. Ya había llorado demasiado por él. Demasiado por un hombre que le había arrebatado más de lo que jamás le dio.

—No sé si puedo volver a confiar en él —murmuró con voz casi quebrada—. ¿Cómo puedo estar segura de que no me romperá el corazón de nuevo?

La señorita Kranst apretó sus manos con más fuerza, en un intento de infundirle valor.

—Mi señora, usted lo sabe... en el fondo, sabe que *lord* Westlin ha cambiado. Y si está aquí ahora, es porque no puede vivir sin usted. —Lesly hizo una pausa, evaluando el rostro de Grace, buscando un resquicio en sus defensas—. Si me permite hablar con franqueza, *lady* Grace... ha huido durante demasiado tiempo. Es hora de enfrentarse a lo que realmente siente. Si él le ha dicho que la ama, si ha vuelto para suplicarle perdón... tal vez debería darle una oportunidad a lo que anhela su corazón

Grace dejó escapar un suspiro tembloroso. El silencio que siguió fue casi tangible, cargado de todas las dudas, los miedos y los deseos no cumplidos que había cargado durante años. ¿Podría realmente enfrentarse a Marcus? ¿Podría dejarse llevar por lo que aún sentía? Y si lo hacía, ¿no corría el riesgo de ser herida de nuevo?

Finalmente, asintió. Era un gesto pequeño, pero suficiente para que Lesly supiera que había logrado penetrar las barreras de su miedo.

—Debo verlo —susurró Grace sin mirarla—. Debo hablar con él.

Lesly sonrió suavemente con un brillo de triunfo en sus ojos.

—Vaya. Siga lo que le dicte su corazón.

Con esa frase, Grace supo que no había marcha atrás. Sabía que debía luchar por sus

emociones, hablar con Marcus y enfrentarse a todo lo que había evitado durante tanto tiempo. Se levantó lentamente, con la determinación de una mujer que ha sufrido demasiado y que ya no puede permitirse seguir huyendo.

El camino hacia la casa parecía extenderse indefinidamente ante ella. Con cada paso que daba, sentía el peso de lo que estaba por venir, aunque también una extraña ligereza. Como si, al acercarse a la verdad, se despojara de la carga de diez años de dudas, sufrimientos y silencios. La residencia se levantaba ante ella, grande y silenciosa, como si también esperara este momento.

Al llegar, se detuvo frente a la puerta, respirando hondo antes de levantar la mano para llamar. El sonido de sus nudillos golpeando la madera parecía resonar en el aire. Pasaron unos segundos antes de que la puerta se abriera, revelando a Simon.

El mayordomo la observó con una mezcla de sorpresa y expectativa.

—*Lady Grace...* —dijo, inclinándose ligeramente—. ¿Qué desea?

—Quiero ver a Marcus —respondió sin dudar.

Holloway asintió rápidamente y la invitó a pasar. La tensión en el aire era palpable mientras él la guiaba hacia el salón donde su señor se encontraba. Al cruzar el umbral, Simon se detuvo, comprendiendo que ese era un momento que no le correspondía presenciar. Se inclinó una vez más y, sin una palabra, cerró la puerta tras de sí.

Grace observó a Westlin de pie junto a la chimenea, su figura alta y algo encorvada estaba iluminada por las llamas titilantes. Había algo diferente en él, algo que no había notado antes. Marcus levantó la cabeza al sentir su presencia y la miró con una mezcla de desesperanza y deseo, pero no hizo ningún gesto para acercarse. Esperaba, como si supiera que cualquier movimiento precipitado podría romper el frágil equilibrio entre ellos.

A medida que lo observaba, Grace se dio cuenta de lo delgado que estaba. Los días que habían pasado sin verse lo habían transformado. El cuello de su camisa, desabrochada hasta el pecho, dejaba ver una piel más pálida de lo habitual, casi transparente bajo la luz del fuego. Su rostro, antes marcado por una elegancia serena, ahora mostraba signos de un agotamiento profundo. La barba, que había crecido en su ausencia, le daba un aire más descuidado, como si hubiera renunciado a todo lo que antes lo definía. El cabello, sin el esmero habitual, caía desordenado sobre su frente, revelando la falta de interés en su propia apariencia.

Había algo desolador en su figura, una vulnerabilidad que no recordaba haber visto en él. Marcus siempre había sido un hombre imponente, seguro de sí mismo, incluso en los momentos más tensos de su relación. Pero ahora, mientras lo miraba en silencio, Grace se dio cuenta de que él también había estado sufriendo, quizá tanto como ella. El peso de los últimos días se reflejaba en cada línea de su rostro, en los hombros caídos, en la mirada triste que no lograba ocultar.

Por un momento, su corazón titubeó. Había estado tan enfocada en su propio dolor que no había considerado el suyo.

Finalmente, fue ella quien rompió el silencio.

—No puedo seguir así, Marcus —declaró con un tono que denotaba toda la lucha interna que había librado—. No es justo para ninguno de nosotros.

Westlin asintió. Sabía que ese momento llegaría, pero nada podía prepararlo para el dolor que

sintió al escuchar esas palabras en voz alta. Dio un paso hacia ella, con cautela.

—Grace... lo sé. Te he herido de maneras imperdonables. No hay excusa para lo que hice, ni espero que lo olvides —expresó con la voz cargada de arrepentimiento—. Sin embargo, insisto en que he vuelto porque no puedo vivir sin ti. Porque... te amo.

Las palabras cayeron sobre ella con una intensidad que no esperaba. Cerró los ojos, intentando contener las lágrimas que amenazaban con brotar.

—¿Y crees que decir que me amas es suficiente? —replicó con amargura—. ¿Que todo lo que me hiciste se borrará con una simple confesión?

Marcus bajó la cabeza, tragando con dificultad.

—No espero que me perdones de inmediato —dijo suavemente—. Sé que lo que hice es imperdonable. Y estoy dispuesto a pasar el resto de mi vida demostrándote cuánto lamento lo que hice.

Grace lo miró, tratando de procesar lo que sentía. Quería rechazarlo, quería decirle que ya era tarde... No obstante, una parte de ella seguía aferrada a lo que alguna vez compartieron. Una parte de ella aún lo amaba, aunque le doliera admitirlo.

—No sé si puedo confiar en ti —murmuró con una voz desgarrada—. Me rompiste el corazón una vez... ¿cómo sé que no lo harás de nuevo?

—No lo haré —determinó con una urgencia que le sorprendió a sí mismo—. Lo único que puedo ofrecerte es mi sinceridad. No soy el mismo hombre de antes, Grace. Cambié porque tú me cambiaste. Me equivoqué, y cada día me arrepiento de estos diez años. No te pido que me perdones ahora, solo te pido una oportunidad. Una para demostrarte que soy el hombre que está dispuesto a dar su vida para salvar la tuya.

Grace sintió cómo su resolución se tambaleaba. Las lágrimas que había contenido tanto tiempo finalmente brotaron, y por primera vez en años, dejó que Marcus viera su dolor. No sabía si podía perdonarlo, pero una cosa era cierta: no podía seguir ignorando lo que sentía.

—No puedo prometerte nada —susurró—. Pero... estoy dispuesta a intentarlo.

Marcus asintió, comprendiendo el significado que esas palabras encerraban.

—Entiendo que será difícil para nosotros poder olvidar el pasado —replicó suavemente—. Solo te pido que me dejes intentarlo. Que me dejes demostrarte que puedo ser el hombre que necesitas.

El silencio volvió a caer entre ellos, pero esta vez no era un silencio incómodo. Era uno cargado de emociones, de sentimientos no expresados, de todo lo que había quedado sin decir durante esos diez años de separación.

Finalmente, Grace respiró hondo, tomando una decisión. No sabía si estaba preparada para perdonarlo, pero sí sabía que no podía seguir huyendo de lo que sentía. Tal vez era el momento de dejar de luchar contra lo que su corazón le decía.

Grace caminó hacia Marcus, con el corazón acelerado mientras cada paso la acercaba más a lo que sabía era un punto de no retorno. El espacio entre ellos se acortaba con una intensidad que le erizaba la piel. Marcus, inmóvil, observaba en silencio, sin atreverse a respirar. Había algo en la mirada de ella que lo desarmaba, una mezcla de determinación y duda que lo hacía temer el resultado de ese encuentro.

Al llegar a su lado, Grace levantó una mano temblorosa, sus dedos rozaron la barba áspera de Marcus, que no había afeitado en días. Su mirada descendió por su rostro, notando el cansancio grabado en sus ojos, el contorno afilado de sus pómulos y el cuello delgado, visible bajo la camisa desabrochada. La visión de ese hombre, tan diferente al que recordaba, la sacudió.

Marcus ya no era el marqués altivo que conoció, sino alguien que había sufrido tanto como ella. Ese detalle, su vulnerabilidad, lo hacía aún más humano ante sus ojos.

Sin pensar demasiado, Grace acortó la distancia que los separaba. Podía sentir el calor de su respiración cuando sus rostros quedaron cerca. Por un instante, todo quedó suspendido. Se miraron, como si se estuvieran reconociendo por primera vez, y luego, de manera casi instintiva, sus labios se encontraron. Al principio fue un contacto suave, apenas un roce tímido, como si ambos temieran romper la delicada tensión que los mantenía unidos. El beso era una pregunta, una búsqueda de lo que había quedado después de tanto dolor y separación.

Pero pronto, esa suavidad se transformó en algo más. La inseguridad inicial dio paso a un deseo reprimido durante demasiado tiempo. Grace llevó sus manos al cuello de Marcus, aferrándose a él como si temiera que pudiera desvanecerse, mientras él la rodeaba con sus brazos, acercándola más hacia su cuerpo. No era solo un gesto de pasión; era una necesidad de cercanía, de recuperar todo lo que habían perdido.

El beso se intensificó, cargado de todo lo que no se habían dicho durante años. Cada movimiento era una confesión silenciosa, un grito de todo lo que habían sufrido. Ya no era una simple reconciliación; era un reencuentro en lo más profundo, un recordatorio de que el amor que habían compartido nunca había desaparecido del todo.

El tiempo pareció detenerse mientras sus labios se movían al unísono, como si con ese acto pudieran curar todas las heridas que los habían separado. La urgencia crecía con cada segundo, el pasado y el presente se entremezclaban en ese instante, y el dolor comenzaba a disolverse, reemplazado por una esperanza que ninguno de los dos había querido admitir.

Finalmente, cuando sus labios se separaron, ambos respiraban con dificultad, temblando por la intensidad de lo que acababa de ocurrir. El silencio que siguió no fue incómodo; al contrario, estaba lleno de promesas, de nuevos comienzos. Marcus la miraba, con los ojos cargados de emociones y Grace, aún con la respiración entrecortada, comprendió que lo que acababan de compartir era mucho más que una simple reconciliación. Había sido una rendición mutua, el inicio de algo que llevaba años esperando florecer.



## Epílogo

### Strathmore, Escocia. 1877

**La** casa era un bullicio de actividad. Desde que Westlin había comprado la residencia de los antiguos propietarios, el lugar se había convertido en su nuevo hogar, un refugio que compartía con Grace y Robert. Aquella tarde, la vivienda vibraba con la excitación de un acontecimiento muy esperado. Las doncellas subían y bajaban las escaleras con palanganas de agua caliente y toallas limpias, preparándose para el nacimiento del nuevo miembro de la familia Westlin.

Holloway, con su andar inquieto, recorría el amplio *hall*, claramente incapaz de disimular los nervios que lo invadían. La ansiedad le empujaba a moverse de un lado a otro, mientras sus ojos se dirigían continuamente hacia la escalera, esperando que alguien trajera noticias. A su lado, Robert daba pequeños saltos, impaciente por conocer a su nuevo hermano.

Marcus estaba de pie frente a las escaleras con la postura rígida y sus ojos fijos en la planta superior. El eco de las pisadas en la casa parecía atenuarse frente al latido de su corazón, que retumbaba con fuerza, anticipando el momento más importante de su vida: el nacimiento de su segundo hijo. Este niño simbolizaba una nueva etapa, una prueba de amor entre él y Grace que borraría cualquier rastro de sufrimiento pasado.

—Papá, ¿cuánto falta para que mi hermano nazca? —preguntó Robert, rompiendo el hilo de los pensamientos de Marcus. El niño, a quien cada día se parecía más físicamente, lo miraba con expectación.

Marcus esbozó una pequeña sonrisa al mirar a su hijo. Era como verse a sí mismo en un espejo, los mismos ojos oscuros, el mismo cabello negro. Esa conexión, ahora legitimada por completo, le hacía sentir un orgullo que desbordaba su pecho.

—No lo sé, Robert. Puede que no tarde mucho —respondió acariciando la cabeza del niño con ternura.

—¡Estoy tan emocionado que no puedo esperar más! —exclamó antes de correr hacia Simon, en busca de entretenimiento para aliviar la espera.

Westlin lo siguió con la mirada, su sonrisa se amplió. Recordaba claramente el día en que finalmente recibió la carta tan esperada, aquella que había anhelado con Grace durante meses. El documento que confirmaba la legitimidad de Robert, transformándolo oficialmente en Robert Baxter, barón de Whitby y futuro marqués de Westlin. Fue un proceso complicado, lleno de obstáculos, pero con la ayuda de Symes y otros testigos clave, habían logrado el reconocimiento que su hijo merecía.

Symes había testificado bajo juramento que cuando él y Clarisse se casaron en Gretna Green,

Westlin y Grace también lo hicieron. Y aunque su amigo exigió un trato a cambio de su testimonio, Marcus no dudó en sacrificar parte de su fortuna si eso significaba asegurar el futuro de su primogénito.

Después de la resolución sobre Robert, también trabajaron para que Grace fuese reconocida oficialmente como hija legítima de los condes de Hesse. Este proceso, aunque no tan complicado como el de Robert, también fue largo y meticuloso. Pero al final, Grace fue aceptada nuevamente en la aristocracia, no solo como *lady* Grace, sino como marquesa de Westlin. La felicidad que todo eso les trajo, aunque inmensa, no se comparaba con el momento en que Grace le confesó que estaba embarazada.

Ese día había sido inolvidable. Marcus, al escuchar la noticia, cayó de rodillas frente a su esposa, besando su vientre con lágrimas en los ojos. Había llorado de felicidad, agradeciendo al cielo por esta nueva oportunidad que la vida le otorgaba. La llegada de ese segundo hijo era la prueba definitiva de que Grace lo había perdonado, de que el pasado quedaba atrás y un futuro brillante los aguardaba.

La voz de Lesly lo sacó de sus recuerdos.

—¡Milord! —gritó desde lo alto de la escalera, con la respiración agitada por la emoción—. ¡Es una niña!

Marcus no esperó más. Subió las escaleras casi volando, su corazón latía con fuerza desbocada. En cada escalón, sentía que toda la tensión y los nervios que lo habían mantenido en vilo durante las últimas horas comenzaban a disolverse. Cuando llegó a la habitación, las doncellas que estaban ocupadas en sus labores se apartaron, dándole espacio para que pasara. Westlin apenas las notó, su atención estaba únicamente en Grace y en el pequeño ser que sostenía en sus brazos.

Al ver a su esposa, el agotamiento reflejado en su rostro contrastaba con la sonrisa suave que le dedicaba. Y allí, envuelta en una mantilla blanca, estaba su hija, tan pequeña, tan perfecta. Los ojos de Marcus se llenaron de lágrimas, la emoción era tan abrumadora que apenas podía contenerse.

Se acercó a Grace, inclinándose para darle un beso suave en los labios.

—Gracias, mi amor. Gracias por todo tu esfuerzo... por darme otro hijo —murmuró con la voz quebrada por la emoción.

Ella, con una sonrisa cansada, levantó a la pequeña para que Marcus pudiera verla de cerca.

—Mírala —susurró.

Marcus miró a su hija, y al hacerlo, el mundo pareció detenerse. Aquella diminuta criatura, con su cabello negro y sus labios en forma de corazón, era un reflejo suyo. No cabía duda de que aquella niña era suya, una continuación de su propio ser.

—Es injusto, ¿no crees? —bromeó Grace mirándolo a los ojos—. Se parece completamente a ti.

Marcus sonrió, sin poder apartar la mirada de la pequeña.

—Hola, pequeña Grace —dijo en un susurro lleno de ternura, dirigiéndose a su hija—. Tu madre dice que es injusto que te parezcas tanto a mí, pero yo no lo veo así. Estoy orgulloso de que tú y tu hermano seáis como dos gotas de agua. Y eso, señorita, me ayudará a mantener a los pretendientes indeseables lejos de ti.

Grace soltó una carcajada, aunque el cansancio no le permitió reír con tanta fuerza como habría querido.

—¡Marcus! —lo reprendió suavemente, aunque en su voz se notaba la felicidad.

Westlin se levantó y, antes de que Grace pudiera responderle, se inclinó hacia ella y la besó de nuevo. Fue un beso cargado de gratitud, amor y promesas por el futuro que estaban construyendo juntos.

—Te quiero, mi amor —declaró con la voz aún emocionada.

Grace lo miró con los ojos llenos de una ternura que él no había visto desde hacía mucho tiempo.

—Yo también te quiero, Marcus —respondió susurrando por primera vez esas palabras que él había soñado escuchar.

En aquel momento, mientras Westlin miraba a ambas, supo que todo había valido la pena. El dolor, los sacrificios, el tiempo perdido. Todo los había llevado a ese preciso instante. Y mientras sostenía la mano de su esposa y miraba a su hija, Marcus comprendió que, finalmente, había encontrado el hogar que siempre había anhelado.

## Nota de la autora:

Muchísimas gracias por leer esta novela. Sé que habéis esperando mucho, rezo para que esa espera haya merecido la pena. Como me pasa con todas las novelas que escribo, ¡me encanta! Sí, no soy objetiva, lo sé, pero debéis comprender que es mi bebé y no puedo hacer ni una sola crítica negativa (ya habrá gente que lo haga por mí, hahahahahaha). Bueno, deseo que hayas pasado unos ratos agradables y emocionantes con esta historia, ese era mi primer objetivo.

Sin más, me despido hasta la siguiente, no sin antes recordarte que el avance de la próxima novela que vas a leer a continuación es de mi otro seudónimo (Adelaide Sinclair). De momento, las tres novelas de la primera serie de Regencia, estarán publicadas con él. No sé si en el futuro seguiré usándolo o continuaré con el de Dama. En serio, todavía no lo he pensado. Es cierto que Dama me ha dado muchas cosas buenas, que hemos crecido juntas, pero también he encontrado muchas malas que me han hecho demasiado daño. Ya te digo, no sé qué haré en un futuro. De todas formas, sabes que tanto Dama como Adelaide son la misma persona y que las dos quieren hacer disfrutar de una buena lectura.

Un beso enorme, os quiero, ya lo sabéis.

## Avance de la próxima novela:

### Un amor orgulloso (Adelaide Sinclair)

*Otoño de 1825*

*Ravenswood Manor, cerca de Bath, Inglaterra*

Vivian cabalgaba sobre Artemis al galope. A pesar de que sabía que pronto comenzaría una tormenta, decidió salir de su hogar porque ya no soportaba la presión que vivía allí. Su madre, por quinta vez, le había repetido que regresarían a Londres en la próxima primavera y que buscaría de una vez un esposo. Si ella no elegía quién sería su futuro marido, su padre, el honorable conde Edmund Harrington, buscaría al mejor candidato para que, tras su muerte, pudiera cuidar de su hija y continuar generando beneficios y trabajo con la herencia que obtendría del matrimonio. Vivian no quería que le escogieran el esposo, quería que el destino se lo pusiera en el camino y que ambos se enamoraran.

El viento azotaba su rostro mientras Artemis avanzaba con fuerza a través de los campos ondulantes de Ravenswood Manor. El cielo, encapotado y gris, presagiaba la inminente tormenta, pero Vivian apenas lo notaba. Su mente estaba abrumada por la insistencia de su madre y las expectativas de la sociedad. Las temporadas pasadas en Londres habían sido un tormento para ella. Recordaba con amargura las miradas de desaprobación y las murmuraciones detrás de los abanicos de seda. Las jóvenes más esbeltas y altivas monopolizaban la atención, mientras ella, con su figura robusta y su estatura baja, era relegada a un segundo plano.

Vivian recordó las contadas ocasiones en las que había sido invitada a bailar. Dos piezas en toda la temporada, y ambas con viudos de cincuenta años que, aunque corteses, solo buscaban una nueva esposa por conveniencia. Había rechazado sus proposiciones con una agudeza que aún la hacía sonreír. Aunque no poseía el canon de belleza estipulado por la sociedad, su inteligencia y astucia le proporcionaban un consuelo inestimable. Se vanagloriaba de su capacidad para esquivar los matrimonios por interés, soñando con un amor verdadero que trascendiera las apariencias y las expectativas sociales.

A medida que avanzaba, las primeras gotas de lluvia comenzaron a caer, creando un suave tamborileo sobre el follaje denso del bosque cercano. Las colinas de Ravenswood, cubiertas de un verde exuberante, ofrecían un refugio temporal del mundo exterior, un santuario donde podía reflexionar en paz. Los árboles, altos y majestuosos, se mecían con el viento, susurrando historias de épocas pasadas.

Vivian apretó las riendas y permitió que Artemis disminuyera el paso. Sentía que el peso de las expectativas de su familia y de la sociedad la aplastaban, y estas cabalgatas solitarias eran su única válvula de escape. Pensó en su madre, la condesa Beatrice Harrington, cuya determinación de verla casada bordeaba la obsesión. Para Beatrice, cada temporada que pasaba sin un compromiso era un fracaso personal. Vivian suspiró, sabiendo que su madre simplemente quería lo mejor para ella, pero deseando que pudiera entender su deseo de encontrar el amor genuino y no simplemente un matrimonio de conveniencia.

Las temporadas en Londres siempre habían sido un suplicio. Mientras otras jóvenes de su edad disfrutaban de la atención y los halagos, Vivian se encontraba en el margen, observando desde la distancia.

Recordaba vívidamente los bailes, las luces brillantes, los vestidos elegantes, y cómo se sentía como una extraña en medio de la multitud. Sus intentos de socializar eran frecuentemente ignorados, y los pocos que le prestaban atención lo hacían más por cortesía que por verdadero interés.

A pesar de todo, Vivian no era una persona amargada. Sabía apreciar la belleza de la vida y encontraba consuelo en su inteligencia y en sus talentos. Pasaba horas leyendo, dibujando y explorando las tierras de Ravenswood. Le encantaba perderse en los libros, donde aprendía un sinfín de cosas nuevas. Sus dibujos eran su escape, llenos de paisajes soñados y figuras de cuento. Cabalgar sobre Artemis era un placer y un respiro de vida...

Mientras avanzaba, los campos de Ravenswood se desplegaban a su alrededor como un vasto océano verde, interrumpido solo por las colinas ondulantes y los bosques densos. La tranquilidad del lugar la reconfortaba. Aquí, lejos del bullicio de Londres y de las críticas de la sociedad, podía ser simplemente ella misma. La conexión con la naturaleza y la libertad que sentía al cabalgar eran sus mayores consuelos. Artemis, su fiel caballo, parecía entender sus pensamientos y emociones, ajustando su ritmo según el estado de ánimo de Vivian.

Observó cómo las gotas de lluvia caían a su alrededor, creando pequeñas ondas en los charcos que se formaban en el suelo. El sonido de la lluvia era hipnótico, casi meditativo. Cerró los ojos y dejó que sus pensamientos vagaran libremente. ¿Dónde estaba el hombre destinado a ser su compañero de vida? ¿Existía alguien que pudiera ver más allá de las superficialidades y apreciar su verdadero ser? En su corazón, Vivian mantenía la esperanza de que, en algún lugar, su destino la esperaba, y que algún día, sus caminos se cruzarían en un momento de pura serendipia.

La lluvia comenzó a caer con más fuerza, y decidió que era hora de buscar refugio. Dirigió a Artemis hacia una arboleda cercana, donde los árboles proporcionaban algo de protección contra la tormenta. Mientras se resguardaba bajo el dosel de hojas, reflexionó sobre dónde debía dirigirse para resguardarse de la tormenta que se acercaba. «La casa del guardabosque», determinó. Aunque el señor Spencer no estaría allí, pues acababa de partir hacia Londres para visitar a su nuevo sobrino, podía usar la casita para cobijarse hasta que algún sirviente fuera en su búsqueda o cesara de llover. Azuzó a Artemis hacia dicha dirección al tiempo que la tormenta llegaba.

Vivian apenas podía ver por culpa de la lluvia, pero sabía que iba por el camino correcto. Las gotas gruesas y frías le golpeaban el rostro, haciéndole difícil mantener los ojos abiertos. Cada relámpago iluminaba brevemente el sendero, dándole destellos de esperanza en medio de la oscuridad. Finalmente, divisó la pequeña casa del guardabosque y sintió un alivio momentáneo.

Cuando estaba a punto de alcanzar la valla de madera que el señor Spencer había construido alrededor de la vivienda para impedir la presencia de animales salvajes, observó un gran bulto en el suelo. Al principio, decidió no reparar en él, pues había muchos animales muertos por aquella zona debido al ataque de los zorros, pero según se acercaba, ese bulto cobraba forma y descubrió asombrada y horrorizada que era la figura de una persona. Sin dudarle un segundo, hizo frenar con brusquedad a Artemis, se bajó y fue corriendo hacia el hombre.

—¡Señor! ¡Señor! —dijo sacudiéndolo para despertarlo, por si estaba inconsciente.

Su rostro mostró horror al descubrir que aquel hombre, manchado de lodo y cubierto de mugre, sangraba por el hombro izquierdo y por la cabeza. Rápidamente, su ágil mente le informó que había sido golpeado y que, pese al aturdimiento, él echaría a correr. Entonces, su agresor le disparó. Posiblemente, dándolo por muerto, lo habría abandonado. Pero por las marcas de suciedad en los pantalones, el hombre se había arrastrado durante un largo trayecto buscando ayuda.

Con prisa, puso la mano debajo de la nariz y al apreciar que respiraba, una sensación de alivio la embargó. Con un esfuerzo titánico, intentó levantarlo, pero su cuerpo inerte y la lluvia dificultaban la tarea. El barro hacía que sus pies resbalaran y apenas lograba mantenerse en equilibrio.

—¡Vamos, Vivian, puedes hacerlo! —se dijo a sí misma, mientras se inclinaba y, con gran esfuerzo, comenzó a arrastrar el cuerpo hacia el interior de la casa del guardabosque.

El barro se adhería a su vestido, haciéndolo más pesado con cada paso. Su respiración era agitada, sus pulmones ardían con el esfuerzo. Intentó mantener la calma, pero cada vez que el hombre se deslizaba de sus manos, una ola de pánico la invadía. Con el cabello mojado y desordenado cubriéndole el rostro, apenas podía ver lo que había a su alrededor.

En un momento de desesperación, sus pies resbalaron en el lodo, y cayó de espaldas, golpeándose el trasero contra el suelo. La caída le arrancó un gemido de dolor y frustración. Sin embargo, no permitió que la derrota la venciera. Se levantó con dificultad, sintiendo el frío penetrante de la lluvia y el barro que empapaban su ropa, y volvió a intentarlo.

Cada movimiento se sentía como una batalla, cada centímetro ganado era una pequeña victoria. Finalmente, logró arrastrar al hombre hasta el porche de la casita. Sus manos temblaban por el esfuerzo y el frío, y tuvo que detenerse para recuperar el aliento. Su mente trabajaba a mil por hora, buscando la mejor manera de entrar en la casa sin soltarlo.

Con una última exhalación de determinación, se arrodilló y, usando toda la fuerza que le quedaba, abrió la puerta de la cabaña. Logró empujar al hombre hacia adentro, sintiendo como sus propios músculos protestaban con cada movimiento. El interior de la caseta era oscuro y frío, pero al menos estaban protegidos de la tormenta.

Vivian cerró la puerta con un empujón y se dejó caer de rodillas junto a él. Su vestido empapado se pegaba a su piel, su cabello desordenado caía en mechones alrededor de su rostro, y sus manos temblaban incontrolablemente. Sentía que el agotamiento la invadía, pero sabía que no podía rendirse ahora.

A duras penas, se levantó y buscó a tientas algún medio para encender un fuego. Recordó que el señor Spencer solía dejar leña seca y yesca junto a la chimenea. Con manos temblorosas, logró encender una pequeña llama que pronto se convirtió en un fuego cálido. La luz parpadeante iluminó el rostro pálido del hombre, revelando la gravedad de sus heridas.

Sin perder más tiempo, arrancó un trozo de tela de su vestido y lo utilizó para limpiar la sangre de la cara y del hombro del desconocido. Cada movimiento era acompañado por el sonido de la lluvia golpeando el techo de la cabaña y el crepitar del fuego recién encendido. A pesar del dolor y la fatiga, Vivian se concentró en su tarea con una determinación

férrea.

Finalmente, después de lo que le pareció una eternidad, logró detener el sangrado y limpiar las heridas lo mejor que pudo. Su cuerpo estaba exhausto, pero su mente seguía alerta, pendiente de cualquier señal de que el hombre recobrara la conciencia. Se dejó caer junto a él, observando su respiración lenta y superficial, y rezó en silencio para que sobreviviera a la noche.

El cabello de Vivian, ahora completamente suelto, caía en cascada alrededor de su rostro, enmarcando sus ojos verdes llenos de preocupación. Aunque su vestido estaba arruinado y su cuerpo dolido por el esfuerzo, sentía una extraña satisfacción. Había hecho todo lo posible por auxiliar al hombre, y aunque no sabía quién era ni qué había ocurrido, se comprometió a cuidarlo hasta que estuviera a salvo.

A pesar del cansancio, se apartó de él y cogió un candelabro que había sobre la mesa de madera. Prendió las velas en el fuego y se dirigió hacia la pequeña cocina para buscar un cazo. La estancia era sencilla, pero funcional. Los baldes de madera desgastadas albergaban tarros de conservas y frascos de hierbas secas. Las paredes, oscurecidas por el humo de la chimenea, daban un aire rústico al lugar. En un rincón, una pequeña mesa de madera mostraba signos de uso frecuente, con cuchillos y utensilios desordenados. No le resultó difícil encontrar lo que quería. Una vez tuvo el cazo en la mano, lo llenó de agua y se propuso regresar al salón. Sin embargo, no lo hizo al recordar que el señor Spencer siempre tenía hierbas curativas en la alacena, porque a menudo sufría algún que otro percance durante su trabajo.

Con el candelabro en la mano derecha, caminó hasta la pequeña

despensa y no tardó en encontrar lo que quería. Cogió un buen ramo de lavanda y lo echó al cazo. A pesar de su agotamiento, se movía con rapidez porque el tiempo apremiaba. Si las heridas del hombre no se curaban lo antes posible, su cuerpo no sería capaz de aguantar las fiebres que aparecerían en breve.

Mientras el agua se calentaba, buscó en su ropa aquellas zonas que estuvieran limpias. Al no encontrar nada, se lo levantó y se quitó las enaguas. Las hizo trozos para poderlas utilizar como vendaje y como paños de limpieza. Escuchó cómo el agua comenzaba a hervir y se colocó frente a la chimenea. Protegiendo su mano con la tela de su vestido, cogió el cazo y caminó hacia el hombre. Posó el cazo en el suelo, se arrodilló frente a él y le dijo:

—Disculpe, señor, pero voy a tener que desnudar ciertas partes de su cuerpo para poder curarlo. —Se quedó callada, como si esperara una respuesta—. ¿No dice nada? Supongo que estará de acuerdo —añadió con sarcasmo.

Con manos temblorosas pero decididas, comenzó a desabrochar la camisa del hombre. Cada botón parecía una pequeña victoria, un paso más cerca de poder ayudarlo. La tela, empapada y pegajosa, ofrecía resistencia, pero ella no se dejó vencer. Cuando terminó de quitarle la camisa y reveló la magnitud de la herida, Vivian se horrorizó. ¿Quién había querido matarlo? Porque no dudaba de que la bala iba directa al corazón.

El ambiente dentro de la cabaña era opresivo. La mezcla de humo de la chimenea y el olor metálico de la sangre llenaban el aire, haciéndolo denso y sofocante. La luz de las velas proyectaba sombras danzantes en las paredes, creando un juego de luces y oscuridad que acentuaba la

gravedad del momento. Vivian, a pesar de la tensión, mantenía su concentración. Sabía que cada segundo contaba.

—¡Vaya! —exclamó divertida mientras metía el primer trozo de tela en el agua caliente—. Nunca imaginé que la primera vez que viese ciertas partes masculinas sería para curarlas.

Limpió cuidadosamente la herida con el paño caliente, observando cómo el agua se teñía de rojo. Cada trazo con el paño era una batalla contra el barro y la sangre. La lavanda, que flotaba en el agua, emanaba un aroma suave y calmante, contrarrestando ligeramente el hedor acre de las heridas. Luego, aplicó el líquido para desinfectar y ayudar a la cicatrización. Cada movimiento era delicado, pero firme, y su concentración era absoluta.

A continuación, se dispuso a quitarle los pantalones. Con gran esfuerzo, logró desabrocharlos y deslizó la tela hacia abajo. La visión de sus piernas cubiertas de barro y moretones le causó una mezcla de compasión y determinación.

—Vamos, Vivian, no mires donde no debes —se dijo a sí misma, enfocándose en la tarea en cuestión.

Obligando a sus ojos a no admirar en la zona oculta bajo el calzón, ella limpió despacio aquellas largas y velludas piernas. Tal como había supuesto al verlo, se había arrastrado por el suelo con las rodillas para llegar hasta un lugar seguro.

Después de limpiarlo por completo, aplicó vendajes improvisados hechos de las enaguas. Su respiración seguía agitada, pero una sensación de logro la embargaba. Había hecho todo lo posible para estabilizar al hombre.

Finalmente, se permitió un momento para respirar profundamente y observar su trabajo. Él seguía inconsciente, pero su respiración era más regular, una señal de que podría recuperarse. Pero ella no se contentó con cuidar aquellas heridas y esperar a que todo marchara bien. Se levantó lentamente, cada músculo de su cuerpo protestaba por el esfuerzo reciente. Se acercó a la pequeña alacena y, recordando las veces que el señor Spencer le había hablado de sus hierbas curativas, buscó entre los frascos etiquetados con esmero. Encontró un tarro de manzanilla, conocida por sus propiedades antiinflamatorias y calmantes. Decidida a usar todos los recursos a su disposición, preparó una tisiana con la manzanilla para ayudar a bajar la fiebre y reducir la inflamación del hombre herido.

Durante el tiempo que la infusión se preparaba, ella regresó con él y le tocó la frente. Tal como había supuesto, comenzaba a tener fiebre y su cuerpo comenzaba a brillar por el sudor. Sin pensar en si ya era demasiado tarde para salvarlo, mojó varios trapos en el cazo con lavanda y fue limpiándolo de nuevo.

—No puede rendirse, señor. Ha de salir de esta para vengarse de la persona que le ha hecho daño. Si se muere, ese criminal obtendrá su propósito —comentó sin dejar de poner paños sobre su cuerpo para bajarle la temperatura.

En cuanto el aroma a manzanilla llegó a su nariz, se levantó deprisa y cogió el nuevo cazo. Se dirigió hacia la cocina y buscó algo donde poderse lo ofrecer a aquel hombre. Al ver una taza sobre una estantería, corrió hacia ella. La cogió, la llenó de infusión y volvió con él.

—Señor, necesito que beba esto. Le prometo que le ayudará a bajar las fiebres —dijo tras levantarle la cabeza y colocar la taza sobre sus

labios.

Pero el líquido caía sobre el cuello y el pecho y nada quedaba dentro de su boca. Nerviosa, colocó la cabeza de nuevo sobre el suelo y le abrió la boca para echarle una pequeña porción de infusión. Sin embargo, al escuchar que tosía, como si lo estuviera ahogando, no continuó.

—¿Qué diantres puedo hacer? —se preguntó en voz alta. Miró al hombre, miró la taza. Luego otra vez al hombre y suspiró—. Querido futuro esposo, lo siento —dijo antes de tomar un buen trago de infusión y dárselo al hombre a través de su boca. Como una mamá pájaro alimenta a sus polluelos.

Cuando no hubo nada en la taza, Vivian se retiró del hombre y lo miró perpleja. El destino le había jugado una mala pasada aquella tarde. No solo había visto por primera vez a un hombre semidesnudo, sino que también había sido la primera vez que sus labios habían tocado los de un hombre y... ¿con qué objetivo? Para salvarlo. Nada de placer, nada de agrado. Se había perdido la parte del romance, como le ocurría a diario en su vida.

Una vez que la respiración de su salvado fue regular y le bajó la fiebre, Vivian decidió tomar un leve descanso. Sin embargo, no pudo hacerlo porque escuchó voces fuera de la cabaña. Feliz al reconocer de quién se trataba, se levantó y salió corriendo para recibirlo.

—¡Señor Hawkins! —gritó al verlo bajar del carruaje.

—¡Gracias a Dios que la encuentro! —exclamó el lacayo al verla—. ¿Qué diablos le ha ocurrido? —preguntó asustado al encontrarla con aquel horrible aspecto.

—¡No es tiempo de explicarle por qué mis ropas están sucias y

rotas! —dijo ella llevándoselo hacia el interior de la vivienda—. ¡Hay que salvarlo! —indicó señalando al hombre con el dedo.

—¡Dios bendito! —clamó Hawkins al descubrir la figura humana—. ¿Por qué lo ha matado?

—¡No he sido yo! —comentó enfurruñada—. ¡Lo he salvado!

Tras suspirar hondo el sirviente, porque Vivian causaba problemas a diario, se dirigió hacia el hombre y comprobó su estado. Luego, al confirmar que ella había hecho un gran trabajo, cogió los pantalones y metió la mano en el bolsillo para buscar alguna información al respecto.

—¿Qué hace? —preguntó curiosa.

—Quiero averiguar su identidad —explicó moviendo la prenda para poder revisarla bien.

De repente, una tarjeta de visita arrugada y rota cayó al suelo. Hawkins la cogió, la extendió y la leyó.

—¡Santo Cristo! —exclamó.

—¿Quién es? ¿De quién se trata? —soltó con angustia.

—Se trata de lord Alaric Montagu, marqués de Windermere.

—¿Es un hombre muy importante? —preguntó, porque no había oído hablar sobre él.

—Sí, muy importante y peligroso —expresó el lacayo mirando de nuevo al herido.

—¿Cómo de peligroso? —dijo dando un paso hacia atrás, como si se fuera a levantar y atacarla.

—Señorita Harrington, es mejor que él no descubra que usted lo ha

salvado o su vida estará en riesgo —expresó Hawkins con angustia.

—Pues que no lo sepa —admitió ella muy firme.

—Bien, haremos lo siguiente: regrese en el carruaje y ate su caballo en él. Cuando esté en su hogar, pídale al cochero que me recoja. Mientras lo espero, vestiré de nuevo a este caballero. Luego lo llevaré hasta la mansión de los Ravenshire y les diré que me lo encontré en el camino. Ellos lo cuidarán.

—¿Estás seguro de que no le harán daño? ¿Tal vez su familia ha querido verlo muerto? —dijo con angustia.

—Es el único hijo varón del duque de Ravenshire y estoy seguro de que querrán cuidar a quien puede continuar con su linaje.

—En ese caso, confiemos en que su familia lo salve —aseveró Vivian mirándolo con lástima.

# Otros títulos

**Adelaide Sinclair**

- ***Serie Regencia 1:***

Un amor orgulloso (Libro 1)

Un corazón como garantía (Libro 2)

El encanto de *lady* Books (volumen III)

## **Dama Beltrán**

### **Novelas históricas**

- ***Serie los caballeros:***

La soledad del Duque (volumen 1)

La sorpresa del Marqués (volumen 2)

La tristeza del Barón (volumen 3)

El corazón del inspector O'Brian (volumen 4)

Mi amada pícara (volumen 5)

- ***Saga las hermanas Moore:***

La maldición de Anne (volumen 1)

El deseo de Mary (volumen 2)

La batalla de Elizabeth (volumen 3)

La valentía de Josephine (volumen 4)

El despertar de Madeleine (volumen 5)

- ***Serie Las hijas:***

La hija del Marqués (Las hijas 1)

La hija del Barón (Las hijas 2)

La hija del Duque (Las hijas 3)

- **Títulos de novelas históricas**

## **independientes**

El secreto de lord Bestia

El verdadero amor de lord Westlin

La Zíngara y el médico (2025)

## **Novelas contemporáneas**

- ***Serie Old-Quarter:***

Mi ángel (volumen 1)

Mi infierno (volumen 2)

Mi sangre india (volumen 3)

Mi libertad (volumen 4)

Mi lado salvaje (volumen 5) (2025)

- **Títulos independientes**

#TanaLove (comedia romántica)

Engañada (thriller)

Crónica de un deseo (thriller romántico)

Enamorado de ella (novela erótica)

## **Sígueme en:**

—**Facebook:** Ediciones Beltrán L.C/Dama Beltrán

—**Twitter :** @edi\_dbeltranLC / @EscritDamaBeltr

—**Instagram:** @edicionesbeltranlc /@dama.beltrán.novelistas

## **¡Gracias!**